



U.A.N.L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



ECCLIE

Oración

Funera



BX2170

.D4

F3

A.1

597



1080026371



UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CAPILLA ALFONSO DE ESPINOSA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

23/6/83 MICROFILMADO Folio-39

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## COLECCION

DE ORACIONES FUNEBRES,

PRONUNCIADAS

POR EL IL.<sup>MO</sup> SEÑOR

ESPIRITU FLECHIER,

OBISPO DE NIMES,

CON UN COMPENDIO DE LA VIDA DEL AUTOR;

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

Por Don Juan de Arribas y Soria, Profesor  
de Theologia en la Universidad de Alcalá,  
y Opositor á la Cathedra de Lengua Griega,  
en los Reales Estudios de San Isidro.

TOMO CUARTO.

CON PRIVILEGIO PARA LOS SEIS TOMOS.

MADRID. ®

En la Oficina de la Viuda de Manuel Fernandez.  
Año de 1774.

Se hallará en la Librería de Manuel de Godos, en las  
Gradas de San Phelipe el Real.



Bx2170

04

F5

COLECCION



Bx890

174

v.4

TOMO CUARTO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# TABLA

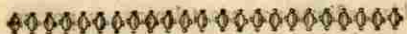
## DE LAS ORACIONES Funebres contenidas en este Tomo.

<b>O</b> Racion Funebre de Madama la Duquesa de Montausier.	Pag. 1.
Oracion Funebre de Madama la Duquesa de Eguillon.	39.
Oracion Funebre del Señor de Turcena.	67.
Oracion Funebre del Señor de Lamoygnon.	105.
Oracion Funebre de Maria Theresa de Austria, Reyna de Francia.	134.
Oracion Funebre del Señor Le Tellier.	165.
Oracion Funebre de Maria Ana Christina de Baviera, Delphina de Francia.	190.
Oracion Funebre del Señor Carlos de San Mauro, Duque de Montausier.	217.
	ER-

008597

ERRATAS.

Página.	Linea.	Errata.	Correccion.
14.	17.	reconoceraiis:	reconoceraiis.
19.	26.	espiritu.	espiritu.
23.	22. y 23.	vosotras.	vosotras.
75.	1.	da.	de.
89.	15.	cicunspeccion.	circunspeccion.
156.	16.	execicio.	exercicio.
196.	18.	Y nombres.	Y quantos nombres.



ELOGIO HISTORICO

DEL IL.<sup>MO</sup> SEÑOR

ESPIRITU FLECHIER,

OBISPO DE NIMES.

✦✦✦✦✦ Ació Espiritu Flechier el dia 10.  
 ✦✦✦✦✦ **N** de Junio del año de 1632. en  
 ✦✦✦✦✦ Perne, (i) Villa pequeña de  
 ✦✦✦✦✦ Francia, en el Condado de  
 Aviñón. Haviendo entrado en la Congre-  
 gacion de la Doctrina Christiana en 1648,  
 tuvo la dicha de ser formado, é instruido  
 en ella por el Padre Hercules Audiffret,  
 su Tio materno, Preposito General enton-  
 ces de esta Congregacion, y en la que se  
 hi-

(i) Este resumen de la vida, y del carácter de M. Flechier se ha sacado de sus mismas Cartas, y de las Memorias del Padre Nicéron.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BURGOS  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BURGOS

## II.

hizo estimar por sus talentos, y por su virtud. Acabó felizmente, y con distincion el Señor Flechier los estudios de su Estado, y cumplió exactamente con las diferentes clases que le encomendaron, particularmente en Narbona, en donde profesó la Rhetorica, y donde pronunció en 1659. la Oracion funebre de Mr. Rebé, Arzobispo de esta Ciudad. En este mismo año, algunos meses despues de la muerte del Padre Audiffret, dejó el Habito de Doctrinero.

Comenzó á darse á conocer en Paris por la descripcion de una Cabalgata, ó Fiesta Real de Parejas, compuesta en versos latinos, y por algunas Poesías Francesas. Admiraronse de que huviese podido explicar en tan bellos versos latinos una cosa tan desconocida en la antigua Roma, como una Cabalgata. Esta descripcion, intitulada: *Carsus Regius*, fue impresa al principio en folio en 1669. con la Descripcion, que Carlos Perault hizo del Juego de Carrera de 1662. y despues en dozavo, en la Coleccion de las Obras miscelaneas de Mr.

## III.

Flechier, que salió á luz en 1712. Sus primeros Sermones aumentaron mucho su reputacion, y sus Oraciones funebres la elevaron al mas alto grado de gloria. Vé aqui lo que de él dice Mr. de Mongin en uno de sus Discursos Academicos.

„ La Oracion funebre, antes de Mr.  
 „ Flechier, era el arte de disponer, y  
 „ coordinar bellas mentiras; era un arte  
 „ enteramente profano, en donde, sin res-  
 „ peto à la verdad, ni à la Religion, se  
 „ consagraban las falsas virtudes de los  
 „ Grandes, y muchas veces la misma Gran-  
 „ deza. Pero el Sabio Flechier no pensó  
 „ en sus elogios de los muertos, sino en  
 „ formar, y hacer lecciones de desenga-  
 „ ño para los vivos, y en lastimarse de  
 „ las grandezas humanas, ó por la vani-  
 „ dad, que las acompaña, ó por la muer-  
 „ te, que las destruye. Para él no era su-  
 „ ficiente haver nacido Grande, el poseer  
 „ grandes Dignidades, ó proponerle gran-  
 „ des recompensas, para obtener un lugar  
 „ entre los Heroes immortales. Para no



„ faltar á la verdad , no alabó sino la vir-  
 „ tud : para no lisongear con sus pinturas,  
 „ jamás trabajó sino en hacerlas al natu-  
 „ ral , y así , todos sus Heroes son mode-  
 „ los , como todas sus piezas son perfectas,  
 „ y consumadas. Allí todos se quedan ad-  
 „ mirados , al ver en un solo hombre el  
 „ Alma universal de muchos Grandes hom-  
 „ bres , el alma del Guerrero , la del Sa-  
 „ bio , del Gran Magistrado , y del hábil  
 „ Politico. En ellas es en donde él se ele-  
 „ va , se transforma , se multiplica , y to-  
 „ ma todas las diferentes formas del meri-  
 „ to , y de la virtud. El encanto es tan  
 „ fuerte , que parece hace estar viendo lo  
 „ que se lee , ó se oye. Con un libro en  
 „ la mano , ya parece que estais presentes  
 „ en los sitios , y en las batallas. El Ora-  
 „ dor es quien os embelesa , y encanta , y  
 „ no os hallais ocupados sino del Heroe.  
 „ Flechier es quien habla , y no veis sino  
 „ á Turenna. El arte oculta al Orador , y  
 „ no muestra sino al Gran Magistrado , ó  
 „ al Gran Capitán.

„ Mr. Flechier leia muchas veces los

Sermonarios Italianos , y Españoles , á los  
 „ quales llamaba graciosamente sus bufones,  
 „ y confesaba , que lo ridiculo de estas obras  
 „ havia contribuido mucho á pulir , y forti-  
 „ ficar su gusto por la verdad , sin el qual no  
 „ hay hermosura , ni fuerza en la eloquencia.

Entre los Ilustres Amigos que le ad-  
 „ quirió su merito , Mr. de Montausier fue  
 „ uno de los mas finos. Este fue quien le pre-  
 „ sentó al Señor Delphin , que le nombró por  
 „ su Lector. Siendo electo en 1672. para la  
 „ Oracion fúnebre de Madama de Montau-  
 „ sier ; dió claramente á conocer aquel sin-  
 „ gular talento , que toda la Francia recono-  
 „ ció en él para todo este genero de obras.

En 1673. fue recibido en la Academia  
 „ Francesa , en la Plaza de Mr. Godeau , Obis-  
 „ po de Vence.

Uno de los proyectos formados para  
 „ la educacion del Señor Delphin , havia si-  
 „ do el de hacer escribir para él la Historia  
 „ de todos los Grandes Principes Christianos.  
 „ Mr. Flechier fue encargado de la de Theo-  
 „ dosio , que salió en 1679.

„ El Rey , no contento con haverle dado

## VI.

la Abadía de San Severino, y la Plaza de Limosnero ordinario de la Señora Delphina, le nombró en 1685. para el Obispado de Lavour, desde donde pasó en 1687. al de Nimes. Ved aquí la Carta que escribió al Rey con motivo de su translacion.

SEÑOR.

„ He recibido con todo el respeto, y  
 „ reconocimiento que debo, la gracia  
 „ que V. M. me ha hecho de nombrarme  
 „ para el Obispado de Nimes: y esta  
 „ preciosa señal de su memoria ha re-  
 „ novado en mi corazon todos los senti-  
 „ mientos de respeto, y de veneracion por  
 „ su Augusta Persona, y todo el ardor del  
 „ zelo, que siempre he tenido por su ser-  
 „ vicio. Pero, Señor, V. M. me permitirá  
 „ que le represente con toda la confianza,  
 „ que me dan sus bondades, que yo miro  
 „ á la primera eleccion que se dignó ha-  
 „ cer de mí para el Obispado de Lavour,  
 „ como á mi primera vocacion; que he  
 „ trabajado en él, como que no havia de  
 „ salir de allí; y que uaa de las señales de  
 „ que

## VII.

„ que Dios me queria para esta Diocesis, es  
 „ el que echaba en ella su bendicion á mis  
 „ trabajos, y que los Pueblos me oían con  
 „ gusto, quando les predicaba la obediencia  
 „ que deben tener á Dios, y la fidelidad, que  
 „ deben à V. M. Confieso, Señor, que ten-  
 „ go un gran deseo de acabar la obra que  
 „ he comenzado, y que sería para mí un  
 „ gran favor, el dejarme conservar, y au-  
 „ mentar las buenas disposiciones, en que  
 „ veo á los nuevos conversos de mi Diocesis.  
 „ No dudo que el sucesor, que V. M.  
 „ me tiene destinado, tiene mas talentos, y  
 „ mayor capacidad que yo; pero la aplica-  
 „ cion, que yo he tenido en instruirlos, y la  
 „ confianza que ellos tienen de mí, me faci-  
 „ litan cosas, que no se consiguen en los  
 „ principios de un Obispado. La Diocesis  
 „ de Nimes es, Señor, una Diocesis muy  
 „ dilatada, y difícil de gobernar, y yo no  
 „ me siento ni con bastantes fuerzas, ni con  
 „ bastante capacidad para ello. Yo bien sé  
 „ que es mas rica, y mas honorífica que  
 „ la mía; pero V. M. me ha hecho tanto  
 „ bien, que ya no deseo mas; y el honor, que  
 „ me



## VIII.

„ me ha hecho de juzgarme capaz , y dig-  
 „ no de ocupar aquel empleo , es para mí  
 „ mas apreciable , que el empleo mismo.  
 „ Conozco, que estando allí, estaria mas cer-  
 „ ca de mi País, y de mi familia; pero yo  
 „ no debo tener mas deseo, ni afecto, que el  
 „ de servir á Dios, y á V. M. y me parece  
 „ que no le será inútil en este País. Postra-  
 „ do, pues, á los pies de V. M. le suplico  
 „ me deje en esta Diócesis , adonde me  
 „ ha embiado, y donde puedo con mas tran-  
 „ quillidad pedir á Dios, que continúe der-  
 „ ramando sus bendiciones sobre su sagrada  
 „ Persona. Yo jamás le he importunado pi-  
 „ diendole mas renta; y así creo, que tam-  
 „ poco le molesto, diciendole , como me ha  
 „ dado la que tengo. Es, sin duda, una gran  
 „ prueba de vuestra bondad , el ver , Señor,  
 „ que me reducís á tal estado como el de  
 „ pedirós, que minoreis vuestros beneficios,  
 „ y vuestros favores. Yo aguardo las or-  
 „ denes de V. M. en cosas de su mayor  
 „ agrado , y las executaré con toda la sumi-  
 „ sion, y la fidelidad que le debe. SEÑOR...  
 „ Su mas humilde, &c.

Era

## IX.

„ Era por entonces el Obispado de Ni-  
 „ mes un empleo muy molesto , por la mul-  
 „ titud de Calvinistas de que estaba lleno.  
 „ Havia revocado el Rey el Edicto de Nan-  
 „ tes, y muchos Calvinistas habian hecho ab-  
 „ juracion de sus errores : Pero no se igno-  
 „ raba , que de aquellos nuevos Catholicos,  
 „ adictos unos todavía á su antigua Reli-  
 „ gion, no vivian sino por politica en la que  
 „ habian abrazado ; y que los otros descuida-  
 „ ban de cumplir con sus obligaciones. Pero  
 „ la prudencia, el zelo, y la caridad de Mr. Fle-  
 „ chier le proveyeron de medios para impedir  
 „ los males que se podian temer , cuyos suce-  
 „ sos correspondieron á sus esperanzas.

„ La inclinacion que tenia á las bellas  
 „ Letras, nunca se minoró con los cuidados  
 „ del Obispado. Formóse él mismo por su  
 „ industria en Nimes una Academia de la  
 „ qual era él el Alma, y el Presidente. Su  
 „ Palacio era otra Academia : Aplicabase á  
 „ formar en él Oradores Christianos, que sir-  
 „ viesen á la Iglesia, y honrasen á la Nacion.  
 „ Murió el dia 10. de Febrero de 1710.  
 „ de edad de 78. años. El Padre la Rue,

Tom. 4.

B

en

en el Prefacio de sus Sermones, nos describe de este modo el carácter de Mr. Flechier.

„ El amor á la elegancia, y á la propiedad del estilo le havia poseido desde sus primeros estudios, nada salia de su pluma, ni de su boca, aunque fuese en conversacion, que no fuese, ó á lo menos que no pareciese estar trabajado, y compuesto de intento. Sus Cartas, y aun sus menores esquelas, tenian su numero, y arte. Como havian sido su primera ocupacion las bellas Artes, y principalmente la Poesía, se havia formado como una especie de costumbre, y casi una especie de necesidad de ir compasando todas sus palabras, y ponerlas en cadencia. Al fuego que brilla en su estilo, y que realza en él por todas partes la gracia, y la dignidad, parece que le falta la vehemencia, y favoreciendo por su lentitud, su tarda, y poco vigorosa pronunciacion á la fidelidad de su memoria, daba al Auditorio todo el tiempo necesario para seguir facilmente la delicadeza de

„ sus pensamientos, y para disfrutar el placer de lo que le encantaba. Como fue desde luego por los Elogios funebres, por donde comenzó á distinguirse, la gravedad de los asuntos muy ventajosa para la natural pesadez de su voz, y de su accion, y la belleza de las cosas que decia, hicieron que insensiblemente fuese gustando su modo de decir, y que se disimulase, y aun se tuviese por talento un defecto que á otros sujetos menos dichosos con dificultad se les huviera tolerado. Esto es lo que se manifestó en sus Sermones Morales: porque en lugar de reynar en ellos la impetuosidad, y la vehemencia, el sonido de su voz, que tenia algo de lugubre, temblaba el fuego de sus expresiones; y la libertad de su espíritu brillante, y claro estaba en ellos (digamoslo así) á la disposicion, y voluntad de su memoria.

Despues de esta pintura del carácter del Señor Flechier, hecha por una mano estraña, será bueno poner aqui un retrato, que él hace de sí mismo en una Carta à un Amigo suyo.

## CARTA DEL SEÑOR FLECHIER,

donde el Autor se pinta á sí

mismo.

**M**UY Señor mio: Quiere Vmd. pues,  
que le haga una pintura de un Ami-  
go suyo, y mio, y que le saque una co-  
pia de un original que Vmd. conoce tan  
bien como yo:: Su figura, como Vmd. sa-  
be, nada tiene de atractivo, ni agradable;  
pero tampoco tiene nada que choque, ni  
desagrade. Su Fisonomia no engaña, ni  
tampoco promete á primera vista todo  
quanto vale; pero en sus ojos, y sobre su  
rostro se puede observar un no sé qué, que  
dá á entender su espíritu, y muestra su  
hombria de bien.  
Al principio parece demasiado serio,  
y bastante reservado; pero despues insen-  
siblemente se va dilatando; y el que pue-  
de resiflir aquella primera frialdad, se acom-  
moda bastante á el en adelante:: Su in-  
terior no se manifiesta de repente, sino  
poco á poco se va declarando; y de es-

te

te modo gana mucho en ser conócido...  
No se afana por adquirir la estimacion,  
y la amistad de unos, y de otros: él mis-  
mo elige á los que quiere tratar, y han de  
ser sus Amigos: y por poco afecto, y  
buena voluntad que halle en ellos, se va  
le despues de su natural dulzura, y de  
ciertos ayres de discrecion, que le atraen  
la confianza. El jamás ha solicitado la ami-  
tad, ni el voto de nadie: Siempre ha que-  
rido ser estimado por razon, no por en-  
redos, ni artificios. Su reputacion jamás ha  
sido onerosa á sus amigos, y nadie se la  
ha adquirido sino es él mismo. Quando  
ha merecido el elogio ha dejado á los otros  
el cuidado de elogiarle. Sabe servirse de  
su espíritu, pero no sabe preocuparse de él,  
ni aprovecharse de la ocasion; y aunque  
él se conozca, y sepa lo que vale, deja  
á cada uno en su juicio, y opinion... Reco-  
gese dentro de sí mismo, y se hace la  
Justicia que se le niega.  
Tiene un carácter de espíritu claro,  
y despejado, capaz de todo quanto em-  
prende. Compone versos (con bastante

fa-



## XIV.

,, facilidad : ha dado gusto en la prosa: los  
 ,, sabios se han contentado con su Latin:  
 ,, la Corte ha elogiado su urbanidad, y aten-  
 ,, cion. Ha escrito con acierto : ha hablado  
 ,, en publico hasta con aplauso... Su con-  
 ,, versacion no es ni brillante , ni enfadosa:  
 ,, se abate , y se eleva quando le conviene.  
 ,, Habla poco ; pero se conoce que piensa  
 ,, mucho. Ciertos modales, y rasgos deli-  
 ,, cados, y espirituales muestran en su sem-  
 ,, blante lo que aprueba , ó lo que condena;  
 ,, y hasta su mismo silencio es inteligible...  
 ,, Quando no está con personas de su gusto,  
 ,, se queda recogido dentro de sí mismo.  
 ,, Quando está con sus Amigos gusta de ha-  
 ,, blar, y de explayarse : pero quedan-  
 ,, do siempre dueño de su espíritu. Quando  
 ,, habla, se conoce que sabria callar ; y  
 ,, quando calla , se conoce muy bien que  
 ,, podia hablar, si quisiera... Escucha á los  
 ,, demás con gusto , y apaciblemente ; y  
 ,, muchas veces los deja pagados, y satisfe-  
 ,, chos con la paciencia , ó la atencion que  
 ,, muestra en oírlos. Disimula en ellos con  
 ,, facilidad su poco espíritu , y compren-  
 ,, sion

## XV.

,, sion , con tal que no quieran persuadir á  
 ,, los otros que tienen mucho mas. Lo que  
 ,, le hace ser bien recibido en los concur-  
 ,, sos es , que se acomoda á todos, y no se  
 ,, prefiere á nadie. No se le dá nada de mos-  
 ,, trar lo que sabe : y gusta mas de darles  
 ,, el placer de decir ellos mismos lo que sa-  
 ,, ben...  
 ,, No es muy vivo en lo exterior , pero  
 ,, interiormente tiene mucha vivacidad , y  
 ,, muy pocas cosas son las que se escapan á  
 ,, sus reflexiones...  
 ,, Naturalmente no es inquieto ; y no  
 ,, gusta de adivinar los secretos de otro.  
 ,, Pero á poco que se le manifiesten, con-  
 ,, getura todo lo demás ; y quando quiere,  
 ,, casi no hay mysterio que no descubra...  
 ,, De repente vé lo ridiculo de los hombres,  
 ,, y nadie jamás advirtió mas prontamente  
 ,, una simpleza...  
 ,, Es naturalmente perezoso; pero quan-  
 ,, do quiere halla en sí propio medios , y  
 ,, recursos de que él mismo se ha admira-  
 ,, do muchas veces. Aunque pierde mucho  
 ,, tiempo , no obstante halla que siempre  
 ,, tie-

„ tiene lo bastante ; y por tardo que pax-  
 „ rezca , hay pocas personas á quienes él  
 „ no alcance ; por diligentes que sean .

„ Por lo que toca á su estilo , y á sus  
 „ obras , hay en ellas pureza , dulzura , y  
 „ elegancia ; En él la naturaleza se acerca  
 „ al arte , y el arte se asemeja á la naturale-  
 „ za . Al principio parece que no se podia  
 „ pensar , ni decir de otra manera : pero des-  
 „ pues que se ha reflexionado sobre ello , se  
 „ conoce muy bien que no es tan facil el  
 „ pensarlo , ó decirlo de aquel modo . Tie-  
 „ ne rectitud en el sentido , orden en el dis-  
 „ curso , ó en las cosas , coordinacion en  
 „ las palabras , y una dichosa facilidad , que  
 „ es el fruto de un largo estudio . Nada se  
 „ puede añadir á lo que él escribe sin poner  
 „ algo superfluo ; y nada se le puede qui-  
 „ tar sin omitir algo de lo necesario . En  
 „ fin , su Amigo de Vmd. aun valdria mu-  
 „ cho mas , si pudiera acostumbrarse al tra-  
 „ bajo , y si su memoria , un poco ingrata ,  
 „ Pero no infiel , le sirviese tan bien como  
 „ su espíritu . Pero no hay cosa perfecta en  
 „ el mundo , y cada uno tiene sus defectos .

„ En

„ En quanto á su corazon ( que creo es  
 „ en lo que Vmd. se interesa mas ) no es  
 „ tan facil el sondearle . Moderase quando  
 „ él quiere : Es callado , y circunspecto ;  
 „ y muchas veces se oculta bajo los ve-  
 „ los de una aparente tranquilidad , e in-  
 „ diferencia . Pero Yo le he visto en su na-  
 „ tural ; há mucho tiempo que le estoy  
 „ observando , y ya estoy en su confian-  
 „ za . Con que asi , Amigo mio , voy á  
 „ darle á Vmd. parte de mis conocimientos .

„ Señor mio , este corazon no es indig-  
 „ no de su amistad de Vmd. .... Tiene gran-  
 „ deza , y generosidad ; no le mueve nin-  
 „ gun interes ; y no quisiera tener bienes ,  
 „ sino por hallarse en estado de comuni-  
 „ carlos . Su mayor complacencia es , po-  
 „ der obligar á sus Amigos , ó poder mos-  
 „ trarse agradecido á las obligaciones que  
 „ les tiene . No obstante , mas quisiera ha-  
 „ cer favores , que recibirlos . Siempre ha  
 „ creído , que el merito podia pasar sin  
 „ la fortuna ; y asi se contentó con el  
 „ uno , y no se alano por la otra .

„ Nada hay mas contra su genio , que

Tom. 4.

C

„ el



## XVIII.

„ el ser gravoso á qualquiera. En sus ne-  
 „ cesidades no recurre sino á su paciencia;  
 „ y aun quando fuese mas eloquente de lo  
 „ que es, ya no sabe hablar quando se tra-  
 „ ta de pedir. Todos los honores del mun-  
 „ do le parecerian muy caros, si huviera  
 „ de comprarlos á costa de alguna baje-  
 „ za. No gusta de contradecir; pero aun  
 „ gusta mucho menos de adular. Aunque  
 „ casi no haya hombre, que mejor sepa  
 „ alabar, jamás ha querido vender, ni  
 „ desperdiciar sus elogios. Sabe (quando  
 „ le conviene) arrojar tambien al fuego  
 „ algun grano de incienso oloroso que re-  
 „ cree, pero que no trastorne la cabeza:  
 „ y asi no recibe cosa, que no valga tanto  
 „ como lo que da... Tiene su poco de ambi-  
 „ cion; no de aquella que se apresura, y  
 „ que se agita por conseguir el fin, sino  
 „ de aquella que aguarda con paciencia  
 „ la justicia que se le debe hacer, y que  
 „ no busca los medios mas breves, sino  
 „ los mas honrosos... Consuelase facilmen-  
 „ te de no ser afortunado, con tal que el  
 „ Publico le juzgue digno de ello; y tra-  
 „ ba-

## XIX.

„ baja en hacer que le estimen por si mis-  
 „ mo, y no por el estado en que se ha-  
 „ „ lla...  
 „ No envidia la gloria de nadie, pero  
 „ gusta de gozar la suya. Aunque no ig-  
 „ nora los talentos que tiene, estima los  
 „ que los otros tienen; y de este modo  
 „ tiene el placer que dà el honor, sin ha-  
 „ „ cer sufrir á los demas las incomodida-  
 „ des que causa el orgullo.  
 „ Muestrase agradecido á las aproba-  
 „ ciones sinceras, y desinteresadas. Un  
 „ hombre que le alaba sin conocerle; un  
 „ oyente que exclama, y suspira; uno que  
 „ al pasar le muestra con el dedo, y dice:  
 „ *Aquel es N....* Estos son los elogios que  
 „ mas le mueven. Quando le ensalzan, se  
 „ contiene en una justa moderacion, y su  
 „ pudor se queda como embarazado: pero  
 „ si le quieren ajar, y abatir se reviste de  
 „ una fiereza, que le hace superior á todos.  
 „ Es accesible, benigno, llano, y oficioso  
 „ con sus inferiores; util, y acomodado á  
 „ sus iguales. Por lo que toca á los Gran-  
 „ des que se revisten de lo que son, los res-  
 „ pe-

„peta desde lejos, y los abandona á su  
 „propria Grandeza.  
 „Se posee á sí mismo en las ocasiones,  
 „y sus pasiones nada pueden sobre su ra-  
 „zon, si no consiente en ellas, ó si no es  
 „sorprehendida... Camina de buena fé, y  
 „cree facilmente que todo el mundo hace  
 „lo mismo. Pero si se le llega á engañar,  
 „nunca se buelve á ganar su confianza:  
 „y así él jamás engaña á nadie, y nunca es  
 „engañado mas que una vez. Si ha dado  
 „algun motivo de queja á algun sujeto,  
 „jamás se olyida de satisfacerle; pero si se  
 „quejan de él sin razon, tiene una inocencia  
 „cruel, y fiera, que nunca se abate á de-  
 „claraciones, ni justificaciones; y nada le  
 „cuesta tanto como hacer su propria apo-  
 „logia... Quando se le ofende tiene un vivo  
 „resentimiento, pero no le dura largo tiem-  
 „po. Le desagrada la envidia, pero no  
 „le affige; sufre con trabajo una injusticia,  
 „pero la perdona.  
 „Para él, el pecado irremisible es la  
 „infidelidad de un Amigo. Quando se le  
 „juega algun lance, pocas excusas hay que

„le satisfagan; siente tanto mayor dificul-  
 „tad en reconciliarse con aquellos, que  
 „le han ofendido, quanto mayor precau-  
 „cion se toma el de no ofender á nadie.  
 „No tiene grande apego al Mundo: Y como  
 „no tiene ni mucho que ganar, ni demasia-  
 „do que perder en él, no tiene tampoco,  
 „ni grandes tristezas, ni grandes alegrías.  
 „Las obligaciones exteriores, y los res-  
 „petos humanos se le hacen muy pesa-  
 „dos. Las visitas que se hacen, las car-  
 „tas que en él se escriben, y el Comer-  
 „cio de Sociedad inevitable entre gentes  
 „indiferentes, son violencias de su parte,  
 „è importunidades de parte de los demás.  
 „No cuenta mas años de vida, que el  
 „tiempo que ha pasado con sus Amigos,  
 „ó consigo mismo: y sus mejores ratos  
 „son los de sus conversaciones familiares,  
 „ó de sus libres devaneos.  
 „El numero de sus Amigos es como  
 „el de los escogidos, muy pequeño: No  
 „los elige á la ligera, sino los prueba;  
 „y una vez que los ha escogido, cuida-  
 „dosamente los conserva; y ya que tenga

XXII.

„ pocos , á lo menos tiene la ventaja de  
„ que no los pierde... Es para con ellos  
„ alegre, pero sin altanería; libre sin indis-  
„ creción, familiar sin descompostura, pla-  
„ centero sin abatimiento, y sabio con  
„ prudencia, y sin austeridad.

„ El es delicado, y mal contentadizo  
„ sobre lo que se le debe, quando se ama  
„ á sí mismo; quiere que se le entienda á  
„ media palabra, que se prevenga, y aun  
„ se adivine lo que puede agradarle; pero  
„ nada exige de otro, que no se imponga  
„ á sí mismo, y si por poco motivo que  
„ le den él se queja, también sufre, que  
„ se quejen aun quando él dá poco moti-  
„ vo para ello. Este es su modo de por-  
„ tarse con sus Amigos, y así quiere tam-  
„ bien que sus Amigos se porten con él.

ORA-

Pag. 1.

## ORACION FUNEBRE

DE MADAMA

*JULIA-LUCINA DE ANGENNES*

DE RAMBOUILLET,

DUQUESA DE MONTAUSIER,

*T DAMA DE HONOR*

DE LA REYNA.

PRONUNCIADA EN PRESENCIA

de Madama la Señora Abadesa de San Es-  
tevan de Rems, y de Madama la Abadesa

de Hiere, hermanas suyas, en la Iglesia

de la Abadía de Hiere, el día 2.

de Enero de 1672.



XXII.

„ pocos , á lo menos tiene la ventaja de  
„ que no los pierde... Es para con ellos  
„ alegre, pero sin altanería; libre sin indis-  
„ creción, familiar sin descompostura, pla-  
„ centero sin abatimiento, y sabio con  
„ prudencia, y sin austeridad.

„ El es delicado, y mal contentadizo  
„ sobre lo que se le debe, quando se ama  
„ á sí mismo; quiere que se le entienda á  
„ media palabra, que se prevenga, y aun  
„ se adivine lo que puede agradarle; pero  
„ nada exige de otro, que no se imponga  
„ á sí mismo, y si por poco motivo que  
„ le den él se queja, también sufre, que  
„ se quejen aun quando él dá poco moti-  
„ vo para ello. Este es su modo de por-  
„ tarse con sus Amigos, y así quiere tam-  
„ bien que sus Amigos se porten con él.

ORA-

Pag. 1.

## ORACION FUNEBRE

DE MADAMA

*JULIA-LUCINA DE ANGENNES*

DE RAMBOUILLET,

DUQUESA DE MONTAUSIER,

*T DAMA DE HONOR*

DE LA REYNA.

PRONUNCIADA EN PRESENCIA

de Madama la Señora Abadesa de San Es-  
tevan de Rems, y de Madama la Abadesa

de Hiere, hermanas suyas, en la Iglesia

de la Abadía de Hiere, el día 2.

de Enero de 1672.



ORACION  
FUNEBRE  
DE MADAMA LA DUQUESA  
DE MONTAUSIER.

¿Mulierem fortem quis inveniet? Procidit, &  
de ultimis finibus pretium ejus.  
¿Quién hallará una muger fuerte? Su pre-  
cio excede á todo quanto viene de los  
mas remotos Países. Proverb. 31.

SEÑORAS.



El mas sabio de todos los Reyes, ilustrado de las luces del Espiritu de Dios, inspirado de dejar á la posteridad el retrato de una Muger heroica, nos la representa revelada de fortaleza, y de hermosura; ocupada en grandes cosas, sin salir de la modestia de su sexo; colmada de bienes de fortuna, pero

siem-

siempre dispuesta á derramarlos en el seno de los pobres; penetrada del temor de Dios, y convencida de la vanidad de las grandezas humanas; constituyendo toda su gloria en una solida virtud, y no en el falso esplendor de una fragil hermosura; muriendo con un semblante apacible, y risueño; digna de ser recibida en el Cielo, adonde se presenta acompañada de sus buenas obras, y cargada de los tesoros de honor, y de gracia que ha amontonado; digna en fin en su muerte del sentimiento, y de los elogios de su esposo, despues de haver merecido su ternura, y su confianza durante su vida. Pero antes de pintarnos esta Muger fuerte, y animosa, nos advierte, que es dificil el encontrarla; nos dá una idea de ella, pero parece, que jamás ha podido hallar un exemplo. La forma en su imaginacion; y dudando que se pueda hallar en la naturaleza, exclama de esta manera: ¿Quién hallará una Muger fuerte? *Mulierem fortem quis inveniet?*

Pero esta alta virtud que con tan poca fortuna anduvo buscando, y de la que parece que no era capaz su siglo, se ha hallado en la persona de la illustre Julia-Lucina de Angennes de Rambouillet, Duquesa de Montausier. En todo el curso de su vida, y de sus acciones ha representado este perfecto original por su generosidad natural, por el buen uso de los bienes, y del favor, por el conocimiento de su nada, y de la grandeza de Dios; por una confesion sincera de las flaquezas, y de las vanidades humanas, y por una muerte dulce, y tranquila, por el universal sentimiento de quantos la havian conocido. Y aunque Salomon huviese perdido las esperanzas de hallar esta muger fuerte, y animosa, nosotros podemos gloriamos de haverla hallado.

Mas ¡ay de mí! Que estas piadosas, y debidas exequias que se hacen á su memoria, estas oraciones, estas

Tom. 4.

D

—28—



expiraciones, ese sacrificio, esos cantos lugubres que penetran, y traspasan nuestros oídos, y que infunden la tristeza hasta en lo mas profundo de nuestros corazones, ese funebre aparato de sagrados Mysterios, esas señales religiosas de dolor que la caridad imprime en vuestros semblantes me hacen acordar, que la habéis perdido. Todo el esplendor de su fortuna se ve reducido à la celebridad de una pompa fúnebre! De todo quanto ella era no nos ha quedado mas que el triste pensamiento de que ya no existe. Aun aquella amistad, y aquel nombre de Hermana, que la carne, y la sangre os hacían tan dulce, se han buuelto à su principio, y se han perdido en el seno de la caridad, y amor de Dios. Ya no os queda mas que el dolor de su pérdida, y la memoria de sus virtudes; y de aqui en adelante ya no podeis hacer mas que repetir continuamente las palabras de mi Texto: *Quoniam habitará el dia de oy una Mujer fuerte!*

No obstante, quando yo considero que los Christianos no mueren; que no hacen sino mudar de vida; que el Apostol nos advierte, que no lloremos à los que duermen en el sueño de paz, como si no tuviésemos ninguna esperanza de ellos, que la Fé nos enseña, que la Iglesia del Cielo, y la de la tierra no hacen sino un cuerpo; que nosotros pertenecemos todos al Señor ora muramos, ora vivamos, porque por su resurreccion, y su nueva vida se ha adquirido una dominacion soberana sobre los muertos, y sobre los vivos; quando yo considero (digo) que aquella, cuya muerte actualmente lloramos, está vivan Dios, ¿puedo yo persuadirme à que la hemos perdido? No, no; bastante se ha llorado su separacion; ya es tiempo de pensar en su felicidad, y en su dicha; el dolor debe rendirse à la Fé, y la compasion natural debe hacer lugar à la consolacion Christiana.

Lo

Lo que yo pretendo, es, bolveros à poner oy dia delante de los ojos su vida mortal, à fin de persuadirlos de su inmortalidad bienaventurada. Quiero refrescar en vuestra memoria las gracias, que Dios la ha hecho, para que alabeis la misericordia que acaba de usar con ella. Todas quantas virtudes ha practicado, producen otros tantos motivos de confianza en la bondad de Dios, que se complace en recompensar à todos aquellos à quienes inspira el servile. Seguidme, pues, en la division, que voy à hacer de los tres diferentes estados de su vida. Examinad conmigo:

- Division. { I. Su prudencia, y sabiduria en una condicion privada:  
II. Su moderacion en las mayores dignidades de la Corte:  
III. Su paciencia en una larga, y molesta enfermedad.

Admirad à esta muger fuerte, que resiste à las fragilidades de su sexo desde su infancia; al orgullo en su mayor elevacion; y al dolor en el tiempo de su abatimiento, y de su muerte misma. Y ved aqui todo el asunto de este discurso. Yo no tengo necesidad ni de palabras estudiadas, ni de figuras excesivas, ni de lisonjeras alabanzas. Estoy en la presencia del Dios de la verdad; hablo à unas almas puras, y sinceras, que tienen horror hasta à la misma sospecha de la vanidad, y de la mentira; y os propongo las virtudes de una vida, de la qual lloro à un mismo tiempo la fragilidad, y la miseria.

## PRIMERA PARTE.

Si yo huviese de hablar delante de unas personas à quienes la ambicion, ó la falsa gloria estrechan con el mundo, me acomodaria à su flaqueza, y à la costu-

D 2

tumbre; y ensalzando el nacimiento de nuestra Ilustre Duquesa, iria á buscarla en la Historia antigua los troncos de la noble familia de Angennes, cuya gloria, cuya grandeza y antigüedad son bastante conocidas. Yo descenderia hasta los ultimos siglos, en los quales se vieron á un tiempo cinco hermanos de esta Ilustre casa, tres Caballeros de los Ordenes del Rey, un Cardenal, y otro Obispo, y todos cinco Embaxadores á un mismo tiempo que llenaban del esplendor de sus diferentes virtudes casi todas las Cortes de la Europa. Les diria que su Abuelo Julio Sabellio descendia de una de las mas antiguas familias de Italia; que contaba Reyes, Conquistadores, y Soberanos Pontifices, por sus Antepasados, y que estuvo emparentada con tres de nuestros Reyes. Despues insensiblemente los iria excitando á imitar las virtudes de aquella, cuya nobleza huvieran respetado; y haciendo el animo de lisongear su vanidad, les insinuaria exemplos de moderacion, y de prudencia.

Pero Señoras, ¿havia yo de tener la osadia de hablaros de una gloria que habeis renunciado? ¿ignoro yo por ventura, que habiendo abandonado el mundo para vivir una vida mas Santa, y mas oculta en el retiro, no aspirais mas que al honor de ser de la familia de Jesu Christo? Basta deciros que hay una nobleza de espíritu, mas gloriosa que la de la sangre, que inspira unos sentimientos generosos, y una loable emulacion, y que hace que descendian, y pasan, por una dichosa serie de exemplos, las virtudes de los Padres á los hijos. La sabia, y prudente *Julia de Angennes* parecia haver heredado esta sucesion espiritual: y aquella gloria que ordinariamente no produce sino orgullo, y ahiçez, no le inspiró sino sentimientos modestos, y ardientes deseos de asistir á los que podian tener necesidad de su socorro.

Pero si supo arreglar los movimientos de su corazon, no arregló menos los movimientos de su Espiritu. Por que quien no sabe que fue admirada en una edad en que aun no son conocidas las demas; que tuvo una gran prudencia en un tiempo en que apenas se tiene uso de razon; que se la confiaron los secretos mas importantes luego que tuvo edad para oirlos; que su dichoso natural la sirvió de experiencia desde sus mas tiernos años; y que fue capaz de dar consejos en un tiempo en que las demas apenas son capaces de recibirlos? Hizola desde luego un tan feliz nacimiento el objeto de la pasion, y del cariño de todo quanto virtuoso, y elevado havia en la Corte. Honrabanse todos de su amistad. Ella tuvo la dicha de agradar á las Reinas. Las Princesas de un merito extraordinario, las Damas, á quienes el favor, y la privanza elevaban casi á la clase de Princesas, la deseaban á porfia por su Amiga; y tal fue su destreza, que sin valerse de arte alguno indigno de su grande animo, se conservó siempre en su confidencia, con el beneplacito aun de aquellas mismas que huvieran podido disputarsela. Tantos atractivos tenia su Espiritu; y tanto se havia elevado aun sobre la misma envidia.

Pero aun quando la naturaleza no la huviera dado todas estas ventajas, huviera podido recibirlas de la educacion; y para ser Ilustre bastaba haver sido criada por Madama la *Marquessa de Rambouillet*. Este nombre capaz de causar respeto en todos los espíritus en que haya algun rastro de urbanidad, y crianza. Este nombre que encierra en sí no sé que mixto de la Grandeza Romana, y de la civilidad Francesa; este nombre, digo, no es un elogio abreviado, asi de la que le llevaba, como de las que descendien de esta Señora. Por ella era por quien la admirable *Julia-Lucina* tenia aquella grandeza de Alma, aquella bondad singular, aquella con-

sumada prudencia, aquella piedad sincera, aquel espíritu sublime, y aquel perfecto conocimiento de las cosas que hicieron su vida tan ilustre, y tan gloriosa.

¿Y os diré yo que desde su infancia penetraba ella los mas ocultos defectos de las obras de espíritu, y que discernía en ellas halla los rasgos mas delicados? ¿Que ninguno sabia apreciar mejor las cosas loables, ni alabar mejor lo que estimaba? ¿Que se guardaban sus Cartas como un verdadero modelo de los pensamientos mas propios, y de la pureza de nuestra lengua? ¿Tened sino á la memoria esos gabinetes, que con tanta veneracion se miran todavia, donde se purificaba el Espíritu, donde la virtud era venerada bajo el nombre de la incomparable Arctencia, donde se juntaban, y concurrían tantas personas de qualidad, y merito, que componían una Corte, y Tertulia selecta, numerosa sin confusion, modesta sin violencia, sabia sin orgullo, y arca sin afectacion. Allí fue donde, por niña que fuese, se hizo admirar de aquellos mismos que eran por sí el ornamento, y la admiracion de su siglo.

Sucedales muy de ordinario á las personas, á quienes el Cielo ha dado mucho espíritu, y vivacidad, el abusar de las gracias que han recibido. Precianse de brillar, y lucir en las conversaciones, de reducirlo todo á su dictamen, y de ejercer un Imperio tyránico sobre las opiniones. La afectacion, la altivez, y la soberbia corrompen sus mas bellos sentimientos, y el espíritu que havia de contenerlas en los limites de la modestia, si fuese sólido, las inclina, y hace dar, ó en unas singularidades extravagantes, ó en una ridicula vanidad, ó en peligrosas indiferencias. ¿Pero se advirtió jamas ni aun la menor apariencia de estos defectos en aquella, cuyo elogio hacemos oy dia? ¿Hubo jamas espíritu mas dulce, mas suave, ni mas acomodado? ¿Se hizo jamás temible en las concurrencias? ¿Si

se hallaba distante de la Corte, no se podia decir que havia nacido para vivir en las Provincias? ¿Si salía de las Provincias, no parecia que havia sido hecha para la Corte? Servíase siempre de sus luces para conocer la verdad de las cosas, y para conservar la cordad; y creía que no era tener espíritu, y talento, si no se empleaba, ó en instruirse en sus obligaciones, ó en vivir en paz con el proximo.

En efecto ¿qué cosa es el espíritu, y el ingenio de que los hombres parece hacen tanta vanidad? Si le consideramos segun la naturaleza, es un fuego, que una enfermedad, y un accidente amortiguán visiblemente. Es un temperamento delicado, que se desarregla, una dichosa conformacion de organos que se gallan, y corrompen, un conjunto de mixtos, y un cierto movimiento de espíritus que se consumen, y se disipan. Es la parte mas viva, y la mas sutil del alma que se agrava, y que parece envejecer con el cuerpo, y hacerse pesada. Es una sutileza de razon, que se evapora, y es tanto mas debil, y tanto mas expuesta á desvanecerse, quanto es mas util, y delicada. Si la consideramos segun Dios, es una parte de nosotros mismos mas curiosa que sabia, que se extravía en sus pensamientos. Es una potencia orgullosa, que es muchas veces contraria á la humildad, y á la simplicidad Christiana, y que dejando de ordinario la verdad por la mentira, no ignora sino lo que sería necesario que supiese, y no sabe sino lo que convendría que ignorase.

Pero esta generosa Doncella se sobrepuso á las opiniones vulgares. Aplicóse á descubrir entre los errores, y los falsos juicios del mundo aquel punto de verdad, y de luz, que hace ver la vanidad de las cosas humanas; y de ella es de quien el sabio parece haver dicho, que sus luces no se apagarian en la noche, *non extinguetur in nocte lucerna ejus*. Si se aprecian los bienes



en el mundo, á ella lo pareció que era necesario recibirlos de la Providencia, y comunicarlos por la caridad. Si se pretenden los honores, ella juzgó que bastaba hacerse digna de ellos. Si se tiene apego á la vida, ella la desprecia, luego que pudo conocerla.

Permiédme, Señoras, que me detenga en estas últimas palabras, que me sirva de toda vuestra atención, y que alabe aquí una de sus mas celebres acciones, en la qual se ostentaron igualmente la fuerza del Espíritu, y la caridad Christiana. Dios, que de quando en quando imprime el terror de sus juicios en los corazones de los hombres por los castigos publicos, affligió á la Capital de este Reyno con una enfermedad contagiosa: estendiéndose desde luego la peste sobre el pueblo: pasó despues á las casas de los Grandes: acercóse al Palacio de los Reyes: no perdonó á vuestra familia, y os arrebató un Hermano, en una edad todavía tierna, casi de los brazos, y á la vista de vuestra caritativa Madre. Pero ay de mí! Soy yo destinado para renovar todas las llagas de vuestra familia, y de quantos Difuntos es preciso renovaros la memoria con ocasion de una sola? En este lance, pues, fue quando esta Doncella fuerte, y animosa dió un exemplo memorable de su firmeza. Todo el terror de la muerte no fue capaz de hacerla abandonar su casa; y quiso asistir á este hermano moribundo, sin temer aquellos mortales alientos, que introduca el veneno en los corazones.

Bien sabéis vosotras el horror que se tiene á estos contagiosos suspiros que salen del seno de un moribundo, capaces de dar la muerte á los que viven. El mal que consume al uno, amenaza á los otros. El peligro casi es igual en el que padete, y en el que le assiste; y no se puede sacar, sirviendo á esta muerte de enfermos, sino el infeliz consuelo de verlos morir, ó la

11

triste esperanza de seguirlos dentro de pocos dias. En esta ocasion la naturaleza se relaja demasiado en sus derechos, y en sus ordinarias obligaciones. Las leyes de la carne, y de la sangre no son tan fuertes como el horror de una muerte casi inevitable. La Religion misma dispensa de estas funestas obligaciones á los que no estan ligados á ellas por un carácter particular. Es permitido comprar los socorros, y emplear en ellos á unas almas á quienes la codicia arroja á los peligros, ó que una Caridad excesiva, y suprabundante ha consagrado al bien publico. Pero *Julia* se eleva sobre los sentimientos de una piedad comun. Parece que ha nacido para executar acciones heroicas; Sacrifica voluntariamente una vida dulce, feliz, é ilustre desde sus primeros años; y por una constancia admirable permanece firme en medio del peligro que hace temblar á los mas esforzados.

Vosotras admiráis sin duda esta firmeza, que Dios ha recompensado con tantas prosperidades, y tantas gracias; y creierais, Señoras, que el ultimo esfuerzo de su constancia fue este sacrificio que hizo de su propia vida, si yo no os traxese á la memoria, que habiendo hallado en fin un merito, y un corazon dignos de ella, se vió tambien en peligros, que temió mas que los suyos mismos, y una vida que le fue mas amable que la suya propia.

Ya me parece, que os acordáis de los combates, de las heridas, y de las victorias de su Ilustre Esposo: Vosotras repasais en vuestra memoria aquellos exemplos de fidelidad, que han dado estos dos Consortes en los tiempos de confusion, é inobediencia; el uno rindiendo Ciudades por su valor, el otro ganando los corazones por su industria; reduciendo el uno los rebeldes á su obligacion por el terror, y por el esfuerzo de sus armas, excitando el otro la fidelidad en el animo

Tom. 4.

E

de

de los pueblos, por la veneracion que la tenian; el uno atravesando escuadrones enteros, sin temer ni la fuerza, ni la multitud, ni el peligro, ni la muerte misma, el otro viendole bolver despues de un glorioso combate todo cubierto de sangre, y lleno de heridas, sin que la afliccion domestica le impidiese trabajar en la seguridad, y en la quietud de la Provincia.

Jamás hubo corazón penetrado de un mas vivo dolor que el suyo; pero tampoco hubo jamás corazón que fuese tan constante. Su tristeza no la impedía el estar prevenida. Lo que ella, al parecer, iba á perder, no la hacía olvidar lo que debía conservar. La ternura para con su Esposo se acomodaba en ella con sus cuidados por la Republica. Aliviando las mortales heridas del uno, y calmando los peligrosos movimientos de la otra, cumplía á un mismo tiempo con todas las obligaciones de una Esposa fiel, y de una fiel Vasalla. Ya no es necesario mas para haceros ver como resilió á la flaqueza, y debilidad de su sexo. Restame el mostraros como resilió al orgullo en su elevacion.

## SEGUNDA PARTE.

DECIA en otro tiempo un Antiguo, que los hombres havian nacido para obrar, y para gobernar el mundo, y que por eso los Dioses les havian dado, como en herencia, el valor en los combates, la prudencia en las prosperidades, y la confianza en la mala fortuna, y en las desgracias. Que las Mujeres no havian nacido sino para el descanso, y para el retiro; que toda su virtud consistia en permanecer incognitas, sin grangearse ni el vituperio, ni la alabanza; y que aque-

lla era, sin duda, la mas virtuosa, de la qual se havia hablado menos. Y así, las retiraba de la Republica para encerrarlas en la obscuridad de su familia. De todas las virtudes morales, no las concedia sino un pudor rustico, y retirado; privabalas hasta de aquella buena reputation que parece estar unida á la honestidad de su sexo; y reduciendolas á una ociosidad, que á él le parecia loable, no las dejaba en suma mas gloria, que la de no tenerla.

Facil es de conocer la injusticia de este dictamen, y opinion. Porque ademas que la Philosophia nos enseña, que el espiritu, y la sabiduria son de todo sexo; que las almas de una misma especie tienen semejantes movimientos; y que teniendo unos principios comunes de razon, y de equidad naturales, son capaces de las mismas virtudes; la experiencia nos advierte tambien, que Dios suscita de quando en quando mugeres fuertes, á las quales eleva sobre las ordinarias fragilidades, y flaquezas de la naturaleza, y parece que las dá un temperamento particular, y que las hace dignas de sostener grandes empleos, y servir de exemplo, y de ornamento á su siglo.

Tal fue la incomparable *Julia-Lucina*, á quien toda la Francia ha admirado por tan largo tiempo, y á quien oy dia llora toda la Francia. Ella tuvo todas las prendas naturales, que forman un merito eminente, y que atraen la estimacion comun, y la publica veneracion; Que no pueda yo pintaros aquel ayre de grandeza, y aquella magestad acompañada de tantas gracias! ¡Aquel espiritu tan docil, y á un mismo tiempo tan delicado! ¡Aquel juicio tan ilustrado, y tan incapaz de ser engañado! ¡Aquella alma tan noble, y tan generosa! ¡Aquel corazón tan sensible al honor, y á la verdadera gloria! ¡Que no pueda yo expresaros aqui aquella inclinacion liberal, y benéfica,

E a

que



que jamás perdió ocasion de servir á los que necesitaron de su socorro! ¡Aquellos modales atentos, humanos, y oficiosos, que tantos corazones la ganaron! ¡Aquel modo de explicarse tan propio, y tan natural! ¡Aquel ayre ingenioso, y particular, que hacia su conversacion tan agradable! ¡Aquellos pensamientos, siempre fundados sobre los principios de la razon, y sobre la experiencia del gran mundo, cuyos genios, cuyos intereses, y cuyos usos tenia tan bien conocidos! ¡Que no pueda yo, en fin, decirlo que acaso vosotros sabreis mejor que yo, si el dolor de haverla perdido no os hiciese olvidar por algun tiempo el placer, que habeis tenido de haverla conocido!

Aun quando vosotras no supieseis ni el nombre, ni la historia de la persona, de que os estoy hablando; aun quando huvierais olvidado toda la gloria de vuestra casa; no reconocerais en esta pintura que acabo de hacer, todos los rasgos de una Señora Ilustre, capaz de formar el espíritu, y el corazon de los Hijos del mayor Monarca del mundo? ¡De inspirarles unas palabras, y unos pensamientos dignos de su calidad (y nacimiento, de imprimir en sus almas, todavia tiernas, aquellos elevados sentimientos que distinguen las almas Reales de las del resto de los hombres)? ¡De enseñarles el arte de hacerse amar de sus vasallos, antes que sepau hacerse temer de sus enemigos? ¡De sostener la gloria, y las esperanzas de un gran Reyno? En una palabra: de ser Aya de un gran Delphin de Francia? Por lo que en ella se vela, bien se podia venir en conocimiento de lo que se debía esperar de ella; y en el tiempo en que nació aquel Joven Principe, fácil era juzgar, que Dios (cuya Providencia vela siempre sobre los Reyes, y sobre los Reynos) la havia destinado para su educacion, y que el Rey (cuyo discernimiento es tan justo) la debía elegir entre todas las Perso-

nas de su Corte para un tan importante empleo.

En efecto, Señoras, el Rey la eligió para confiarla a aquel Real Niño, que hace oy dia el amor, y las delicias de los Pueblos. En aquella eleccion no tuvieron parte, ni la ambicion, ni la casualidad. Havia prevenido toda la Francia por sus votos, y por sus deseos; y el Soberano la hizo con toda justicia, y conocimiento. En aquel tiempo en que comenzaba el mismo á cargarse con todo el peso de los negocios, en que meditaba aquellos gloriosos designios que despues ha executado, de reprimir la injusticia, de reestablecer la disciplina, de corregir los abusos que se havian deslizado aun en las mismas Leyes, de asegurar la paz en sus Provincias, y de reestablecerse en sus derechos, ó como Conquistador, ó como Principe pacifico: en aquel tiempo (digo) en que ocupado de las grandes maximas de equidad, que despues siempre ha practicado, comenzaba á recompensar por sí mismo el merito de sus Vasallos, creyó que no podia dar otra idea mas grande de su discernimiento, y de su justicia, que encargando á la persona mas fiel, y mas Ilustre de su Reyno el cuidado mas importante de su Estado.

Y así, siendo ella quien ha tenido la gloria de formar los primeros sentimientos, y las primeras palabras de este Joven Principe, ¿podia él pensar, ¿podia hablar mas dignamente? Ella le ha enseñado á levantar sus manos puras, é inocentes al Cielo, y dirigir sus primeras atenciones á su Criador: Ella le ha inspirado sus primeros votos, y sus primeras oraciones: Ella le ha sacado de su corazon los primeros suspiros. ¡Quantas veces, enjugando sus lagrimas, pidió á Dios que le inspirase ternura y compasion para con su Pueblo! ¡Quantas veces, al corregirle algun defecto, pidió para él un corazon recto, y docil á las inspiraciones del Cielo! ¡Quantas veces suplicó á Dios (que

tiene en sus manos los corazones de los Reyes) formase de él un Príncipe á la medida del suyo; y quantas veces hizo ella aquella peticion del Propheta, *señor, dad al Rey vuestro juicio, y vuestra justicia al Hijo del Rey!* Omíto aquellas instrucciones tan utiles, y aquellas maximas tan puras, que despues le insinuó; y deyo aquellas (que huviera podido insinuarle, si Dios la huviese prolongado el curso de sus años. Contentome con decir, que jamás huvo inclinacion mas fuerte, que la que ella tuvo á aquel Príncipe. Porque ¿quién podria explicar la alegría que sentia en sí, quando le veia mostrar sus buenas inclinaciones, crecer sus buenos hábitos, y brotar aquellas preciosas semillas de gloria, y de virtud, que con tanto cuidado havia sembrado en su corazon? Pero quién podria explicar tampoco el dolor que ella sintió, quando la Providencia de Dios la sacó de este empleo, á que estaba tan aligada por la inclinacion, y por el afecto, como por la fidelidad, y por la obligacion?

En efecto, nada hay tan amable como la infancia de los Principes destinados al Imperio, quando estos dan señales de un dichoso natural. En ellos se ven unos rayos de la Magestad de Dios templados con las sombras de la fragilidad de hombres. Son estos unos Soles en su Oriente, que recrean la vista, y no la ofuscan todavia: Cada uno busca en su rostro algunos presagios de su futura felicidad. En sus mas minimas acciones, se creen hallar los fundamentos de las esperanzas publicas. Son tanto mas queridos, quanto nada tienen que los haga temer; y reynan tanto mas fuertemente en los corazones, quanto aun no reynan en sus Estados.

La Magestad de los Reyes mas inspira respeto, que ternura. Ella es una especie de Religión civil, y culto político, que nos hace venerar aquellos rasgos que la mano de Dios ha gravado sobre la frente de aque-

aquellos á quienes se ha dignado comunicar su poder. Ellos gustan de conversar, y bajarse á nosotros; pero nosotros no nos atreveriamos á subir á ellos. Por mas que sean los Padres de los Pueblos, son tambien los Señores, y los Soberanos. Por flaquezas que puedan tener como hombres, el titulo de hombre se oculta (digamoslo asi) bajo el de Monarcha; y por bondad que tengan los Reyes, siempre tienen el esplendor, y la pompa del Imperio. Pero quando no tienen mas que aquel agrado que les dá la edad; quando no se vé en sus ojos, ni en sus rostros otra cosa que rasgos de dulzura, y de inocencia; quando son todavia bastante dociles para oir la verdad; y quando en lugar de una gracia que un Antiguo decia (a) daba Dios á cada Soberano para templar la austeridad del Mandado, parece que les acompañan todas las gracias juntas: Entonces inspiran amor, y ternura en los corazones de quantos los miran, y mucho mas en los que los gobiernan, y que deben ser los instrumentos de la felicidad publica.

¿Y huvo jamás Aya mas zelosa en esto? Huvo jamas Joven Príncipe mas amable! Pues juzgad por aquí quan sensible la fue esta separation. No pudo hallar consuelo sino en la obediencia que siempre tenia al mas Grande, y al mas Sabio de los Reyes, y en el honor que tenia de pasar al servicio de la mas grande, y de la mas piadosa Reyna del mundo.

¡Mas ay de mí que era preciso prepararse para otras separaciones mucho mas sensibles. ¡O muerte! ¡Cruel muerte! ¡Que aun no la dejaste por mucho tiempo el gusto de ver el fruto de sus trabajos! ¡Que aun no

(a) Xenophonte.

no pudo ver cumplidas la mayor parte de sus esperanzas! ¡Que aun no vió brillar aquellas grandes prendas, cuyos principios havia ella formado! Alma bella, que reposas al presente en el seno de la paz, y del eterno descanso, yo bien sé que era esta la unica dulzura, que la hizo desear el vivir. Pero si aun te queda alguna sentimiento por el mundo que has dejado; sábeta que aquellas primeras virtudes se fortifican; que tu obra cada dia se perfecciona; que una parte de ti misma acaba lo que tu has comenzado; que tu ilustre Esposo emplea en esta tan importante educacion aquel espíritu que tu tanto has estimado, aquella alma que aun está tan estrechamente unida á la tuya, aquel corazón en que todavia estás vivas y que en medio del dolor de haverle perdido, tiene el consuelo de volver á hallar alguna cosa tuya en el espíritu, y en las acciones de aquel admirable Niño que instruye, y que cria.

¿Pero á qué proposito, Señoras mías, interrumpie yo por medio de estas sencillas ideas, la gloriosa narracion de sus honores, y de sus empleos? Este havia de ser el lugar propio de representaros en el mayor lustre, y esplendor de su vida; honrada con la estimacion, y la confianza de sus dueños; colmada de todas las gracias que podian recaer sobre su persona, ó sobre su familia; y seguida de todos aquellos que reconocian su merito, ó adoraban su favor. Pero yo bien sé, que jamás puso su confianza sino en Dios solo; y tengo presente, que hablo con unas Esposas de Jesu-Christo, que traen una vida humilde, y penitente, y para quienes toda grandeza humana no es sino vanidad. Y así, no discurremos sobre esta gloria, sobre este esplendor, y estas dignidades, sino para conocer el buen uso que hizo de ellas.

Los honores se han hecho para recompensar el me-

ri-

rito, para practicar la prudencia, y para servir de ocasiones de buenas obras; y así no pertenecen de derechos, sino á las almas moderadas, justas, y caritativas, que los recobren sin ansia, que los poseen sin orgullo, y que los retienen sin interés. Pero el espíritu del mundo ha pervertido el verdadero uso de ellos. Se pretenden sin merecerlos; se abusa de ellos, quando se han obtenido; y no se quiere gozar de ellos, sino para si solo, quando se poseen. La ambicion los adquire, aun por los mas iníquos medios; la vanidad los mira como preferencias, y distinciones del resto de los demás hombres; y la injusticia hace que se retenga todo el fruto, que debiera comunicarse á los otros. Pero nuestra Ilustre Duquesa ha evitado estos escollos. No solicitó los honores, aunque los tuviese merecidos. No se sirvió de toda la autoridad que hubiera podido tomarse. Y empleó todo su valimiento en asistir á todos quantos tuvieron necesidad de su socorro.

Si la grandeza, y la tranquilidad de su alma havian sido menos continuas, yo solamente os diré que jamás empleó ninguno de aquellos artificios, que los Ambiciosos llaman ciencia del Mundo, y el secreto de lo venidero; y que ella no se insinuó en la Corte, ni por continuas sollicitaciones, ni por indignas adulaciones, y lisonjas. Pero bien puedo pasar mas adelante, y decir, que elevó su espíritu sobre las falsas ideas de los hombres; que miró sin envidia lo que era superior á su fortuna, así como vió sin desprecio todo lo que parecia inferior á ella; que buscó la virtud por ella misma, y no por su esplendor, y sus recompensas; y en fin, que los honores la hallaron sin que ella se tomase el cuidado de buscarlos.

Traced sino, Señoras, á vuestra memoria los principios de sus empleos. Hallabáse molestanda de una peligrosa enfermedad que la consumia; y cómo havia

Tom. 4.

F

de



de solicitar votos para su fortuna aquella, que apenas cuidaba de su cura? ¿Havia de haver entablado pretensiones por la gloria de la tierra, quando tanto se acercaba á la del Cielo? ¿Podian acaso estimularla con los empleos, quando se tenia tanto cuidado en conservar la un momento de vida? No se pedian para ella esas grandes prosperidades; bastante era no perderla; y enmulo del peligro en que se hallaba, solo restaba el Cielo que deseara. Pero Dios oyó los votos de su Familia, al mismo tiempo que era los de la Francia. Hizo este Señor que naciese un Príncipe, que havia de ser el heredero de este gran Reyno: y de este modo impidió que muriese aquella que su Providencia tenia destinada para su Aya.

Pero no basta entrar de este modo en los honores, si no se usa de ellos con moderacion quando se poseen. Los que saben arreglar sus deseos, no siempre arreglan su autoridad. El orgullo, que casi es inseparable del favor, y de la privanza, es un veneno penetrante, y sutil, que insensiblemente se introduce en el alma de los Grandes; y aun aquellos mismos, que no eran ambiciosos en una condicion mediana, llegan algunas veces á ser insolentes, quando se hallan en una mayor elevacion. Mas la admirable *Julia Lucina* no se dejó deslumbrar del esplendor de las dignidades del siglo. Quanto mas elevada se vió, tanto se mostró mas modesta. Conocía muy bien el fondo de la vanidad, y llena de aquellas juiciosas reflexiones, que fortalecen el espíritu contra las falsas opiniones del Mundo, *¿qué es lo que hacemos* (decia un dia) *y qué es lo que pretendemos con nuestro orgullo? Todas nuestras dignidades caeran bien presto con nosotros; la muerte confundirá á las cenizas de las personas que brillan en la Corte, con las de aquellas que están ocultas en la obscuridad del retiro; y*

*toda la diferencia consiste en algunos titulos mas, ó menos en los Epitaphios de nuestros sepulcros.* Era todo su estudio el emplear utilmente su favor, y valimiento; y se puede decir de ella, que habiendo tenido, segun el Mundo, motivos, y muchas veces ocasiones favorables de resentirse de las injusticias que se le havian hecho, sacrificó siempre sus resentimientos, y jamás quiso perjudicar, ni aun á aquellos que podia tener por sus enemigos, ó por mejor decir, á sus envidiosos.

¿Y cómo havia de haver querido ofender á ninguno, aquella cuyo caracter proprio era el ser bienhechora, y la que (para servirme de los terminos de un célebre Romano (a)) no tanto parecia una Señora mortal como una Divinidad favorable á todos los desgraciados? Ella sabia muy bien, que los que tienen entrada para con los Reyes deben, segun su poder, presentarles las súplicas, y las lagrimas de sus vasallos, como hacen los Angeles de paz, que llevan ante el trono de Dios los votos de los Jultos, y los incienso de sus Sacrificios. Sabia, que los Grandes son tanto mas las imagenes de Dios, quantos mas medios tienen de hacer bien; y que parece no haver nacido sino para exercer la caridad. Sabia, en fin, que se necesita la intercesion, y el favor en la Corte, donde las injusticias son mas frecuentes, que los beneficios; donde se desprecia á los abandonados de la fortuna; donde toda la envidia asalta á los Poderosos, y ninguna compasion alcanza á los debiles; y donde se cree hacerles alguna gracia á los miserables, quando no se acaba de oprimirlos.

Que-

(a) Valer. Max. lib. 4. cap. 8.

Queria mas emplear su reputacion por los intereses de los otros, que servirse de ella para los suyos propios. Ni el temor de hacer á algunos ingratos, ni el disgusto de haverlos hallado pudieron impedirle jamás el hacer bien. Y así, si era necesario apoyar alguna pretension justa, y razonable, dir á conocer un merito oculto, obtener una gracia dudosa, dir á conocer una fidelidad; que se havia hecho sospechosa, apreciar un servicio conocido, minorar una falta temible, dar un consejo saludable, y procurar un pequeño establecimiento; siempre estaba pronto á ejecutarlo; semejante á aquellos rios, que corriendo con imperio, y magestad, riegan las tierras estériles, y seras, y recogiendo las aguas, que se perdian en los campos, van á pagar al mar su tributo; y el de los arroyuelos, de que se han aumentado.

Su modo de hacer bien era siempre mas estimable que el mismo beneficio. Oia sin enfadarse, hasta á los importunos; y aun quando para con ella saliesen negadas las pretensiones, siempre iban acompañadas de gracias. Su prudencia la hacia elegir los momentos favorables para pedir; y yo digo de ella, lo que el Sabio dixo de la Mujer fuerte; que una Ley de dulzura gobernaba su lengua, y un espíritu de prudencia, y de discernimiento arreglaba todas sus palabras: *Os suum apravit sapientia, & lex clementia in lingua eius.* (a) Y así, quando Dios la sacó de este Mundo, donde la havia hecho tan util, y donde su memoria está en bendicion, en un tiempo en que cada uno juzga de su proximo con libertad, en que cada uno se forma un diseño de las buenas y

(a) Proverb. c. 31. v. 26.

malas qualidades de los que mueren; y en que volviendo á delinear cada uno en su imaginacion los motivos que tiene de congratularse, ó de quejarse de ellos, segun sus pasiones, hace su epitaphio á su mort; ¡Qué de sentimientos sinceros! ¡Qué de elogios nada sospechosos! ¡Qué de testimonios publicos de estimacion, y de reconocimiento no ha recibido! Aquellos, cuyas pretensiones, ó cuyas quejas ha presentado ante el trono, ofrecen por ella todos los dias, y por todas partes los sacrificios de sus lagrimas, ó de sus oraciones. Las familias, que ha socorrido, y que la debian el reposo, que ahora gozan, ruegan incessantemente por su descanso eterno delante de Dios. Las Ciudades mas numerosas se juntan para hacerla con magnificencia sus debidas pompas funerales. Las Provincias, que en otro tiempo edificó por su piedad, y socorrió con las limosnas que expendió en ellas, resuenan del rumor de sus alabanzas. Los Sacerdotes ofrecen por ella el Sacrificio de Jesu-Christo sobre los Altares, y los pobres que ha socorrido, piden á Dios por ella misericordia.

¡Huvierais creído vosotras, Señoras mias; vosotras que haveis conocido los peligros del mundo desde vuestra infancia, y que haveis temido su corrupcion; huvierais vosotras creído, que se pudiese hacer un tan buen uso de él, y que se pudiesen sacar los medios de su salvacion de este esplendor, y de esta abundancia, que son tan de ordinario ocasiones de desgracia, y de ruina para las almas? No obstante, no creais tampoco, que para consolar, ó para aliviar vuestro dolor, quiera yo exagerar la virtud de aquella que tan amargamente llorais, y justificar á un mismo tiempo á ella, y al mundo. No quiera Dios que yo busque materias con que elogiarla á costa de la verdad, y que por una falsa complacencia pro-

cure acomodar el espíritu del siglo, y el espíritu de Jesu-Christo contra las reglas del Evangelio.

Yo bien sé que su vida ha sido arreglada: pero puede ella haver permanecido bastante pura, bastante desprendida, y bastante christiana? Dios la ha librado de los grandes desordenes, que casi son inseparables del favor, y de la fortuna, es verdad: pero evitó acaso aquellas fragilidades unidas á la naturaleza? aquellos deseos del siglo, de que habla San Pablo; aquellas consideraciones, y respetos humanos; aquellas intenciones medio buenas, y medio malas; aquellas cobardes condescendencias; aquella inutilidad de vida; y aquellos afectos tímidos, que cada uno tiene por su eterna salud? Eltuvo esenta de aquellos defectos inevitables en el Mundo, donde la concupiscencia domina las almas mas desinteresadas; donde los espíritus mas firmes se dejan arrastrar del exemplo, y de la costumbre; donde si uno no se pierde, á lo menos se extravía muchas veces; y si no le niega su corazón á Dios, á lo menos le reparte entre él, y las criaturas?

Que á ser así, por muchas virtudes, que hayamos observado en ella, quedaria yo receloso todavia. Pero fuera de que aquellos peligrosos años los pasó cerca de una Reyna tan Ilustre por su piedad, como por su nacimiento, que mas de ordinario se halla al pie de los Altares que sobre el Trono, y de la que se pueden aprender unas virtudes capaces de santificar la Corte misma: Yo considero que ella ha rescatado sus pecados por las limosnas, que secretamente ha derramado en el seno de los pobres, y que los ha satisfecho por una larga penitencia que ha sostenido con muchísima fortaleza, que es la tercera parte de este Discursus.

TER-

## TERCERA PARTE.

Si la Ilustre Duquesa, cuyas prosperidades acabamos de ver, huviese acabado sus dias en los placeres, y en la alegría del siglo; si deslumbrada del resplandor de su fortuna, huviese entrado en el horror, y en las tinieblas del sepulcro; si saliendo de los Palacios de los Reyes, se huviese hallado de improviso ante el Tribunal de Dios: á la verdad, Señoras, que no hablaria de su muerte sino con temblor; os excitaria á llorarla, y os diria, que debíais interrumpir este elogio fúnebre con vuestros suspiros, y con vuestras lagrimas.

Yo bien sé, que la Iglesia (que conoce el precio, y la eficacia de la Sangre de Jesu-Christo) no desespera jamás de la salud eterna de los que mueren en la fé, y en el uso de los Sacramentos; que Dios exerce quando quiere sus juicios de misericordia sobre sus escogidos; que tiene gracias vivas, y penetrantes, que consumen en poco tiempo toda la impureza, que el comercio de los hombres, y el ayre contagioso del Mundo dejan en el corazón; y que hay preciosos momentos de caridad, que valen por años de penitencia. Pero tambien sé, que es necesario haver sufrido con Jesu-Christo, para reynar con Jesu-Christo; que es preciso reconciliarse con Dios por la oracion, por las lagrimas, y por el retiro, quando se ha seguido al Mundo su enemigo. Sé, que la penitencia de aquellos que se dejan sorprehender en la hora de la muerte es sospechosa; que su tristeza muchas veces no es mas que un sentimiento de morir, y no un dolor de haver vivido mal; que su abatimiento proviene de la debilidad de la naturaleza, mas que del zelo de la caridad; y que sus suspiros mas son efectos de un temor

pl.<sup>o</sup>



puramente humano, que frutos de una sólida penitencia.

Pero yo doy gracias à Nuestro Señor Jesu-Christo de haverme librado de estos temores. Yo hablo con confianza de una muerte Christiana, preparada por ternedades sensibles, y que humillan, por una perfecta separacion de los placeres, y de los consuelos humanos, por una enfermedad cruel, y dolorosa, por una entera submission à la voluntad de Dios, y por una larga paciencia.

En otro tiempo los Sagrados Canones mandaban à los Penitentes permanecer muchos años en un estado de expiacion, antes de ser admitidos à la participacion de los sagrados Mysterios. Sacrificabanse à sí mismos, para tener parte en el sacrificio de Jesu-Christo. Quedabanse peñados à las puertas de los sagrados Templos, antes de atreverse à llegar al Santuario. Tenianse por demasiado felices de entrar en la alegría del Señor por las lagrimas, y por los sufrimientos, y de procurar aplacar su justicia, antes de gozar de sus favores. Pues lo que la Disciplina de la Iglesia havia establecido, la Providencia de Dios ha executado, Señoras, sobre vuestra virtuosa Hermana. El rompió los lazos que la prendian, y añicionaban al mundo, para atraerla à la Celestial Jerusalem. El la purificó por el exercicio de su paciencia, para que fuese digna de entrar en su gloria. El la humilló delante de los hombres, para elevarla bastasi, y por tres años de penitencia la dispuso à gozar de una eterna felicidad.

Y es representare yo aquí sus primeras enfermedades, sus fuerzas que cada dia se iban disminuyendo, yo no sé qué peso, que inmensamente la iba consumiendole, y una debilidad imprevida, que la embargaba en medio de sus mayores empleos. Os dije

yo, que mil veces recogió aquellas pocas fuerzas que la quedaban para cumplir con sus obligaciones ordinarias, que su corazon jamás se resistió del abatimiento de su cuerpo, que su zelo la sostuvo en los decamientos de la naturaleza, que sacrificó su salud, por debil, y consumida que estuviere, al honor de estar cerca de una gran Reyna, y que de quantos males sufría, jamás se quejó de otro que de la imposibilidad en que se hallaba de servirlo. Pero dejemos estas circunstancias que tienen un poco de mundo, y pasemos de estas virtudes civiles à las Christianas que ella ha practicado.

Su retiro fue el principio de su penitencia, y la violencia que se hizo apartandose de la Corte, donde el habito, los honores, las gracias, la inclinacion respetuosa, que tenia por el Principe, la tenían tan estrechamente aprisionada; esta violencia, digo, fue el primer sacrificio que ofreció à Dios. O! y qué difícil es reducirse à la soledad, quando se ha vivido largo tiempo en la Corte de los Reyes! Acostumbrados los ojos à ver la figura de este mundo que pasa, por la parte mas brillante, se retiran con facilidad, quando nada hallan que lisonjee su curiosidad, ó su codicia. Lleno el espíritu de magnificas ideas, y complaciendose en perderse en sus vastos pensamientos, se entristece luego que se halla encerrado en sí mismo, y reducido à un pequeño numero de objetos languidos, y que no le mueven sino debilmente. Acostumbrada el alma à ser agitada de grandes pasiones, que la excitán vivamente, ya no se deja herir de aquellas debiles, y ligeras impresiones que recibe en el retiro. De aquí proviene aquel apego que se tiene à esta vida, aunque inquieta, y trabajosa. Los que se quejan de ella todos los dias tan altamente, ya dan à entender por ultimo que les desagrada.

La paciencia es sostenida en ella por el deseo, y el deseo por la esperanza. Este es aquel encanto que llama el sabio: (a) Formase en ella un atractivo casi involuntario. Reconocese su servidumbre, y nada se teme tanto como la libertad: por dificultoso que sea vivir en ella, es insoportable el separarse. A vos solo, Dios mio, os toca quebrantar las cadenas de estos Esclavos, disipar el encanto que los deslumbró, y llenar de vuestras verdades adorables los espiritus, y los corazones á quienes el mundo, que vos habeis vencido, ocupa con sus vanidades.

Y ved aqui la gracia que Dios hizo á esta Ilustre difunta, cuya muerte lloramos nosotros. El la conduxo á la soledad, para hablarla al corazon en el secreto, y en el silencio. Salio del Egipto, y por desiertos secos, y esteriles, pasó á aquella dichosa tierra, por donde corre leche y miel. Consideró sus ultimos años como reliquias de una vida que havia dividido, y que ya no queria consagrar sino á Dios solo. Aquella imaginacion, en otro tiempo tan viva, no la representaba el mundo sino á lo lejos. Aquella memoria, que havia estado tan pronta, y tan presente, llegó á estar enteramente vacia de especies, y de imagenes del siglo; queriendo Dios por un triste, pero dichoso abatimiento, que no pensase mas que en él; que no se acordarse sino de él; y que no fuese sensible mas que para él solo.

Despues de esta separacion, brumada del peso de sus enfermedades, se aplicó á sufrir las christianamente; y aquella grandeza de alma que havia ostentado en todas las acciones de su vida, aun se mostró mayor en su paciencia. Acaso dirá alguno; que no sintió

aque-

(a) *Fascinatio mugacitatis. Sap. c. 14. v. 10.*

aquellos agudos dolores, que hacen mirar á la muerte como consuelo, y á la vida como suplicio; que su Cruz fue más molesta que pesada, y que aquella languidez, que la consumia insensiblemente, mas era una privacion de los placeres, que una pena efectiva; y dolor actual. Verdad es, que no sufrió aquellas crueles punzadas de dolor que pasan el cuerpo, que despedazan el alma, y agotan en un momento toda la constancia de un enfermo. Es verdad, que por la desconfianza que tenia de sus propias fuerzas havia pedido á Dios muchas veces, que la librase de esto, y que parecia haverla oido sus suplicas. Pero si su misericordia mitigó el rigor de su penitencia, su justicia aumentó la duracion, y no necesitó menos fortaleza, para sostener aquella larga prueba, que si huviera sido mas corta, y mas rigurosa.

En efecto, en los males violentos la naturaleza se reúne enteramente, y el corazon se arma de toda su constancia; sientese mucho menos en fuerza de sentir demasiado; y si se padece mucho, siempre hay el consuelo de esperar, que no durará largo tiempo. Pero las enfermedades de languidez, y descaimiento son tanto mas penosas, quanto menos se alcanza á ver el fin de ellas. Es necesario sufrir, así los males, como los remedios, que son tan molestos como los males mismos. La naturaleza cada dia se siente mas agoviada, las fuerzas se disminuyen á cada momento, y la paciencia se debilita tanto, como el que padece. Aqui es donde nosotros podemos aplicar á nuestra muger fuerte lo que Salomon dixo de la suya: (a) *Accinxit forti-*

tu-

(a) *Prov. 31. v. 17.*

*tudine lumbos suos*: Que reunió todas sus fuerzas para combatir aquella enemiga languidez, que incessantemente la estaba quitando alguna parte de sí misma, y que cada día tiraba algun golpe mortal á su pecho.

Y así pudo ser mas igual una paciencia de tres años? ¿Sacó jamás el dolor de su boca, ó de su corazón, no digo una queja amarga, ni una palabra de murmuración interior, pero ni aun un solo movimiento de impaciencia, ó una palabra de inquietud? ¿Se la hizo acaso su penitencia demasiado larga, ó demasiado rigurosa? ¿Creyó ella, que su cruz era demasiado pesada, ó demasiado acerba? Almas Santas, delante de quienes hablo, acostumbradas á llevar el yugo del Señor desde vuestros mas tiernos años; criadas á los pies de los Altarés, á la sombra de la Cruz de Jesu-Christo; consumadas en el exercicio de una penitencia austera; ¿Sufristis vosotras con mayor constancia, ni con mayor fé los trabajos, que Dios os embia? Pongo por testigos á vuestros corazones, y á vuestras conciencias. ¿Conservais vosotras mas religiosamente que ella, la paz interior en vuestros retiros, y en vuestras soledades? No, no. Quando la Providencia de Dios la separó del mundo, dejó los honores con tanta generosidad, como vosotras tuvisteis en huirlos. Saliendo del Palacio de Louvre, practicó virtudes, que no se aprenden; al parecer, y sino en los Claustros; y despues de haver cumplido con todas sus obligaciones en la Corte, sufrió, como vosotras sufris en vuestras celdas, sin murmurar, y sin quejarse.

¿Qué digo yo, Señoras? ¿sin quejarse? Me he de olvidar de lo que he visto, y de lo que he oido? Quiero decir, de aquellos suspiros que salian de lo profundo de su corazón, de aquella tristeza que cubria

su

su rostro; y de aquellas palabras mezcladas de dolor, y de temor? No temais, Señoras; no temais cosa que se oponga á su memoria, y á su virtud. Esta inquietud de que hablo, no era una decadencia de animo, ni falta de espíritu; era sí un zelo ardiente de penitencia. No era una señal de apego á la vida, sino dolor de haver tenido motivo de apegar-se á ella. Sentia el haver sido demasiado feliz, y no padecer bastante; y repasando en la amargura de su alma aquellos años que havia pasado en los honores, y en la gloria del siglo: *To no siento el morir* (decia) *lo que siento, y de lo que me quejo es de haver vivido con demasiada felicidad. Los trabajos que el Cielo me embia, no son proporcionados á las prosperidades que he recibido; y tengo mucho que sufrir, por no haver sufrido lo bastante.* Y despues de esto ganheláremos nosotros mortales, y pecadores; por una alegría que pasa, y que no deja mas que el pesar? Y tomaremos nosotros por objeto de nuestra ambicion esos honores, que deben ser algun dia motivos de tristeza, y de temor? Y llamaremos nosotros felicidad de nuestra vida á lo que es necesario dejar, á lo que es preciso aborrecer; y á lo que es indispensable satisfacer despues de nuestra muerte?

Perdonad, Señoras, esta especie de colera, y sentimientos porque lo que yo digo para confundir las personas del siglo, debe servir de consuelo, y haceros comprender que sois dichosas en haver renunciado las grandezas, y las prosperidades mundanas; y aun mucho mas felices, y dichosas de que vuestra Ilustre Hermana, despues de haver gozado todo su esplendor, ha reconocido tambien toda su miseria. Si por cierto; conoció muy bien, que havia en ellas yo no sé que malignidad, que muchas veces las hacen criminales, y siempre á lo menos peligrosas. Creyó que

era



era necesario emplear una parte de su vida en llorar aquella en que el Mundo havia tenido demasiada parte. Ya no pensó mas que en acabar su tiempo de penitencia, y ni aun siquiera quiso desear éltir menos enferma.

Padecer la enfermedad con paciencia; hallarse en indiferencia de la enfermedad, ó de la salud; no echar menos sus prosperidades pasadas; no desear, ni aun el verse libre de las enfermedades presentes: esta suspensión de deseos entre la vida, y la muerte, y esta voluntad sumisa á la de Dios, no son el carácter de una alma cristiana? Tristes, pero fieles testigos de sus últimos sentimientos, quantas veces no os dixo ella estas palabras: *Yo no hago votos, ni promesas por mi salud; yo solamente hago los que son dignos de Dios, y mas importantes para mí; yo lo que le pido es, que me salve, no que me cure.* ¡Oh! ¡y quan distante estaba de la flaqueza ordinaria de los que caen en enfermedades! Ellos siempre se lisongean con la esperanza de su salud: agoviados del dolor, y de la molestia, emplean toda la fuerza que les queda en hacer votos por su salud. Si no pueden levantar las manos, ni los ojos al Cielo, dirigen á lo menos sus suspiros. Está ya muerta una parte de ellos, y la otra desea vivir. Aun quando ellos apetezcan la inmortalidad, quisieran detener la muerte, que les conduce á ella; y acercandose al Cielo, á que aspiran, miran todavia, casi sin pensar en ello, á la tierra que dejan. ¡Tan natural es á todos los hombres el deseo de vivir! ¡Y tanto se teme, lo que tanto se desea!

Pero, nuestra peligrosa, enferma se consideró como una víctima destinada al Sacrificio. Ella vió venir el golpe, sin pedir que la librasen de él. No desecó el vivir, aunque hubiese vivido con tanto esplendor, y tanta dulzura: ni desecó el morir, aunque su vida lan-

gui-

guida, y enferma la sirviese de molestia. Abatida por sus males, y no por sus trizezas, no tenia mas deseo que cumplir la voluntad del Señor; ora la dilatase sus dias, para prolongar sus trabajos; ora aumentase sus dolores para consumir su penitencia.

La Providencia de Dios Señoras, ha permitido que vosotras la hayais visto en este estado. Los que admiraban su confianza, perdieron la suya; los que la lloraban, y sentian, parecian ser ellos solos dignos de llorarse. Fue la compasion mas cruel que el mismo dolor; y los que veian el mal, elaban mas tristes, y mas inmutados, que la misma que lo padecia. De buena gana recogeria yo aqui todos los sentimientos tiernos, y generosos de su ilustre Esposo. Yo os renovaria la memoria de aquella afliccion tan cristiana; de aquellas suplicas tan eficaces, de aquellas exhortaciones tan vivas, y tan piadosas, de aquella tristeza tan sabia, y al mismo tiempo tan fuerte, y de aquella caridad sensible, que segun los términos de la Esposa en los Cantares, (a) hace en nosotros las mismas impresiones que la muerte. Pero será razon enterrecer por el dolor de los que viven á las que estais tan sentidas de la perdida, que hayeis padecido?

Retirémos todavia un poco (si podemos) estas funestas ideas de la muerte: dejemos de pensar en nuestra Heroína; por admirar la ternura, y la piedad de su ilustre hija. Nosotros la hemos visto dos años enteros en todos los oficios de la caridad. Tan presto empleaba sus piadosas manos en el alivio de la enferma, tan presto las levantaba ácia el Cielo para pedir á Dios por su salud. Ya junto á su cama,

(a) *Fortis est ut moer dilectio.* Cant. c. 8. v. 6.

dónde sacrificaba toda su alegría; ya postrada á los pies de los Altares, donde ofrecia á Dios todos sus trabajos, se dividia entre sus cuidados, y sus oraciones, en una edad en que las obligaciones domésticas se tienen por una violencia, y en la que parece que no se debe vivir sino para sí; en un siglo en que la disciplina de las costumbres está relajada, en que los enlaces de la sangre, y de la naturaleza ya casi no estrechan los corazones, y en que no ha quedado de la antigua piedad sino lo preciso para la decencia. Quiera Dios, y la naturaleza bolverla lo que ella ha hecho por el uno, y lo que ha executado por la otra; y darta unos hijos, que sostengan la gloria de su nacimiento, ó (por mejor decir) que se la parezcan, y que tengan para con ella aquellos sentimientos tiernos, y respetuosos, que conservó por su incomparable Madre hasta la muerte.

Pero, ¡Ay de mí! Yo pronuncio, sin querer, esta funesta palabra! Y por más que quiera hacer alguna digresion, vuelvo luego contra mi voluntad á este cruel objeto de mi discurso. Contengamos nuestras lágrimas; que esto mas sería oponerme á la memoria de esta Mujer fuerte, que mostrar flaqueza. Hablemos, pues, de su muerte, si puede ser, con tanta confiancia como ella ha muerto.

¿Quién hay, que no tiemble á solo el nombre de la muerte? ¿Que no se apodere de horror, y de temor á vista de la muerte de otro, y á sola la memoria de la suya propia? Ya sea por una preocupacion de espíritu, que nos hace mirar el fin de nuestra vida como la mayor de todas nuestras desgracias; sea por una Providencia de Dios, que quiere que el hombre resentia la amargura de las enfermedades, y de la muerte, despues que ha perdido por su pecado el placer de vivir sano, y de ser inmortál; ó sea en fin por

por un julto, pero terrible juicio de Dios, que deja algunas veces en los terrores de la muerte á los que han pasado su vida en los placeres, y en la delicadeza; y que abandona á su temor, y á su dolor á los que se han abandonado á sus deseos, y á sus desordenadas pasiones. Entonces se asultan al ver un Confesor, como si este no viniese sino á pronunciar sentencias de muerte. Diferense los ultimos Sacramentos, como si fuesen unos Mysterios, y señales de mal agüero. Desprecianse los votos, y las oraciones, que ha instituido la Iglesia para los moribundos, como si aquellos fuesen votos matadores, y estas oraciones homicidas. La Cruz de Jesu-Christo, que debe ser un motivo de confianza, viene á ser para estos espíritus cobardes un objeto de terror; y por unica disposicion á la muerte no tienen mas que el temor, ó la pena de morir. ¡Oh! ¿Qué funestos respetos! ¿Y qué tanto tan peligroso, y criminal no tienen para con ellos! Lejos de hacerles ver su perdida infalible, apenas les advierten el peligro en que se hallan; y aun quando ya se están muriendo, casi no se atreven á decirles, que son mortales. ¡Cruel compasion, que los pierde por temor de asustarlos! Temor funesto, que los hace insensibles á su eterna salud!

La muerte de nuestra Ilustre Duquesa no ha sido una de aquellas muertes imprevistas, ó disimuladas. Ella la vió muchas veces en su mas terrible aparato sin commoverse. Ella la sintió sobre sí misma sin alterarse. Aquella languidez, aquellos abatimientos, aquellas diminuciones de vida (que Tertuliano llama porciones de la muerte) ¿no la hacian porbase para en adelante? ¿No la servian aquellas recaídas, y aquellas frecuentes agonias como de un ensayo para bien morir? La mano de Dios, que dá la vida, y la muerte, que conduce hasta la puerta del sepulcro,

ero, y que retira de él quando le place, parecia sacrificaria, y bolverla á resucitar muchas veces, para disponerla á su ultimo sacrificio. El desconsuelo de su familia, las exhortaciones, y los piadosos, y sinceros consejos de su Confesor: el Cuerpo, y la Sangre de Jesu-Christo recibido muchas veces, como Viatico, la Santa Uncion que se dá á los moribundos, admitida dos veces en menos de un año, y no eran advertencias que se la hacian, de que era preciso prepararse para la muerte? Aquellos ultimos remedios, que la Iglesia emplea por la salud eterna de los Fieles, no la hacian ver el extremo peligro de su enfermedad?

El valor que mostraba en el padecer hacia que se la hablase con resolucion de sus sufrimientos. Aquellos que mas se interesaban en su vida, se atrevian mas á anunciarla su muerte. No obstante la vileza acaso vosotros inmutar su rostro? Estuvieron alguna vez sus ojos menos serenos? Perdió por ventura algo de su tranquilidad ordinaria? Su voz fue menos firme, y constante hasta el fin? Verdad es que no la tuvo sino para hablar de Dios en sus ultimos dias. Y así, si la preguntaban sobre sus males; si la hacian algunas preguntas, mas necesarias para su alivio, que para su salvacion, ella se quedaba muda, y como insensible. Si la hablaban de las disposiciones para la muerte, recogia en su seno todo quanto la quedaba de fuerza, y de sentimiento para dar razon de los impulsos, y movimientos de su alma; y no acordandose del mundo, solamente respondia á aquellos á quienes debia dar parte de su resignacion, y de su Fé.

Ya no me restaba sino bolver á tomar las palabras de mixto, y acabar por donde empecé. Porque ¿qué es lo que me resta que deciros Señoras? Si son exemplos que representaros, vuestra profesion os obliga bastantemente á una vida penitente: Si es la fragilidad

de las grandezas, y de los placeres del mundo, ya os he dicho que vosotras los habeis renunciado: Si os havia de exortar á moderar vuestro dolor, me acuerdo luego que vosotras no sois de aquellas almas paganas, que no teniendo esperanza sólida, tampoco tienen verdadero consuelo: Y pudiera ser que yo buscase en los discursos de los Philosophos, y en la persuasion de la sabiduria humana, lo que es necesario hollar en las fuentes puras de la verdad. Y así, es preciso que Jesu-Christo os hable por sí mismo, como en otra ocasion hablaba á dos hermanas ilustres por su piedad, por su retiro, por los exercicios de caridad, que havian practicado, y por una afliccion semejante á la vuestra: *El os dirá: Esa Hermana que llorais no está muerta. Todos los que creen, y viven en mí, no moriran jamás. (a) Vosotras, al parecer, la habeis perdido, ó á lo menos la habeis llorado. No obstante ella vive en mí, que soy la resurreccion, y la vida. ¿No creéis vosotras así?*

Si yo penetro hasta vuestros sentimientos, si atiendo á la voz de vuestro corazon, me parece que cada una de vosotras, animada de una fé viva; y de una esperanza sincera, bixta en lo que poseaban aquellas afligidas, y sumisas doncellas, y que respondies lo que una de ellas respondió: *Yo lo creo, Señor, yo lo creo.*

Por lo que toca á vosotros, Christianos, que aun estais apegados al mundo por vuestras pasiones, por vuestros deseos, y por vuestras esperanzas, bolved á entrar dentro de vosotros mismos; reconoced las ilusiones, y los engaños del Mundo; haced de modo, que esta muerte, que tanto os ha conmovido, os sir-

(a) Joan. c. 11. v. 25.



va de disposicion á la vuestira, ¡Pluguiese á Dios que esta illustre Difunta pudiese aun exhortaros por sí misma! Ella os diria sin duda: No lloreis por mí: Dios me ha sacado por su gracia de las miserias de una vida mortal: Llorad sobre vosotras mismas, que vivis aun en un siglo, donde se vé, donde se tolera, y donde se obra todos los días mucho malo: conoced en mí la fragilidad de las grandezas humanas: Porque: Que os coronen de flores; que os compongan guirnaldas; esas flores no serán buenas sino para secarse sobre vuestro sepulchro. Que vuestro nombre esté gravado en todas las obras, que la vanidad del espíritu puede hacer inmortales; ¡quanto os compadezco sino está escrito en el libro de la vida! Que los Reyes de la tierra os honren, de nada os sirve; lo que os importa solamente es, que Dios os reciba en sus Tabernáculos eternos. Que todas las lenguas de los hombres os alaben, de nada vale; ¡infelices de vosotras, si no alabais á Dios en el Cielo con sus Angeles! No perdais, pues, estos momentos de vida, que pueden valer os una eternidad bienaventurada. Tres años de enfermedad, tres años de penitencia no se dan á todo hombre. Aprovechemonos de estas instrucciones: bendigamos á Dios con ella, y procuremos hacernos dignos de las gracias, que él la ha hecho, y de la Gloria que la ha dado. *Amen.*

ORACION FUNEBRE  
DE MADAMA

MARIA DE WIGNEROD,

DUQUESA DE EGUILLON,

PAR DE FRANCIA,

PRONUNCIADA

EN LA IGLESIA DE LOS CARMELITAS

DE LA CALLE

DEL CAPON,

EL DIA 12. DE AGOSTO

DE 1675.

va de disposicion á la vuestira, ¡Pluguiese á Dios que esta illustre Difunta pudiese aun exhortaros por sí misma! Ella os diria sin duda: No lloreis por mí: Dios me ha sacado por su gracia de las miserias de una vida mortal: Llorad sobre vosotras mismas, que vivis aun en un siglo, donde se vé, donde se tolera, y donde se obra todos los días mucho malo: conoced en mí la fragilidad de las grandezas humanas: Porque: Que os coronen de flores; que os compongan guirnaldas; esas flores no serán buenas sino para secarse sobre vuestro sepulchro. Que vuestro nombre esté gravado en todas las obras, que la vanidad del espíritu puede hacer inmortales; ¡quanto os compadezco sino está escrito en el libro de la vida! Que los Reyes de la tierra os honren, de nada os sirve; lo que os importa solamente es, que Dios os reciba en sus Tabernáculos eternos. Que todas las lenguas de los hombres os alaben, de nada vale; ¡infelices de vosotras, si no alabais á Dios en el Cielo con sus Angeles! No perdais, pues, estos momentos de vida, que pueden valer os una eternidad bienaventurada. Tres años de enfermedad, tres años de penitencia no se dan á todo hombre. Aprovechemonos de estas instrucciones: bendigamos á Dios con ella, y procuremos hacernos dignos de las gracias, que él la ha hecho, y de la Gloria que la ha dado. *Amen.*

ORACION FUNEBRE  
DE MADAMA

MARIA DE WIGNEROD,

DUQUESA DE EGUILLON,

PAR DE FRANCIA,

PRONUNCIADA

EN LA IGLESIA DE LOS CARMELITAS

DE LA CALLE

DEL CAPON,

EL DIA 12. DE AGOSTO

DE 1675.

**ORACION**  
**FUNE BRE**  
**DE MADAMA LA DUQUESA**  
**DE EGUILLON,**  
**PAR DE FRANCIA.**

*Reliquum est... ut qui utuntur hoc mundo,  
 tanquam non utantur: praeiterit enim figu-  
 ra hujus mundi.*

Lo que importa es usar de este mundo como si no se usase de él, porque la figura de este mundo pasa luego. *De la Carta 1. á los Corintbios cap. 7. v. 29.*



UE es lo que aguardan de mí, Señores, y qual ha de ser oy día mi ministerio? Yo no vengo, ni á disimular las flaquezas, ni á lessosnear las grandezas humanas, ni á dar á las virtudes falsas alabanzas. ¡Infeliz de mí si yo interumpiese los sagrados Misterios con un elogio profano; si mezclase el espíritu del

del mundo con una ceremonia de Religion; y si atribuyese á la fuerza, ó á la prudencia de la carne lo que no se debe sino á la gracia de Jesu-Christo! Yo mas busco edificaros que agrádaros. Yo vengo á anunciaros con el Apostol, que todo se acaba; y hacer os presente la fatal necesidad de morir, para inspiraros una Santa resolucion de vivir bien.

Los tristes despojos de una Ilustre difunta, las lagrimas de los que la lloran, los Altares vestidos de luto, un Sacerdote que ofrece atentamente el Sacrificio que la Iglesia llama terrible, un Predicador que sobre el asunto de una sola muerte, va á describir la vanidad de todos los mortales, todo este aparato funebre, sin duda alguna que ya os ha enternecido. A vista de tantos objetos tristes, la naturaleza se halla como sorprendida, y asustada; espárese sobre todos los semblantes un ayre lugubre, y triste; y sea horror, sea compasion, ó sea flaqueza, todos los corazones se sienten conmovidos, y sintiendo cada uno la muerte del otro, y temiendo la suya propia, reconoce que el mundo nada tiene de solido, nada durable, y que no es sino una figura, y una figura que se desvanee.

Si, Señores, las mas tiernas amistades se acaban; los honores son titulos especiosos que el tiempo los borra; los placeres son unas diversiones que dejan un largo, y funesto pesar, las riquezas nos son arrebatadas por la violencia de los hombres, ó se nos buyen por su propia fragilidad; las grandezas caen por sí mismas, la gloria, y la reputacion se pierden en fin en los abismos de un eterno olvido. De este modo se desliza, y pasa corrien lo el torrente del mundo sin que sea posible el contenerlo. Todo lo acredita esta rapida serie de momentos, que pasan; y por esta continua revolucion llegamos, sin pensar en ello, á aquel pun-



to fatal, en que el tiempo se acaba, y comienza la eternidad.

¡Dichosa, pues, el alma cristiana, que siguiendo el precepto de Jesu-Christo no ama ni á este mundo, ni á todo quanto hay en él, que se sirve de él, como de medios, por un uso fiel, sin apegarse á él como á su fin por una pasión desordenada; que sabe alegrarse sin dissipacion, entristecerse sin abatimiento, desear sin inquietud, adquirir sin injusticia, poseer sin orgullo, y perder sin dolor! ¡Dichosa otra vez el alma que elevándose sobre sí misma, á pesar del cuerpo que la agrava, y remantándose hálla su origen, pasa sobre las cosas criadas, sin detenerse en ellas, y va á perderse felizmente en el seno de su Criador.

Ya tengo hecha, Señores, sin pensar en ello, bajo el nombre de una alma Christiana, la pintura, y retrato de la muy alta, y muy Poderosa Señora Maria de Walegood, Duquesa de Eguillon, Par de Francia; y creyendo daros solamente una instruccion, ya he concluido casi su elogio. Desengañada de las vanidades, y de las engañosas locuras del mundo; ocupada en dilucidar sus riquezas, sin afanarse por gozarlas; penetrada durante su vida de los tristes, pero saludables pensamientos de la muerte, por la misericordia del Señor libró su corazón de los afectos groseros, y de los malos usos del mundo.

Yo cito aquí, y llamo por testigos á las conciencias de los Grandes de la tierra, para que me digan qué fruto sacan de su Grandez? Ellos gozan del mundo, poniendo en él su afecto, en lugar de aprovecharse de él para su salvacion, menospreciándole; gustan de sus placeres, y no quieren conocer los peligros; hacen servir á su codicia los bienes que han recibido para exercitar la Caridad; entregan sus corazones á las vanas diluicias de una vida delicada, y ociosa. Y de

es-

este modo, sobervios en su elevacion, avaros en su abundancia, infelices, y desgraciados aun en el discurso mismo de sus prosperidades temporales, andan errantes de passion en passion, y llegan á ser por un secreto juicio de Dios, los juguetes de la fortuna, y de su propia codicia.

Pero gracias á Jesu-Christo que se hallan tambien almas fieles, que usan de la grandez con moderacion, de las riquezas con misericordia, y de la vida con un generoso desprecio: que se elevan á Dios por la Fé, que se comunican al proximo por la caridad, y que se purifican por la penitencia. Y este es el caracter de aquella, cuya muerte lloramos oy dia, y cuya memoria honramos al presente.

I. *Ella fue Grande para servir á Dios noblemente.*

Division. { II. *Rica para socorrer liberalmente á los pobres de Jesu-Christo.*  
 III. *Viuda para disponerse seriamente á una buena muerte.*

Ved aqui todo el asunto de este Discurso. *Poned, señor, sobre mis labios aquel selo, y guarda de circunspeccion, y de prudencia, que en otro tiempo os pedia el Rey Profeta: (a) y no permitas, que se introduzca, y deslice nada de profano, nada de baxo en un elogio, que pronuncio delante de vuestros Altares, y que no debo fundar siso sobre vuestras verdades Evangelicas.*

(a) Psalm. 140. v. 3. *Domine Deus, Dominus Deus Sabaoth. Tom. 4.*

## PRIMERA PARTE.

A Partese, pues, de esta Cathedra aquel arte que alaba vanamente à los hombres por las acciones de sus Antepasados, que se remonta ordinariamente à unas fuentes muchas veces incognitas, para lisonjear el orgullo de familias ambiciosas, y que se detiene en genealogías sin término, (a) como dice el Apostol, mas propia para satisfacer, una vana curiosidad, que para edificar una Fé sólida. Vosotros, Señores, sabéis muy bien, (y esto es bastante) que la noble Casa de *Wignerod*, originaria de Inglaterra, establecida en Francia en el Reynado de Carlos VII. se ha elevado al alto grado que ocupa en ella, por una larga serie de virtudes; y que ha merecido por sus señaladas victorias alcanzadas en mar, y tierra, perpetuos acrecentamientos de honor, y de gloria.

Vosotros sabéis tambien, que la casa de *plessis-Ribelleu*, no solo se ha mantenido en la nobleza de su origen por muchos siglos, sino que haviendola aumentado por sus gloriosos enlaces con las de los Príncipes, de los Reyes, y de los Emperadores, se halla en fin en el mas alto punto de Grandeza, à que las Personas del mas illustre nacimiento pueden llegar. Y qué diré yo despues de esto de nuestra virtuosa Duquesa, sino que ha conoblecido por su piedad estas familias de que descendia; y que reduciendo, y refiriendo el honor à su verdadero principio, reconoció que el glorioso nacimiento del Cristiano es el

-139- que

(a) Epist. 1. Timothy, c. 1, v. 4.

que le hace Hijo de Dios; que hay una pureza de costumbres, mucho mas apreciable que la de la sangre, y una nobleza espiritual, que consiste en ser conforme à la imagen de Jesu-Christo.

Estos sentimientos fueron gravados en su Espiritu luego que fue capaz de ellos; ¿pero quando no lo fue? La prudencia no aguardo en ella à la madurez de la edad. Tuvo buenas inclinaciones, concibió buenos designios, é hizo buenas obras casi à un mismo tiempo. Las virtudes parecia que se le havian inspirado antes de haverlas aprendido; y apenas su dichoso natural dejó que hacer à la educacion. De este modo previene Dios algunas veces à sus escogidos con anticipadas bendiciones, y preparando el mismo, por medio de dones naturales, los caminos de la gracia à que los destina, inclina sus primeras, y tiernas voluntades al bien, por secretas impresiones de su amor y de su temor, para conducirlos à los fines que su Providencia les ha señalado.

Así regala esta tierna planta de las aguas del Cielo, no tardó mucho tiempo en llevar fruto. Vieronse crecer en esta admirable Doncella tantas loables costumbres, luego que se las vio nacer; aquella piedad que la hizo acudir à Dios en todas sus necesidades; aquella modestia que la contuvo siempre en las leyes de una austera virtud, y de una exacta honestidad, y modestia; aquella prudencia que la hizo discernir lo verdadero de lo falso, y lo vil de lo precioso; aquella grandeza de alma que la sostuvo igualmente en la buena, y en la mala fortuna; aquella ternura, y aquella compasion con que miró todas las miserias que conocia; y aquella atencion perpetua que siempre tuvo de dar à los unos todo quanto les debia, y hacer à los otros todo el bien que pudo. Estas virtudes, que son los frutos de una larga ex-

péncia, y de una continua reflexion en las personas ordinarias, eran al parecer, el carácter, y el temperamento de esta.

El primer uso que hizo del mundo fue conocer su vanidad; y todo la advierte desde luego la fragilidad, y la inconstancia de las cosas humanas. Nace de una Madre (a) que puede servirle de exemplo, y guía en el camino de la salvacion; y una muerte precipitada, y repentina se la arrebató luego. Es llamada á la Corte por una gran Reyna, (b) para ser en ella uno de sus principales ornamentos; y una furiosa repentina tempestad, civil, y domestica, arroja aquella desgraciada Princesa, que la honraba con su estimacion, y benevolencia, á terminos estraños. Eligenla un Esposo (c) sacado del seno del favor, y de la fortuna; y este esposo en medio de un deseo de gloria que arrebató el valor de los Jovenes, halla bien presto una honrosa, pero triste muerte bajo las murallas de una rebelde Ciudad. Pero no busquemos sino en el Cielo la causa de estos funestos sucesos. Vos erais, Dios mio, quien para atraer ácia vos solo los desos, y los afectos de esta alma escogida, rompiais sus cadenas inmediatamente que se formaban, y mezclando en aquellas primeras dulzuras unas amargas saludables, acostumbrabais á no aficionarse sino á vuestra soberana Grandeza, y á vuestra inmutable verdad.

¡Mas para qué me detengo en estas circunstancias?

Nada digamos que no sea importante; y pasemos in-

mediatamente al menosprecio que hizo del mundo,

quando se vió en medio de sus vanidades. Havia en-

trado ya en la administracion de los negocios publi-

cos, si con honor de su casa, pero con grande interés

de la Francia, un hombre mas grande por su espíritu,

y por sus virtudes, que por sus Dignidades, y por su for-

tuna; siempre empleado, y siempre superior á sus empleos;

capaz de reglar lo presente, y de prever lo venidero;

de asegurar los buenos sucesos, y de reparar los ma-

los; vallo en sus proyectos, penetrante en sus conse-

jos, justo en sus elecciones, feliz en sus empre-

sas; y para decirlo todo en pocas palabras, lleno

de aquellos dones excelentes que Dios hace á ciertas

almas, que ha criado para el gobierno de otras, y

para hacer que se muevan aquellos resortes de que

se sirve su Providencia para elevar, ó para abatir, (segun

se sirva su Providencia para elevar, ó para abatir, (segun sus eternos Decretos) la fortuna de los Reyes, y de los Reynos.

Ya conocéis, que hablo del Cardenal de Richelieu. Acordaos de lo que hizo por su Señor, y de lo que su Señor hizo por él; los servicios que ha hecho, y las gracias, que ha recibido: Y aunque el merito fuese superior á las recompensas, no obstante, representaos en él solo todo quanto la Iglesia tiene de grande, todo quanto el siglo tiene de pomposo, y de magnifico; los bienes, los honores, las Dignidades, el credito, las preeminencias, y todo lo que ordinariamente se sigue al favor, y al reconocimiento de un Rey justo, y poderoso, quando recaen en un sujeto capaz, fiel, y necesario.

Unida, pues, la Grandeza de la Sobrina á la del Tio: ¿Qué os parece haria en este caso? especialmente quando todo lisonja su ambicion, tanto mas pedigroso quanto estaba acompañada de la hermosura, del agrado, y de la prudencia, y de todas las gracias



del cuerpo, y del espíritu, que mantienen el orgullo, y atraen la vana complacencia de los hombres; Pero no temáis, Señores; la Fé la descubre todos los lazos que la rodean. Llega à percibir por entre tantas apariencias engañosas el fondo de la malignidad del Mundo, y se prepara á dejarlo. Virgenes de Jesu-Christo delante de quienes hablo; si es que han quedado algunas entre vosotras, que hayan llevado la Cruz desde tan largo tiempo, y santamente envejecido bajo el yugo del Evangelio; vosotras lo habeis visto; y si no, lo habeis sabido, con qué alas de Paloma voló sobre el Carmelo para hacer en él, como vosotras á los pies de los Altares, una vida austera, y penitente, y para ocultar una importuna gloria, que la perseguía, bajo del mismo velo con que se la ha visto cubierta despues de su muerte.

Opusierose à su designio el poder, y la autoridad; y su delicada salud la quitó los medios de cumplirlo. ¿Pero con qué noble despecho volvió á tomar las cadenas, que à ella le parecia haver dejados? ¿Quantas veces acusó de cobardia á su obediencia, aunque forzada? ¿Quantas veces se reprehendió á sí misma la delicadeza de su complexion, como si esta huviese sido falta suya, y no de la naturaleza? ¿Quantas veces, en fin, volvió sus tristes ojos àcia el Altar de donde acababan de arrancarla, conservando en su razon su vocacion toda entera, y formando dentro de sí misma una soledad interior, y secreta, en donde el Mundo no pudiese turbarla? ¡Ah! ¡Ciega sabiduria, y prudencia de los hombres, que sobre ideas que inspiran la carne, y el sangre, emprendeis interrumpir el curso de las obras de Dios, ó por mejor decir: ¡Sábida Providencia de Dios, que por caminos desconocidos conducié á la execucion de vuestros designios la ciega sabiduria de los hombres! Basta que la vie-

ti-

sima se presentase delante del Altar. Su sacrificio fue agradable, aunque no fue aceptado. El que sondea los corazones, y vé vuestras voluntades en lo interior del alma, se contentó con este deseo que él mismo la havia inspirado, y no permitió que se dejase en un estrecho, y obscuro retiro á aquella, cuyos exemplos debian ser tan ilustres, y cuya caridad havia de estenderse hasta las extremidades de la tierra.

Por aqui podeis juzgar, Señores, de toda la serie de su vida. Yo no me detendré en hacer os aqui descripción de su conducta tan sabia, y tan regular en una edad en que el Mundo perdona algun ayre de vanidad; en un estado en que huviera podido softener por medio de su autoridad lo que pudiese haver hecho por imprudencia. No nos salgamos del sentido de mi texto; y reduzcamonos al uso que hizo del credito, y reputacion que tuvo en el Mundo.

Representaos, pues, vosotras, un Gran Ministro que sirve à un Gran Rey, y que ayudandole con sus cuidados, y con sus consejos, le descarga del enfadoso numero de negocios publicos, y particulares. El es quien recibe los votos, quien oye las quejas, quien examina las necesidades, quien pesa los servicios, quien decide los intereses, y quien poniendo al pie del Trono, como en un deposito sagrado, las suplicas, y las esperanzas de los Pueblos, les comunica despues aquellos Oraculos decisivos, que declaran la intencion del Principe, y forman el destino de los vasallos. Por esto todos le miran como á mediador por quien se distribuyen los beneficios, y las recompensas; cada uno acude á él, como al centro en donde rematan todas las líneas de su fortuna. ¿Pero quien puede asegurarse de hallar los momentos oportunos, y favorables de un hombre cargado de tantos cuidados, y de

pe 7

penetrar hasta esos Gavinetes casi inaccesibles, cuyas terribles puertas muchas veces no se abren aun á los mas importunos, ó á los mas felices, sin el socorro de alguna poderosa, y caritativa mano?

Pues en estas ocasiones empleaba nuestra Ilustre Duquesa aquel poder, que su espíritu, y su sabiduría la havian adquirido. No fue preciso hacer pobres, ni miserables para saciar su ambicion, ó su avaricia: Fue si necesario proteger á los debiles, y socorrer á los necesitados, para satisfacer su caridad. No retuvo las gracias que recibió; no estuvo tan cerca de su fuente, sino para hacer correr arroyos de ellas sobre los que tuvieron necesidad de su proteccion. Quando sabia que una familia estaba oprimida, animaba la justicia contra la opresion. Si hallaba algunas personas honradas, pero desconocidas, ó abandonadas, las procuraba empleos correspondientes á sus talentos. Si sucedian disensiones, y discordias, ella misma llevaba palabras de reconciliacion, y de paz. Quando llegaba á oír los gritos, y los gemidos de las Provincias, que la desgracia de los tiempos tenia alligadas, las obtenia por medio de sus fieles consejos, y por sus ardientes sollicitaciones, alivios, y socorros considerables.

¿Y qué mas os dice? El Ministro se aplicaba á los negocios de estado, y la dejaba el ministerio de sus liberalidades, y de sus limosnas. Y mientras el uno formaba en su espíritu los grandes desigios de abatir á los enemigos de la Francia; de forzar á los elementos para domar los rebeldes; de abrirse (á pesar del Invierno) un paso por medio de los Alpes, para ir á socorrer á los Aliados; mientras por estos medios preparaba una larga, y feliz materia de triunfos, la otra pensaba en los medios de soltener los Hospitales ruinosos, en fundar Misiones en el

Rey-

Reyno, y fuera de él, en formar Santas Congregaciones, para dispensar las caridades de los Fieles, y preparaba la materia de estos gloriosos establecimientos, que serán eternos monumentos de su piedad.

Bien pudierais aprovecharos de este exemplo, quantos no buscais en vuestra reputacion sino el placer de satisfaceros, y acaso la facilidad de obscurecer impunemente á los otros: Vosotros que no vivis sino para vosotros mismos, y que perded no solamente la caridad que cubre la multitud de los pecados, sino la amidad, y el afecto humano, que es el vinculo de la Sociedad Civil: Vosotros, en fin, á quienes las largas prosperidades os han infundido *unas entrañas crueles*, (segun la expresion de la Escritura (a)) y que lejos de aliviar á los miserables, acabais de oprimir á los que lo son! Perdonad, Señores, esta especie de indignacion, aunque tan justa, y bolvamos á nuestro asunto. Ya haveis visto como usa una alma predelinada de la Grandeza, y del poder: Oid ahora como usa de las riquezas.

## SEGUNDA PARTE.

EL Espíritu de Dios casi nunca habla de las riquezas, sino para infundirnos horror á ellas. Llamalas *tesoros de impiedad*, y ordinariamente las equivoca con los delitos: El las atribuye un caracter de reprobacion, que parece inevitable; y hace de ellas la materia de sus mas severos juicios. Advierte como

se

(a) *Viscera Impiorum crudelia.* Prov. 12.

se deben temer; manda menospreciarlas; aconseja desasirse de ellas, así porque endurecen el corazón, y le despedazan con aquellas inquietudes del siglo, que sofocan la semilla de la palabra de Dios, como porque fomentan el orgullo, la ambición, la delicadeza, y todos los demás desordenes del alma.

No obstante, el mismo Espíritu de Dios nos enseña, que nada es imposible á la gracia; que hay en ella un uso de misericordia, y de caridad, que santifica las riquezas; que estas son útiles al hombre sabio, y prudente; que son el medio de amontonar un tesoro de buenas obras; que se hallan multiplicadas, y mejoradas en el Cielo; y que Dios que las distribuye con una justicia enteramente Divina, las dá á unos para que sean el soplicio de sus pasiones, ya que son el instrumento de ellas; y á otros como un medio de edificar á la Iglesia por sus limosnas, y de perfeccionarse ellos mismos por el menosprecio de los bienes del Mundo.

Si es verdad, pues, que las riquezas entran en los designios de la misericordia de Dios sobre las almas nobles, y desinteresadas, renovad, Señores, esta favorable atención con que me honráis. Sabed que hablo de una especie de caridad viva, liberal, y universal, que sin cesar de hacer bien, jamás cree haver hecho bastante; que dá mucho, y siempre dá con alegría; que no siente que la pidan; que muchas veces previene el deseo, y jamás falta en la necesidad. Esta no es una idea de perfección que yo me imagino, es si una verdad que fundo sobre las acciones de aquella, cuyas exequias celebramos.

Bien pudiera representarosla en esas tristes moradas adonde se retiran la miseria, y la pobreza, en donde se presentan tantas imágenes de muertes, y diferentes enfermedades, recibiendo los suspiros de

unos,

unos, animando á otros á la paciencia, y dejando á todos abundantes frutos de su piedad. También pudiera pintarosla en esos lugares oscuros, y retirados, en donde la vergüenza tiene á tantas enfermedades, y á tantas necesidades ocultas, derramando oportunamente secretas bendiciones sobre familias desesperanzadas, que una santa curiosidad la hacía descubrir para aliviarlas. Yo quisiera mostraros aquel zelo con que animaba á las almas tibias, con que socorria al proximo en el tiempo de las calamidades publicas, y ayivaba la caridad en un siglo en que no solamente está resfriada, sino apagada casi enteramente. Este sería sin duda el asunto del Panegyrico de qualquier otro; y esta es la menor parte del suyo. Yo no tomo de sus virtudes, sino las extraordinarias, y elijo flores que arrojar sobre su sepulcro.

Ni tampoco revelo aquí tantas grandes acciones como ha procurado dejar ocultas. Yo venero (aun despues de su muerte) la humildad con que las ha occultado; dejolas bajo de los velos que corrió para encubrir las, y consiento en que se hayan perdido. ¿Pero qué digo, perdido? A los escogidos todo les es provechoso, y la caridad nada obra en vano. Ellas están escritas para toda una eternidad en el libro de la vida; y Dios que fue su principio, y el unico testigo de ellas, él mismo es tambien su recompensa. Publiquemos, pues, los exompos de su caridad, y sondeemos los mysterios.

¿Quién no sabe, Señores, que el establecimiento de un grande Hospital fundado en esta Capital del Reyno, que encierra en sí tanta grandeza, y al mismo tiempo tanta miseria, ha sido una de las mayores obras de este siglo? Preveíase su utilidad, y ya hacía largo tiempo que se conocia su importancia. Na-

di

die



dic podía discernir ya los pobres por necesidad, de los pobres por puro libertinage. No se sabia al dar la limosna, si se aliviaba la miseria, ó si se mantenía la ociosidad. Las quejas, y confusos murmullos de los pobres mas excitaban á indignacion, que á compasion. Veíanse tropas errantes de mendigos sin Religion, y sin disciplina; pedir limosna con mas obstinacion, que humildad; hurtar muchas veces lo que no podian alcanzar; atraer sobre ellos los ojos del publico, por medio de frigiditas enfermedades, y llegar hasta los pies de los Altares á turbar la devocion de los Fieles con la indiscreta relacion de sus necesidades, ó de sus dolores.

Conténtabáse con quejarse de estos desordenes, que se creían, no solamente difíciles, sino imposibles de corregir. Necesitábase mucha prudencia, y sabiduria para disponer los medios, mucha firmeza, y constancia para vencer los obstáculos, grandes haciendas para suministrar los fondos, y rentas; y una piedad aun mucho mas grande para establecer un orden, y una saluatable disciplina entre hombres, por la mayor parte desarreglados. ¿Y donde se hallaban estas qualidades, sino en sola la Duquesa de Eguillon? Ella fue el alma de esta empresa; ella animó á los unos, solicitó á los otros, y dió exemplo á todos. Ella unió el zelo de los particulares con la autoridad de los Magistrados, y nada omitió de lo que la pareció necesario para acabar lo que felizmente havia comenzado.

Durad sobre el fundamento sólido de las limosnas Christianas, vastos edificios de esta Santa Casa, en donde Dios, Criador de pobres, y ricos, es honrado con la paciencia de los unos, y con la caridad de los otros: durad, si puede ser, hasta el fin de los siglos, y sed eternos monumentos de los cultos

dados, y de las liberalidades de vuestra primera Bienhechora.

Pero mientras ella abría una mano para distribuir sus bienes en esta gran Ciudad, estendía la otra para asistir á las Provincias afligidas. Y si no, traed un momento á vuestra memoria la triste idea de las guerras, ya civiles, ya extrangeras, en que el Soldado recoge lo que el Labrador havia sembrado, y consume en poco tiempo no solamente los frutos de un año, sino la esperanza de otros muchos; en que las familias aterradas huyen de la presencia, y de la espada del enemigo; y creyendo evitar la muerte, caen en el hambre, y en la desesperacion, mas formidable que la muerte misma. Acordaos de aquellos años esteriles, en que (segun la expresion del Propheta) el Cielo fue de bronco, y la tierra de yerro. Las Madres morian sin socorro á la vista de sus Hijos, los Hijos entre los brazos de sus Madres, por falta de pan; y los Pueblos en el campo, y en las Ciudades no vivian sino á merced de algunos ricos, por lo comun interesados, que mas pensaban en aprovecharse de los males de otros, que en aliviarlos.

Perdonad, Señores, si yo vuelvo á poner delante de vuestros ojos tantos lastimosos objetos. Yo me he visto reducido, por elogiar á una persona caritativa, á representaros tanto numero de desgracias; y para referiros las diferentes obras de misericordia que hizo, sería preciso hacer os aquí la descripcion de todas las miserias humanas. ¿Qué hizo, pues, en tan urgentes ocasiones, sino lo que manda Jesu-Christo, y lo que aconseja en su Evangelio? Ella dió lo que tenia superfluo; ella vendió quanto poseía de precioso; y ella se privó de lo que otras hubieran tenido por necesario. Vanos pretextos de condicion, y estado, tímidos consejos de la prudencia de la carne; vosotros no tuvisteis

ninguna parte en ella. Animada de la caridad, à exemplo de aquellos generosos Christianos, que alaba San Pablo, auxilió á los pobres segun sus fuerzas, y aun mas allá. Llegó à ser miserable para consigo misma, por ser pródigo para con Jesu-Christo, y se atraxo las bendiciones que el Sabio promete á los que gustan de hacer bien, y distribuyen á los pobres su proprio pan.

Entonces fue quando su caridad, á manera de un rio nacido de una fuente de agua viva, y abundante, y aumentado con algunos arroyuelos extraños, salió de madre (digamoslo así) rompió sus diques, y se derramó sobre tantas tierras aridas. Pero hablemos sin figuras, Señores; entonces fue quando uniendo á estas limosnas las que havia solicitado, y recogido, distribuyó en esas desoladas Provincias un socorro de trescientas, ó quatrocientas mil libras. Havia aprendido en la Escritura, que los que tienen mucho están obligados á dar mucho; y que la medida de sus limosnas debe ser la de sus riquezas. Hallaba por vergonzoso, que la avaricia no tuviese límites; que el luxo se extendiese en infinitas superfluidades; y que no huviese sino una caridad económica, y apretada. Sabía, en fin, que los bienes de los ricos son un sagrado deposito que debe dispensarse con una fidelidad digna de Dios, segun la expresion del Apostol; esto es, con una liberalidad digna de su grandeza, y de su magnificencia divina.

A vista de este exemplar, ¿qué dirán aquellos para quienes todos son extraños, é indiferentes sino ellos mismos; y quienes como embriagados de su fortuna, abandonan á los demás á todos los accidentes de la suya? ¿Qué dirán los que se aquiescen con gastos superfluos, y se creen imposibilitados de ser caritativos, porque se han impuesto la necesidad de ser ambi-

ciosos, y de ser soberbios? ¿Qué dirán los que ven á Christianos exanimés, y medio muertos, sin socorrerlos; y vienen á ser los homicidas de aquellos mismos de quienes debieran ser Padres? Confesen su dureza, y alaben á lo menos la generosidad de esta muger Christiana, ya que no tengan valor para imitarla.

¿Y recorreré las sumas increíbles que distribuyó á los pobres en diversas ocasiones, y las fundaciones que ha hecho en diferentes lugares? Cansaría vuestra atencion, y mi memoria; si emprendiese referir todos los trabajos, y todas las varias formas de esta ingeniosa, é infatigable caridad. Contentome con decirlo, que el zelo de la fe siempre tuvo en ella la mejor parte; y que la conversion de las almas fue, así el motivo, como el fruto ordinario de sus limosnas. Si funda Hospitales, si junta misiones, es con el fin de que sean alimentados los pobres, y al mismo tiempo evangelizados. Si socorre en uno de nuestros Puertos á esos pobres Galeotes que pimen bajo del remo, y de la inhumanidad de un Comitre, quiere que se los instruya, y que se les enseñe á hacer de un suplicio forzado, una expiacion voluntaria de sus delitos. Si embia hasta el Africa Sacerdotes, como Angeles consoladores, á los Christianos esautivos, es para asegurarlos en la fe, y para inspirarles el deseo de la libertad de hijos de Dios, y hacerles conocer la pesadez de sus pecados mas dura que la de sus cadenas. De este modo hizo por medio de sus cuidados una noble distribucion, así del alimento para el cuerpo, como del pan de la palabra de Dios para el alma.

¿Que no pueda yo descubrirlos aquellos nobles movimientos de su corazon, que la impellan á emprenderlo todo por extender el Reyno de Jesu-Christo.







que, Señores, no vengo á justificar la criatura delante de su Criador; faltaria yo á la humildad de la una, y ofenderia la verdad del otro; yo bien sé que todo hombre es pecador; que hay una medida de Justicia superior, á que la condicion humana no puede llegar, que aun los buenos, y justos caen en infidelidades inevitables y no son perfectos, sino imperfectamente.) Si aun la restaba, digo, alguna mancha que purificar, ¡ojalá que sea expiada por la sangre de Jesu-Christo! Quiera Dios que aquellos nuevos fieles de los mundos barbaros á la primera noticia de la muerte de su bienhechora, presenten al Soberano Juez tantas limosnas como ella les ha hecho: que le dirijan por su alma aquellas Oraciones que todavia tienen todo su fervor, y que el tiempo, y la relaxacion no han podido aun resírír: que se alabe su caridad en sus Congregaciones: que cada Martyr que derrama allí su sangre ofrezca una parte por ella; y que se celebre tantas veces el Santo Sacrificio de la Misa, como ha fundado Capillas, y erigido Altares á sus expensas. Vosotros, Señores, estais sin duda persuadidos del buen uso que hizo de la Grandeza, y de sus riquezas. ¡Qué me resta, pues, sino mostraros en pocas palabras, como usó de su vida para llegar á tener una dichosa muerte?

### TERCERA PARTE.

UNO de los mas importantes, y mas utiles consejos que dá Dios en la Escritura (y vosotros, Señores, sabéis muy bien que propriamente le pertenece á Dios el aconsejar, *a*) porque todo lo que piensa es sabi-

(a) *Magnum est consilium.* Prov. 8. v. 14.

hiduria, y todo lo que dice es verdad) uno, pues, de los mas utiles consejos que Dios da á los hombres, es que piensen frequentemente en su ultima hora, y arreglen toda su vida sobre el momento que la ha de acabar, para que se desprendan por Religion de lo que deben dejar por necesidad, y provean en el poco tiempo que estan en este mundo en lo que deben ser eternamente. Este pensamiento fue el que ocupó el espíritu de nuestra Duquesa, y la obligó á reconocer su nada, á humillarse á vista de sus pecados, á aficionarse á Dios solo, á temer sus Juicios, á arrojarle en los brazos de su Providencia, y á esperar en sus misericordias. Ved aqui la disposicion general de su corazon: ved aqui el origen fecundo de tantas obras de justicia, y de caridad como practicó; en una palabra, ved aqui sus preparaciones para bien morir.

Retróse, pues, de la Corte luego que tuvo la libertad de salir de ella; su penitencia no fue ni tardía, ni forzada: provino del fervor de su caridad, y no de la flaqueza de su edad. En sus mas floridos dias, y lejos del sepulcro comenzó aquel sacrificio de si misma que acaba de consumir, y murió largamente á sus pasiones antes de perder la vida del cuerpo. ¡Ay de vosotros, que no mirais al Cielo sino despues que el mundo ha dejado de miraros, y que no dais al cuidado de vuestra salvacion sino esos dias de la vejez, que (aunque con sentimiento vuestro) ya no sirven para la vanidad. ¡Mugeres mundanas, que en un retiro de decencia, y de estado, cubriendo lo restante de vuestras pasiones con un velo de devocion exterior, no ponis entre vuestros pecados, y vuestra muerte mas que el intervalo de algunos suspiros arrojados por el temor de los juicios cercanos, y no buscáis á Dios sino quando está dispuesto á daros el golpe fatal de la muerte, según la expresion de la

Escritura! (a) Temblad delante de él, y pedidle, que fortalezca tanto vuestra fé, y vuestra caridad, quanto habeis despreciado vuestra penitencia.

Pero nosotros, Señores, no tenemos este motivo de temor: Yo hablo de una alma penitente, que miró desde lejos el día del Señor, y se preparó á él por la soledad, y por la oración. Yo veo esos Altares, en donde tantas veces quemó el incienso de sus oraciones, en donde consagró tantos despojos como alcanzó del mundo, en donde se bolvió á encender su fervor todas las veces que el comercio del siglo lo havia entibiado, aunque poco. Yo veo por entre esas rejas ese coro en donde tantas veces cantó los Canticos de Sion; esos Oratorios en donde lloró sus pecados, y pasó tantos días, y tantas noches en la contemplacion de las cosas celestiales; ese claustro en donde derramó el olor de tantas virtudes, que aun están en él como vivas; y para decirlo todo de una vez, ese Monasterio, que ha sostenido con sus liberalidades, que ha frecuentado por sus retiros, y que ha edificado con sus ejemplos.

Esposas de Jesu Christo que me ois, interumpid mi discurso si descubris en él alabanzas excesivas; y dejad arrebatar del zelo de la verdad. Vosotras conociais sin duda el corazon de vuestra segunda Fundadora; y casi estoy por decir, de vuestra Hermana: porque fue para vosotras uno, y otro, y la gracia juntó en ella la Grandeza de una Duquesa, y la humildad de una Religiosa. Vosotras conociais la pureza de sus intenciones, el ardor de su zelo, la grandeza de su animo

(a) *Cum occideret eos, querebant eum.* Psalm. 77. v. 34.

mo, la extension de su caridad; y vosotras guardais en lo interior del alma una pintura suya, y un retrato, que todos los rasgos de la eloquencia no podrán jamas hacerle igual.

En efecto, Señores, ¿Quién podrá decir con qué disgusto poseyó todos los bienes que el mundo aprecia, y estima? Con qué sumision empleó su voluntad luego que la de Dios se la dió á conocer? Con qué fidelidad se aprovechó de las ocasiones de trabajar en su salvacion, y en la de los otros? Con qué constancia sufrió las pérdidas, las aflicciones, y las desgracias, compañeras inseparables de las grandes fortunas? Yo solamente me detengo en estas ultimas palabras, pero ¿y por qué he de perder yo aqui la ocasion de mostraros la nada de las grandezas humanas?

Considerad el estado de un hombre que tiene la mejor parte en el favor, y en el manejo de los negocios. Por sabio, y por absoluto que sea ¿qué agitaciones, qué rebeses no padece! Los que le admiran, quisieran estar en su lugar, los que le temen, quisieran quitarle de él. Sus virtudes hacen envidiosos; sus beneficios forman ingratos. Ya que no se pueda arruinar su poder, se acomete á lo menos á su reputacion. Los que castiga, se quejan de que los persiguen: los que son desgraciados, imaginan verse oprimidos. Imputanseles los malos sucesos; y de todas las miserias publicas se les hacen delitos particulares. De aqui provienen las murmuraciones, las quejas, las calumnias, y las conspiraciones. De este modo templa Dios las prosperidades de los Poderosos con penas casi inevitables, y los expone á los envenenados tiros de la envidia, porque no se entreguen á la ambicion, y al orgullo.

Sus amigos, y sus parientes suelen participar de las mismas desgracias: y en estas ocasiones se sirve á nuestra muger fuerte de todo su valor. Quando la

fue mas facil vengarse, perdonó mas christianamente, Cansó à la injusticia con su paciencia, Sufrió con humildad, y con dulzura las mas crueles tribulaciones de la vida; y siempre igual, siempre magnanima, conservó la paz de su corazon, con los que la declararon la guerra. En estas virtudes exercitaba su alma para llegar à la perfeccion à que Dios la llamaba; y este buen uso de los bienes, y de los males, que insensiblemente la desprendia de la vida, la conducia al descanso de una dichosa muerte.

¡De una dichosa muerte! Ved aqui un triste passage de este discurso, que buelve à renovar vuestro dolor. Pues qué tantos tesoros estaban encerrados en un vaso de barro, y todo quanto he dicho de esta gran Muger es posible que ha de acabarse con decir, que ya no es mas? Si Señores; pero no porque la hemos perdido, dejemos de adorar la mano que noy la ha quitado; y recojamos los ultimos preciosos instantes de una vida, que nunca fue de mayor edificacion, que quando Dios quiso que terminase su carrera. Tal es la dichosa condicion de los justos. Al acercarse la muerte, sienten multiplicados aumentos de fervor, y de fortaleza. El alma se refuerza en sí misma, y à cada momento la parece ver, que se le abren las puertas de la eternidad. Las nubes, que forman las pasiones, se disipan; y los velos que cubren la verdad insensiblemente se levantan. Avivanse los deseos al paso que se van acercando al goze del Soberano bien; y la caridad se consume por estos últimos movimientos de la gracia, que va como à perdersse en los abismos de la Gloria.

Estas fueron, Señores, las disposiciones interiores de esta Muger heroica; ó por mejor decir, estos fueron los últimos esfuerzos que la gracia de Jesu Christo hizo en ella. Dios (que dispensa los bienes, y los males, segun las fuerzas, ó las flaquezas de los hombres) probó

con largas enfermedades su resignacion, y su paciencia; pero por pesada que fuese su cruz, la llevó, y no se sintió brumada de ella. Vióse la sufrir, pero no se le oyó quejar. Hizo votos por su salvacion, y no los hizo por su salud. Tan pronta à vivir para acabar su penitencia, como dispuesta à morir por consumir su Sacrificio. Suspirando por el reposo de la Patria, sufriendo pacientemente las penas de su destierro; entre el dolor, y la alegría, entre la posesion, y la esperanza; conservandose toda entera para su Criador, aguardó todo quanto podia suceder, y no deseó sino lo que Dios quisiese hacer de ella.

Pero ¿y qual fue su fervor, y su zelo quando sintió la muerte cercana? Todas sus palabras fueron otros tantos sentimientos de piedad. Quantos suspiros dió, fueron otros tantos impulsos de penitencia. Arroja á los pies de su Juez, y se acusa como reo: postrase delante de su Salvador, y le pide que use con ella de misericordia. Vosotras lo sabeis bien, fieles testigos de sus últimos sentimientos. Las imagenes de todas sus obras pasadas bolvieron en aquel ultimo tiempo à su espiritu para ser examinadas en la amargura de su corazon, segun las reglas mas severas de la verdad, y de la justicia. Entonces detramó su alma delante de Dios, antes que compareciese delante de su tribunal formidable. Entonces desprendida de todo afecto mundano, empleó las pocas fuerzas que tenia para bolver àcia Jesu-Christo Crucificado aquellos ojos que ya havia cerrado para el Mundo. Entonces, exercitandose en la mas viva fé, en la mas firme esperanza, en la mas ardiente caridad, y en la mas humilde penitencia, ya con palabras tiernas, ya en un profundo silencio, bolvió à poner su alma en las manos de su Criador. ¡Momento fatal para tantos pobres de quienes era Madre, y Protectora! Momento feliz para ella,



ella, que entraba en la posesion de la eternidad! Momento triste, pero util para nosotros, si aprendemos á vivir, y morir como ella!

Mas ¡ay de mí, nosotros vivimos sin reflexion! Al vernos fomentar nuestros deseos, estenderlos tanto, y hacer tan largos proyectos de fortuna: ¿Quién no diría, que nos tenemos por inmortales? No obstante, este pequeño número de días desgraciados, que compone la duracion de nuestra vida, insensiblemente se pasa. Cada instante nos arrebatá una parte de nosotros mismos. Nosotros llegamos al termino que nos está señalado; deshacese el encanto; y todo quanto nos encanta se desvanece con nosotros. La vanidad podria hacernos conocer la fragilidad de los bienes del mundo, por la fragilidad de nuestra vida que los acaba; pero el amor propio nos hace considerar á esta vida sin limites por el temor de ponerlos á las cosas que amamos. De este modo nuestra imaginacion, y nuestra vanidad duran mas que nosotros. No tenemos mas de un momento de vida, y siempre tenemos esperanzas de muchos años. Pero bolvamos, bolvamos á las palabras de mi texto; pensemos en que la figura de este mundo luego pasa. No lloremos mas la perdida de aquella, que ha hecho de él un tan buen uso; imitemos si sus exemplos para que podamos, como ella, vivir, y morir en Jesu-Christo, que vive, y reyna por los siglos de los siglos.

## ORACION FUNEBRE

DEL MUY ALTO,

Y MUY PODEROSO PRINCIPE

*HENRIQUE*

DE LA TORRE DE AUVERNIA,

VIZCONDE DE TURENA,

MARISCAL GENERAL DE LOS CAMPOS,

*T EXERCITOS DEL REY,*

CORONEL GENERAL

DE LA CABALLERIA LIGERA,

Y GOBERNADOR

DEL LIMOSIN ALTO, Y BAJO.

PRONUNCIADA EN

Paris en la Iglesia de San Eus-

taquio el día 10. de Enero

de 1676.

ella, que entraba en la posesion de la eternidad! Momento triste, pero util para nosotros, si aprendemos á vivir, y morir como ella!

Mas ¡ay de mí, nosotros vivimos sin reflexion! Al vernos fomentar nuestros deseos, estenderlos tanto, y hacer tan largos proyectos de fortuna: ¿Quién no diría, que nos tenemos por inmortales? No obstante, este pequeño número de días desgraciados, que compone la duracion de nuestra vida, insensiblemente se pasa. Cada instante nos arrebatá una parte de nosotros mismos. Nosotros llegamos al termino que nos está señalado; deshacese el encanto; y todo quanto nos encanta se desvanece con nosotros. La vanidad podria hacernos conocer la fragilidad de los bienes del mundo, por la fragilidad de nuestra vida que los acaba; pero el amor propio nos hace considerar á esta vida sin limites por el temor de ponerlos á las cosas que amamos. De este modo nuestra imaginacion, y nuestra vanidad duran mas que nosotros. No tenemos mas de un momento de vida, y siempre tenemos esperanzas de muchos años. Pero bolvamos, bolvamos á las palabras de mi texto; pensemos en que la figura de este mundo luego pasa. No lloremos mas la perdida de aquella, que ha hecho de él un tan buen uso; imitemos si sus exemplos para que podamos, como ella, vivir, y morir en Jesu-Christo, que vive, y reyna por los siglos de los siglos.

## ORACION FUNEBRE

DEL MUY ALTO,

Y MUY PODEROSO PRINCIPE

*HENRIQUE*

DE LA TORRE DE AUVERNIA,

VIZCONDE DE TURENA,

MARISCAL GENERAL DE LOS CAMPOS,

*T EXERCITOS DEL REY,*

CORONEL GENERAL

DE LA CABALLERIA LIGERA,

Y GOBERNADOR

DEL LIMOSIN ALTO, Y BAJO.

PRONUNCIADA EN

Paris en la Iglesia de San Eus-

taquio el día 10. de Enero

de 1676.

## ORACION FUNEBRE

## DEL SEÑOR DE TURENA.

*Flexerunt cum omnis populus Israel planc-  
tu magno, & lugebant dies multos, &  
dixerunt: Quomodo cecidit potens, qui  
salvum faciebat populum Israël! 1. Ma-  
chab. 9. v. 20. & 21.*

Todo el Pueblo le lloró amargamente;  
y despues de haver llorado por muchos  
dias, exclamaron: ¡Cómo ha muerto  
este hombre poderoso, que salvaba al  
Pueblo de Israël!



O puedo daros, Señores, desde el  
principio una idea mas alta del tris-  
te asunto de que voy á hablaros, que  
valiendome de aquellos terminos no-  
bles, y expresivos de que se sirve  
la Santa Escritura (a) para alabar la  
vida, y llorar la muerte del pru-  
dente, y valeroso Machabeo. Este hombre, que lle-

(a) 1. Machab. c. 3. 4. 5. &c.

vaba la gloria de su Nacion hasta las estremidades de  
la tierra; que servia de escudo impenetrable á su  
Ejercito, y forzaba al de los Enemigos con su espa-  
da; que daba á los Reyes confederados contra él  
mortales disgustos, y regocijaba á Jacob por sus vir-  
tudes, y por sus hazañas, cuya memoria debe ser  
eterna.

Este hombre, que defendia las Ciudades de Judá;  
que domaba el orgullo de los hijos de Amnón, y de  
Esáú; que bolvia cargado de los despojos de Sama-  
ria, despues de haver abrasado sobre sus propios  
Altares á los Dioses de las Naciones Estrangeras; este  
hombre que Dios havia puesto á la frente de Israël,  
como un muro de bronce, en donde tantas veces se  
quebrantaron las fuerzas todas del Asia; y que des-  
pues de haver derrotado numerosos exercitos, y des-  
concertado los mas valientes, y los mas habiles Ge-  
nerales de los Reyes de Syria, venia todos los años,  
como el menor de los Israelitas, á reparar con sus  
triumfantes manos las ruinas del Santuario, y no que-  
ria otra recompensa de los servicios hechos á su Pa-  
tria, que el honor de haverla servido.

Este hombre valiente, persiguiendo en fin, con un  
valor invencible á los enemigos que havia precisado  
á una vergonzosa fuga, recibió el golpe mortal, y  
quedó sepultado en su mismo triunfo. Luego que se  
estendió la noticia de este funesto accidente, se com-  
movieron todas las Ciudades de la Judea, y corrieron  
arroyos de lágrimas de los ojos de todos sus habitan-  
tes. Quedaron por algun tiempo embargados, mudos,  
é inmóviles; pero rompiendo, en fin, un esfuerzo de  
dolor aquel largo, y triste silencio, prorumpieron  
en voces mezcladas de suspiros, que formaban en sus  
corazones la tristeza, la piedad, y el sentimiento, y  
exclamaron de este modo: ¡Cómo ha muerto este

Ma bom-



*hombre poderoso, que salvaba al pueblo de Israel.*  
A estos gritos Jerusalem redobló su llanto; las bobedas del Templo se commovieron; enturbiose el Jordan, y todas sus riberas resonaron con el eco de estas lugubres palabras: *¿Cómo murió este hombre poderoso, que defendía al pueblo de Israel!*

Christianos, á quienes una triste ceremonia congrega en este lugar. ¿No os acordais de lo que habeis visto, y habeis sentido hará unos cinco meses! ¿No os reconocéis á vosotros mismos en la afliccion, cuya descripcion acabo de hacer? ¿Y no poneis en vuestra imaginacion, en lugar del Heroe de quien habla la Escritura, á aquel de quien voy á hablaros? La virtud, y la desgracia de uno, y otro son muy semejantes; y solo le falta oy á este ultimo un elogio digno de su valor. ¡Oh! Si el Espiritu Divino, Espiritu de fortaleza, y de verdad huviese enriquecido mi discurso con aquellas imagenes vivas, y naturales, que representan la virtud, y al mismo tiempo la persuaden! ¿De quantas nobles ideas no llenaria yo vuestros espiritus! ¡Y qué impresion no haria sobre vuestros corazones la relacion de tantas acciones edificativas, y gloriosas!

Porque ¿qué materia hubo nunca mas bien dispuesta para recibir todos los adornos de una grave, y sólida elegancia, que la vida, y la muerte del *muy alto, y muy poderoso Principe Henrique de la Torre de Ausernia, Vizconde de Turena; Mariscal General de los Campos, y Exercitos del Rey, y Coronel General de la Caballeria Ligera?* ¿Donde brillan con mayor esplendor los efectos gloriosos de la virtud Militar, mandos de Exercitos, sitios de Plazas, tomas de Ciudades, pasos de Rios, ataques arriesgados, retiradas honorosas, campamentos bien ordenados, combates sostenidos, batallas ganadas, y ene-

mi-

migos vencidos por la fuerza, disipados por el ardor, cansados, y consumidos por una sabia, y noble paciencia? ¿Donde se pueden hallar tantos, y tan poderosos exemplos, sino en las acciones de un hombre sabio, modelto, liberal, y desinteresado; dedicado al servicio del Principe, y de la Patria; grande en la adversidad por su valor, en la prosperidad por su modestia, en las dificultades por su prudencia, en los peligros por su constancia, y en la Religion por su piedad?

¿Qué motivo puede inspirar sentimientos mas justos, y mas eficaces, que una muerte repentina, é inesperada, que ha suspendido el curso de nuestras victorias, y frustrado las mas dulces esperanzas de la paz? Potencias enemigas de la Francia, vosotras vivis todavia, y el espiritu de la caridad christiana me prohibe desearos la muerte. Pero pudierais reconocer la justicia de vuestras armas; recibir la paz, que á pesar de vuestras pérdidas tantas veces habeis reusado; y con vuestras lagrimas apagar los fuegos de una guerra, que miserablemente habeis encendido! ¡No quiera Dios que yo estienda á mas mis deseos! Los juicios de Dios son incomprendibles. Pero vosotras vivis, y yo lloro en esta Cathedra del Espiritu Santo á un Sabio, y virtuoso Capitan, cuyas intenciones eran puras, y cuya virtud parecia merecer una vida mas larga, y mas dilatada.

Contengamos, Señores, vuestras lagrimas, que ya es tiempo de comenzar su elogio, y hacerlos ver como este hombre valiente:

*I. Triunfa de los enemigos del Estado por su valor:*

*II. De las pasiones de la alma por su sabiduria, y por su prudencia:*

*III. Y de los errores, y de las vanidades del siglo por su piedad.*

SI

Si interrumpiere este orden de mi discurso, perdonad un poco de confusión en un asunto que tantas turbaciones nos ha causado. Puede ser que algunas veces confunda al General del Exército, al Sabio, y al Christiano. Tan presto alabaré sus victorias, tan presto las virtudes con que las ganó. Si no puedo referir tantas acciones suyas, à lo menos las descubriré en sus principios; adoraré al Dios de los Exércitos; invocaré al Dios de la paz; bendeciré al Dios de las misericordias; y procuraré excitar en todo vuestra atención; no por la fuerza de la eloquencia, sino por la verdad; y por la grandeza de las virtudes de que me veo obligado à hablarlos.

### PRIMERA PARTE.

**N**O esperéis, Señores, que siga yo la costumbre ordinaria de los Oradores, y que alabe al Señor de Turena como se alaba al comun de los hombres. Si su vida huviese tenido menos esplendor, me detendría sobre la Grandeza, y Nobleza de su Casa: y si su retrato era menos hermoso produciría aquí los de sus antepasados. Pero la gloria de sus acciones ofusca la de su nacimiento, y la menor alabanza que se le puede dar es la de haver salido de la antigua, é illustre Casa de la *Torre de Auvernia*, que ha mezclado su sangre con la de Reyes, y Emperadores; que ha dado Señores à la Aquitania, Príncipes à todas las Cortes de la Europa, y aun Reynas à la Francia.

¿Pero qué digo yo? Aquí no es necesario alabarle, sino llorarle. Por gloriosa que fuese la familia de donde descendía, la heregía de los últimos tiempos la havia infestado. El recibió con esta illustre sangre principios de error, y de mentira; y entre sus domésticos

cos

cos exemplos se hallaba con el de ignorar, y combatir la verdad. Y así, no tomemos por materia de su elogio lo que para él fue un motivo de penitencia: veamos los caminos de honor, y gloria, que la providencia de Dios le abrió en el Mundo, antes que su misericordia le apartase de los caminos de la perdición, y del extravío de sus Padres.

Aun no tenia catorce años quando comenzó à llevar las armas. Los sitios, y los combates fueron el exercicio de su infancia; y fueron las victorias sus primeras diversiones. Aprendió bajo la disciplina del Principe de Orange, su Tio materno, el arte de la guerra en qualidad de Soldado raso; y ni el orgullo, ni la pereza lo retiraron de alguno de aquellos empleos à que obligan la pena, ò la obediencia. Viósele en este infimo grado de la Milicia no recusar fatiga, ni temer peligros hacer por honor lo que los otros hacian por necesidad; y no distinguirse de ellos, sino por su mayor inclinacion al trabajo, y su mayor aplicacion à todas sus obligaciones.

Asi comenzó una vida, cuyas series debían ser tan gloriosas, semejante à aquellos rios, que se estienden, y crecen à medida de lo que se apartan de su nacimiento; y que llevan en fin, por donde pasan, la utilidad, y la abundancia. Desde entonces vivió por la gloria, y por la salud del Estado. Hizo todos los servicios, que se pueden esperar de un espíritu firme, y activo, quando se halla en un cuerpo robusto, y bien complexionado. En la juventud tuvo toda la prudencia de una edad avanzada, y en su mayor edad tuvo todo el vigor de la juventud. *Sus dias fueron llenos*, segun los terminos de la Escritura; (a) y así como no perdió sus mas tiernos años

en

(a) Psalm. 72. v. 10.



en la delicadeza, y en el deleyte, tampoco pasó los últimos en la ociosidad, y en la flaqueza.

¿Qué pueblo enemigo de la Francia no ha resentido los efectos de su valor? Y qué lugar de nuestras fronteras no ha servido de theatro á su gloria? Pasa los Alpes, y en las famosos acciones de Casal, de Turin, en la ruta de Quiers, se señala por su valor, y por su prudencia. La Italia le mira como á uno de los principales instrumentos de aquellos grandes, y prodigiosos sucesos, que apenas se podrán creer algun dia en la Historia. Desde los Alpes pasa á los Pyreneos, para asistir á la conquista de dos importantes Plazas, (a) que defienden á una de nuestras mas bellas Provincias de todos los esfuerzos de la España. Desde allí vá á recoger de la otra parte del Rhin, las reliquias de un Exército derrotado: Toma Ciudades, (b) y contribuye á la ganancia de las batallas. (c) De este modo se eleva por grados, y por solo su merito al supremo mando, y hace ver en todo el discurso de su vida lo que puede por la defensa de un Reyno un General de Exército, que se ha hecho digno de mandar obedeciendo, y que ha juntado al valor, y al genio la aplicacion, y la experiencia.

Entonces fue quando su espíritu, y su corazon obraron con todas sus fuerzas. Y ora fuese necesario disponer los negocios, ó decidirlos; buscar la victoria con ardor, ó aguardarla con paciencia; ora fuese pre-

(a) Perpiñan, y Couliour.

(b) Treveris, Aeschaffemburgo, &c.

(c) Combate de Friburgo, la Batalla de Norlingua, &c.

preciso prevenir los designios de los enemigos por la astucia, ó disipar los temores, y los zelos de los Aliados por la prudencia; ora necesitara moderarse en las prosperidades, ó sostenerse en las desgracias de la Guerra, su animo siempre fue igual. El no hizo sino mudar de virtudes quando la fortuna mudaba de rostro; feliz sin orgullo, desgraciado con dignidad, y casi tan admirable quando con juicio, y con hereza salvaba las reliquias de las Tropas derrotadas en Mariendal, como quando derrotaba á los Imperiales, y á los Bavaros, y como quando con Tropas victoriosas obligaba á toda la Alemania á pedir la paz á la Francia. (a)

Pareció que un feliz tratado iba á terminar todas las Guerras de la Europa, quando Dios, cuyos juicios, segun el Propheta, (b) son profundos abismos, quiso affligir, y castigar á la Francia consigo misma, y la abandonó á todos los desordenes que causan en un estado las discusiones civiles, y domésticas. Acordaos, Señores, de aquel tiempo de desorden, y de turbacion, en que el tenebroso espíritu de la discordia confundia la justicia con la passion, el derecho con el interés, la buena causa con la mala; en que los astros mas brillantes, casi todos padecieron algun eclipse, y los mas fieles vasallos se vieron precisados á seguir el torrente de los partidos; como aquellos Pilotos, que hallandose sorprendidos de una borrasca en alta Mar, se ven obligados á dejar el camino que llevaban, y abandonarse por algun tiempo á la merced de los vientos, y al arbitrio de la tempestad. Tal

(a) La paz de Munster.

(b) Psalm. 35. v. 7.



es la justicia de Dios: tal es la enfermedad, y flaqueza natural de los hombres. Pero el sabio facilmente buelve en sí, y hay en la Política, así como en la Religión, una especie de penitencia mas gloriosa que la misma inocencia, que repara ventajosamente un poco de fragilidad por medio de unas virtudes extraordinarias, y de un continuo fervor.

¿Pero en que me detengo yo, Señores? Vuestro espíritu os representa ya sin duda al Señor Turena à la frente de los Exercitos del Rey. Vosotros le veis ya combatiendo, y dissipar la rebelion; atraer à los que la mentira havia seducido; asegurar à los que el temor havia asustado; y exclaimar como otro Moyses à todas las puertas de Israel: *Todos los que son del Señor juntense à mí.* (a)

Y quales fueron entonces su constancia, y su prudencia. Tan presto sobre las riberas del Loira, seguido de un pequeño numero de Oficiales, y de Criados, corre à la defensa de un puente, y se mantiene firme contra un Exercito; y sea el atrevimiento de la empresa, sea la presencia sola de este grande hombre, ó sea la proteccion visible del Cielo la que dejó à los enemigos inmóviles, él aturdió por su resolución à los que no podia contener por la fuerza, y enderezó con esta prudente, y feliz temeridad al Estado, que iba declinando àcia su ruina. Tan presto sirviéndose de todas las ventajas del tiempo, y de los lugares, detiene con pocas Tropas un Exercito que acababa de triunfar (b) y merecia las alabanzas hasta de un enemigo, que en los siglos idolatras huviera pasado

do por el Dios de las Batallas. Tan presto àcia las riberas del Sena, (a) obliga por un tratado à un Principe Estrangero (cuyas mas secretas intenciones havia penetrado) à que salga de la Francia, y abandone las esperanzas que havia concebido de aprovecharse de nuestros desordenes.

Yo bien podria añadir aqui las Plazas tomadas, y los combates ganados sobre los rebeldes. Pero usurpemosle alguna cosa à la gloria de nuestro Heroe antes que ver mas por extenso la imagen funesta de nuestras miserias pasadas. Hablemos de otras hazafias, que fueron tan ventajosas para la Francia como para él mismo, y de que nuestros enemigos no pudieron tener motivo de regocijarse.

Contentome con deciros, que por su conducta apaciguó la gran tempestad que agitaba el Reyno. Si la licencia fue reprimida; si los odios publicos, y particulares fueron sosegados; si las leyes bolvieron à su antiguo vigor; si el orden, y la quietud fueron restablecidas en las Ciudades, y en las Provincias; si los miembros fueron felizmente reunidos à su cabeza; à él es, ó Francia, à quien lo debes. Pero me engaño; à Dios es, que saca quando quiere de los tesoros de su Providencia aquellas grandes almas que ha elegido como instrumentos visibles de su Poder, para hacer que nazca del seno de las tempestades la calma, y la tranquilidad publica para levantar à los Estados de sus ruinas, y reconciliar, quando su justicia está satisfecha, los pueblos con sus Soberanos.

Su valor, que obraba con mucha repugnancia en las desgracias de su Patria, pareció acalorarse en las

(a) Exod. 32. v. 26.

(b) En Blannay.

(a) En Villanueva San Jorge.

guerras estrangeras, y se le vió redoblar sus esfuerzos: No entendais, Señores, por esta palabra, un atrevimiento vano, indiscreto, y temerario, que busca en el peligro el peligro mismo; que se expone sin fruto, y que no tiene por fin mas que á la reputacion, y á los vanos aplausos de los hombres. Hablo de un atrevimiento, y de un valor sabio, y arreglado, que se anima á vista de los enemigos; que en el peligro mismo á todo atiende, y toma todas sus ventajas; pero que se mide con sus fuerzas; que emprende las cosas difíciles, y no intenta las imposibles; que nada abandona á la casualidad de lo que puede ser conducido por virtud; capaz, en fin, de atreverse á todo quando el consejo es inútil; y pronto á morir en la victoria, ó á sobrevivir á su desgracia, cumpliendo sus obligaciones.

Confieso, Señores, que aqui me rindo al peso, y gravedad de mi asunto. Aquel gran número de acciones de que debo hablar, me embaraza; yo no puedo hacer la descripción de todas; y con todo, no quisiera omitir algunas. ¡Que no tenga yo el secreto de gravar en vuestros espíritus, y en vuestros entendimientos un plan invisible, y reducido de la Flandes, y de la Alemania! Yo señalaría sin confusion en vuestros pensamientos todo lo que hizo este gran Capitan, y os diría, como en compendio, según los lugares: Aqui (a) forzaba Trincheras, y socorria una Plaza sitiada; allí (b) asaltaba á los enemigos, ó los batía en campo raso. Estas Ciudades (c) en que veis las Lises enarboladas han

(a) El socorro de Arras.

(b) Condé.

(c) Landreci, Ipre, Ordunarda, &c.

han sido, ó defendidas por su vigilancia, ó conquistadas por su firmeza, y por su valor. Este lugar cubierto de un bosque, y de un río, (a) es el puesto en donde alentaba á sus asaltadas Tropas despues de una honrosa retirada; aqui (b) salía de sus lineas para combatir; y de un solo golpe tomaba una Ciudad, y ganaba una batalla; allí (c) distribuyendo lo que le quedaba de su propio dinero, acababa un sitio, é iba á hacer levantar otro al mismo tiempo. (d)

Yo recogería despues tantos sucesos, y os recordaría aquellas malas noches que el Rey de España confesó que le havia hecho pasar, y aquella paz solicitada (e) por tratados, y alianzas, sin la qual tu, ó Flandes ( teatro sangriento en donde se representan tantas Scenas tragicas; triste, y fatal comarca demasiado estrecha para contener tantos Exercitos, que te destruyen) tu huvieras acrecentado el numero de vuestras Provincias; y despues de ser el desgraciado origen de vuestras guerras, serias oy el fruto apacible de vuestras victorias!

Yo pudiera, Señores, mostraros ácia las riberas del Rhin (sintanto trofeo como sobre las orillas de Elgelda, y del Sambra. Yo podría describirlos los combates ganados, los rios, y desfiladeros pasados á vista de los enemigos, llanuras teñidas en su sangre, y montes casi inaccesibles atravesados, por ir á rechazar los enemigos lejos de vuestras fronteras. Pero la eloquencia del

(a) Retirada de Valenciennes.

(b) Batalla de las Dunas, y toma de Dunkerque.

(c) San Venancio tomado.

(d) Andres socorrido.

(e) Paz de los Pyrenos.

(f) En Entb, Sentkein, Mulhausen, &c.

del Pulpito no es propia para referir combates, y batallas; la lengua de un sacerdote, destinada para alabar á Jesu-Christo Salvador de los hombres, no debe emplearse en hablar de un arte que camina á su destrucción; ni yo vengo á daros ideas de muerte, y de carnicerías delante de aquel Altar, en donde se ofrece, no ya la sangre de Toros en sacrificio á Dios de los Ejércitos, sino una víctima inocente al Dios de la misericordia, y de la paz.

Pues qué? No hay por ventura valor, y generosidad Christiana? La Escritura, (a) que manda santificar las guerras, ¿no nos enseña, que la piedad no es incompatible con las armas? ¿Vengo yo acaso á condenar una pretension que la Religion no condena quando se sabe moderar la violencia? No, Señores, no: yo bien sé, que no en vano los Príncipes llevan la espada, (b) que la fuerza puede obrar quando se halla junta con la equidad; que el Dios de los Ejércitos preside á esta formidable justicia que los Soberanos se hacen á sí mismos; que el derecho de las armas es necesario para la conservación de la sociedad; y que las guerras son permitidas para asegurar la paz, para proteger la inocencia, para reprimir la malicia que se desenfrena, y para contener la codicia en los límites de la justicia.

Sé tambien, que la moderación, y la caridad deben reglar las guerras entre los Christianos; que los Capitanes, que las conducen son los Ministros de la Providencia de Dios, que es siempre Sabio; y del poder de los Reyes, que jamás debe ser insulto; que deben tener un corazón dulce, y caritativo; aun quan-

(a) Joel. 3. v. 9.

(b) Epíst. ad Rom. 13. v. 4.

do sus manos esten sangrientas; y adorar interiormente al Criador, quando se hallan en la triste necesidad de destruir sus criaturas.

Aquí es donde yo cito, Señores, á la literatura pública, y donde hablando de la dulzura, y de la moderación del Señor Turena, puedo traer por testigos de lo que digo á todos los que le han seguido en los Ejércitos. ¿Gustó nunca de servirse del poder que tuvo para obscurecer ni aun á los que se miran, y se tratan como enemigos? ¿Donde dejó él señales terribles de su ira ó de sus venganzas particulares? ¿Qual de sus victorias apreció él por el numero de los infelices que arruinaba, ó por los muertos que dejó sobre el campo de batalla? ¿Qué vida expuso por su interés, ó por su propia reputación? ¿A qué Soldado no trató como á un Vassallo del Principe, y á una porción de la República? ¿Qué gota de sangre derramó, que no haya servido para el bien comun?

Vióse en la famosa batalla de las Dunas, arrancar las armas de las manos de los Soldados estrangeros, á quienes una ferocidad natural encarnizaba sobre los vencidos. Vióse gemir por aquellos males que necesariamente trae la guerra consigo, y que el tiempo obliga á disimular, á sufrir, y hacerle á ellos. Sabia tambien, que hay un derecho mas alto, y mas sagrado, que aquel que la fortuna, y el orgullo imponen á los debiles, y á los desgraciados; y que los que viven bajo la Ley de Jesu-Christo deben perdonar, en quanto puedan, una sangre consagrada por la suya, y tratar bien unas vidas que ha rescatado con su muerte.

El solo buscaba someter á los enemigos, no perderlos. Huviera querido poderlos atacar sin arruinarlos, defenderse sin ofenderlos, y reducir al derecho, y á la justicia á aquellos á quienes estaba obligado por



por precision à hacer violencia.

En fin se havia formado una especie de moral militar, que le era proprio. No tenia mas passion que el afecto por la gloria del Rey, el deseo de la paz, y el zelo del bien publico. Ni tenia mas enemigos que el orgullo, la injusticia, y la usurpacion. Estaba acolumbrado à combatir sin colera, à vencer sin ambicion, à triunfar sin vanidad, y à no seguir por regla de sus acciones mas que à la virtud, y la prudencia, y esto es lo que yo debo mostraros en esta

## SEGUNDA PARTE.

**E**L valor no es sino una fuerza ciega, é impetuosa, que se turba, y se precipita si no es conducida, é ilustrada por la probidad, y por la prudencia, y el Capitan no es perfecto, y consumado si no encierra en sí el hombre de bien, y el hombre sabio. Porque ¿Qué disciplina puede establecer en un campo el que no sabe arreglar ni su espíritu, ni su conducta? Ni como sabrá calmar, ó excitar, segun sus designios, en un Exército tantas diferentes pasiones el que no fuere Señor de las suyas? Y así, el Espíritu de Dios nos enseña en la Escritura, que el hombre prudente es mas apreciable que el valeroso; (a) que la prudencia vale mas que los Exercitos de gentes de guerra; (b) y que el paciente, y moderado es mas apreciable, que el que toma Ciudadades, y el que gana batallas. (c)

Aquí

(a) Sap. 6. v. 1.

(b) Eccles. 9. v. 18.

(c) Prov. 16. v. 32.

Aquí formais, Señores, sin duda alguna en vuestro espíritu ideas mas nobles que las que yo puedo daros. Hablando del Señor Turena, confieso que no puedo elevaros sobre vosotros mismos; y la unica ventaja que tengo es, que nada diré que no creais; y que sin ser adulador puedo decir grandes cosas. Hivo jamás hombre mas prudente? Que antes previese las cosas? Que gobernase una guerra con mas orden, y juicio? Que tuviese mayor precaucion, y mas esperara? Que fuese mas activo, y mas contenido? Que ordenase mejor todas las cosas á su fin? Y que dejase madurar sus empresas con tanta paciencia? El tomaba medidas casi infalibles; y penetrando, no solamente lo que los enemigos havian hecho, sino tambien lo que tenian animo de hacer, bien podia ser desgraciado, pero jamás era sorprendido. Distingua el tiempo de acometer, y el de defenderse. Jamás arriesgaba nada, ni se ponía en contingencia, sino quando era mucho lo que podia ganar, y quasi nada lo que podia perder. Aun quando parecia que iba á ceder no dejaba de ser temible. Tal era, en fin, su habilidad, que quando vencía no se podia atribuir el honor sino à su prudencia; y quando era vencido no se podía imputar la desgracia sino à la fortuna.

Acordaos, Señores, del principio, y de las consecuencias de la guerra; que no siendo primero sino una chispa, abrasa oy dia toda la Europa. Declárase toda contra la Francia. Levantanse los filtraneros, propáanse los ahados, intimidanse los amigos, irritanse los vencidos, y armanse los envidiosos. Sobre temores imaginarios, y desconfianzas artificiosamente inspiradas, los intereses son confundidos, la fé violada, y los tratados menospreciados. Era necesario (yo lo confieso) para resistir á tantos Exercitos como se han unido contra nosotros, unas Tropas tan valientes, y

unos Capitanes tan experimentados como los nuestros. Pero nada era tan formidable, como verá toda la Alemania, aquel grande, y vasto cuerpo compuesto de tantos Pueblos, y de Naciones diferentes, desplegar todos sus estandartes, y marchar ácia nuestras fronteras para oprimirnos por la fuerza, después de haverlos aterrado por la multitud.

A tantos enemigos era necesario oponer un hombre de un valor firme, y seguro, de una vasta capacidad, de una experiencia consumada; que solviese la reputacion; que manejae las fuerzas del Reyno; que nada omitiese de lo util, y de lo necesario, y no hiciese nada superfluo; que supiese, segun las ocasiones, aprovecharse de sus ventajas, ó resarcirse de sus perdidas; que tan presto fuese el broquel, y tan presto la espada de su país: capaz de executar las ordenes que havia recibido, y tomar consejo de sí mismo en las ocasiones.

Bien sabéis, Señores, de quien hablo; Vosotros sabéis todo quanto hizo sin que yo os lo diga. Con Tropas, y considerables solamente por su valor, y por la confianza que tenían en su General, detiene, y consume dos grandes Exercitos; y obliga à concluir la paz por tratados à aquellos que creían venir à terminar la guerra con nuestra entera, y pronta derrota. Tan presto se opone á la union de tantos socorros agregados, y rompe el curso de todos estos torrentes que huvieran inundado á la Francia: Tan presto los deshace, ó los disipa por combates reiterados. Tan presto los rechaza mas allá de sus riberas; y los detiene siempre por medio de terribles golpes, quando es necesario restablecer la reputacion; y por la moderacion quando no es necesario sino conservarla.

Ciudades que nuestros enemigos havian ya divi-

dido entre sí, vosotras estais todavia en el drecinto de nuestro Imperio. Provincias, que ya havian ellos saqueado en su deseo, y en su pensamiento, aun haveis recogido vuestras mieses bajo de nuestro Dominio. Vosotras durais todavia, Plazas, que el arte y la naturaleza ha fortificado, y ellos tenían animo de demoler; y vosotras no haveis temblado sino los frivolos proyectos de un vencedor imaginario, que contaba el numero de nuestros soldados, y no pensaba en la prudencia, y en la destreza de nuestro Capitan.

Esta prudencia era el origen de tantas illustres prosperidades. Ella mantenía aquella union de los Soldados con su Gefe, que hace á un Exercito invencible. Ella derramaba en las tropas un espíritu de fortaleza, de valor, y de confianza, que les hacia sufrir todo, emprenderlo todo en execucion de sus designios: ella, en fin, hacia á hombres groseros capaces de gloria. Porque, Señores, ¿qué cosa es un Exercito? Es un cuerpo animado de una infinidad de pasiones diferentes, que un hombre habil hace mover por la defensa de la Patria; es una tropa de hombres armados, que siguen ciegamente las ordenes de un Gefe, cuyas intenciones los ignoran enteramente: es una multitud de almas, por la mayor parte viles, y mercenarias, que sin pensar en su propia reputacion trabajan en la de los Reyes, y en la de los Conquistadores: es una mezcla confusa de libertinos, que es necesario sujetar á la obediencia; de cobardes, que es necesario llevar por fuerza al combate; de temerarios, que es necesario contener; y de impacientes, que es necesario acostumar á la confianza. ¿Qué prudencia no se necesita para conducir, y reunir á un solo interés publico tantos designios, y voluntades diferentes! ¿Como es posible hacerse temer sin exponerse á ser aborrecido, y muchas veces abandonado? ¿Como



se ha de hacer amar el Capitan sin perder un poco de su autoridad, y relaxar algun tanto la disciplina necesaria?

¿Y quién jamás halló mejor todos estos justos temperamentos, que este Príncipe que lloramos? El unió con los vínculos del respeto, y de la amistad á los que ordinariamente no se contienen sino por el temor de los castigos; y se hizo dar por su moderación, una obediencia fácil, y voluntaria. Y así, habla él, y todos escuchan sus oráculos; manda, y todos siguen con alegría sus ordenes; marcha, y todos creen correr á la gloria. Diríase, que iba á combatir Reyes confederados con sola la familia de su casa, como otro Abraham: (a) que los que le siguen son sus Soldados, y sus domésticos; y que él es á un tiempo General, y Padre de familias. Y así, nada puede sostener sus esfuerzos: No hay obstáculo que ellos no venzan; ni dificultades que no allanen; peligro que les espante; trabajo que los disguste; empresa que los atreva, ni conquista que les parezca difícil. ¿Pero qué le podían reusar á un Capitan, que renunciaba sus propias comodidades por hacerlos vivir en la abundancia? ¿Que por procurarles descanso, perdía el suyo? ¿Que aliviaba sus fatigas, y él no se perdonaba ninguna? ¿Que prodigaba su sangre, y no conservaba sino la de ellos?

¿Mas con qué invisible cadena aprisionaba las voluntades, sino por aquella bondad con que animaba á los unos, escusaba á los otros, y daba á todos los medios de adelantarse, de socorrer su miseria, ó reparar sus faltas? Por aquel desinterés que le inducía á

pre-

(a) Genes. 14.

preferir lo que era más útil al Estado, á lo que podía ser más glorioso para sí mismo; por aquella justicia, que en la distribución de los empleos no le permitía seguir su inclinación con perjuicio del merito; por aquella nobleza de corazón, y de sentimientos; que le hacía superior á su propia Grandeza; y por tantas otras prendas, y qualidades, que le atraían la estimación, y el respeto de todo el Mundo? ¿De qué buena gana me entraría yo en los motivos, y en las circunstancias de sus acciones! ¿Qué complacencia tendría en mostrarnos una conducta tan regular, y tan uniforme; un merito tan ilustre, y tan esento del fausto, y de la ostentación; y las grandes virtudes producidas por principios todavía mucho mayores; una rectitud universal, que le inclinaba á aplicarse á todas sus obligaciones, y á reducir las todas á sus fines propios, y naturales; y un dichoso habito de ser virtuoso, no por el honor, sino por la justicia que hay de serlo! Pero no me toca penetrar hasta lo interior de este corazón magnanimo; estaba reservado á una boca (a) más elocuente que la mía, el expresar todos sus afectos, y todas sus inclinaciones.

Para compensar tantas virtudes con algun honor extraordinario, era preciso hallar un Gran Rey, que creyese ignorar alguna cosa, y que fuese capaz de confesarlo. Apartense de aquí aquellas lisongeras máximas de que los Reyes nacen hábiles, y que los demás lo llegan á ser por su industria; que sus almas salen privilegiadas de las manos de Dios, que las cria del todo sabias, é inteligentes; que para ellos no hay ensayo; que son virtuosos sin trabajo, y prudentes

sin

(a) Monsieur de Mascaron, Obispo de Tulla.



sin experiencia. Nosotros vivimos bajo de un Principe, que por Grande, y por ilustrado que sea, tuvo á bien instruirse para mandar; que en el camino del honor supo elegir una guia fiel; y creyó que era proprio de su sabiduría, y de su prudencia, servirse de la de otro. ¡Qué honor para un vasallo, acompañar á su Rey, servirle de consejo, y (si me atrevo) decirlo) de exemplo en una importante conquista! Honor tanto mas grande, quanto en él no pudo tener parte el favor, sino un merito universalmente conocido; y que fue seguido de la toma de las Ciudades más considerables de la Flandes. (a)

Despues de esta gloriosa señal de estimacion, y de confianza, ¡qué proyectos de establecimiento, y de fortuna no huviera hecho un hombre avaro, y ambicioso! ¡Quantos bienes, y honores no huviera amontonado, y quan caros no huviera vendido tantos servicios, y tantos trabajos! Pero este hombre sabio, y desinteresado, contento con los testimonios de su propia conciencia, y rico en su moderacion, halla en el pñer de hacer bien la recompensa de haverlo hecho. Aunque todo lo puede obtener, nada pide, y nada toma; y á exemplo de Salomon, (b) nada mas desea que un estado frugal, y honesto entre la pobreza, y las riquezas; y por ofertas que le hacen no estiende sus deseos sino á proporcion de sus necesidades; y se contiene en los estrechos limites de lo necesario. Sola una ambicion huvo, que fuese capaz de moverle; y esta fue merecer la estimacion, y la benevolencia de su Amo. Pero esta ambicion fue satisfe-

(a) Charleroi, Duay, Tournai, Ata, Lila, &c.

(b) Prov. 30. v. 8.

cha; y nuestro siglo ha visto á un Vasallo amar á su Rey por sus grandes qualidades, no por su Dignidad, ni por su fortuna; y á un Rey amar á su Vasallo, mas por el merito que conocia en él, que por los servicios que recibia.

Ni este honor, Señores, disminuyó un punto su modestia. Al pronunciar esta palabra no sé qué especie de remordimiento me contiene. Yo temo publicar aqui unos elogios, que tantas veces ha despreciado; y ofender despues de su muerte una virtud que tanto amó durante su vida. Pero cumplamos la justicia, y alabemosle sin temor en un tiempo en que ni nosotros podemos ser sospechosos de adulacion, ni él es capaz de vanagloria. Y así; ¡quién jamás obró tan grandes cosas? ¡Quién las dixo con mayor circunspeccion? Si alcanzaba alguna ventaja sobre los enemigos, al referirla no decia haverse conseguido porque él fuese habil, sino porque el enemigo se havia engañado. Si daba cuenta de una victoria, nada olvidaba sino decir que era él quien la havia ganado. Si referia alguna de aquellas acciones, que le havian hecho tan célebre, se huviera creído que él no havia sido sino un espectador, y se podia dudar, si era él, ó la fama quien se engañaba. Quando bolvia de aquellas gloriosas campañas, que harán su nombre inmortal, huía de las aclamaciones populares; avergonzabase de sus victorias; venia á recibir los elogios como quien viene á hacer su apologia, y defensa; y casi no se atrevia á acercarse al Rey, porque se veia obligado por respeto á sufrir con paciencia los elogios con que S. M. jamás dejaba de honrarle.

Entonces es el dulce reposo de una condicion privada, despejando este Principe de toda la gloria que havia adquirido en la guerra, y contentandose con la compañía poco numerosa de algunos amigos

escogidos, se exercitaba sin ruido en las virtudes civiles, siendo sincero en sus discursos, sencillo en sus acciones, fiel en sus amistades, exacto en sus obligaciones, arreglado en sus deseos, y grande aun en las cosas menores. Ocultase quanto puede; pero su reputacion le descubre: marcha sin acompañamiento, y sin equipage; pero cada uno en su espíritu le pone sobre un Carro triunfal. Cuentanse, al verle, los enemigos que ha vencido, no los criados que le siguen; por solo que ande, cada uno se figura al rededor de él sus virtudes, y sus victorias, que le acompañan; y hay no se qué de noble en esta honesta simplicidad, que quanto menos sobervio es, llega á ser mas venerable.

Huivale faltado alguna cosa á su gloria, si hallando por todas partes tantos admiradores, no se huviese granjeado algunos envidiosos. Tal es la injusticia de los hombres, que la gloria mas pura, y la mas merecida les ofende; y tolo lo que se eleva sobre ellos se les hace odioso, é insoporable; y ni la fortuna mas aprobada, ni la mas modesta han podido librarse de esta cobarde, y maligna pasion. Hado es de los Grandes hombres el ser acometidos de ella; pero el privilegio del Señor Turena fue haver podido vencerla. En él fue ahogada la envidia, ó por el desprecio que hizo de ella, ó por sus perpetuos acrecentamientos de honor, y gloria: El merito la hizo nacer, y el merito la hizo morir. Aun aquellos que le eran menos afectos, han reconocido quan necesario era al Estado: Los que no podian sufrir su elevacion, se vieron en fin obligados á consentirla: y no osando alligarse de la prosperidad de un hombre, que no les havia dado jamás el miserable consuelo de regocijarse de alguna de sus faltas, juntaron su voto a la voz publica, y creyeron, que ser su enemigo, era serlo de toda la Francia.

¿Pe-

¿Pero en qué huvieran venido á parar tantas heroyens prendas, si Dios no huviera hecho resplandecer sobre él el poder de su gracia, y si aquel, de quien la Providencia tan noblemente se havia servido, huviese sido el objeto eterno de su justicia? Dios solo podia disipar sus tinieblas, y tenia en su potestad el dichoso momento que havia señalado para ilustrarle con sus verdades.

Llegó, pues, este dichoso momento á que se reducía toda su verdadera gloria. Alcanzó á ver los lazos, y los precipicios que su preocupacion hasta entonces le havia ocultado enteramente. Comenzó á caminar con precaucion, y con temor en aquellas erradas sendas en que se hallaba empuñado. Ciertos rayos de gracia, y de luz le hicieron llegar á percibir, que en vano ocuparia los mas hermosos lugares de la Historia, si su nombre no estaba escrito en el libro de la vida; que de poco le serviria ganar todo el Mundo, si perdía su alma; que no havia sino una fé, y un Jesu-Christo, y una verdad simple, é indivisible, que no se muestra sino á los que la buscan con un corazon humilde, y una voluntad desinteresada. Aun no estaba ilustrado, pero ya comenzaba á ser docil. Quantas veces consultó á los amigos sabios, y fieles! Quantas veces suspirando por aquellas luces vivas, y eficaces, que por sí solas triunfan de los errores del espíritu humano, dixo á Jesu-Christo, como aquel Ciego del Evangelio: (a) Señor, hazme que yo vea! Quantas veces probó el cor un manio impotente á arrancar la venda fatal que cerraba sus ojos á la verdad! Quantas veces se remontó hasta aque-

(a) Marc. ev. 10. v. 51.



aquellas fuentes antiguas, y puras que Jesu-Christo ha dejado á su Iglesia, para beber en ellas con alegría las aguas de una doctrina saludable!

Costumbres, pretextos, empeños, verguenza de mudar de opinion, placer de ser mirado como la cabeza, y el protector de Israel, vanas, y especiosas razones de la carne, y sangre; vosotras todas no pudisteis contenerle. Rompe Dios todas sus cidenas; y poniéndole en la libertad de sus hijos, le hizo pasar de la region de las tinieblas al Reyno de su Hijo querido; á quien él pertenecia por su eterna eleccion. Pero aqui se me presenta un nuevo orden de las cosas. Yo veo mayores acciones, motivos mas nobles, y una proteccion de Dios mas visible. De aqui en adelante hablaré de una sabiduria, y de una prudencia, á quien acompaña la verdadera piedad; y de un valor á quien fortalece el espíritu de Dios. Renovad, pues, vuestra atencion en esta última parte de mi discurso; y suplid en vuestros pensamientos lo que faltare á mis expresiones, y á mis palabras.

### TERCERA PARTE.

**S**í el Señor de Turena no huviera sabido sino combatir, y vencer; si no se huviera elevado sobre las virtudes humanas; si su valor, y su prudencia no huvieran sido animadas de un espíritu de fe, y de caridad, yo le pondría en el orden de los Scipiones, y de los Fabios; yo dejaría á la vanidad el cuidado de honrar á la vanidad; y no vendría á un lugar santo á hacer el elogio de un hombre profano. Si huviera acabado sus dias en la ceguera, y en el error, en vano alabaría unas virtudes que Dios no huviera coronado: yo derramaría unas lágrimas inútiles sobre

su

su sepulcro; y si hablaba de su gloria, no sería sino para llorar su desgracia. Pero gracias á Jesu-Christo, que hablo de un Christiano ilustrado de las luces de la Fé, que obra por los principios de una Religión pura, y que consagra por una sincera piedad todo quanto puede lisonjear la ambicion, ó el orgullo de los hombres. Y así, las alabanzas que le doy buelven á Dios que es su principio; y como es la verdad la que le ha santificado, tambien es la verdad quien le alaba.

¡Pero qué entera fue su conversion, Señores, y quan diferente de la de aquellos, que saliendo de la heregia por fines interesados, mudan de sentimientos sin mudar de costumbres; que no entran en el seno de la Iglesia sino para hierirla mas de cerca con una vida escandalosa; y no dejan de ser enemigos declarados, sino empezando á ser hijos rebeldes! Mas aunque su corazon se viese libre de los desordenes que causan de ordinario las pasiones, aun tuvo cuidado de arreglarle mas. Creyó que la inocencia de su vida debía corresponder á la pureza de su creencia. Conoció la verdad, amóla, y la siguió. ¡Con qué humilde respeto no asistia á los Sagrados Mysterios! ¡Con qué decidad no oía las saludables instrucciones de los Precederes Evangelicos! ¡Con qué sumision no adoraba las obras de Dios, que el espíritu humano no puede comprehender! Verdadero adorador en espíritu, y en verdad, *buscando al Señor* (segun el consejo del Sabio (a)) *en la simplicidad de su corazon*, enemigo irreconciliable de la impiedad, distante de toda supersticion, é incapaz de hyprocrisia.

No bien ha abrazado la sana doctrina, quando

(a) Sap. 1. v. 1. *una tantis carnis tunc sapientia*



llega á ser su defensor; luego que se halla revestido de las armas de la luz, combate las obras de las tinieblas; mira temblando el abismo de donde ha salido, y alarga la mano á los que ha dejado en él. Padierase decir, que está encargado de atraer al seno de la Iglesia todos aquellos que el Cisma havia separado de ella: El los combida por sus consejos, los atrae por sus beneficios, los invita por sus razones, y los convence por sus experiencias: El les hace ver los escollos en que la razon humana hace tantos naufragios; y les muestra detrás de sí (segun los terminos de San Agustín) el puente de la misericordia de Dios por donde acaba de pasar él mismo. Tan presto aviva el zelo de los Doctores, y los exorta á oponer al falso de la mentira, la fuerza de la verdad. Tan presto les descubre aquellos caminos dulces, y atractivos, que ganan el corazón para ganar el espíritu. Tan presto les provee, segun sus fuerzas, los fondos necesarios para socorrer á los que lo abandonan todo, por seguir á Jesu-Christo que los llama. Bien lo sabeis vosotros, Obispos confidentes de su zelo; por ocupado que está en medio de sus últimas acciones de guerra, pacía con vosotros empresas de Religión, y nada omite de lo que puede contribuir, ó á instruir á los que ciega una larga preocupacion, ó á ganar á los que la codicia, y el interés detienen aun en sus errores: digno hijo de esta Iglesia, cuya caridad se estienda á todo, á imitación de la de Dios, y procura á sus hijos, además de la herencia eterna, el alivio aun de sus necesidades temporales.

Tal era la disposicion de su alma, Señores, quando la Providencia de Dios permitió que el Rey justamente irritado fuese á llevar la guerra al medio de los Estados de una Republica injusta, é ingrata; é hiciese sentir la fuerza de sus armas á los que desprecia-

ciaban sus beneficios, y querian oponerse á su gloria: Entónces fue quando nuestro Heroe volvió á tomar las armas, y quando á exemplo de su Amo, y á la frente de sus Exercitos, expuso su sangre en una guerra, no solamente feliz, sino santa; en donde la victoria apenas podia seguir la rapidéz del Vencedor, (a) y en que Dios triunfaba con el Principe. Y qual era su alegría, quando despues de haver forzado Ciudades, (b) veia á su illustre Sobrino, mas esclarecido por sus virtudes que por la Purpura, abrir, y reconciliar Iglesias! Bajo las ordenes de un Rey tan benigno como poderoso, el uno hacia prosperar las armas, y el otro estendia la Religión: El uno abatia murallas, y el otro erigia Altares: El uno saqueaba las tierras de los Philisteos, y el otro llevaba el Arca al rededor de los Pavellones, ó Tiendas de Israel; despues uniendo ambos sus votos, como estaban unidos sus corazones, el Sobrino tenia parte en los servicios que el Tío hacia al Estado, y el Tío tenia parte en los que el Sobrino hacia á la Iglesia.

Pero sigamos á este Principe en sus últimas Campañas, y consideremos tantas empresas difíciles, tantos gloriosos sucesos, como pruebas de su valor, y recompensas de su piedad. Comenzar sus jornadas por la oracion, reprimir la impiedad, y las blasfemias, proteger las personas, y las cosas Santas contra la insolencia, y la avaricia de los Soldados, invocar en todos los peligros al Dios de los Exercitos: esta

(a) *Quarenta Ciudades tomó en veinte y dos dias.*

(b) *Arcein, Niméza, Los Puertos de Buzique, de Sétin, &c.*

en la obligación, y el cuidado ordinario de todos los Capitanes. Pero él pasa mas adelante. Al mismo tiempo que manda las tropas, se considera como un simple soldado de Jesu-Christo. Santifica las guerras con la pureza de sus intenciones, por el deseo de una dichosa paz, y por las leyes de una disciplina Christiana. Considera á sus Soldados como á sus hermanos, y se cree obligado á exercer la caridad en una profesion cruel, en donde muchas veces se pierde hasta la misma humanidad. Animado por tan grandes motivos se excede á sí mismo, y hace ver que el valor llega á ser mas firme, quando es sostenido por principios de Religion; que hay una piadosa magnanimidad, que atrae los buenos sucesos á pesar de los peligros, y de los obstáculos; y que un guerrero es invencible quando combate con fe, y quando presenta las manos puras al Dios de las batallas, que las gobierna.

Como de Dios recibió toda su gloria, á S. M. se la refiere toda entera; y no concibe otra confianza, que la que está fundada sobre el nombre del Señor. ¡Que no pueda yo representaros aquí uno de aquellos importantes lances en que con pocas tropas ataca todas las fuerzas de la Alemania! (a) Marcha tres dias enteros, pasa tres rios, junta los enemigos, los combate, y los carga. Permanece por largo tiempo dudosa la fortuna, estando el numero de una parte, y el valor de la otra; contiene en fin el valor á la multitud, el enemigo se aculta y comienza á flaquear. Levantase una voz que grita: *Victoria, Victoria*. Entonces suspende este General toda la emocion que causa el ardor de un combate; y con un tono severo: *Deteneos*, dice,

(a) Combate de Eintreina.

*nuestra suerte no está en nuestras manos; y nosotros seremos vencidos; si el Señor no nos favorece!* A estas palabras levanta los ojos al Cielo, de donde espera el socorro; y continuando en dar sus ordenes, aguarda con sumision entre la esperanza, y el temor, que las ordenes del Cielo se pongan en execucion.

¡O, quan difícil es, Señores el ser victorioso, y ser humilde á un mismo tiempo! Las prosperidades militares dejan en el alma del vencedor no sé qué complacencia sensible, que la llena, y la ocupa toda. Atribuyese una superioridad de poder, y fortaleza; coronase con sus propias manos; erigese un triunfo secreto á sí mismo; considera como proprio bien suyo aquellos laureles que se cortan con trabajo, y que muchas veces se riegan con su propia sangre; y aun quando se dan á Dios las solemnes acciones de gracias, y se cuelgan en sus Sagrados Templos las Vanderas desgarradas, y sangrientas que se han tomado á los enemigos; oh! quan peligroso es que la vanidad no abogue una parte del reconocimiento; que no se mezclen en los votos que se hacen al Señor, aplausos que creen deberse á sí mismos; y que no se retengan á lo menos, algunos granos de aquel incienso, que se vá á quemar sobre sus Altares!

Pero en estas ocasiones era quando el Señor Turenna, despojandose de sí mismo, referia toda la gloria á aquel á quien solo pertenece legitimamente. Si hace alguna marcha, reconoce que es Dios quien le conduce, y le guía; si defiende Plazas, sabe que en vano se defienden, si Dios no las guarda; si se atrinchera, le parece que es Dios quien le hace una muralla para defenderle de todo insulto; si combate, sabe de donde saca toda su fortaleza; y si triunfa, le parece ver en el Cielo una mano invisible que le corona. De este modo, refiriendo todas las gracias que

recibe á su origen, se atrae otras nuevas. El no cuenta los enemigos que le rodean; y sin aterrarse por su multitud, ni por sus fuerzas, dice con el Propheta: *Ellos se fían en el numero de sus combatientes, y de sus carros; pero nosotros nos ponemos bajo la protección del Todo-poderoso.* (a) Con esta fiel, y justa confianza recibía su ardor, forma grandes proyectos, y executaba grandes cosas, y comienza una campaña, que parecía había de ser tan fatal al Imperio.

Para el Ruin, y engaña la vigilancia de un General hábil, y experimentado. Observa los movimientos de los enemigos: Estuerza el valor de los aliados. Gana la sospechosa, é incierta fé de los vecinos. Quitáelos unos la voluntad, y á los otros los medios de ofender; y aprovechándose de estas ocasiones importantes que disponen los grandes, y gloriosos acontecimientos, nada deja á la fortuna de quanto el consejo, y la prudencia humana le pueden quitar. Ya bramaba de colera en su campo el enemigo confuso, y desconcertado; ya hacia todos sus esfuerzos para salvarse en las montañas aquella Águila, cuyo atrevido vuelo había asustado al principio nuestras Provincias. Estos rayos de bronce que inventó el infierno para la destrucción de los hombres, tronaban por todas partes para favorecer, y para precipitar esta retirada; y la Francia en sus pensiones aguardaba el buen éxito de una empresa que segun todas las reglas de la guerra, era infalible.

Pero ay de mí. Nosotros sabíamos todo lo que podíamos esperar, y no pensábamos en lo que debíamos temer. La Providencia Divina nos ocultaba una desgracia mucho mayor que la pérdida de una

(a) Psal. 19. v. 8.

batalla. Debía costar esta acción una vida, que cada uno de nosotros hubiera querido redimir con la suya propia, y todo quanto podíamos ganar no valia lo que íbamos á perder. (a) ¡O Dios terrible; pero justo en vuestras consejos sobre los hijos de los hombres! Vos solo disponéis de los vencedores, y de las victorias. Para cumplir vuestros designios, y hacer temer vuestros juicios, vuestro poder transformá á los que vuestro poder había elevado. Vos sacrificáis á vuestra Soberana Grandeza grandes víctimas, y derribais quando os place, aquellas ilustres cabezas, que tantas veces haveis coronado.

No esperéis, Señores, que yo abra aquí una Scenea tragica; que os represente á este grande hombre tendido sobre sus propios trofeos; ni os descubra aquel cuerpo palido, y sangriento, cercado del humo que aun despide el rayo que le ha herido; ni haga clamar á su sangre como la de Abel; ni exponga á vuestra vista las tristes imagenes de la Religion, y de la Patria, sentidas, y llorosas. En las medians perdidas de este modo se sorprehende la compasion de los oyentes; y con estuñados afectos se arrancan de sus ojos algunas lagrimas tan vanas como forzadas. Pero una muerte que se llora sin ficcion, se debe referir sin arte. Cada uno halla en sí mismo el origen de su dolor, que le renueva la llaga; y el corazon para estar herido, no tiene necesidad de que esté conmovida la imaginacion.

Poco falta para que yo interrumpa aquí mi discurso. Yo estoy turbado, Señores: muere Turena, y todo se confunde: la fortuna queda dudosa; la victoria se cansa, la paz se retarda; las buenas intenciones

(a) Psal. 65. v. 5.



nes de los aliados se entibian: el valor de las tropas se halla abatido por el dolor, pero deseoso de la venganza; y en fin, todo el campo queda inmóvil. Los heridos piensan en la pérdida que padecen, no en las heridas que han recibido. Los Padres moribundos empujan sus hijos à llorar sobre su difunto General. El Ejército enlutado todo, se emplea en hacerle los funerales; y la fama, que se complace en estender por el universo los accidentes extraordinarios, vá à llenar toda la Europa de la gloriosa relacion de la vida de este Príncipe; y del triste pesar de su muerte.

¿Qué de suspiros entonces, qué de quejas, y qué de elogios no resuenan en las Ciudades, y en los campos! El uno, viendo crecer sus menses, bendice la memoria de aquel à quien debe la esperanza de su cosecha. El otro, que goza con quietud la herencia que recibió de sus Padres, desea un eterno descanso al alma de aquel que se la defendió de los desordenes, y de las crueldades de la guerra. Aquí se ofrece el adorable sacrificio de Jesu-Christo por el alma de quien sacrificó su vida, y su sangre por el bien publico. Allí se le erige una pompa fúnebre, donde se esperaba erigirle un triunfo. Cada uno hace memoria de lo que le parece mas ilustre en una vida tan bella. Todos emprenden su elogio; y cada uno, interrumpiéndose él mismo con suspiros, y con lagrimas, admira lo pasado, llora lo presente, y tiembla por lo venidero. De este modo llora todo el Reyno la muerte de su Defensor; y la pérdida de un hombre solo es una calamidad publica.

¿Por qué, Dios mio, (si es que me atrevo à derribar mi alma en vuestra presencia, y hablar con Vos, yo que no soy sino polvo, y ceniza) por qué le hemos perdido nosotros en la necesidad mas urgente, en medio de sus mayores hazañas, en el mas alto punto de

su valor, y en la madurez de su prudencia? ¿Es porque despues de tantas acciones dignas de la inmortalidad, ya no tenia cosa que hacer como mortal? ¿Havia llegado ya aquel tiempo en que debia recoger el fruto de tantas virtudes Christianas, y recibir de vos la Corona de justicia, que tenéis preparada para los que han consumado una gloriosa carrera? Puede ser que hubiésemos puesto en él demasiada confianza; y Vos nos prohibis en vuestras Escrituras confiar en hombres, ni en poder suyo. (a)

Puede ser que sea en castigo de nuestro orgullo, de nuestra ambicion, y de nuestras injusticias. Porque á la manera que se levantan de los valles unos vapores groseros de que se forma el rayo que cae sobre las montañas; así suben del corazon de los pueblos al Cielo unas maldades, cuyos castigos descargais sobre la cabeza de aquellos que los gobiernan, ó los defienden. Yo no vengo aquí, Señor, à sondear los abismos de vuestros juicios, ni à penetrar esos secretos, que hacen obrar vuestra misericordia, ó vuestra justicia; yo no quiero, ni puedo hacer mas que adorarlos. Pero vos sois justo: Vos nos affligis, y en un siglo tan corrompido como el nuestro, no debemos buscar sino en el desorden de nuestras columnas, todas las causas de nuestras desgracias.

Saquemos, pues, Señores, saquemos de nuestro dolor motivos de penitencia; y no busquemos sino en la piedad de este grande hombre verdaderas, y solidas consolaciones. Ciudadanos, Estrangeros, Enemigos, Pueblos, Reyes, Emperadores, todos le lloran, y le veneran. Pero qué pueden ellos contribuir á su

ver-

(a) 2. Paral. 32. v. 8.

verdadera felicidad? Su Rey mismo (pero qué Rey!) la honra con sus sentimientos, y con sus lagrimas: grande, y preciosa señal de ternura, y de estimacion para un vasallo; pero inutil para un Christiano. El vivirá (yo lo confieso) en el espíritu, y en la memoria de los hombres; pero la Escritura me enseña, que quanto el hombre piensa, y aun el hombre mismo, es vanidad. (a) Un magnifico sepulcro encerrará sus tristes despojos: pero él saldrá de este soberbio monumento, no para ser elogiado por sus heroicas hazañas, sino para ser juzgado segun sus buenas, ó malas obras. Sus cenizas estarán mezcladas con las de tantos Reyes como gobernaron este Reyno, que él tan generosamente ha defendido; pero despues de todo esto ¿qué les queda á estos Reyes, asi como á él, de los aplausos del mundo, del tropel de su Corte, del esplendor, y de la pompa de su fortuna, sino un silencio eterno, una soledad afrentosa, y una terrible espectacion de los juicios de Dios, y bajo de esos marmoles preciosos que los cubren? Pues que el mundo honre como quiera á las Grandezas humanas, que Dios solo es la recompensa de las virtudes Christianas.

¡O muerte demasiado repentina, y pero no obstante (por la misericordia del Señor) largo tiempo há prevenida! ¡Quantas palabras edificativas, quantos santos exemplos nos has quitado! Nosotros huvieramos visto (ó qué espectáculo!) en medio de victorias, y de triunfos, morir humildemente á un Christiano. Con qué atencion huviera él empleado sus últimos movimientos en llorar interiormente sus errores pa-

(a) Psal. 38. v. 6.

sados, en anonadarse delante de la Magestad de Dios, y en implorar el socorro de su brazo, no ya contra los enemigos visibles, sino contra los de su Salvacion! Su fe viva, y su fervorosa caridad nos huvieran sin duda conmovido, y nos huviera quedado un modelo de confianza sin presuncion, de un temor sin flaqueza, de una penitencia sin artificio, de una confianza sin afectacion, y de una muerte preciosa delante de Dios, y de los hombres.

¿No son justas estas presunciones, Señores? Pero que digo *presunciones*? Eran designios formados. Havia resuelto vivir tan santamente como presumo yo que murió. Pronto à poner todas sus coronas al pie del trono de Jesu-Christo, como aquellos vencedores del Apocalypsis; dispuesto á amontonar toda su gloria para despojarse de una vez de ella por un retiro voluntario, ya no era mas de este mundo, aunque su Providencia todavia le tenia en él. En el tumulto de los Exercitos se divertia con las dulces, y secretas esperanzas de su soledad. Con una mano arrojaba rayos contra los Amalecitas, y levantaba la otra para atraer sobre sí las bendiciones del Cielo. Ya hacia este Josué en medio de las batallas los oficios de Moysés sobre el Monte; y bajo las armas de un Guerrero, llevaba el corazon, y la voluntad de un penitente.

Señor, que ilustrais las mas obscuras tinieblas de nuestras conciencias, y veis en nuestras mas secretas intenciones lo que todavia no es como si ya fuese; recibid en el seno de vuestra gloria á esta Alma, que bien presto no huviera estado ocupada sino en pensamientos de vuestra eternidad! Recibid estos deseos, que vos mismo le haviais inspirado. El tiempo es el que le faltó, pero no el deseo de cumplirlos. Si vos pedis obras juntamente con deseos, ved aqui las limosnas que ha hecho, y otras que ha destinado para el alivio,

vio, y la salvacion de sus hermanos; ved ahí almas extraviadas, que él mismo ha conducido á vos por sus socorros, por sus consejos, y por sus exemplos; ved ahí esa sangre de vuestro Pueblo que tantas veces ha defendido, ved ahí su misma sangre, que tan generosamente ha derramado por nosotros; y (por mejor decir) ved ahí la Sangre que Jesu-Christo ha derramado por él.

Ministros del Señor, acabad el Santo Sacrificio. Christianos, redoblad vuestros votos, y vuestras supplicas, para que Dios, en recompensa de sus trabajos, le admita en las moradas del eterno descanso, y le dé en el Cielo una paz sin fin al que tres veces nos ha procurado á nosotros una sobre la tierra, pasagera à la verdad; pero siempre dulce, y siempre deseable.

# ORACION FUNEBRE

DEL PRIMER PRESIDENTE

EL SEÑOR

DE LAMOIGNON,  
PRONUNCIADA

EN PARIS EN LA IGLESIA DE S. NICOLAS

DE CHARDONET,

EL DIA 18. DE FEBRERO

DE 1679.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



vio, y la salvacion de sus hermanos; ved ahí almas extraviadas, que él mismo ha conducido á vos por sus socorros, por sus consejos, y por sus exemplos; ved ahí esa sangre de vuestro Pueblo que tantas veces ha defendido, ved ahí su misma sangre, que tan generosamente ha derramado por nosotros; y (por mejor decir) ved ahí la Sangre que Jesu-Christo ha derramado por él.

Ministros del Señor, acabad el Santo Sacrificio. Christianos, redoblad vuestros votos, y vuestras supplicas, para que Dios, en recompensa de sus trabajos, le admita en las moradas del eterno descanso, y le dé en el Cielo una paz sin fin al que tres veces nos ha procurado á nosotros una sobre la tierra, pasagera à la verdad; pero siempre dulce, y siempre deseable.

# ORACION FUNEBRE

DEL PRIMER PRESIDENTE

EL SEÑOR

DE LAMOIGNON,  
PRONUNCIADA

EN PARIS EN LA IGLESIA DE S. NICOLAS

DE CHARDONET,

EL DIA 18. DE FEBRERO

DE 1679.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ORACION

FUNEBRE

DEL SEÑOR  
DE LAMOIGNON.

*Diligite iustitiam, qui iudicatis terram: Sen-  
tite de Domino in bonitate; Et in sim-  
plicitate cordis querite illum. Sap. c. 1.  
V. 1.*

Amad la justicia, Jueces de la tierra; te-  
ned sentimientos conformes a la bon-  
dad de Dios; y buscadle en la sim-  
plicidad de corazon.



**N**o vengo aqui, Señores, à renovar en  
vuestros espíritus la triste memoria  
de una muerte que ya haveis llo-  
rado. Dejemos à los infieles aque-  
llos largos, y sensibles dolores, que  
la Religion no modera. Como sus  
perdidas son irreparables, la tris-  
teza puede ser sin limites; y como no tienen esperan-

za, tampoco tienen consuelo. Pero nosotros, á qui-  
enes Dios por su gracia ha revelado estas verdades,  
hemos leído en sus Escrituras, que bay un tiempo de  
llorar, (a) y una medida de lagrimas; (b) que el sol  
(que jamás debe ponerse sin que se haya pasado nues-  
tra ira) tampoco se debe poner mas de siete veces  
en el tiempo de nuestra afliccion; (c) y que la mis-  
ma caridad, que nos hace sentir la muerte de los fieles,  
nos hace esperar su resurreccion, y nos convida à rego-  
cijarnos en su dicha.

¿Pues por qué he de renovar oy una llaga que el  
tiempo, y la razon deben haver cerrado ya? No es-  
peréis, Señores, que yo deplora aqui la nada, y la  
miseria de los hombres; yo no vengo sino à alabar la  
misericordia, y la grandeza del Señor. Yo quiero en-  
señaros à buscar à Dios, cuya duracion es eterna; no  
à afligiros por criaturas que acaban; y en el elogio  
que emprendo hacer del Señor Guillermo de Lamoig-  
non, Primer presidente del Parlamento, no es mi  
animo exagerar la perdida de un hombre justo; sino  
excitaros à amar, como él, la justicia: *Diligite ius-  
titiam.*

En aquellos dias de turbacion, y luto en que se  
siente uno tocado del espectáculo sensible de una  
muerte reciente, é inopinada, se recoge todo dentro  
de sí mismo, y se deja ocupar de su dolor. Si se ha-  
cen algunas reflexiones en general sobre la inconflan-  
cia, y la vanidad de las cosas humanas, pero sin des-  
cender hasta sus propios defectos, ó à sus flaquezas  
particulares, mas se busca el consuelo que la instruc-  
cion: ®

(a) Eccles. 3. v. 4.

(b) Psalm. 79. v. 6.

(c) Eccles. 22. v. 13.

cion: y si se habla de las buenas obras de los que han muerto, es para justificar las lagrimas que se derraman por ellos, no para aprovecharse de sus exemplos. Pero ya es tiempo de elevarnos por la fé, sobre las flaquezas de la naturaleza. No basta reconocer la necesidad de morir, y la importancia de morir bien, si no se sacan de esto motivos, y consecuencias para bien vivir; y de nada vale que se crea honrar la memoria de los buenos que han fallecido, si no se buscan las reliquias de su espíritu sobre esos sepulcros donde se hacen honores funebres á los tristes despojos de su cuerpo mortal.

Con este fin, Señores, voy á representaros un Magistrado:

- Division {
- I. *Que nada ignoró, ni despreció en su ministerio, y á quien ningun interés apartó jamás del camino recto de la equidad, y de la justicia.*
  - II. *Un hombre dulce, y caritativo, que supo templar la austeridad de las Leyes, y de la Justicia con todos los lenitivos que inspiran la misericordia, y la caridad.*
  - III. *Un Cristiano que consagró sus virtudes morales, y politicas con una piedad simple, y sincera.*

Dejo á Dios, que es el solo Señor del corazón de los hombres, y que los mueve quando quiere por la eficacia que dá á los buenos exemplos, que grave en los vuestros estos sentimientos de rectitud, de bondad, y de Religion, que os propongo. Por lo que á mi toca, yo no puedo hacer mas que repetirlos de su parte, estas palabras de mi texto: *Amad la justicia: Tened sentimientos conformes á la bondad del Señor; y buscadle en la simplicidad de corazón.*

PR

## PRIMERA PARTE.

**D**IOS, cuya providencia destina á los Jueces para gobernar su pueblo, como á los Sacerdotes para santificarlo, y conduce los unos, y los otros por los senderos de su justicia, y por el camino de su verdad: Dios, Señores, dispuso por medio de un dichoso nacimiento al Señor de Lamoignon, para que llevase sus leyes, y exerciese sus juicios en el mas augusto Senado del mundo.

Nació en una de las mas nobles, y de las mas antiguas Casas del Nivernés, que despues de haberse distinguido en los empleos Militares desde antes del Reynado de San Luis, entró despues bajo de Henrique II. en las primeras dignidades de la Toga, y conservó en el Parlamento la gloria que havia adquirido en los Exercitos; que aun habiendo mudado de profesion, nada ha perdido del esplendor, y de la grandeza de su origen: Semejante á aquellos rios, que hallando nuevas montañas, y abriéndose con el tiempo un nuevo cauze, van á regar otras campiñas, y nada pierden de la abundancia, ni de la pureza de sus aguas, aunque hayan mudado de madre.

Pero no alabemos de su nacimiento sino lo que él mismo alabó: y así digamos con él, que descendia de una familia, en donde parece que nacen todos para ejercer la justicia, y la caridad; en donde la virtud se comunica con la sangre, se conserva con los buenos consejos, y se excita por los grandes exemplos; en donde los Padres tienen mas cuidado de la salvacion de sus herederos, que del acrecentamiento de sus herencias; en donde los hijos mas quierren suceder á la bondad, que á la fortuna de sus padres: y

R 2

en



en donde el temor de Dios, la misericordia, y la paz son las reglas de la disciplina domestica.

Privado en sus más tiernos años de la instruccion, y de los auxilios de un Padre, cuyos buenos exemplos no havia hecho: mas que llegar á percibir, y cuya perdida havia de llorar largo tiempo, quedó bajo la tutela de una Madre, á quien los pobres tuvieron siempre por la suya. De este modo, la ternura que tuvo por el uno, no disminuyó la compasion que debia á los otros. Pareciola que sus limosnas no serian infructuosas; que recogeria en su familia lo que sembraba en los Hospitales; que teniendo cuidado de los pobres de Jesu-Christo, Jesu-Christo tendria cuidado de sus hijos; y que no podia enseñarles cosa mas importante que las maximas Evangelicas, ni dejarles un bien mas sólido, que la sucesion de su caridad.

No se engañaron sus esperanzas, Señores: Dios mismo presidió á la educacion de este hijo, que ella tantas veces le havia ofrecido. Previnole de sus bendiciones espirituales, y le hizo evitar por su gracia aquellas peligrosas pasiones, que son como los escollos; y aun los precipicios, adonde el ardor de la edad, la licencia del siglo, la corrupcion de la naturaleza, el mal exemplo, y muchas veces el mal consejo, arrojan á una juventud inconsiderada.

Y así, bien presto se observó en él todo lo que constituye los grandes Magistrados: Un corazon docil para recibir las impresiones de la verdad; noble para elevarse sobre las pasiones, y los intereses; compasivo para socorrer á los desgraciados; y firme para resistir á la maldad; un espíritu ambicioso de saberlo todo, y capaz de comprenderlo; pronto para concebir las materias mas sublimes, y feliz en explicarlas, sabiendo discernir no solamente lo bueno de lo malo, sino tambien lo mejor de lo bueno; aplicado á examinar

las dificultades, y á resolverlas; á buscar la verdad, y á seguirla, despues que la havia descubierto; á conocerlo todo, y siempre á sacar algun fruto de sus conocimientos. Esta anticipada sabiduria hizo que se dispensase con él de las reglas ordinarias de la edad. Atendióse á la madurez de su juicio, y no se contó el numero de sus años; sentóse á los diez y ocho con los ancianos de Israel, y se puso á jurgar como ellos las diferencias que se originan entre el pueblo.

Ni creais, Señores, que entró sin vocacion en el Santuario de la justicia. Sabia muy bien, que las primeras leyes que es necesario estudiar son las de la prudencia; que la Judicatura es una especie de Sacerdocio, en que no es permitido aligarse sin orden del Cielo; y que Jesu-Christo no menos fue hecho Juez, que Pontifice por su Padre. Y así antes de entrar en los Empleos, quiso conocer sus obligaciones. El primer Tribunal á que subió fue el de su conciencia, para sondear en él el fondo de sus intenciones. No dió oídos, ni al orgullo, ni á la ambicion, ni á la avaricia. Consultó á Dios, á quien pertenece el consejo, y la equidad; y Dios le señaló el camino, que quiso hacerle seguir.

Entonces, considerandose en una profesion en donde las cuestiones son tan diferentes, y los derechos tan difíciles de desenredar; en donde se decide de los bienes, del honor, y de la vida de los hombres; y en donde las faltas nunca son pequeñas, y casi siempre son irreparables; nada temió tanto como el error en sus juicios. Pasó los dias, y las noches en el estudio; y que progresos no se hacen quando hay salud, y constancia para poder sufrir largas vigiliass quando á las propias luces se añade el consejo, y la comunicacion de los grandes hombres! y quando á la continuacion del trabajo se junta la facilidad del in-

genio! Huviera creído faltar à la parte mas esencial de su estado, si como sentia rectas sus intenciones, no las huviera ilustrado. Y asi, ordinariamente decia, que havia poca diferencia entre un Juez malo, y un Juez ignorante. El uno à lo menos tiene à la vista las reglas de su obligacion, y la imagen de su injusticia; el otro no vé, ni el bien, ni el mal que hace. El uno peca con conocimiento, y es mas inescusable; el otro peca sin él, y es mas incorregible. Pero uno, y otro son igualmente reos respecto de aquellos que condenan, ó por error, ó por malicia. Porque, que uno sea herido por un furioso, ó por un ciego, no por eso deja de sentir la herida; y asi, por lo que toca à los que padecen la ruina, importa poco que se sea, ó por un hombre que los engaña, ó por un hombre que se ha engañado à sí mismo.

Estas reflexiones, Señores, redoblaron su ardor. Adquirió un perfecto conocimiento del derecho humano, y del divino; una inteligencia profunda de las leyes, y de las costumbres; y un uso familiar de las formalidades, y de los procedimientos. Sábias, é inmensas colecciones en que comprehendió la Jurisprudencia antigua, y moderna, vosotras podeis ser testigos publicos de quanto digo: ó à lo menos, se-reis en manos de sus descendientes como un deposito sagrado, y un precioso monumento de su espíritu, y de su trabajo.

Aquí os le havia yo de hacer ver en la Justicia del Consejo (adonde su merito le havia llamado) favoreciendo la buena causa, decidiendo la dudosa, desennegando la difícil, y renunciando todos los placeres, excepto el que recibia en cumplir con sus obligaciones. Yo le daria por exemplo à los que invirtiendo el orden de las cosas, se forman una ocupacion de sus diversiones, y no dan à sus empleos sino el tiempo

tiempo que le sobra à una cobarde ociosidad; como si no fuesen Jueces sino para estar sentados de quando en quando sobre las flores de Lis, adonde van à soñar en sus diversiones pasadas, de cuyas ideas aun tienen cargada la imaginacion; ó à reparar por un letargo mortal las vigilijs que han dado à sus placeres.

Pero no quiero sino acordaros la célebre causa de aquellos Extranjeros, à quienes la esperanza del interés havia atraído de los puertos de Levante para traer à Europa las riquezas del Asia. Havianles quitado contra la libertad de los mares, y la fidelidad del Comercio, dos Corsarios Franceses, asi sus riquezas, como el Navio que las llevaba. Los que debian socorrerlos, ayudaban à oprimirlos. Haviase olvidado para con ellos no solamente aquella compasion comun, que se debe à todos los desgraciados, sino aquella singular politica, que nuestra Nacion ha acostumbrado tener con los Extranjeros. Distantes de sus amigos por tanta tierra, y por tantos mares, en un pais en donde ni se les podia entender, ni se les queria oír, acudieron al Señor de Lamoignon, como à un hombre incorruptible, é inexorable, que tomaria el partido de los debiles contra los poderosos, y desembrollaria aquel caos de incidentes, y de procedimientos con que se havia enredado la causa.

Hizolo así, Señores; encendió todo su zelo contra la avaricia; levantó los velos que cubrian aquel mysterio de iniquidad; y relató despues de solos tres dias en el Consejo del Rey este negocio, con tanto orden, y pureza, que hizo restituir à aquellos infelices lo que creían haver perdido, y les obligó à confesar como les havia costado mucho trabajo el creer que entre nosotros se pudiese hallar la fidelidad, y la justicia.



Pero aun paso á cosas mas importantes. Venimosle en la primera Plaza del Parlamento, y mostremos por la Dignidad (como decia un antiguo) qual fue el hombre que la ha poseido. Los Reyes en siglos mas inocentes, fueron en otro tiempo ellos mismos los Juezes del Pueblo. Traed siao á vuestra memoria aquellos primeros tiempos de la Monarquia. El fraude, la ambicion, y el interés, vicios todavía tiernos, y poco conocidos, apenas havian comenzado á alterar la buena fé, y la dichosa simplicidad de nuestros Padres. Ellos vivian por la mayor parte contentos con lo que havian recibido de la fortuna, ó con lo que havian adquirido por su trabajo. Como poseian sus propios bienes sin inquietud, miraban los de los otros sin envidia. Sus esperanzas no se estendian mas allá de su condicion, y los límites de sus herencias eran los de sus deseos.

Como los pleytos eran tan raros, y para juzgarlos baltaban los principios comunes de la equidad natural, los Soberanos tenían ellos mismos su Parlamento, bajaban del Trono por subir al tribunal, y repartiendo el tiempo entre el bien publico, y el reposo de los particulares, despues de haver calmado aquellas grandes tempestades que turban las regiones superiores del Estado, venian á disipar estas pequeñas borrascas, que se levantan algunas veces en las inferiores.

Pero despues que la justicia gime bajo de un cúmulo de Leyes, y de formalidades enredadas, y despues que se ha hecho un arte de arruinarse los unos á los otros por la zifanía, y por el enredo, los Reyes no han podido baltar para este empleo. Ocupados en sollener largas, y sangrientas guerras, en romper ligas que contra ellos forma la envidia, en reunir una ininidad de intereses, para dar al mundo una paz du-

ra

table, se han visto precisados á renunciar, como Moyses, esta justicia tumultuosa, y ponerla en manos de unos hombres sabios, que temán á Dios, en quienes se halle la verdad, y que aborrezcan la avaricia.

Lo que mas importa, Señores, es el elegirles una cabeza: y esta eleccion nunca fue mas acertada, y loable, que la que se hizo del Señor de Lamoignon. Pero quales pensais vosotros, que fueron los medios que le conduxeron á esse fin? Pensais acaso, que fue el favor? Pues sabed que no havia tenido mas conexiones en la Corte, que las que le dieron, ó sus negocios, ó sus obligaciones. ¿Crecis por ventura, que el azar? Pues sabed, que se tardó mucho tiempo en deliberar; y en un negocio tan delicado se creyó que era necesario valerse del consejo, y nada dejarle á la casualidad. No fue el concierto: pues era del numero de aquellos que no havian seguido sino su obligacion: y este partido, aunque el mas justo, no havia sido el mayor. No la destreza en servirse de las ocasiones, pues ya se havian pasado aquellos infelices tiempos en que se daban los empleos mas por necesidad, que por eleccion; y en que queriendo todos aprovecharse de las turbaciones del Estado, vendian bien caros, ó los servicios que podian hacer, ó los medios que tenían de arruinar. La reputation que se havia adquirido en el Parlamento, y en el Consejo, fue la única sollicitacion para con los Potestades. Estas le declararon, que no debía su elevacion sino á su merito; y que no huviera sido preferido, si se huviese conocido en el Reyno un sujeto mas fiel, y mas capaz de este empleo.

Y qual fue entonces su aplicacion? Parecióle, que Dios le havia puesto en el Tribunal (como á Adán en el Parayso) para trabajar en él; y así respondió despues á los que le suplicaban que mirase por sí, y se cuidase,

Tom. 4.

S

que



que su salud, y su vida eran del Público, y no tuyas. ¡Os diré yo que se hizo como una especie de Religión el oír las razones de las partes, y leer todos sus memoriales, por largos, y enfadosos que fuesen; sin fiarse de extractos mal digeridos, y muchas veces trazados de prisa, y á la ligera por manos infieles; ó negligentes, que confunden los derechos, y desfigurán una buena causa? ¡Os diré que havendose empeñado en no dar jamás las Relaciones que se le pedían, hizo ver, y aprobar á un gran Ministro, y á una gran Reyna, que no se podia dispensar este favor; quitando de este modo á los particulares la esperanza de obtener de él por importunidad, ó por amistad lo que no havia concedido, ni al reconocimiento que tenia por su bienhechor, ni al respeto que tenia á la mayor Reyna del mundo?

Pasemos de sus acciones á las reglas de ellas; y digamos, que se despojó de ciertos intereses delicados, que son origen de la flaqueza, y de la corrupcion de los hombres. ¡Qué distante estaba del humor de estos hombres vanos, é interesados, que no aman la virtud, sino por la reputacion que trae consigo; y que no tendrian placer en hacer bien si no tuviesen el arte de exagerar todo el bien que hacen! Haviase puesto superior á este falso honor. Para asegurar un grande negocio en que otros huvieran elegido los medios mas lustreros, él elegia los mas seguros, y los mas utiles. Si havia de dar su parecer, atendia, no al que fuese mas aprobado, sino al que creía mas justo. Ni se gloriaba de ser Autor de las buenas resoluciones, bastábale que se huviesen tomado; y seguilo.

¡Quantos proyectos no ha hecho, ó reformado! ¡Quantas Audiencias no ha dado! ¡Y quantos servicios no hizo, cuya noticia ocultó á aquellos que han experimentado los efectos! De este modo, util sin inter-

res

res, virtuoso sin quererse honrar de su virtud, cumplió con sus obligaciones, por sola la satisfaccion de haver cumplido con ellas; y no quiso tener en todas sus acciones otra regla que su fidelidad, otro fin que la utilidad publica, ni otra recompensa que la gloria de hacer bien.

Con este mismo espíritu despreció muchas veces la fama del vulgo, y satisfecho con sus buenas intenciones, le abandonó las apariencias. Parecióle que un Magistrado debía pensar, no en lo que se decia de él, sino en lo que él se debía á sí mismo; y que para servir bien al Público era necesario algunas veces tener valor para desagradarle. De este modo (siguiendo el consejo de uno de los mayores hombres de la antigüedad) (a) no hizo caso de la falsa gloria, ni de los falsos honores; y así ni las alabanzas, ni las murmuraciones pudieron jamás apartarle de su obligacion.

Con este desinterés pudo muy bien conservar aquella libertad de espíritu tan necesaria en la Dignidad que ocupaba. Porque, Señores ¡qué es un Primer Magistrado, ó Presidente, sino un hombre sabio que está establecido para censor de la mayor parte de las locuras de los hombres, que viendo al rededor de sí todas las pasiones, no debe tener ninguna en sí mismo? El uno procura moverle á compasion por afectadas imagenes de su miseria, el otro trabaja en ofuscarle con apariencias de Derecho, y con razones aparentes. Este por sospechosos artificios quiere tenerle de su parte contra la inocencia. Aquel emplea la autoridad, y aun algunas veces se vale de la amistad; corrupcion tanto mas peligrosa quanto es mas dulce. Cada uno quisiera co-

mu-

(a) Q. Fav. Max. apud Liv. lib. 2. decad. 3.

municarle sus preocupaciones, y dictarle la sentencia que forja en su imaginacion segun su capricho, y de Juez que es de su causa hacerle cómplice de su passion. *El señor de Lamoignon* se salvó de todos estos lazos; juzgó (como las Leyes juzgan) por solas las reglas de la equidad, y no por estrañas impresiones.

¡Que no pueda yo hacerlos ver por lo menos, aunque á lo lejos, unas esperanzas despreciadas, quando pudieran obligarle á alguna baja condescendencial; ¡Resentimientos ahogados, aun quando tuvo poder para vengarse! Reprehensiones sufridas constantemente, aun quando tuvo á su favor el testimonio de su concienzal La amistad, y el respeto postpuestas á la Justicia, y su propia reputacion sacrificada al bien publico! Pero aquí, Señores, alabele mi silencio mas que mis palabras. Sin duda os parece mas grande por las acciones que callo, que por las que he dicho. La posteridad las verá algun dia, quando el tiempo (que todo lo destruye) huviere corrido los velos que las cubren, y quando no habrá mas interés, que el de la verdad. No obstante, Dios las vé, y el mismo es su recompensa.

¡Pero necesitamos para alabar su integridad descubrir sus acciones secretas? ¡Buscamos acaso un testimonio mas ilustre, que el que le dió el Rey quando constió en que las primeras Plazas del Parlamento fuesen ocupadas por su familia? Quiso dar esta señal extraordinaria de confianza á aquel de quien havia recibido tantas pruebas de fidelidad. Parecióle que los que pertenecian á este grande hombre no eran capaces de conspirar sino por su servicio, y por el bien de sus Vasallos; y que recibiendo desde mas cerca las influencias puras, y luminosas de la Cabeza, las comunicarian despues á sus miembros, y compañía.

Y así, no temiendo de ellos aquellas peligrosas consecuencias, que sabiamente havia precavido en otros, cre-

creyó que podia violar una de sus Leyes á favor de los que harian observar todas las otras; y que unicos en un mismo cuerpo no era dar lugar á la corrupcion, ó invertir el orden, sino recomensar la virtud, y fortificar el partido de la Justicia: Los servicios que cada uno de ellos hace todos los dias en sus empleos justifican bastante el juicio que de ellos ha hecho este Principe. ¡Pues no tengo razon de exortaros á imitar la prudencia, y la equidad de este celebre Magistrado? Ni tengo menos fundamento para decirlos: *Imitad como él la bondad de Dios.*

## SEGUNDA PARTE.

UNA de las verdades que Jesu-Christo mismo nos enseña en su Evangelio, es que *la bondad* propriamente hablando, *es el carácter de Dios solo*, (a) ya porque no pertenece sino á él el comunicarse á los hombres por esta variedad de dones, y gracias, que son los tesoros de su misericordia, y las riquezas de su bondad; ya porque siendo infinitamente poderoso, como es infinitamente bueno, quiere todo el bien que puede hacer, y hace todo el bien que quiere. No obstante, el Señor elige, y separa en todos tiempos ciertas almas bienhechoras, que sirviendo como de instrumento á esta Bondad Soberana, no ponen mas limites á su caridad, que los que Dios ha puesto á su poder. Tal era *el Señor de Lamoignon*. Si me fuera licito alegar aquí aquellas expresiones vivas, y nobles de que se sirvió para exponer las necesidades de los pueblos, vosotros veriais quanto se compadecia de todos sus trabajos. Dejo

(a) *Nemo bonus nisi unus Deus.* Marc. 10. v. 18



aquellas Audiencias secretas, en que la verdad prudente, pero animosa, sostuvo en las ocasiones la autoridad de las Leyes, y de la Justicia. A mi no me toca revelar lo que ha pasado en el Santuario. Yo hablo de aquellas representaciones, en que mezclando el respeto que debe un Vasallo á su Soberano, con la confianza que debe tener un Magistrado, que lleva la palabra de la Justicia delante del Rey mas justo del mundo, habló de los intereses publicos segun las reglas de su conciencia.

Pero sería necesario tener su prudencia para no decir sino lo que conviene; su elocuencia para decirlo eficazmente; su voz, y su accion para conservar todo el peso, y toda la gracia, que acostumbraba dar á sus palabras.

Veamosle en el exercicio ordinario de su empleo. Apartad de vuestra imaginacion aquella idea que ordinariamente se tiene de la Justicia, de que debe ser siempre ciega, siempre terrible, y siempre armada. El, sin relaxarla, la hizo dulce y tratable. Quitóla la venda que cubria sus ojos, y la dexó echar algunas miradas de compasion sobre los miserables: y sin secretarla alguno de sus derechos, la quitó toda su aspereza. Aquí puedo traer por testigo á la fé publica. ¿Los que tuvieron necesidad de su socorro hallaron jamás entre sí, y este Magistrado algunas barreras impenetrables? ¿Fue preciso llevar á su puerta postes, ni malos ratos por aguardar un momento comodo, y favorable? ¿Fue jamás inaccesible, no digo á sus amigos, sino aun á los indiscretos, y á los importunos? ¿Negó á alguno la libertad de decirle las cosas necesarias? No concedió á muchos el consuelo de decirle hasta las superfluas? ¿Hablándole cada uno de su negocio, no pareció siempre que no tenia otro á que atender, segun la paciencia con que oyó á todos sin moltrar disgusto á ninguno?

no? ¿Abigió por ventura á los miserables, ni les hizo comprar por alguna dureza la justicia que les administraba? Hablo con tanta mayor confianza, quanto tengo por testigos de lo que digo á la mayor parte de los que me oyen.

Jamás atendió al vallimiento; ni á la desgracia de las personas, para reglar la buena, ó mala acogida que podian hallar en él. Oía con paciencia, y respondia con dulzura. No les añadamos (dixo muchas veces) á la desgracia de tener pleytos, la de ser mal recibidos de sus jueces, nosotros estamos puestos para examinar sus derechos, y no para probar su paciencia. Averguenzense aquellos jueces severos, que segun la expresion del Propheta, *(a) hacen los frutos de la justicia amargos como el acornjo; y pierden el merito de su equidad por su austeridad melancolica;* y fieros por su poder, y aun por su virtud, formidables indiférentemente á inocentes, y á culpados, hacen creer que administran la justicia á los unos con repugnancia, y á los otros con enfado. Pero aquel, cuyo elogio hacemos, tenia una conducta muy diferente. Jamás molestó á nadie. Favorable á los que merecian su proteccion, y atento con aquellos que no podian disfrutarla, hacia conocer á los buenos, que hubiera querido satisfacerlos sin darlos el trabajo de solicitarlo; y á los malos, que hubiera querido corregirlos sin tener el disgusto de castigarlos.

Quantas veces probó á desterrar de los tribunales aquellas lentitudes afectadas, y aquellos casi infinitos rodeos que la avaricia ha inventado, para hacer que duren los pleytos por las mismas Leyes que se han hecho

(a) Amós, cap. 6, v. 12.



para acabarlos, y aprovecharse al mismo tiempo de los despojos del que pierde, y del que gana su causal ¡Quantas veces contuvo la licencia de los que en la fe, y con la noticia de que hay enemigos, y envidiosos, esperecen impunemente al defender sus pleytos, negras maledicencias, y con satyras picantes procuran hacer ridiculos por lo menos á los que no pueden hacer criminales! ¡Quantas veces por ajustes razonables, detuvo el curso de aquellas divisiones, que pasan de padres á hijos, y se perpetúan en las familias!

Acaso dudais vosotros, Señores, si quando estaba retirado de los ojos del publico fue aun igual á sí mismo. Entremos en su vida privada. ¡Que no pueda yo mostrarosle entre aquel numero de gentes escogidas que formaban en su casa una Asamblea, que la ciencia, la urbanidad, y la atencion hacian tan útil, como agradable! Allí no reservándose de su autoridad sino aquel dominio que le daba sobre los demás hombres la facilidad de su genio, y la fuerza de su espíritu, comunicaba sus luces, y se aprovechaba de las de los otros. Allí ilustró muchas veces las materias mas crecidas; y sobre qualquier genero de erudicion que cayese el discurso, parecia que havia hecho en el su estudio particular. Allí despues de haver escuchado á los demás, bolvia á tomar algunas veces los asuntos que creían haver apurado; y recogiendo las espigas que se havian dejado despues de la siega, hacia de ellas una cosecha mas abundante que la siega misma.

¡Que no pueda yo representarosle tal como era, quando despues de un largo, y penoso trabajo, retirado del ruido de la Ciudad, y del tumulto de los negocios, iba á descargarse del peso de su dignidad, y á gozar de un noble reposo en su retiro de Bayille!

Vo-

Vosotros le veriais, tan presto dado á los placeres inocentes de la agricultura, elevando su espíritu á las cosas invisibles de Dios por las maravillas visibles de la naturaleza: tan presto meditando aquellos eloquentes, y graves discursos, que enseñaban, é inspiraban todos los años la Justicia, y en los que formando la idea de un hombre de bien, se describia él á sí mismo sin pensar en ello: Tan presto ajustando las diferencias que la discordia, la envidia, ó el mal consejo suscitan entre los habitantes del campo; mas contento en sí mismo, y acaso mas grande á los ojos de Dios, quando entre una verde enramada, ó sobre un Tribunal de cespedes havia asegurado el reposo de una pobre familia, que quando decidia las fortunas mas brillantes sobre el primer trono de la Justicia.

Vosotros le veriais recibiendo un tropel de amigos, como si cada uno fuese el unico, distinguiendo á los unos por su calidad, á otros por su merito; acomodándose á todos, y no prefiriéndose á ninguno. Jamás se levantó sobre su frente serena ninguna de aquellas nubes, que forman el disgusto, ó la desconfianza. Jamás exigió de nadie, ni circunspeccion molesta, ni una continuacion servil. Oyósele, segun los tiempos, hablar de grandes cosas, como si huviera despreciado las pequeñas; y hablar de las pequeñas como si huviese ignorado las grandes. Viósele en conversaciones agradables, y familiares, obligar á los unos á escucharle con placer, á otros á responderle con confianza, dando á cada uno el medio de mostrar su talento, sin haverse valido jamás de la superioridad del suyo.

Quizá, Señores, estas acciones os parecerán comunes. ¡Pero quien no sabe, que la verdadera virtud se filtra, y se comprime quando la conviene! ¿Y que hay grandeza en cumplir constantemente con las menores obligaciones? En los asuntos de lucimiento ellos mismos

Tom. 4.

T

alien,

alienta para obrar por el desca del honor, por las esperanzas de la fortuna, por el ruido de las aclamaciones, y de las alabanzas. Pero en una vida particular, y retirada, donde el alma sin interés, y sin precaucion se abandona à sus movimientos naturales, se descubre uno todo enteramente. Pues en esta conducta ordinaria fue donde el Señor de Lamoignon dió à entender lo que era. Jamás se desmintió à sí mismo, jamás se relajó en nada. Aun en las cosas menos importantes no dejó de seguir las grandes reglas. Aun que obrase de diferente modo, el espíritu que le hizo obrar fue siempre el mismo; y facilmente se reconoció, que la prudencia havia llegado à ser en él como natural, y que su bondad constante, y siempre igual, no provenia de un esfuerço de reflexion, sino del fondo de inclinacion que tenia à ella, y del habito que havia adquirido.

Pero yo me apresuro, Señores, por pasar à los mas nobles efectos de esta bondad: quiero decir al cuidado que tuvo de los pobres de Jesu-Christo. Levantose cerca de las murallas de esta Corte un vasto, y soberbio edificio, (a) que la autoridad de los Magistrados, y las limosnas de los Ciudadanos mantienen treinta años há, y que Dios por unos medios, que la prudencia humana no proveya, y su providencia ha señalado, sostendrá en los tiempos venideros, à pesar de las relajaciones del siglo, y la tibieza de la piedad. Allí es donde el hambre se sacia, donde la desnudez es vestida, donde la enfermedad es curada, consolada la afliccion, é instruida la ignorancia, y donde cada especie de mi-

—Entro l'histoire de son vieillard, et de sa vieillesse. —

(a) El Hospital General.

seria de alma, ó de cuerpo, halla una especie de misericordia que la alivia.

El amor que naturalmente se tiene por el buen orden, el honor que se recibe de tener parte en las grandes obras de piedad, cierto fervor que de ordinario se tiene por los nuevos establecimientos, y sobre todo la gracia de Jesu-Christo, que aviva de quando en quando las almas tibias; todo contribuyó al principio para fundar esta Santa Casa. Pero bien presto fue puesta en confternacion. Los que havian emprendido el sostenerla, cayeron ellos mismos por accidentes imprevitos. Vieronse de repente agotar las principales fuentes de la caridad. Pero el Señor Presidente, por el derecho de su Dignidad, y mucho mas por su propia inclinacion, emprendió mantener una obra que su illustre predecessor (a) havia comenzado con tanto suceso.

Qué cuidado no se tomó por buscar fondos, en un tiempo en que havendose aumentado la miseria, y resfriado la caridad, los pobres tenian mas necesidad de socorro, y los ricos tenian menos voluntad, y menos medios de socorrerlos. Qué aplicacion no tuvo à establecer la disciplina entre aquella tropa de mendigos reclusos, que miran muchas veces su asilo como prision, y creen, que à nadie tienen que contemplar, porque conocen que nada tienen que perder. Qué ordenes no dió para acostumarlos al trabajo, y à la piedad, con el fin de que llegasen à ser mas agradables à Dios, y menos gravosos à la caridad de los fieles.

Entonces fue quando se le vió en la Corte, y pasar en ella con instancia muchas audiencias. Quién no hubiera dicho, que con el pretexto de dar cuenta de su

(a) Monsieur de Belleverre.

empico, buscaba el feliz momento de valerse de sus servicios, y solicitar las gracias que podia esperar de un Principe; ¿Quién no huviera pensado, que era este un omenaje, que iba á rendir á la fortuna; y que despues de haver obtenido las dignidades, buscaba los bienes, que aun faltaban á su familia? Pero no cuartais, prudentes del siglo; pedia para los pobres en un lugar en donde se hace un punto de honor, y de astucia el no pedir, sino para sí, y donde se ignoran facilmente las miserias de otro, porque no se padece ninguna. Jamás se preció tanto de ser persuasivo, como en estas caritativas sollicitaciones; y no fue tan sensiblemente movido de las gracias que se hicieron á su casa, como de los socorros que obtuvo para los Hospitales.

No se contentó, Señores, con la proteccion; pasó tambien hasta las asistencias efectivas, y juntó á su credito sus propias limosnas. Porque sin contar aquellos frequentes rocios que derramó sobre las tierras de su jurisdiccion, y dependencia, ni aquellos abundantes socorros con que contribuyó á las calamidades publicas, consagró lo que sacaba todos los años del trabajo actual del Parlamento á la subsistencia de los pobres. No estaba satisfecho con haverles distribuido el pan, si no lo havia ganado él mismo. No les ofrecia los residuos de su vanidad, ó de su fortuna; sino los frutos de sus propias manos. Distribuiales por la misericordia lo que havia adquirido por la Injusticia. Esta porcion de su hacienda la tenia por sagrada; y así ponía en ella su corazon como en su tesoro. Bien os consta esto, piadosa Confidencía (a) de sus secretas limosnas, que

(a) Madama de Miramion, su sucesora. (h)

le habeis oýd en los oficios publicos de una santa amistad; bien sabeis, con qué alegría dispensais las rentas de su caridad, por rescatar sus pecados, y por honrar á Dios con su sustancia. ¿Qué dirán á esto los que porque no han hurtado su hacienda á otros, les parece tener derecho para abusar de la suya? ¿Como si la limosna no fuese una obligacion indispensable para todos los Chirrianos; como si se pudiese abandonar á los pobres de Jesu Christo, porque no los han oprimido; y como si nada debiesen á Dios, porque nada han tomado á los hombres? ¿Qué dirán aquellos que quieren dar por devocion lo que han quitado con violencia; que se prometen las recompensas de los justos, porque hacen algunas dadas de aquellos bienes, que son el precio de sus injusticias, y se honran para con los pobres de los mismos hurtos que les han hecho? Que sigan el exemplo de un hombre justo, que ha abierto su corazon, y sus entrañas á sus hermanos; que los ha hecho una ofrenda pura de la hacienda mas legitimamente adquirida; y despues de haver imitado la bondad del Señor, le ha buscado por la piedad.

### TERCERA PARTE.

NO sin razon, Señores, el Espíritu de Dios, que dió á cada estado las instrucciones que le son propias, manda á los Jueces de la tierra que busquen al Señor; porque estando por una parte ligados á una multitud de obligaciones, y por otra siendo tenidos por arbitros de la suerte de los hombres, es difícil que su espíritu no se pegue, ó á esta multiplicidad de negocios que los ocupan, ó á la complacencia de aquella autoridad que los distingue. Y así es necesario que salgan de



si mismos para ir á Dios por una piedad simple, y sincera. (a)

Digo por una piedad simple, y sincera; porque, Señores, se ha levantado en la Iglesia una especie de Christianos, que adquiriéndose á expensas de la devocion, una reputacion de devotos, ocultan sus pasiones con capa de piedad, y bajo un ayre exterior de reformation, por conseguir mas facilmente sus fines, y por engañar la aplicacion del mundo, haciendole creer que ya son enteramente de Dios. Son estos unos hombres, que hacen de humildes para poder mandar, de utiles para hacerse necesarios; y juzgando de todo, metiéndose en todo, y moviendo mil resortes, siendo su religion solo aparente, si no se hacen estimar por su virtud, á lo menos se hacen temer por sus enredos.

Hablo aqui de un verdadero Christiano, que no tuvo mas guia que la fé; que no atendió sino á las máximas del Evangelio; que no fue ni de Apolo, ni de Cephas, ni de Pablo, sino de Jesu-Christo; que reprimió los impios, y no tuvo parte con los hypocritas; y siguiendo, no su interés, sino su obligacion, y reflexiondo todas las cosas á su principio, conservó su Religion pura, y halló á Dios, porque le buscó por sí mismo.

¿Y entraré yo, Señores, en los secretos ejercicios de su piedad? Diré yo, que hurtaba el tiempo á su sueño por darlo á la oracion? ¿Que comenzó todos sus dias por un sacrificio que lucia á Dios de sí mismo? ¿Que leyendo todos los dias: de rodillas algunos artículos

(a) *In simplicitate cordis, & sinceritate Dei.*  
2. ad Cor. 1. v. 12.

culos de la Ley de Dios, debía en las fuentes puras de la verdad las reglas de la verdadera sabiduria? ¿Que no dejó pasar semana alguna sin aviviar su fervor por el uso de los Sacramentos? ¿Que se tomaba cuenta á sí mismo de todos los juicios que havia hecho, y repasaba de quando en quando todos los años de su vida en la amargura de su alma, por excitarse á la penitencia? Diré yo que se encerró cuidadosamente dentro de sí mismo, y que no mostró sus buenas obras, sino quando eran necesarias para edificar á los pueblos? ¿Que no interrumpió el curso de su devocion, ni en medio de sus mayores embarazos de negocios; y que la columbre, y el largo habito que havia formado, nada disminuyó de su fervor, ni de su afecto?

Pero aun dió mas extension á su piedad, y yo tengo que decir mayores cosas que las que están limitadas á su salvacion particular. Porque ¿qué amor no tuvo por Jesu-Christo! ¿Qué zelo no tuvo por la Religion! ¿De donde provenia aquel cuidado que se tomó de reducir las ordenes antiguas á la primera pureza de sus Institutos, y de renovar en los hijos el espíritu de sus padres, reparando las brechas, que el tiempo havia hecho en su disciplina? ¿De donde aquella proteccion que daba á todos estos Obreros Evangelicos, que van á plantar la Cruz entre Naciones Estrangeras, y á sembrar la fé de Jesu-Christo en las Islas del Nuevo Mundo? ¿De qué procedia aquella alegría interior que sentia, quando veia en el Clero hombres dignos de su ministerio unirse, y conspirar para disipar por sus instrucciones, y por el exemplo de su vida las máximas de error, que el mundo inspira á los que le siguen? ¿Y qual fue el principio que le hizo obrar en estas ocasiones, sino el zelo que tuvo por la Iglesia?

Permitid, Señores, que yo vuelva á tomar aliento, y que recoja lo que me resta de fuerza para re-

presentaros lo que hizo por la Disciplina. ¿Quién no sabe que la Iglesia estaba en una especie de esclavitud, y servidumbre? La jurisdiccion Secular casi no dejaba obrar á la Espiritual. Con el pretexto de impedir una demasiado austeridad dominacion, ó de mantener privilegios que la necesidad de los tiempos ha hecho conceder, se invertia el orden, y muchas veces se autorizaba la desobediencia. Los que sacudian el yugo de la obediencia, y no defendian su libertad sino para mantener su libertinage, no dejaban de ser oídos, y de hallar protectores. Los Obispos no tenían ya derechos incontestables. Si querian castigar á un pecador obstinado, una justicia estraña les quitaba de las manos aquellas armas que Jesu-Christo mismo les ha dado. Si emprendian reprimir la licencia, su zelo pasaba por un atentado contra las Leyes. Ellos gemian en secreto, y en vano llevaban de quando en quando sus quejas hasta el pie del Trono.

Pero bajo de una Cabeza; y un Cefo tan religioso se mudó de Jurisprudencia. El derecho natural ya no se ve sofocado por las exenciones. La oveja que se descarria; se vuelve á embiar á su Pastor. Confirmase en el Parlamento lo que se dispone en el Santuario. Los pecadores no hallan refugio sino en su penitencia; y no elitando las Leyes del Principe armadas sino para hacer observar las de Dios, qualquier Prelado puede hacer bien, y corregir el mal sin oposicion. Sagrados Ministros de Jesu-Christo, cuyos derechos tantas veces favoreció este grande hombre, vosotros le alabasteis en vuestras Asambleas; y vosotros le disteis por vuestros Diputados testimonios publicos de vuestro reconocimiento! La capacidad, la prudencia, y la piedad de su illustre sucesor os prometen los mismos socorros; y vuestros deseos serán cumplidos quando este Augusto Parlamento (que debe ser la regla, y el mo-

do-

dolo de todos los otros) les huviere comunicado su espíritu, y sus maximas.

Por mucha gloria que el Señor de Lamoignon haya adquirido haciendo observar la disciplina, le alabara con temor, si él mismo no la huviese observado: alabaria su autoridad, y desconfiaria de su desinterés. Pero como sus juicios fueron justos, su conducta tambien fue siempre irreprehensible. ¿No reusó una grande Abadía que le ofrecieron para uno de sus hijos, porque aun no era capaz de determinarse por su propia eleccion; y porque el goze de una gran renta le podia ser en lo sucesivo una especie de ompeña para vivir sin vocacion en el Estado Ecclesiastico? ¿Donde están los padres escrupulosos, que desprecian unos medios tan seguros, y tan faciles de establecer la fortuna de sus hijos; que no atrayan sobre ellos alguna porcion del patrimonio de Jesu-Christo, quando no pueden darles del suyo; y que no suplan por media de dispensas, la inconstancia de su voluntad, y la incapacidad de su edad? ¡Dichoso aquel, que no corrió tras de las riquezas! Pero mas dichoso el que las reusó quando ellas corrieron á él!

Ni tuvo menos cuidado de examinar la vocacion de sus dos virtuosas hijas, que llevan el yugo del Señor en uno de los mas Santos Ordenes de la Iglesia. (a) ¿De qué santas alucias no se valió para descubrir, si el desseo que tenían de consagrarse á Dios era una resolution constante, ó un fervor pasajero! ¡Quantas veces las representó las peligrosas consecuencias de un retiro precipitado! ¡Con qué ternura no pidió á Dios, que las determinase por su divina voluntad, y que las

con-

(a) La Visitacion.

conduxese por su prudencia! Despues de haverlas mostrado las vanidades del mundo que havian resuelto dejar, las hizo verlas cruces á que debian estar abrazadas; y nada omitió de quanto podia asegurarle de la solidez de un designio que le era importante conocer, y no le era permitido traformar.

Unas virtudes tan puras, y tan christianas fueron como otras tantas disposiciones á una santa, y dichosa muerte. No necesitó de prepararla por tantas enfermedades; ni hacerla sentir por cruces dolores. Haviendola considerado mucho tiempo antes, no solo como indispensable á todos los hombres, sino tambien como ventajosa á los Christianos, fue herido de ella, pero no fue sorprendido. Llenó felizmente su espíritu de funestos presagios de su fin cercano, se armó contra los temores de lo venidero por largas, y serias reflexiones. Miró sin atararse el aparato de su sacrificio. *Vió al mundo pronto á desvanecerse (a)* para él, pero jamás havia creído que fuese sólido. Vió acercarse la eternidad, y redobló sus fuerzas para acabar lo que tenia que disponer para su carrera. Vió los juicios de Dios, y los temió; pero los aguardó con confianza. Aquel amor tan vivo, y tan tierno que tuvo por su familia, se confundia insensiblemente en la caridad que tenia por Dios. De este modo, despojado de todos los afectos del mundo, no pensó sino en su salvacion; y juntando todas las criaturas en el seno de su Criador, se rindió él mismo por irse á juntar á su principio, y recibir de él la recompensa de sus virtudes.

No aguardéis, Señores, que haga aquí el ultimo

(a) *Spiritu magno vidit ultima. Eccli. 48. v. 27.*

esfuerzo para moveros á la compasion, y al dolor. Ofenderia yo á esta alma santa, que despues de haver lavado en la Sangre de Jesu-Christo aquellas manchas que el pecado deja en nosotros despues de nuestra muerte, goza sin duda de una felicidad eterna en los tabernaculos de Dios vivo. ¡Vos lo sabéis, Dios mio, y yo no hago sino presumirlo; pero tantas gracias como vos lo haveis hecho, y tantos votos como os han hecho á vos; Jesu-Christo tantas veces invocado, tantas veces sacrificado por él sobre el Altar (sin entrarme á investigar vuestros juicios) me dan esta confianza!

¡Ojalá, que haya recibido de vuestras manos aquella Corona de justicia que dais á los que os aman! ¡Plegue á Dios, que estas hachas, y estas luces que la piedad Christiana ha encendido sean señales de su gloria, mas que pompa de sus funerales! ¡Permita Dios que este Sacrificio de expiacion que se ofrece por él, sea oy día un Sacrificio de accion de gracias! Y que vosotros, Señores, podáis hacer revivir despues de su muerte las virtudes que ha practicado, á fin de conseguir la gloria que él se ha adquirido.



# ORACION FUNEBRE

DE MARIA THERESA  
DE AUSTRIA,  
REINA DE FRANCIA,  
Y DE NAVARRA,

PRONUNCIADA EN PARIS  
EL DIA 24. DE NOVIEMBRE DE 1683,  
EN LA IGLESIA

DE LAS RELIGIOSAS  
DE VALDEGRACIA,

DONDE REPOSA SU CORAZON:

EN PRESENCIA  
DEL SEÑOR DELPHIN, DE LOS  
Señores Duque, y Duquesa de Orleans,  
de Madamosela, y de los Princeses,  
y Princesas de la Sangre

Real.

# ORACION FUNEBRE

DE MARIA THERESA  
DE AUSTRIA,  
REYNA DE FRANCIA, Y DE  
Navarra.

*Fundamenta eterna supra peram solidam, & mansurata Dei in corde mulieris sancta.*

Los fundamentos eternos sobre la piedra sólida, y firme, y los Mandamientos de Dios están en el corazón de la muger santa. *En el Libro del Eclesiastico, cap. 26. v. 24.*

SEÑOR.



Medio de este funebre aparato, en este Sagrado Templo, en donde la muerte recoge grandes despojos, á vista de ese triste tumulto, y de ese Real corazón, que no es ya mas que ceniza, pensareis acaso que os he de hablar de la fragilidad, y de la nada de las grandezas humanas.

El Espíritu de Dios nos enseña en sus Escrituras, que

que es necesario llorar la suerte de los pecadores. *su vida pasa como la sombra; (a) llega un fatal día en que parecen todos sus pensamientos; (b) su memoria hace un poco de ruido, y va á perdirse en un silencio eterno, (c) Los bienes que han adquirido se les escapan de sus manos avaras; (d) su gloria se seca como la hierba; sus coronas se marchitan, y casi se caen ellas mismas, (e) Verdad es que lo que sirve á la vanidad, no es sino vanidad; y que tolo aquello que no tiene sino al mundo por fundamento, se disipa, y se desvanace con el Mundo. (f)*

Pero el mismo Espíritu de Dios nos enseña, que la grandeza es sólida, quando sirve á la piedad. *Hoy Coronas que se arrojan á los pies del Cordero, (g) riquezas que se derraman en el seno de los pobres, un Reyno, que pertenece á Jesu-Christo, y que no es de este mundo; (h) una Gloria que sale de la Cruz del mismo Salvador, (i) y una elevacion de los justos, que permanece eternamente, (k) porque está fundada sobre la piedra; (l) y esta piedra, segun el Apollol, (m) es nuestro Señor Jesu-Christo.*

Yo no vergo, pues, á desengañaros aquí de las grandezas humanas, sino á mostraros el buen uso, que se puede hacer de ellas, no es mi animo el moveros con mi discurso, sino instrultos con exemplos; y el día de oy os exorto, no á llorar una Reyna,

- (a) Psalm. 143. v. 4. (b) Psal. 145. v. 4.  
 (c) Psalm. 9. v. 7. (d) Psalm. 75. v. 6.  
 (e) Psal. 89. v. 6. (f) 1. Cor. 7. v. 31.  
 (g) Apec. 4. v. 10. (h) Joan. 18. v. 36.  
 (i) Gal. 6. v. 14. (k) Ecol. 27. v. 9.  
 (l) Psalm. 26. v. 6. (m) 1. Cor. 10. v. 4.

sino á imitar una Santa. De este modo llamaba en otro tiempo San Pablo (a) á los Christianos; y así llamo yo á la *muy alta, muy poderosa, muy excelente, y muy religiosa Princesa Maria Theresia, Infanta de España, Reyna de Francia, y de Navarra, á quien una piedad sin interrupcion, y una constante fidelidad en observar la Ley de Dios, han hecho digna de ser alabada á la vista de sus Altares por los Ministros de su Evangelio.*

Quando el asunto de este genero de elogios es una de aquellas vidas mundanas, de las quales no se puede alabar sino el fin, en que todo su Christianismo se reduxo á algunos actos de Religion, hechos en el discurso de la enfermedad; ¡O quan difícil es, que no se adule la vanidad, ó que á lo menos no se la perdone! ¡Que no se confunda la fortuna con la virtud, y se ofrezcan, quasi sin querer, al Mundo, que es un Idolo, algunos granos del incienso que solo se debe á Dios! Pero ¡desdichados de nosotros, si alabamos lo que Dios no ha aprobado! ¡Si consagramos sin discernimiento aquellas víctimas purificadas apresuradamente al punto de recibir el golpe mortal! ¡Y si escusamos muchos años de vanidad con algunos días de penitencia!

Mas gracias á Jesu-Christo que oy estoy libre de estas dificultades, y de estos temores. Yo hablo de una Reyna, que el Cielo havia prevenido de sus bendiciones, y cuya virtud jamás se ha desmentido, ni relajado. Su vida fue una preparacion continua para morir bien, y su muerte es para vosotros una

- (a) Ephes. 1. v. 4. y ad Philip. 1. v. 1. &c.

exortacion á bien vivir. Qualquiera parte de sus acciones que toque, todo es virtud, todo es piedad. Artes de Corte, negocios de Mundo, razones de Estado; vosotras no haveis tenido aqui ninguna parte; y la grandeza de mi asunto es verse reducido á una vida del todo Christiana. La conducta de Dios sobre la Reyna; y la conducta de la Reyna para con Dios; ó para mejor dividir mi discurso con las palabras de mi Texto:

I. Los designios de Dios, fundamentos eternos de la piedad de esta Princesa, cumplidos en ella.

II. Los mandamientos de Dios gravados en su corazon, y puestos en practica:

Son toda la materia de su elogio: *Fundamenta aeterna supra petram solidam, & mandata Dei in corde mulieris sanctae.* Nada digo que su corazon (que aqui tenemos presente) no haya sentido en sí mismo. Ni temo mezclar sus alabanzas con el Sacrificio que se ofrece por ella, y tomo del mismo Altar todo el incienso que quemó sobre su sepulcro.

### PRIMERA PARTE.

Aunque no haya delante de Dios diferencia de estados, ni de personas, y su Providencia vea indiferentemente sobre todos los hombres; no obstante, la Escritura nos enseña, que tiene particular cuidado de aquellos que eleva sobre el Trono; y pone á la frente de su Pueblo. (a) Estas son sus criaturas mas nobles,

(a) Psalm. 104. v. 15. y Psalm. 17. per totum.

revestidas de su Poder, y de su Grandeza, y hechas propriamente á su imagen, y semejanza. El las conduce por su espíritu, las fortifica por su virtud, y las corona en sus misericordias. (a) *El tiene sus corazones en sus manos, y los maneja como le place,* (b) para que sirvan al cumplimiento de sus voluntades, y al adelantamiento de su gloria. Reconozcamos, Señores, esta proteccion, y esta conducta de Dios sobre la Reyna.

Era de una Casa tan augusta, que á un tiempo ocupa muchos Tronos, que da mucho tiempo há Emperadores, Reyes, y Reynas á toda la Europa, y mira á la gloria, y á la piedad como á sus bienes hereditarios. Era hija de aquellos Reyes, que por la fuerza de las armas, por la prudencia de los consejos, ó por el derecho de sucesion, reunieron muchas Coronas; que estendiend su dominacion mas allá de los Mares, y de los Montes; que se hacen obedecer en el antiguo, y nuevo Mundo; cuyo poder se dilata tanto, que gimen (digamoslo así) bajo el peso de tantas Provincias, y Reynos; y su grandeza misma les llega á ser gravosa. Pero lo que mas realza su nacimiento es que le debia á una hija de Henrique el Grande; que la Sangre de nuestros Reyes (esa Sangre la mas noble, y la mas pura que jamás corrió por ninguna Casa Real) está felizmente mezclada con la Sangre de Austria, y la de Castilla.

El Cielo no adornó con tanta grandeza á esta Princesa, sino para hallar mayor modestia que coronar en ella.

(a) Psalm. 102. v. 4.

(b) Prov. 21. v. 1.



ella. No se dejó deslumbrar de todo este esplendor. En lo exterior, Reyna magnífica; interiormente, humilde sierva de Jesu-Christo. Llevando sobre su rostro la magestad de tantos Reyes, de quienes descendia, conservaba en su corazon la humildad de hija de Dios, de lo qual dependia toda su virtud. Veia en la serie de sus antepasados, no lo que la ennoblecia delante de los hombres, sino lo que podia santificarla delante de Dios, en cuyo seno buscaba su fin, y su origen.

Y así jamás se la oyó gloriarse sino de la qualidad de Christiana. Viosela muchas veces abatirse, y defraudar á su dignidad por arrojárse á los pies de los pobres; y si los ojos de los mortales pudiesen penetrar aquellos velos que cubren en lo interior de nosotros las operaciones de la gracia, y los sentimientos de nuestras conciencias, se la huviera visto establecer dentro de sí misma el Reyno de Dios, segun las reglas Evangelicas; (a) plantar la Cruz de Jesu-Christo sobre un monton de Cetros, y de Coronas; valerse de la Sangre del Salvador para purificar la sangre de sus padres; borrar los titulos de su casa para gravar los de su bautismo; y en ese corazon, á quien la mentira, y la lisonja jamás se atrevieron á acercarse para daria una falsa gloria, oír la verdad, que le enseñaba sus obligaciones, y la descubria sus flaquezas.

Pero aunque Dios por su gracia huviese infundido tan santas inclinaciones en su alma, quiso que se ayudasen de las instrucciones, y de los exemplos de una Madre á quien una sincera piedad, una ternura respetuosa por su esposo, una bondad oficiosa, y liberal

(a) Luc. 17. v. 21.

para con sus Vasallos, un animo varonil en las necesidades urgentes del Estado, y una sabia paciencia en los trabajos, y en las tribulaciones domesticas, havia hecho venerable, así en la España en donde reynaba, como en la Francia de donde havia salido.

De ella aprendió esta joven Infanta las primeras reglas de la sabiduria Christiana: Que es necesario dar á Dios por reconocimiento lo que tenemos de su bondad; que la felicidad de los ricos no consiste en los bienes que tienen, sino en el bien que pueden hacer; y que entre tantas cosas vanas, y superfluas como rodean á los Grandes del mundo, deben mirar su salvacion como á la unica cosa necesaria. De este modo se acostumbraba en su infancia á temer á Dios, y amarle, y de ella se puede decir lo que la Escritura dixo de otra Reyna; que no desdixo de su educacion: *Et non mutavit Esber educationem suam.*

Providencia eterna, para nosotros formabais ese corazon christiano. Vos gobernabais esas dos Princesas, y las conduciais á vuestros fines por caminos secretos; y para repartir vuestros favores á los dos primeros Reynos del mundo, queriais que la hija viniese como á reñitar á la Francia tantos votos, y tantas virtudes, como la madre havia llevado á la España.

El Cielo hizo nacer al mismo tiempo, y crecer bajo de una semejante educacion á un Rey, cuyo nacimiento milagroso prometia á todo el universo una vida llena de milagros. Velase con jubilo acercarse el dichoso dia de este agosto enlance; estaban los nudos apretados en la eternidad; y por ciertos derechos secretos que el Cielo havia decidido, la Princesa mas perfecta del mundo pertenecia al mas Grande de los Reyes. Tra-

bajaban (sin pensar en ellos) en agradarse, y merecerse el uno al otro. Luis recogia en su espíritu aquellos grandes principios que componen el arte de reynar, que exerce con tanta gloria. Theresa se adelantaba en el conocimiento de las virtudes Christianas, que con tanta edificación ha practicado. En el uno la prudencia, y el valor se fortalecian con la experiencia en la otra la modestia, y la piedad por la oracion. Dios daba al Rey su justicia, y su juicio para el gobierno de su Pueblo, y á la Reyna su misericordia, y su caridad para el alivio de los pobres. Criado el uno en sus campos, y en sus Exercitos, comenzaba á adquirir aquel glorioso habito que tiene de vencer; la otra criada al pie de los Altares, se acostumbraba á rogar por las victorias. Tal fue el cuidado que tuvo el Cielo en climas diferentes de aquellas dos grandes Almas que havia de juntar algun dia; y tales eran en los designios eternos de Dios, los preparativos de este Poder, que es oy día el terror, la admiracion, ó la envidia de todos los otros.

La fortuna del mundo entero estaba unida á la de esta Princesa. Cada uno creia ver en ella el fin de las miserias publicas, y particulares; y los pueblos la miraban como aquel Angel del Apocalypsi (a) embiado de Dios al mundo con un arto Irls. sobre la cabeza, para denotar la paz, y las misericordias del Señor, y el rostro como el Sol, para disipar las nubes que cubrian toda la Europa, y para encender en el corazon de un Rey victorioso fuegos mas dulces, y mas puros que los de la guerra. Estaba reservada para ella,

(a) Apoc. 10. v. 1. con la claridad de un sol

Señores, esta gloria; y unicamente á sus oraciones se havia de conceder una paz firme, y general. (a)

La Francia la havia deseado aun en medio de su prosperidad. Una Reyna, entonces Gobernadora, la ofrece á los hombres, despues de haverla pedido á Dios. Sagrados Altares, vosotros sabeis muy bien como unas tropas de Virgenes christianas, empleadas en pedirle á Dios, redoblaron sus Oraciones, y los Sacerdotes de Jesu Christo hicieron una parte de votos de sus mismos Sacrificios. ¿Quien no huviera dicho que todos los Principos iban á aceptarla, unos aturullados con sus pérdidas, y otros cansados de sus victorias? Nada parece que podia retardar un tratado, en que la Justicia, y la Religion tenian tanta parte, y en que cada uno debia hallar su consuelo, ó su adelantamiento.

Pero Dios no juzga como nosotros. No havia llegado aun el día de su paz, y de su misericordia. Las pasiones de los particulares opuestas al bien comun; las dificultades sucedidas en aquel gran numero de negociaciones, y de partidos; las convenciones trastornadas por la mala fe de los unos, ó por la impaciencia de los otros; y el ajuste, tan en breve concluido entre la Francia, y la Alemania, hicieron ver que la paz no es un bien que el mundo da; y que Dios (que la concede quando le place, y como le place) se reservaba el darla por la intercesion de nuestra Princesa.

Esta fue en efecto, Señores, la primera bendicion de su Matrimonio. Acordaos de aquella Isla famosa en que dos hombres encargados de los intereses, y de la

(a) La paz de Munster.

fortuna de dos Naciones, empleando su habilidad en disputar los derechos de las coronas, cediendo unas veces con prudencia, y otras juntando la astucia, y la persuasion á la justicia, ó al estado actual de los negocios; despues de haver empleado todos los secretos de su política, concluyaron en fin esta dichosa alianza y alianza que fue, no obstante, obra de la Providencia de Dios, y no fruto de los trabajos, y de la sabiduria de estos grandes hombres. Que dichoso fue aquel dia en que se la vió salir (como la paloma del Arca) de ese pequeño espacio de tierra que las olas respetaron eternamente, para anunciar á las Provincias su felicidad, y llevar por donde pasaba la paz, y la alegría á los corazones de los pueblos! Qual fue este triunfo, quando rodeada de la gloria de su Esposo, y de la suya propia, nos pareció un Angel de Dios, por su modestia entre las aclamaciones, y las fiestas de esta Corte!

Templemos, si podemos, Señores; nuestro dolor con la memoria de vuestras alegrías pasadas; y elevándonos á las grandezas invisibles de Dios por las visibles de las criaturas, formemonos una ligera idea de la Gloria que goza, por la gloria en que la vimos. Pero bien á la ligera pasó por ella.

Quantos obsequios se tributaban á su Dignidad, ó á su virtud, eran otras tantas ofensas, que interiormente hacia á Jesu-Christo crucificado; y las ardientes ansias con que se deseaba ocultar en algún apacible, y Santo retiro para darse en él á la Oracion; daban á entender bastante, quan molestos la eran los aplausos, y las vanas alabanzas de los hombres.

Sus primeras ocupaciones fueron ir de Iglesia en Iglesia, para reconocer á Dios en quantas partes quiere ser adorado. Bajo la conducta de una Reyna, que la servia de madre por su ternura; y que descargada del

del peso del gobierno, y libre de los cuidados, y de las distracciones de los negocios, no tenia mas pensamientos que por el Cielo, y por su Salvacion, bajo de estos auspicios (digo) se la vió en todos los Lugares Santos consagrar las primicias de su Reyno, y poner el pie de cada Altar, la mas bella corona del mundo. A esta Santa casa venian para unirse por la fe, y por la caridad, mas estrechamente que lo estaban por la sangre, y por la naturaleza á asegurar por sus votos la paz quando estaba dudosa; y atraer las luces de Dios sobre el Rey, y sus bendiciones sobre el Reyno.

Virgenes de Jesu-Christo que me oís, acordaos de aquellos dichosos dias. El zelo que tenéis por vuestro Esposo, os hacia ver con gusto á estas Magestades humilladas en su presencia; y el fervor de sus oraciones os sirvió de estímulo muchas veces para aumentar el de las vuestras. Vosotras visitéis á estas Duéñas, y Señoras del mundo, vivid entre vosotras como vosotras mismas, que lo haveis dejado; cantar los Canticos del Señor; acompañaros en vuestros ejercicios de penitencia; hacer en este desierto un sacrificio de los placeres, y de las alegrías del siglo; y derramar sus corazones delante de Dios; esos son las razones que le amaron mientras vivieron, y que vosotras guardais secos, y consumidos, no tanto por la muerte, como por el deseo, y la impaciencia que tienen de bolverse á animar para amarlo eternamente.

No creais que tuviste parte, ni la ostentación, ni la razon humana en la Religión de esta Princesa. Propusose, no el servir de espectáculo al pueblo, ni grangearse desde el principio una reputacion de piedad por aquellas devociones exteriores, que son ordinarias en su Nación, y no se introducen en pretexto de la vuestras, sino amar á Dios en la simplicidad de su corazon, cumplir sus obligaciones, y dar buenos exem-



ejemplos. Un ayre de prudencia, y de verdad derramado en todas las acciones de su vida, daba á entender la pureza de sus intenciones. La modestia de su rostro correspondia á la sinceridad, y á la bondad de su corazon; y su perseverancia en la piedad hacia ver, que estaba fundada sobre la caridad, y sobre la gracia de Jesu-Christo, y no sobre los juicios, y sobre la aprobacion de los hombres.

No porque ella no se creyese deudora á los hombres: Porque á todos los Christianos ha mandado Jesu-Christo en su Evangelio hacer frutos de penitencia; y de justicia, á fin de que se edifiquen los unos á los otros por las buenas obras que hacen, (a) y se exciten todos á glorificar al Padre celestial, que los da el poder, y la voluntad de hacerlas. Y este mandato habla especialmente con los Reyes de la tierra: porque están mas elevados, y sus acciones son mas notables; tienen mayor autoridad, y sus exemplos son mas eficaces; participan su Grandeza de la de Dios, y deben servir á su gloria.

Tal fue la Reyna en todo el discurso de su vida. Haviala elevado Dios sobre el Trono, á fin de que honrase su Religión; unióla al mayor Rey del mundo, para que su virtud fuese mas observada; y establecida en un Reyno en donde la mas libre comunicacion de los Reyes con sus Vasallos hace que se pierdan menos sus buenos exemplos, siguió su vocacion; y jamás hubo vida mas pura, mas regular, mas uniforme, ni mas aprobada. Porque se le deslizo, acaso, alguna indiscrecion á su juventud? Su hermosura no

(a) *Ut videant opera vestra bona, & glorificent patrem, &c. Matth. 5. v. 16.*

estuvo siempre custodiada de la más escrupulosa virtud? Gustó por ventura, de que se la alabase contra la verdad, ó que se la divirtiese con agravio de la caridad Christiana? ¿A qué especie de sus obligaciones publicas, ó particulares de Religión, ó domesticas faltó alguna vez? ¿Qué libertad se tomó, que fuese, no digo digna de reprehension, pero ni aun de ser mal interpretada?

El temor de Dios reglaba todas sus acciones, y jamás tuvo la maledicencia ni motivo, ni valor para hablar de ella: *Timet Dominum valde, nec erat qui loqueretur de illa verbum malum.* (a) Elogio que la Escritura da á Judith; pero que es mas ilustre en este tiempo, en que hay tan pocas reputaciones inocentes, é irreprehensibles, y mayor en la Corte, en donde la malicia nada perdona á la flaqueza, y en donde la misma inocencia con dificultad se libra de las sospechas, y de los malos juicios.

Serviós de ella la Providencia, para dar á unos envidia de su perfeccion, y quitar á otros los pretextos de su negligencia. ¿A quantas almas tibias, y tímidas alentó por su profesion publica de devocion, y por las señales visibles de la misericordia de Dios sobre ellas? Quantas falsas virtudes rectificó por las reglas que prescribió á la suya! Quantos desordenes contuvo, no tanto por la fuerza de sus correcciones, como por la eficacia de sus exemplos!

Verdades, que todo el peso de la autoridad, y toda la Grandeza del Estado está en la Persona de los Reyes; pero se puede decir que la disciplina de las costumbres, y el suceso de la piedad en la Corte

(a) *Judith. 8. v. 8.*

está en la de las Reynas. Al rededor de ellas se junta ordinariamente todo el espíritu del siglo; el deseo de agradar, la envidia de llegar á ello, y el deseo de ver, y de ser villas. Allí se forjan aquellos *ardidos de fuego*, (según los terminos del Apóstol (1)) de los quales se sirve el enemigo para avivar sus pasiones en las almas vivas, que son los ídolos del mundo, y sus idolatras al mismo tiempo; allí se aprenden todas las modas del luxo, de la vanidad, de la ambición, y de la delicadeza; allí se forman unas pasiones que hacen mover á todas las otras; y por un comercio fatal á la salvación de las almas, los unos se forman un arte de engañar, y los otros una gloria de ser engañados. Y como el vicio es tan contagioso, se espere desde allí á las Regiones inferiores de los Reynos; formanse modelos de estos desarreglos de costumbres; y por una serie funesta, pero natural, los pecados de los Grandes llegan á ser las modas de los pueblos; y la corrupción de la Corte se establece en fin como una policía de las Provincias.

Hasta donde no llegan estos excesos, quando una Princesa mundana los sostiene, ó los autoriza; Quien no sabe que el espíritu del siglo es un veneno, que se inflama, y se effluende con semejantes exemplos? ¿Y qué esperanza de salvación puede haver en un lugar, que llega á ser el centro de la vanidad, el Reyno de los malos deseos, la habitación de las tentaciones, y el país de la Idolatría?

Pero la Reyna, Señores, santificó su Corte, santificandose á sí misma. Para ser admitidos en su servicio, y estar en su gracia no bastaba seguirla; era necesario

tam-

(1) *Tela requissimi ignea*, Ephes. 6. v. 16

tambien imitarla en sus prácticas de piedad. La prudencia, y el orden reynaban en ella por todas partes; el pudor era mas estimado que la hermosura; y la virtud tenia mas credito que la fortuna. Meditar los Sagrados Mysterios, asistir al Santo Sacrificio de la Misa, oír la palabra de Dios, rezar las Oraciones de la Iglesia eran sus ocupaciones quotidianas. La visita extraordinaria de un Hospital en tiempo de urgentes necesidades, un viage de devoción para honrar la solemnidad de un Santo, un retiro en un Monasterio para hacer una revista general de su conciencia eran los negocios que su Religión, y su caridad hacían mirar como importantes. Los que por su estado, ó por su obligacion tenian el honor de tratarla, eran edificados con estos buenos exemplos; y el pueblo, que la veía en sus devociones (y en qué devociones no la vió) la admiraba, la bendecía, y la imitaba.

No obstante; no os figureis, Señores, que esta Reyna, aunque toda ocupada en su salvación, no tuviese parte alguna en los sucesos; y en los negocios del siglo. Tuvo en ellos toda aquella que la Providencia la havia señalado. No hablo aqui de aquellos cuidados, y de aquellos crueles temores, que tantas veces hicieron llevar á su corazon el peso de tantas, y tan difíciles empresas. Ni de aquella Regencia, que aunque duró poco, no dejó de manifestar las luces, que recibió de Dios, y la confianza que el Rey su Esposo tenia en ella. Hablo, si, de aquella piedad que fue el origen de las prosperidades constantes, y aun muchas veces inesperadas de este Reyno. No temo disminuir la Grandeza de las acciones del Rey; este Principe gusta de partir su gloria con la Reyna, y juntar lo que el Cielo ha hecho por él, á lo que el Cielo ha hecho por ella. Si él meditaba en secreto grandes, é impenetrables designios, la Reyna invocaba aquella Sabiduría

Y 2

etc-

eterna que preside al consejo de los Reyes; Si la victoria volaba delante de él, los votos de la Reyna havian volado delante de la victoria. Si marchaba en medio de los inviernos, la Oracion de esta Princesa penetraba los nubes para prepararle las estafiones. Si el combate los enemigos, ella levantaba sus inocentes brazos al Cielo; y nuestros exercitos se enardecian mas con el fervor de sus Oraciones, que con el fuego del combate. Si se exponia el Rey á los peligros, Angeles de Dios, destinados á la guarda del Rey, y de la Reyna, quantas veces os suplico, que acudieseis, que velaseis, y conservaseis una Cabeza tan estimada, y tan preciosa!

De este modo se cumplian los designios de Dios, asi en el Rey, como en la Reyna, y se verificaban estos oraculos de la Escritura: *Que la muger virtuosa es la recompensa del hombre de bien; que ella trae gracia sobre gracia á su familia (a) y es la corona de su Esposo. (b)* Las ordenes del Señor, de que esta Reyna estaba encargada, fueron los fundamentos de su Grandeza; y los preceptos del Señor, que havia gravado en su corazon, fueron las reglas de su piedad. Esto es lo que me resta hacer os ver en la

(a) Eccli. 26. v. 3. y 19.

(b) Prov. cap. 12. v. 4.

## SEGUNDA PARTE.

Aunque la piedad tenga sus reglas, y sus principios; aunque (segun el Apóstol (a)) el culto que se dá á Dios deba ser siempre razonable; se puede decir que hay entre los hombres pocas devociones prudentes, y bien gobernadas. Unos con capa de virtud, ocultan los descos, y los afectos del siglo; dan las obras á la Religion, y guardan el corazon para el mundo. Otros viviendo segun su espíritu en una excesiva severidad, ó en una cobarde indulgencia, se hacen una devocion de humor, de genio, y de natural; y haciendose guías de sí mismos, quieren servir á Dios como les place, y no como él les ordena. Muchos dejan sus obligaciones esenciales por novedades superficiales, y ponen en lugar de los mandamientos de Dios, los metodos, y las tradiciones de los hombres.

La Reyna, Señores, se libró de todos estos defectos; y nosotros hemos visto en su conducta, una devocion solida, y arreglada; buscando los conocimientos necesarios, y hayendo una vana, y peligrosa curiosidad; dando á la edificacion del proximo lo que debia al exemplo, y á su propia santificacion lo que debia á su conciencia, oponiendose á la costumbre, quando era contraria á la Ley; no hallando nada pequeño en la Religion, ni nada difícil por su eterna salud; adiciendo á todas sus obligaciones, co-

(a) *Rationabile obsequium vestrum*, Rom. 12. v. 1.



mo si no huviere tenido mas que una sola que cumplir; humilde sin hajeza, sencilla sin superficialion, exacta sin escrupulo, sublime sin presunçion; animada en fin del Espiritu de Dios, fundada sobre sus verdades, y arreglada à sus preceptos.

Como todos ellos se reducen à amar à Dios, y al proximo; como à solos ellos dos puntos se reduce toda la Ley, y toda la disciplina de los Profetas; y como todas las buenas obras (segun la expresion de San Agustin (a)) son hechura de la caridad sola, porque de ella nacen los pensamientos puros, los buenos deseos, y las acciones santas; y como todas las virtudes christianas son, ó los frutos, ó los oficios de aquella: Veamos, Señores, qual fue sobre este principio, el espíritu, y la piedad de la Reyna.

Una perfecta docilidad de espíritu, y de corazon; un deseo sincero de la perfeccion, y de su eterna salud; una intencion general de obedecer, y agradar à Dios; este era el fondo de su alma. A otros se les exorta à obrar bien; pero basta el proponerselo à ella. Princesa. Vos, Señor, nos atraheis por vuestras promesas. Vos, Dios mio, nos huicis temer vuestros juicios: A ella le hallaba hacerla conocer vuestras voluntades; y lo que nosotros hacemos por obligacion, y con trabajo, ella lo hacia por su inclinacion, y por amor vuestro.

Nosotros la vimos por sola una simple advertencia, practicar con rigor toda la austeridad de los ayunos, y de las abstinencias; y privarse de ciertas mitigaciones, que los privilegios, y las costumbres de su País, la havian hecho mirar como permitidos, y la

(a) Aug. in Ps. 29.

adulacion la havia aconsejado como necesarias. Recibió todos los consejos, que la dieron acerca de su salvacion, como otras tantas leyes que la imponian, persuadida à que todo christiano debe obedecer à la verdad, y buscar siempre con Jesu-Christo lo que es mas agradable à su Padre: *Qua placita sunt, ei facta semper.* (a)

De aqui nacia aquella delicadeza de conciencia, que la hacia pesar todas sus acciones en el peso del Santuario, de aqui aquellos frequentes, y exactos exámenes, hasta llegar à los mas escondidos senos de su alma, para descubrir los menores descos que el espíritu del siglo, y el amor proprio podian ocultar en ella: de aqui aquellas santas alegrías, ó aquellas saludables tristezas, que tantas veces se notaron sobre su rostro al fin de sus oraciones, y de sus retiros, segun los mas, ó menos progresos que creia haver hecho en los caminos de Dios: de aqui aquellas reiteradas confesiones, que denotaban que en su corazon contrito, y humillado, sentia el peso aun de las faltas mas remissibles, y mas ligeras: de aqui provenia, en fin, aquella loable impaciencia de cumplir con todas las obligaciones de su estado, y de defender su caridad, aun mas allá de lo que debia.

Almas tibias casadas, y satisfechas con vuestra timida, y escasa piedad, que creis haver hecho siempre lo bastante por vuestra salvacion; almas cobardes, à quienes el pecado pesa menos, que la penitencia; venid aqui, y confundiros; ó por mejor decir: almas puras, que llevais el yugo del Señor, y caminais por las sendas de sus mandamientos, y de sus consejos, venid à excitaros con los exemplos de una Reyna.

Una

(a) Joan. 8. v. 29. *illo tempore cum esset in templo...*

Una vista interior de Dios la quitaba todo el gusto de los placeres del siglo. La figura del Mundo de que habla el Apóstol, pasaba delante de sus ojos sin detenerse en ella; y aun en sus mismas diversiones había, no solamente dignidad, sino christianismo. En medio de los juegos, y de las Asambleas, en donde el alma se disipa, y ordinariamente se evapora, la suya se recogía en sí misma, y tantos objetos de vanidad como se derraman al rededor de los Trodos, eran motivos de reflexiones para su piedad, y no ocasion de distracciones para su oracion.

Con qué aceleracion no iba à borrar hasta las menores ideas en el secreto de su Oratorio, y à presentar à Jesu-Christo un corazón hecho todo para adorarle, y para bendecirle! Allí llevaba su reconocimiento, y su alegría por las seguridades de la paz, y por los buenos sucesos de la guerra. Allí derramaba sus lagrimas por su esterilidad, ya en la pérdida de sus hijos, que el Cielo le dió para cumplir sus deseos, y la quitó para probar su congnacion; ya en la ausencia del Rey, quando el ardor de su valor, y las necesidades del Estado le obligaban à aquellas expediciones Militares, en que combatía à costa de sus peligros su reputacion, y su gloria; ya en aquellas inquietudes, y en aquellas penas secretas que la providencia de Dios, para la salvacion de sus escogidos, mezcla muchas veces con las grandes fortunas.

Pero no nos detengamos nosotros lo que pasaba entre Dios, y ella. Los gemidos de la ploma se debían de dar para la soledad, y el silencio, à quien ella los ha confiado. Hay cruces, cuya suerte es permanecer ocultas à la sombra de la de Jesu-Christo; y basta decir, para gloria de esta Princesa, que todo sirvió para su salvacion, y que el Padre de las misericordias, y el Dios de toda consolacion, à quien ella amó siempre igualmente,

te,

te, la sostuvo, así en las dulzuras, como en las amarguras de la vida. *Quis enim unquam unquam...* Y así, nada la movió jamás tan vivamente, como el interés de la Religion. Porque ¿qué Mision ha havido à que no haya, ó concurrido con su reputacion, ó sostenido con sus beneficios? ¿Qué conversiones ha llegado à saber, en que no haya tenido la misma alegría, que los Angeles tienen en el Cielo, según las palabras del Evangelio? (a) Desde que se oyó bramár la tempestad, que acaba de descargar sobre el Imperio, y sobre la Ungria; ¿no añadió à sus ordinarias devociones una hora de oracion por día? ¿No dixo muchas veces; *Que siento Christiana sobre todas cosas, aun temia mas por su Religion que por su Casa!* Y puede ser, que este golpe del Cielo, que acaba de disipar este nublado, y de arrancar la corona de los Emperadores, caí de las manos de los Infieles, sea un efecto de las intercesiones de esta Princesa.

Este zelo que tenia por la fé de Jesu-Christo la hacia admirar todo lo que el Rey hacia por ella. Allí estaba como el centro de aquella viva, y constante ternura, que fomentaba por él en su corazón. ¡Quan grande era, y quan amable la parecia, quando por la severidad de sus Leyes contenia la licencia, y la impiedad! Quando à exemplo de aquellos religiosos Principes, cuyo elogio hace el Espiritu Santo en la Escritura, abatía las alturas; quiero decir, los templos que la heresia havia levantado sobre las ruinas de nuestros Altares; quando rebalsaba el culto de Dios en sus conquistas; y quando caminando sobre sus murallas, que acababa de abrasar, y iba à bñecirle por pri-

*... cum occidit meum...*

(a) Luc. 17. v. 7. *... et non timetis...*  
Tom. 4. Z

mer omenage al pie de sus renovados Altares, los laureles que havia cogido! Qual estaba el corazón de la Reyna en estas ocasiones; en qué el interés de la Iglesia estaba unido al del Estado; y en donde el amor de Dios, y el amor del Rey eran casi una misma cosa!

Que no os la pueda yo representar en las prácticas del Christianismo! Qué espectáculo mas edificativo, que verla en las Iglesias, y mas de ordinario en su Parroquia; mas notable aun por su virtud, que por su comitiva; mezclandose entre las mas simples ovejas, para oír la voz del Pastor; y no distinguiendose de la multitud, sino por su humildad, su recogimiento, y su aplicacion á la Oracion.

Suspended por un tiempo vuestro dolor, fieles, y desconsolados domésticos de esta Princesa; y dad aquí testimonio de la verdad. Luego que entraba en la Casa de Dios; no olvidaba que era Reyna? La visteis por ventura distraer su fe por una mirada curiosa, ó por una palabra indiscreta? En los mas crueles Inviernos en medio de los abrasados Estios, ¿llegasteis jamás á percibir alguna relaxacion, ó alguna impaciencia en sus largas Oraciones? ¿No estuvo en todo tiempo igualmente atenta, inmóvil, y anonidada en sí misma? ¿Quantas veces la visteis atender los Coros tanos al exercicio de la Fé por las señales que daba de la suya; inspirar sentimientos de Religión á las Almas mas desaregladas, y contenerlas en el silencio, y en la obligacion y no tanto por el respeto de su dignidad, como por el exemplo de su modestia.

Los sucesos de una Regencia tumultuosa, el valor de un Heroe, una serie de guerras, y de victorias, virtudes brillantes, y casi mundanas, acaso moverian mas vuestros espíritus, pero yo no vengo á sorprenderos por acciones extraordinarias, vengo á edifica-

ros por unas virtudes, que por comunes que parezcan, no dejan de ser heroicas.

Con qué sumision oía la palabra de Dios! Me la en su corazón la impresión que la hacia, y el fruto que debia hacer: con tal que Jesu-Christo fuese anunciado, y que su Alma fuese alimentada; quedaba satisfecha. En nuestros Sermones, hermanos míos, buscaba sus defectos, y nos perdonaba los nuestros; y para mover nuestro auditorio (confesemoslo claramente) su presencia fue algunas veces mas eficaz, que nuestras palabras.

Qué respeto! en fin, no tenía á todo quanto mira á Jesu-Christo á sus Santos, á sus Altares, á la Cabeza visible de su Iglesia, y á sus Sacerdotes! A estos Sacerdotes, que las gentes del mundo no estiman ordinariamente sino por su calidad, ó por las rentas de sus Beneficios, y que los Grandes miran algunas veces, como á los menos importantes, y á los menos utiles de sus criados, envileciendo de este modo el Sacerdocio de Jesu-Christo, y pasando insensiblemente de la poca estimacion del Ministro al poco respeto del Ministerio.

De sus manos recibia el cuerpo, y la sangre del Hijo de Dios; ved aquí el origen de su respeto. Como de este alimento celestial recibe el Alma Christiana su fortaleza, su consolacion, y su caridad, la Reyna se disponia á aprovecharse de estas ventajas. Aunque se acercase á los Altares muchas veces, era por Religión, no por columbre. Comulgaba con tanta pureza, como si huviese comulgado todos los dias, y con tanta preparacion, como si no huviese comulgado otra vez en el año. Esta familiaridad (digamoslo así) con los sagrados Mysterios, la hacia mas respetuosa, y mas circunspecta; y el uso frequente que de ellos hacia, siempre humilde, y siempre temblando, no disminuía su fervor, y redoblabá su reconocimiento. Ella se probaba, y se cortegia, y velaba sobre sí misma



ma á imitacion de aquella maravillosa muger de quien habla la Escritura: *Ella visitaba todos los lugares de su Casa, y no comia su pan en ociosidad;* (2) tan presto trabajando en humillar su Grandeza por voluntarios abatimientos, tan presto en sujetar su voluntad á difíciles condescendencias, y muchas veces en reprimir por su paciencia las vivacidades naturales, y siempre en socorrer al proximo en sus necesidades, y en sus penas.

Aquí, Señores, se presenta nueva materia á mi discurso; por lo que necesito que el Espíritu de Dios, para el poco tiempo, que me resta, levante mi espíritu y mi voz para alabar las misericordias que hizo, é hizo por á esta Princesa. Dos cosas endurecen ordinariamente el corazón de los ricos, y de los poderosos del siglo para con los pobres: el orgullo de la condicion, y la delicadeza de la Persona. Como son vanos, tienen dificultad en descender á misiliterios, que son decentes, pero que no parecen honoríficos; y como están á cubierto de la mayor parte de las miserias humanas, tienen menos compasion de los que las padecen. No obstante, la Escritura les manda humillar sus almas delante del pobre, y tener compasion de su pobreza, y de sus trabajos. Este era, Señores, el carácter de la Reyna. Aquellos desdenes, aquellos disgustos que el continuo respeto de los Grandes, y el abatimiento de los pequeños causan frecuentemente en el interior de los Principes, jamás molestaron al miserable, ni al desdichado que imploró su socorro. Todo lo que le representó á Jesu-

Christo, sumó en él, á saber, el haber sido un pobre, y un extranjero.

(1) *Consideravit semitas domus sue, & panem otiosa non comedit.* Prov. 31. v. 27.

Christo paciente, y sufrido, fue el objeto de su compasion, y de su aprecio; y su caridad no tuvo otros límites, que los que Dios havia dado á su poder, ó á sus deseos. Retiros oscuros, en donde la vergüenza ocultaba la pobreza; quantas veces hizo llegar hasta vosotros sus consuelos, y sus limosnas, inquieta de vuestras necesidades, de vuestras tristezas, y mas cuidadosa en ocultar sus socorros, que lo estabais vosotros en ocultar miserias! Monasterios, que no tenéis sino á la Cruz de Jesu-Christo por posesion, y por herencia; quantas veces os hizo ver que podiais poner en su Persona vuestra confianza, y que nada falta á los que le temen! A quantas tropas de enfermos no asistió! A quantas doncellas hizo criar en comunidades de vírgenes Christianas! A quantas Comunidades socorrió con sus pensiones, y con sus Beneficios! Pero quien podrá contar aqui todo quanto hemos conocido de su caridad, y descubrir todo lo que su humildad nos ha ocultado?

Pero qué necesidad hay de correr el velo que echó sobre estas acciones? Veamosla en esos Hospitales, donde practicaba sus publicas misericordias. En esos lugares donde se juntan todas las enfermedades, y todos los accidentes de la vida humana; en donde el gemido, y los llantos de los que padecen llenan el alma de quien los oye de una tristeza importuna; en donde el olor que exhalan tantos cuerpos enfermos lleva al corazón de los que los sirven el disgusto, y aun el desmayo; en donde el dolor, y la pobreza exercen á porfia su funesto Imperio; y donde la imagen de la miseria, y de la muerte entra casi por todos los sentidos: Allí, elevándose sobre los temores, y la delicadeza de la naturaleza, por satisfacer á su caridad con peligro de su salud, se la vió todas las semanas enjugar las lagrimas de este, proveer á las necesidades de aquel, procurar á unos remedios, y lenitivos á sus males, y

á otros consolaciones de espíritu, y socorros para la conciencia.

Compañeras fieles de su piedad, que la lloráis oy día; vosotras la seguiais quando marchaba en esta pompa christiana: mas grande, quando deponia su Magestad, y mas gloriosa quando entre ceteras de pobres, de enfermos, ó de moribundos imitaba la humildad, y la paciencia de Jesu-Christo, que quando entre filas de tropas victoriosas, en un carro brillante, y magestuoso participaba de la gloria, y de los triunfos de su Esposo.

*Admiraos, mugeres ricas, y temblad*, dice el Profeta; (a) vosotras que por gustos superfluos, y excesivos precisais á vueiros maridos á buscar en la opresion de los pobres con que proveer á vuestras vanidades, y á vuestro luxo; vosotras, que os estremeceis á vista de un Hospital, que hacéis servir á vuestra delicadeza de pretexto á vuestra dureza; que lejos de aliviar los males de tantas personas afligidas, afectais ignorarlos.

Pero lo que corona la vida de esta Princesa es que siempre fue igual: las mismas virtudes, los mismos retiros, las mismas oraciones, el mismo uso de Sacramentos, los mismos principios, y las mismas reglas. Exultandola, y sosteniendola la gracia vivia en Jesu-Christo, y Jesu-Christo vivia en ella. Como su fe no fue fugida, su perseverancia no la fue molesta, y su fervor se renovó, aun con aquello que debía, al parecer, entibiarla. Ocupaciones, diversiones, obligaciones publicas, necesidades, y servidumbres del Reynado, nada la pudo hacer perder la continuacion de sus ora-

(a) *Obstupescite opulenti, & conturbamini.* Isai.

oraciones. Sabia redimir el tiempo, según el consejo del Apóstol, (a) y tomar del preciso para su descanso las horas usurpadas á su retiro. ¿Dónde hallaba reposo en las fatigas de los viages, sino en los Claustros, á los pies de los Altares? ¿Y quien de nosotros no la vió descansar en estos ejercicios de piedad, y distribuir tambien el tiempo, que sin retardar los designios del Rey, y sin omitir ninguna de sus devociones, tenia toda la complacencia que una muger debe á su esposo, y toda la fidelidad, que una christiana debe á Dios?

Tal fue mientras vivió la perseverante fidelidad de la Reyna. Vos, Dios mio, lo habeis dicho: *Que quien perseverare hasta el fin será salvo;* (b) y vos lo habeis hecho, dando vuestra corona, y vuestra salvacion á esta predelinada Princesa. Vos la habeis arrebatado en medio de sus satisfacciones, de su soledad, y de su alegría; y no obstante habeis hallado su corazon ocupado de vos mismo. Vos, nos lo habeis quitado por un accidente imprevisto; nosotros adoramos vuestros juicios, y reconocemos vuestras misericordias. La confianza que tenia en vos no debía debilitarse por ningún temor; que la inocencia de su vida equivalia á la penitencia de los moribundos.

Flavia vivió la Reyna con el mismo cuidado de su salvacion, que de ordinario se tiene en la ultima hora. Como Hostia viva de Jesu-Christo havia preparado con sus propias manos la hoguera donde debía consumir su sacrificio; y era justo perdonarla los horrores de la muerte, en recompensa de su buena vida.

Pero

(a) Ephes. 5. v. 16. y Colos. 4. v. 5.

(b) Matthi. 10. v. 22.

Pero á nosotros, Señor, que tantas veces violamos vuestra Santa Ley, hacednos conocer que estamos muriendo mucho tiempo antes de morir: Que un Propheta nos venga á decir de vuestra parte: *Disponed de vuestra casa, porque vuestra gloria bona se acerca.* (a) Conducidnos paso á paso á la muerte; y para expiar nuestros pecados, haced durar nuestro sacrificio. Que nuestra alma tenga tiempo de purificarse por la tribulacion, y por la paciencia de una enfermedad; y que la imagen de la muerte, y el temor de vuestros juicios lleguen á mover nuestros corazones, y exciten en ellos el fervor de la penitencia.

¿Qué le quedaba, Señores, que pedir al Cielo, ni que desear sobre la tierra? Ella veia al Rey colmado de prosperidades humanas; amado de unos, temido de otros, estimado de todos; pudiendo todo lo que quiere; no queriendo sino lo que debe; superior á todos por su gloria; y por su moderacion á su gloria misma;

Ella veia en vos, SEÑOR, (b) todos sus deseos cumplidos. Ese caracter de grandeza, y de bondad, de moderacion, y de valor, de justicia, y de Religion; ese respeto que el Rey os inspira siempre por la Religion; esa sumision que la Religion os inspira siempre para con el Rey; esas virtudes de ambos unidas en vuestra persona que os hacen ser conocido como imagen del uno, y del otro; esa union tan pura, y tan tierna, con tan augusta Princesa, que el Cielo parece havernos dado para recoger duplicado el espíritu de la Reyna, y representarnos su grandeza, y su piedad; esas bendiciones que Dios ha derramado, y á de-

(a) Isai. 38. v. 1.

(b) Habla con el Delpin.

rramar de nuevo sobre vuestro augusto matrimonio, todo fue origen de alegría, y de consolacion para ella. ¡Quan tocado fue su corazon quando os vió en esas Campañas, en que supliendo vuestra inteligencia, vuestra actividad, y vuestra aplicacion la falta de experiencia, practicabais las reglas del mando, sin tener casi necesidad de aprenderlas; pronto á recibir las ordenes del Rey, y á darlas á sus exercitos; capaz de hacer executar sus grandes desiguais, y de seguir sus grandes exemplos; hecho para obedecer á él solo, y para mandar á lo restante del mundo! Dios quiso que fuese esta su última alegría; dichosa por haver visto há donde puede llegar vuestra gloria, sin estar expuesta á los temores, que podia darla algun dia vuestro gran valor.

¿Qué podia esperar despues de su muerte vuestra Reyna? Sobresaltos, y temores; los pesares, y el dolor de los pueblos; los monumentos erigidos á su gloria; las oraciones, y los Sacrificios ofrecidos por su alma; las lagrimas de los pobres derramadas; testimonios dados á su virtud por la voz publica; sus buenas obras anunciadas para la edificacion de los fieles; todo esto realza, y bendice su memoria. Vos mismo, GRAN RET, unico objeto de su respeto, y de su ternura, augusto testigo de su virtuosa, y sabia conducta; Vos la haveis amado; Vos la haveis llorado; Vos la haveis alabado, y Vos haveis dicho: *Yo jamas he recibido otro sentimiento de ella que el de haverla perdido*; Y si entre los gozos del Cielo, aun les quedaa á las Santas almas algunos afectos por las consolaciones de este mundo, sin duda está ella tocada de este; y me parece que veo ese corazon (enmedio de éstar insensible) revivir, y enternecerse á estas palabras.

Pero los honores que ha gozado, y los que se hacen á su memoria, son inútiles, y debiles socorros; lo unico que nos puede consolar en la imprevisita



muerte de esta Princesa, es la seguridad de su salvacion. Esto es tambien, Señores, lo que nos debe instruir, y hacernos preveer los peligros. Despues de algunos desgraciados dias que nos quedan, *viens une nocte*, dice el Hijo de Dios, *en que nadie puede trabajar. Venit nox, quando nemo potest operari.*

(a) Una ceguedad voluntaria padecida por muchos años por el descuido de sus obligaciones, forma en fin unas tinieblas impenetrables. Hallase uno asaltado de una enfermedad, y entonces no se vé, ni la importancia de lo pasado, ni las consecuencias de lo futuro. Se ha cometido el pecado sin temor, y se reciben los Sacramentos sin reflexion. Lisonjese uno, ó le lisonjean con vanas esperanzas de salud; y se muere antes que se haya percibido, que se podia morir.

Aun quando les alumbrase algun rayo de conocimiento, las potencias del alma se hallan, ó ligadas por el dolor, ó corrompidas por la costumbre. Lisonjense de nuevo con los vanos proyectos de una conversion imaginaria, ó con una confianza presumtuosa en la misericordia Divina; y en estos miserables momentos, en que no se pueden, ni practicar las virtudes, ni vencer los vicios, caen en las manos de la justicia de Dios, con la desesperacion de no poderle satisfacer.

Quiera el Cielo, Señores, que nosotros prevenamos estos peligros; y que si no tenemos, como la Reyna, los meritos de una vida pura, é inocente, tengamos, á lo menos, las precauciones de la penitencia, para alcanzar por los meritos de la Sangre de Jesu-Christo la gloria que ella posee, y que yo os deseo.

ORA.

(a) Joan. 9. v. 4.

## ORACION

## FUNEBRE

DEL MUY ALTO,

Y PODEROSO SEÑOR

MIGUEL LE TELLIER,

CABALLERO,

CHANCILLER DE FRANCIA:

PRONUNCIADA

EN LA IGLESIA DEL HOSPITAL REAL

DE LOS INVALIDOS,

EL DIA 22. DE MARZO

DE 1686.

Aa 2

muerte de esta Princesa, es la seguridad de su salvacion. Esto es tambien, Señores, lo que nos debe instruir, y hacernos preveer los peligros. Despues de algunos desgraciados dias que nos quedan, *viens une nocte*, dice el Hijo de Dios, *en que nadie puede trabajar. Venit nox, quando nemo potest operari.*

(a) Una ceguedad voluntaria padecida por muchos años por el descuido de sus obligaciones, forma en fin unas tinieblas impenetrables. Hallase uno asaltado de una enfermedad, y entonces no se vé, ni la importancia de lo pasado, ni las consecuencias de lo futuro. Se ha cometido el pecado sin temor, y se reciben los Sacramentos sin reflexion. Lisonjese uno, ó le lisonjean con vanas esperanzas de salud; y se muere antes que se haya percibido, que se podia morir.

Aun quando les alumbrase algun rayo de conocimiento, las potencias del alma se hallan, ó ligadas por el dolor, ó corrompidas por la costumbre. Lisonjense de nuevo con los vanos proyectos de una conversion imaginaria, ó con una confianza presumtuosa en la misericordia Divina; y en estos miserables momentos, en que no se pueden, ni practicar las virtudes, ni vencer los vicios, caen en las manos de la justicia de Dios, con la desesperacion de no poderle satisfacer.

Quiera el Cielo, Señores, que nosotros prevenamos estos peligros; y que si no tenemos, como la Reyna, los meritos de una vida pura, é inocente, tengamos, á lo menos, las precauciones de la penitencia, para alcanzar por los meritos de la Sangre de Jesu-Christo la gloria que ella posee, y que yo os deseo.

ORA-

(a) Joan. 9. v. 4.

## ORACION

## FUNEBRE

DEL MUY ALTO,

Y PODEROSO SEÑOR

MIGUEL LE TELLIER,

CABALLERO,

CHANCILLER DE FRANCIA:

PRONUNCIADA

EN LA IGLESIA DEL HOSPITAL REAL

DE LOS INVALIDOS,

EL DIA 22. DE MARZO

DE 1686.

Aa 2

## ORACION FUNEBRE

DEL SEÑOR

MIGUEL LE TELLIER,

CHANCILLER DE FRANCIA.

*Usque in senectutem permansit illi virtus, ut ascenderet in excelsum terra locum, et semen ipsius obtinuit hereditatem, ut viderent omnes filij Israel, quia bonum est obsequi Sancto Deo.*

Su virtud se ha sostenido hasta la vejez; ella le ha hecho subir à los puestos mas elevados de la tierra: su posteridad ha recogido su herencia; à fin de que los hijos de Israel conozcan, que es bueno obedecer à Dios Santo. *En el Libro del Eclesiastico, c. 46, v. 11, y 12.*



Qué fin, Señores, os habeis juntado aquí, y qué idea tenéis vosotros de mi ministerio? Vengo yo acaso, à deslumbraros con el esplendor de los honores, y de las dignidades de la tierra, y venis vosotros à interrumpir la atención que debéis à los Santos Mysterios, por alimentar vuestro

es-

espíritu de la especiosa narracion de una mundana felicidad? Aguardais que en lugar de excitar vuestra piedad con instrucciones saludables irrite vuestra ambicion con vanas representaciones de las prosperidades de la vida? ¿Me atreveré yo à vista de ese sepulcro, fatal escollo de las grandezas humanas; en presencia de esos Altares, sagrada habitacion de Jesu-Christo anonadado, à alabar las vanidades del siglo; y en el dia de tristeza, y luto poner à vuestros ojos la imagen liçonjera de los favores, y de las alegrías del inouido?

En el elogio que hago oy dia del muy alto, y poderoso Señor, el Señor Miguel Le Tellier, Ministro de Estado, Caballero, y Chanciller de Francia, yo miro, no su fortuna, sino su virtud; los servicios que ha hecho, no los empleos que ha ocupado; los dones que ha recibido del Cielo, no los honores que le han hecho sobre la tierra; en una palabra; los exemplos que vuestra razon os debe hacer seguir, y no las grandezas que vuestro orgullo os pudiera hacer desear.

No porque yo quiera, Señores, vituperar aquellos ministerios honoríficos à que la Providencia de Dios le elevó, que son los frutos de la reputacion, y del mérito. Yo bien sé, que su credito no ha hecho sino autorizar su probidad; que sus grandes empleos han servido de medios, y de materia à sus buenas obras; y que respetamos en sus dignidades aquel carácter singular de una vida sencilla en su sabiduria, modesta en su elevacion, tranquila en el embarazo, y en el tumulto de los negocios, uniforme en sus diferentes condiciones, siempre loable, siempre útil, y siempre (por felicidad que le acompañase) mas dichoso para el Público, que para sí mismo.

Verdad es, que el Cielo le cumplió sus deseos, y que tuvo (digamoslo así) la felicidad de los Patriarcas; aquella plenitud de dias que consuma la prudencia del

del



del hombre justo; aquella serie de buenos sucesos, que el tiempo, y la fortuna (que lo mudan todo) no se han atrevido á turbar; aquellas inocentes riquezas que han mantenido su honesta, y frugal opulencia; aquel espíritu que á pesar de los años, y de los negocios, ha conservado su fuerza, y su vigor; aquella gloria que ha mantenido, y ha visto renacer en sus hijos, de generacion en generacion; aquella muerte en la paz, y en la esperanza del Señor, que ha mirado como el fin de su trabajo, y el termino de su peregrinacion.

Estas son las recompensas visibles de la virtud; pero no son la virtud misma. Son las bendiciones de la Ley antigua, no las gracias de la nueva. Yo me detengo en esta virtud perseverante, y continuada segun las palabras de mi texto; y voy á mostraros por qué empleos havia preparado el Cielo á este grande hombre, por qué caminos lo ha conducido, por qué auxilios lo ha sostenido en las dignidades eminentes; y á recoger en su persona

- I. La fidelidad de un Vasallo.*  
*II. La sabiduria de un Ministro de Estado.*  
*III. La justicia de un Chanciller.*

Quiera el Espíritu Divino que la Religion reyne en mi discurso, y que los hijos de este siglo, aprendan oy de mí la prudencia de los hijos de la luz.

### PARTE PRIMERA.

EN el Reyno espiritual de Jesu-Christo hay diferentes vocaciones; unos en el retiro, y en el silencio obran en secreto su propia salud; otros en la accion, y en los oficios publicos de Religion trabajan en la salvacion de sus hermanos, gobiernan la Casa de Dios,

Dios, y son los Ministros de Jesu-Christo para utilidad de su Iglesia. Asi en los Reynos temporales, la Providencia Divina, que por secretas disposiciones conduce los hombres á sus fines, reprime el corazon de los unos, y los contiene en los estrechos límites de una administracion domestica; eleva el espíritu de otros para hacerlos Juces, ó Conductores de su Pueblo, ó para ayudar con sus consejos á los Soberanos que le gobiernan. El Señor se forma unos siervos fieles, él mismo los guia por las sendas de la justicia, y poco á poco los revela los secretos de la prudencia.

De este modo formó á este habil, y fiel Ministro, cuya memoria vents á honrar aqui oy dia. La bondad del natural previno en él los cuidados de la educacion. El estudio, el genio, y las reflexiones fortificaron bien presto su razon. Vióse en él desde joven lo que apenas se halla en una edad mas avanzada, que es regularidad, y circunspeccion. Manifestóse su espíritu, así en lo que su vivacidad producía, como por lo que ocultaban su juicio, y su modestia. Un ayre dulce, y expresivo le atrahía la estimacion, y la confianza; y un no se qué de honestidad, y de gracia, esparcido en sus acciones, y sobre su rostro, dejaba ver en el carácter de su virtud el presagio de su fortuna.

La primera pasion que tuvo fue la de hacerse útil; y como havia nacido en el seno mismo de la Magistratura, y tenia delante de los ojos la imagen de la equidad, y de la reputacion de sus padres, concibió el designio de entrar en una de aquellas compañías célebres, en donde reynan el honor, y la integridad, y en donde se exercen, no los juicios de los hombres, sino los de Dios, segun el lenguaje de las Escrituras. (a) Instruyóse en sus

(a) 2. Paralip. 19. v. 6. et v. 7. et 8.

sus obligaciones, consultó los Oráculos de la Jurisprudencia: y en sus tribulaciones domésticas, que de ordinario atrae sobre los hijos la muerte de un padre, y una madre viuda, obligado á defender los derechos de su sucesion contra pretensiones ilegítimas, se formó de la molesta prosecucion de su Pleyto un loable estudio de su vocacion. Aprendió por sus propios trabajos á compadecerse de los ajenos. Discernió las razones de una buena causa, de las prevenciones, y los artificios de la mala. Vió lo que prescriben las Leyes, lo que inspiran la carne, y la sangre; y sacando de la conducta de sus Jueces instrucciones para la suya, aprendió, sosteniendo su propio derecho, á conservar el de los otros; y la justicia que él pedía, le hizo conocer la justicia que algun día debía hacer.

Con esta disposicion entró en el gran Consejo. El conocimiento de los negocios, la aplicacion á sus obligaciones, y la distancia de todo interés le dieron á conocer al público, y produxeron aquella primer flor de reputacion, *mas olorosa que los perfumes*, (a) que adornó todas las acciones de su vida. Los placeres no turbaron la disciplina de sus costumbres, ni el orden de sus exercicios. Junto á la balleza de su espíritu, y al zelo de la justicia, la continuacion del trabajo, y desprecio aquellas almas ociosas, que no llevan otra preparacion á sus empleos que la de haverlos deseado; que ponen su gloria en adquirirlos, no en exercerlos; que se arrojan á ellos sin discrecion, y se mantienen sin merito; y que no compran esos titulos vanos de ocupacion, y de Dignidad, sino para satisfacer su orgullo, y para honrar su pereza.

Las

(a) Eccl. 7. v. 2.

Las sollicitaciones de sus amigos, y las ocasiones del tiempo le pusieron bien presto en otro empleo, y haciendole Soldado, y dandole una grande jurisdiccion, dió mas estension á su virtud, y mas materia á su gloria. Allí encargado de la proteccion de las Leyes, y de las policías humanas en medio de un confuso tumultoso de grandes, y pequeños intereses, que dividen los Ciudadanos, reprimia la licencia de unos, aliviaba, y sostenia la debilidad de los otros; y desde su recto Tribunal, á prueba de importunidades, superior á las pasiones que le rodean, perseguia el delito, armado de la espada de la justicia, y cubria la inocencia con el broqué de las Leyes, y de la autoridad Real.

La natural dulzura de su espíritu aumentaba el respeto que le tenian. ¿Qué miserable no esperaba, en llegando á él, el socorro, ó la compasion? ¿La buena causa perdió jamás delante de él la confianza, y la libertad que le es debida? ¿A quien reusó jamás el tiempo, y la paciencia de escucharle? ¿Se le vió molestar á algun pobre, *ni despreciar su propia carne*, como habla el Propheta? (a) ¿Qué diferente era de aquellos, que juntando á la severidad de su profesion la aspereza de su genio, afligen á los pobres de Jesu-Christo, y desesperan por su dureza á los miserables, que gimen demasiado bajo el peso de su mala fortuna, que temen mas á los Jueces, que á sus Sentencias, y tienen al desprecio, que se hace de ellos por anuncio de la injusticia que se les vá á hacer!

Po-

(a) *Carnem tuam ne desprecies.* Isai. 58. v. 7.

Pero Dios le destinaba à otras funciones mas nobles, y queria acercar à los Reyes una cabeza tan capaz de servirlos. Elevase, y se hace admirar en el Consejo. ¿Qué creeriais vosotros, Señores, de estas mudanzas, y de estos acrecentamientos de gloria, si su moderacion no fuese tan conocida como su fortuna? No os figureis que fue esta una de aquellas repentinas elevaciones, que produce algunas veces en los Estados la afortunada ambicion de los vasallos, ó el ciego favor de los Principes. No penseis que obró en él aquella temeraria impaciencia de la mayor parte de los jóvenes ocupados mucho menos en los cargos que tienen, que en los que desean; que se dispensan del orden del tiempo, y de la razon, por subir precipitadamente à los primeros Tribunales del Reyno, como si el honor pudiese adquirirse sin trabajo, y la sabiduria sin experiencia.

Acordaos mas bien de la santa simplicidad de nuestros padres. Cada uno media sus empleos con sus fuerzas. La ambicion no era ni presuntuosa, ni inquieta. Se tenia por una especie de Religion el aprender sus primeras obligaciones antes de pasar à las otras. Havia una proporcion, y como un punto de madurez, que cada uno buscaba en sí mismo antes de entrar en las administraciones publicas. Los progresos que se hacian en las Dignidades eran señales, y recompensas del merito, y los buenos servicios que se habian hecho en las unas eran fiadores seguros de los servicios que se esperaban en las otras.

De este modo se abanzaba el Señor Le Tellier, lleno de sus obligaciones presentes, fiel en cada una de sus condiciones, como si no hubiese jamás debido salir de ellas, y preparandose por grandes virtudes à grandes empleos. Quando el fuego de la rebelion se encen-

dió

dió en la Capital de una Provincia vecina, (a) y quando un illustre Chanciller (b) con la justicia armada iba, ò à contenerla por la autoridad de las Leyes, ó à castigarla por la fuerza de las armas, fue elegido para asitirle con sus consejos, y para buscar con él aquellos difíciles temperamentos de amenaza, que espanta, de reprehension que corrige, de dulzura que apacigua, y de severidad que castiga. ¡Qué cuidado no se tomó en desarmar aquella multitud irritada, en disipar sus falsos temores, en imprimir en aquellos ánimos que su palabra havia calmado, el respeto, y la obediencia! Entonces aprendia él à pronunciar sentencias; à confirmar gracias, y atraer en las mas importantes ocasiones todos los Pueblos à la autoridad Real.

¡Qué diré yo de aquella Intendencia (que fue como el primer ensayo de su ministerio) sino que hizo temer, y amar à la Francia en la Italia: que ayudó por su industria, à reunir los Principes de la Augusta Casa de Saboya; que se mostró buen negociador, y buen Cortesano; y que sacó tanta estimacion, y afecto público de aquellos países estrangeros, como dejó exemplos de una sabia, y virtuosa conducta?

Pero paso à mas illustres acciones, y comienzo à sentir el peso de mi asunto. Por este tiempo (por desgracia del Reyno) murió aquel Cardenal famoso por la fuerza de su genio, por el suceso de sus empresas, y por la belleza de su espíritu, à quien la Francia debe su grandeza, su reposo, y su cultura. ¡Que caida Se-

fio-

(a) Ruam.

(b) El Señor sequier.



fióres; y quantas fortunas vacilantes, ó trastronadas en una sola! Qué son los hombres, quando en medio de sus esperanzas, y de sus establecimientos, Dios, cuyos juicios son impenetrables, quebranta el brazo de carne que los apoya?

Unos se pierden sin remedio, los otros admirados, é inciertos de su estado, no pudiendo ni sostener su dignidad; ni soportar su desgracia, ni mantenerse en la Corte, ni resolverse al retiro, arrastran las debiles reliquias de un credito; que aun se sostiene un poco por sí mismo, pero bien presto cae después bajo el peso de una nueva dominacion. Los beneficios se olvidan, las amilades se acaban, la confianza se retira, y los mismos servicios son contados por recompensas. Quando uno havia de ser útil deja de ser agradable: otros nuevos intereses hacen buscar nuevos sujetos. Tales son las vicisitudes del mundo. Vos solo, Señor, sois siempre el mismo: y vuestros años no se acaban! (a) bienaventurado: aquellos que confían en vos, porque sus esperanzas no serán jamás confundidas!

En estas revoluciones fue en las que el Señor Le Tellier (contra las apariencias, y contra sus esperanzas) fue sacado de sus empleos para entrar en el cargo de Secretario de Estado, y en el Ministerio de la Guerra; en un tiempo en que la discordia reynaba en todas las partes de Europa; en que el ruido de nuestras armas resonaba por todas partes; y en que nuestros enemigos, y nuestros envidiosos se alegraban de nuestras pérdidas, y se irritaban con nuestras victorias.

Era

(a) Tu autem ipse es, & anni tui non deficient.  
Psal. 101. v. 28.

Era necesario un hombre laborioso para encargarse de una larga, y penosa individualidad; exacto para mantener el orden, y la disciplina de tantos Exercitos; fiel para distribuir las rentas con manos puras, é inocentes; justo para representar los servicios de los Soldados, y de los oficiales, y hacer elevar los mas dignos à las plazas que un loable, pero desgraciado valor, hacia vacantes; sabio para manejar en coyunturas dificiles aquellos espiritus vanos, y alborotados, que son igualmente peligrosos de abatir, ó de elevar; ilustrado para decidir en los Consejos, y hallar expedientes, y caminos en los negocios.

Tal era este nuevo Ministro: el uso de las leyes, y de las judicaturas que havia exercido, el conocimiento que havia adquirido de fuera, y de dentro del Reyno, los principios que se havia formado para la vida publica, y particular, las conversaciones que havia tenido con los mas famosos Politicos havian formado en él aquella extension de luz, y aquella prudencia universal de un Ministro de Estado, de que os he de hablar en la segunda parte de este elogio.

## SEGUNDA PARTE.

Aunque el poder de Dios sea sin límites, y sin medida; aunque la virtud de su Espiritu se imprime por la fuerza de su palabra, y su voluntad sea la regla de sus acciones, no se desdén de servirse algunas veces para el gobierno del Universo, de aquellos espiritus bienaventurados, que son en el Cielo inmortales adoradores de su gloria, invisibles executores de sus ordenes y de sus designios sobre la tierra. Y hay que admirarse, si los Reyes en su mortal condicion, cargados del peso, y de la multiplicidad de

sus obligaciones, eligen entre sus vasallos espiritus fieles, y prudentes, á quienes, (reservandose la superioridad de la decision, y la autoridad del mando) dejen la libertad del consejo, y la prudencia de la execucion?

Un Rey, (a) cuya vida fue el Reynado de la Religión, y de la Justicia, podia al morir hacer una eleccion mas digna, que la del *señor Le Tellier*. El Dios de los Exercitos bendixo luego nuestras guerras en sus manos; la fama de nuestras armas no hizo sino aumentarse; la perdida de un Rey victorioso fue suavizada por la ganancia de una batalla, y por una serie de victorias; la Francia, afligida, y triunfante á un mismo tiempo, mezcló á las expresiones de dolor, y á los funerales, canticos de alabanzas, y acciones de gracias: y la España sintió en Roceroc, que una tal revolucion no era capaz de transformar la feliz administracion de nuestros negocios; que la novedad de los actores (si así me atrevo á decirlo) no mudaba la Scenea; y que si nuestros Reyes eran mortales, la fortuna del Estado, el valor de la Nacion, y la proteccion de Dios vivo sobre este Reyno no morian jamas.

Para servir de apoyo en una menor edad, y en una Regencia tumultuosa, se havia criado, y elevado en la Corte uno de aquellos hombres á quienes Dios adorna con sus dones de inteligencia, y de Consejo, que saca de quando en quando de los tesoros de su Providencia para asistir á los Reyes, y para gobernar los Reynos. Su destreza en conciliar los animos por medio de eficaces persuasiones, en prevenir los acasos por negociaciones, ó lentas, ó apresuradas, segun lo

(a) Luis XIII.

pedia la ocasion; en excitar, ó calmar las pasiones por intereses, y designios politicos; en hacer mover con habilidad los resortes, ó de la guerra, ó de la paz, le havia dado á conocer por un Ministro, no solamente util, sino necesario, La Púrpura que le adornaba, la capacidad que manifestó, y la dulzura que usaba aun en medio de grandes turbaciones, le sobrepusieron en fin á la envidia, y todo concurrió á su gloria; el Cielo mismo hizo servir á su elevacion, así su favor, como sus desgracias; tomó en fin las riendas del Estado. Feliz por haver amado á la Francia como á su Patria, por haver traído la paz á los pueblos fatigados de una larga guerra, y aun mucho mas por haver enseñado el arte de reynar; y los secretos del Reynado al primer Monarca del Mundo.

El discernimiento de este Cardenal advirtió la gran prudencia del *señor Le Tellier*, y la prudencia del *señor Le Tellier* sirvió para restablecer la autoridad de este Cardenal en un tiempo de confusion, y de desorden. No temais, Señores, que os haga una triste relacion de nuestras divisiones domesticas, ni que os hable aqui de restablecimientos, y de destierros, de prisiones, y de libertades, de reconciliaciones, y de rompimientos. No permita Dios que para honrar mi asunto aumente la verguenza de mi Patria, renueve las llagas, que el tiempo ha cerrado ya, ni turbe yo el placer de nuestras constantes, y gloriosas prosperidades, con el funesto recuerdo de nuestras miserias pasadas!

¿Qué dire, pues? Permitted Dios á los vientos, y á la mar enfurecerse, y alborotarse, y se levantó la tempestad. Un ayre empenonado de facciones, y de revoluciones ganó el corazón del Estado, y se esparció en las partes mas remotas. Las pasiones que nuestros pecados haviam encendido rompieron los diques

ques de la justicia, y de la razon; y aun los mas sabios, y los mas prudentes arrastrados (por desgracia suya) de los empeños, y de las ocasiones, contra su propia inclinacion se hallaron, sin pensar en ello, fuera de los limites de su deber.

La natural inquietud del espiritu humano, la ignorancia de los verdaderos intereses del Estado, la confianza que inspiró el nacimiento, la capacidad, los imperios de la ambicion, y aun mucho mas, la mano del Señor que se hace pesada quando quiere, y se sirve, para castigo de los hombres de sus propios desordenes, fueron las causas de que se formasen los partidos, y de que la autoridad soberana se viese ofendida en fin en la persona del primer Ministro.

Y qual fue la constancia del *Señor Le Tellier*, en estos dias de ceguedad, y de flaqueza? ¡Y quantas diversas formas no dió á su fidelidad, y á su prudencia! Qué aplicacion para descubrir el origen de los males, y la conveniencia de los remedios! Qué circunspeccion para ocultar los secretos de la Regencia confiados á su prudencia! Qué penetracion para conocer las nubes de disimulacion, y de artificio, y descubrir no solamente los desigios, sino tambien los motivos, y las intenciones! Qué presencia de animo quando fue necesario acomodarse á las ocasiones, y tomar por el bien publico repentinas resoluciones! Qué destreza en atravesar la confianza en los partidos, y en reunir la diversidad de pareceres, y de conocimientos á el unico punto de la tranquilidad publica!

¶ Pero qual fue su firmeza, quando en fuerza de facciones, y de secretas conjuraciones, obligada la Reyna á ceder á los tiempos, se vió precisada á separarle del manejo de los negocios! Nada perdió por su desgracia, porque se sostenia menos por su favor, que por su virtud. Los que pedian su retiro, hacian su exilio.

gio. No se le reprehendia otra cosa, que los servicios, que hacia al Estado, y el afecto que tenia á su bienhechor. Sus delitos eran su rectitud, su fidelidad, y su reconocimiento. Toda la mudanza que se hizo en él fue, que gozase de su reposo, y de sí mismo. Retiróse á la soledad, llevando consigo su reputacion, y su inocencia, y haciendo del triunfo de sus envidiosos un sacrificio voluntario á su Principe, y á su Patria. Bastábale hacer cesar los menores pretextos de las turbaciones de que estaba agitada la Francia; y no pudiendo servir al Rey con sus acciones, y con sus discursos, le sirvió con su descanso, y con su silencio.

¿Qué digo yo, Señores, con su reposo, y con su silencio? Su retiro no fue cobarde, ni ocioso. Allí formaba felices proyectos para la reunion de los animos quando fuesen capaces de razon, ó de arrepentimiento. De allí corría una fuente secreta de sabios consejos sobre todos los vasallos fieles. Su soledad le servia como de velo para poner en seguridad la importancia de sus servicios. Desde este puerto, á que la tempestad le havia arrojado, señalaba los rumbos que podian librar del naufragio. Diríase que no havia salido de la Corte, sino para ser en ella mas acreditado, y ser mas util; y su ausencia no hizo sino mostrar el deseo de mantenerle, y la impaciencia de bolverle á llamar.

Despues ninguna nube turbó la serenidad de su vida. Su prudencia nada permitió mas al capricho de la fortuna; y la envidia, que persigue sin cesar á las demás virtudes, tuvo vergüenza de haver atacado una sola vez á la suya.

Que no pueda yo representarle despues de su buelta, con aquella elevacion, y dominio que siempre tuvo sobre los espíritus, manejando los temores, y las desconfianzas de los unos; animando los deseos,



y las esperanzas de los otros, uniendo á los Grandes por tratados, y ganando los Pueblos por exortaciones, halla que Dios huviere echado la bendición á sus trabajos, y reestablecido por su misericordia la autoridad del Príncipe, el honor del Ministerio, y la concordia de un Estado, que queria hacer superior á los otros por una dichosa paz, ó por continuas victorias!

O por mejor decir, que no pueda yo mostraros la parte que tuvo en los gloriosos sucesos de un Reynado lleno de maravillas! *Los negocios de Estado* (segua la Escritura) *(\*) son misterios del consejo de los Reyes*; y solos los que entran en el Santuario pueden saber los secretos. No se ven en sí mismos, porque mil velos los hurtan á nuestros ojos. No se ven sino en los movimientos que hacen, y en los efectos que producen.

Traed, pues, á vuestra memoria estas guerras tan famosas de que fue Director, y Ministro; esa afortunada paz, que solicitó; y cuyo depositario fue durante el tratado; esas admirables conquistas, de las quales havia sido como el Propheta; esas negociaciones ventajosas, que se gobernaron por sus proyectos. Añadid á todos estos honores el testimonio de un Rey (cuyas palabras son oráculos, el qual dixo: *Que jamás havia havido hombre de mejor consejo en todo genero de negocios.*

No obstante, Señores, ¿Se vió en su conducta alguna apariencia de vanidad? ¿Se apartó de la honesta simplicidad de sus padres? ¿Expendió en superfluidades, de festines, ó de edificios lo que gozaba de las

li-

(\*) *Mysterium consilii sui.* Judit. 2. v. 2.

liberalidades del Rey, ó de su prudente, y modesta economía? ¿Ha prodigado tesoros por adornar sus casas, y forzado la naturaleza, y los elementos por ataviar sus Casas de Campo? ¿Qué ha buscado en su retiro de Chaville, sino las delicias puras del campo? ¿Y qué trabajo no costó el persuadirle estendiese un poco, por razon de su Dignidad, los limites de su patrimonio, y añadiese algunas culturas del arte á las rústicas recreaciones de la naturaleza?

De este fondo de moderacion nacia aquella dulzura, y aquella afabilidad tan necesaria, y tan rara en los grandes empleos, en que la importunidad de los hombres, la continuacion del trabajo, y no se que espíritu de dominacion engendran tan humor austero, y melancólico. Ofi con paciencia, concedia con bondad, y aún negaba con gracia. Accesible protector, hombre de bien, que sabia emplear el tiempo, y aún algunas veces perderlo por compadecerse de los miserables, á quienes no les queda otro consuelo que el decir enfadosamente su miseria; se comunicaba segun las necesidades, y no podia sufrir á esos hombres cargados de negocios del público, y de particulares, que se encierran, y se hacen como invisibles, y se forman de sus gabinetes como una especie de asylo á su ociosidad, ó á sus placeres, contra las molestias, y las obligaciones de su Ministerio.

¿Pero qual era esta dulzura quando se contenta en el retiro de su familia, y en los limites de una vida privada? ¿Qué prudente, y noble reposo! ¿Qué temura pora con sus hijos! ¿Qué union con aquella esposa fiel, que (segun el lenguaje del Espiritu Santo es la recompensa del hombre de bien! ¿Qué sensibilidad, y qué consiliacia por sus amigos! ¿Quanto huviera gustado de gozar en reposo del fruto de sus trabajos en una dichosa vejez! Debaba al Estado un

hijo, cuyo espíritu, y cuyo corazón havia formado; ellos ocupaban los mismos empleos con las mismas virtudes; y huvieran sido, uno, y otro inimitables, si el padre no huviese tenido al hijo por sucesor, y si el hijo no huviese tenido al padre por exemplo. Pero su virtud debia continuar hasta el fin, y elevarle al primer Trono de la Justicia, quiero decir, á la Dignidad de Chanciller de Francia: *Ut ascenderet in excelsum terra locum.*

## TERCERA PARTE.

EL primer oficio de los Reyes, y la parte mas esencial de la dignidad Real es la Justicia. La Escritura, despues de haver representado el valor de David en sus combates, y su reconocimiento en las victorias, al punto añade (como la perfeccion de su Reynado) que hacia justicia, y juzgaba á su Pueblo: *Regnavit David super omnem Israel; & faciebat iudicium, & justitiam omni populo.* (a) No tienen sino por casualidad enemigos que vencer, y por institucion vasallos que gobernar: y así como les conviene elegir hombres poderosos para llevar el rayo en la conducta tumultuosa de la guerra; tambien les importa aún mucho mas, elegir hombres justos para ejercer sus juicios en un empleo, en que residen el orden, y la paz interior del Estado, y que es como un canal espiritual por donde la proteccion de las Leyes, y de la justicia baja del Principo á los Pueblos, el respeto, y la fidelidad de los Pueblos suben á el Sobrerno.

Quien

(a) 2. Reg. c. 8. y. 15.

¿ Quien ha cumplido mas dignamente con esta suprema Magistratura, que el Señor Le Tellier? Entrando en el Ministerio no se apartó de la justicia, conservó en ella las luces, y las maximas en medio de la política, y se unió mas estrechamente con ella, acercandose á un Rey que la tiene por regla de sus deseos, y de sus acciones, que quiere que reyne sobre sus vasallos, y sobre sí mismo, y que lo sujeta todo á ella, hasta sus intereses, y su gloria.

Pero quando se vió arbitro soberano de las Leyes, se formó principios inviolables de una exacta, y severa equidad. Aplicóse á discernir la causa del justo, de la del pecador; á descubrir la verdad debajo de los velos de la mentira, y de la impostura con que la codicia humana las cubre; á separar las formalidades precisas en las causas de los inútiles, y artificiosos rodeos de las malignas sutilezas, que la avaricia ha introducido en los negocios; y para ahogar la iniquidad en su origen, armó su zelo contra los Jueces que la cometian, ó la toleraban.

En medio del augusto Palacio, y casi sobre el Trono de nuestros Reyes, se erige con el nombre de Consejo, un Tribunal soberano, donde se reforman los juicios, y se juzgan las Justicias. Allí la desvalida inocencia viene á ponerse á cubierto de la ignorancia, ó de la malicia de los Magistrados que la persiguen. De allí salen esos rayos, que van á consumir la iniquidad hasta en los mas remotos Tribunales: allí se arregla la suerte de las jurisdicciones dudosas; y desde lo alto de su Dignidad, el primero, y universal Magistrado, en medio de Jueces de una probidad conocida, y una experiencia consumada, vela sobre todo el Imperio de la justicia, y sobre la buena, ó mala conducta de los que la exercen.

El mantuvo el orden que sus predecesores havian

establido en el Consejo, y lo aumentó. No sufrió en él ninguna de aquellas relaxaciones, que el tiempo introduce con facilidad en las Comunidades mas arregladas. ¿Huvo, por ventura, ninguna cosa tumultuosa, ó desareglada en su gobierno? ¿Se vió dar sentencia contra sentencia, ni confundir los derechos, y las esperanzas de las partes con escandalosas contradicciones? ¿Con pretexto de que no pertenecen al asunto preciso de los negocios, deben despreciarse? ¿Se vió jamás debilitar la justicia á favor de los Jueces, y entregar la buena causa á sus pasiones con pretexto de remitirla á su conciencia?

La viuda, y el huérfano jamás se quejaron de su lentitud, ni de la flaqueza de su edad. Nunca se oyeron estas tristes peticiones: *Juzgáanos, Señor, porque no hay justicia sobre la tierra.* Sabía que un Juez debe dar cuenta, no solamente de su trabajo, sino tambien de su descanso: que es igualmente reo en dejar triunfar la malicia de los unos, ó desatender la miseria de los otros: que debe resistir el tiempo, y abreviar los malos dias que el Pleyto dá á los miserables, que no padecen menos por la dilacion de los procedimientos, que por el error del juicio.

El Señor *Le Tellier*, como otro Moyses, (a) dió su espíritu con los que se hallaban asociados á su judicatura, pero un espíritu de regularidad, y de orden. Arrojase una temeraria juventud sin estudio, y sin crecimiento á los caigos, y empleos de la Terra; criaban muchos en el Santuario de las Leyes, violando la primicia de ellas, que manda que estén instruidos en su profesion. Para obtener los privilegios

(a) Excd. 18.

gios de los Jurisconsultos bálbala tener con que comprarlos, la equidad en otros se perdía entre la ciencia, y las fortunas de los particulares caían en las manos de ignorantes voluntarios, á quienes el poder de defenderlas servía de medio para arruinarlas. Resablació los estudios, y resucitó en las escuelas del Derecho aquellos ejercicios públicos, y solemnes, y esas rigurosas pruebas, que harán resflorecer las Leyes, y la eloquencia de nuestros Padres.

¿Qué cuidado no tuvo de contener en muchas ocasiones un flujo de espíritu, y un atrevimiento de escribir, en muchos, que por un vano deseo de gloria se forman una desgraciada ocupacion de recoger sus vanos pensamientos; y para divertir su ociosidad, y hacer perder á otros el tiempo, arrojan al Público los amargos frutos de sus estudios, frivolos, ó mal digeridos!

¿Qué precauciones no solía tomar en las remisiones, y las gracias que concedía, temiendo igualmente prodigar, que escasear los beneficios del Príncipe! acordandose (como dice Tertuliano (a)) del poder de la jurisdiccion, y no olvidando las flaquezas de la humanidad.

¿Qué zelo no mostró siempre por la Iglesia, así por su propia piedad, como por los ciudadanos que tuvo de aquel hijo, que llenó las dignidades con esplendor, y sostiene sus derechos con firmeza! ¿Perdió alguna ocasion, ó de mantener sus privilegios, ó de pacificar sus diferencias, ó de apoyar su disciplina, y aun de estender su fe sobre la ruina feliz, é inesperada de la Heregia!

¿Qué

(a) *Potes, & officio tua jurisdiccionis fungi, & humanitatis meminisse.* Tertul. ad Scap.



¡Qué espectáculo se abre aquí á mis ojos, y adonde me conduce mi asunto! Yo veo la diestra del Altísimo mudar, ó á lo menos, mover los corazones, *juntar las dispersiones de Israel*, y romper aquel fatal vallado, que separaba largo tiempo há la herencia de nuestros hermanos de la nuestra. Yo veo á hijos extraviados volver en tropas al seno de su Madre, á la justicia, y á la verdad, destruir las obras de las tinieblas, y de la mentira; formarse una nueva Iglesia en el circuito de este Reyno; y á la Heregia, nacida por la concurrencia de tantos intereses, y negociaciones, acrecentada con tramas, y facciones diversas, fortificada por tantas guerras, y revoluciones, caer de un golpe (como otra Jericó) al ruido de las trompetas Evangélicas, y de la potestad soberana que la convida, ó que la amenaza.

Yo veo á la prudencia, y á la piedad del Príncipe excitando á los unos con piadosas liberalidades, atrayendo á los otros con señales de benevolencia, realizando su dulzura con su Magestad, moderando la severidad de los Edictos con su clemencia; amando á sus vasallos, y aborreciendo sus errores; atrayendo á unos á la verdad por la persuasión, y á otros á la caridad por el temor; siempre Rey por autoridad, y siempre Padre por afecto.

Ya no le restaba sino dar el último golpe á esta secta morbunda. ¿Y qué mano mas propia para este ministerio, que la de este Sabio Chanciller? A vista de su cercana muerte, no teniendo ya que hacer en el mundo, ni pensando sino en la eternidad, entre la esperanza de la misericordia del Señor, y la espectacion terrible de su juicio, merecia acabar la obra del Príncipe; ó por mejor decir, la obra de Dios, sellando la revolucion de aquel famoso Edicto, que tanta sangre, y tan-

tantas lagrimas havia costado á nuestros padres. Sostenido por el zelo de la Religion, mas que por las fuerzas de la naturaleza, consagró con esta santa funcion todo el merito, y todos los trabajos de su empleo.

Vieronse correr de sus ojos (que sola su fé parecia tener todavia abiertos) aquellas dichosas lagrimas que sacaba de su corazón enternecido la piedad del Rey, y la reunion de su pueblo. Vieronse caer por su propio peso aquellas manos fatales para el error, que no debian servir ya en adelante para otra cosa. Recogióse al interior, y viendo con alegria la salvacion del Señor, y la revelacion de la verdad, esperecida en toda la Francia, acabó el sacrificio de aquella vida mortal, cuyo terrible aparato havia tenido presente sin alteracion, y sin temor ya hacia muchos dias.

Havia conocido muy bien, Señores, que aquella dignidad, y aquella gloria con que le honraban, no era mas que un titulo para su epitafio. Descubrió su nada en medio de las grandezas humanas: vióse mortal, y murió en fin. Ilustres cabezas que me escuchais, ved esa pompa funebre, leed esos tristes caracteres, que hacen el elogio de este Ministro, y aprended á donde terminarán vuestros designios, vuestras pretensiones, y vuestras fortunas, si no las sosteneis con vuestras buenas obras, y haceis por merecer, como él, con vuestras oraciones, con vuestras lagrimas, y con el uso de los Sacramentos, una muerte, que no os dejara mucho tiempo para la enmienda, y el arrepentimiento, ó para la santificacion de vuestras almas.

Como vivió sin pasiones, murió tranquilo. No padeció en su espíritu flaqueza que hubiese que alentar. La carne, y la sangre no atenuaron su valor. *La muerte no le fue amarga porque no havia puesto paz*

paz en sus prosperidades, ni en sus riquezas. (a) No hubo necesidad de buscar para él aquellos rodeos ingeniosos, que no hacen percibir á los enfermos el peligro en que están, sino por medio de fingidas promesas, ó de vanas esperanzas de sanar. No fue necesario pedir prestada la voz de un Propheta incognito para decirle, como á Ezechias: (b) *Os moris*. Un Hijo se atrevió á hacer este triste, y caritativo oficio con su Padre; y la fidelidad del uno hizo ver la resignacion del otro.

Recibió sin susto la respuesta de la muerte, como dice el Apostol. (c) Vióse en él aquella tristeza de penitencia, que obra la salvacion, y no aquel dolor de inquietud, y de abatimiento, que inclina al pecado; una confianza sin presuncion, y un temor sin flaqueza; una sublimidad christiana, sin mezcla alguna de vanidad philosophica, tanto mas peligrosa en el fin de la vida, quanto el hombre cercano á ser juzgado, debe humillarse mas delante de su Juez.

Pero si el comercio de los hombres, si la dissipacion del espíritu inevitable en los grandes empleos, han dejado alguna impureza en una vida tan prudente, y christiana: acabad, Dios mio, de purificar por la Sangre de vuestro Hijo, esa alma, que vos haveis conducido por los caminos de la verdad, y de la justicia, y haveis elegido para gozar sin fin de vuestro amor, y de vuestra gloria.

Sagrado Ministro de Jesu Christo, (d) que en la Ca-

(a) Eccli. 41. v. 1. (b) 4. Reg. 20. v. 1.

(c) 2. Cor. 1. v. 9.

(d) Oficiaba la Misa el Sr. Borner, Obispo de Meos.

Cathedra Evangelica, con una eloquencia viva, y christiana haveis consagrado antes que yo la inmortal memoria de este grande hombre, acabad de ofrecer por él esa Hostia inocente, y pura, que lava los pecados, y las fragilidades del mundo! Pueblos, que aun disfrutais los efectos de su exacta equidad, proseguid el castigo, que él havia comenzado de las misericordias eternas! (a) Y vosotros, valientes, y desgraciados guerreros, que arrastrais en este Hospital Real las reliquias de vuestros cuerpos al pie de esos Altares, aguardando con paciencia una muerte que tantas veces haveis desafiado, sacrificad al Dios de la paz los laureles, que haveis cogido en las Campañas, y haced de las desgracias de vuestra ambicion, y de vuestra gloria los frutos de vuestra penitencia: redoblad por su eterno descanso esos ardientes votos, que tanto vez liciteis por una vida tan util, y tan preciosa.

(a) *Misericordias Domini in eternum cantabo.*  
Psal. 88. v. 2.

ORACION  
FUNEBRE

DE MARIA ANA

CHRISTINA DE BAVIERA,

DELPHINA DE FRANCIA,

PRONUNCIADA EN LA IGLESIA

DE NUESTRA SEÑORA,

EL DIA 15. DE JUNIO

DEL AÑO DE 1690.

EN PRESENCIA DEL SEÑOR DUQUE

DE BORGÑA,

DEL

SEÑOR DUQUE DE ORLEANS,

Y DE LOS PRINCIPES,

Y PRINCESAS DE LA SANGRE.

ORACION  
FUNEBRE

DE MARIA ANA

CHRISTINA DE BAVIERA,

DELPHINA DE FRANCIA.

*Dies mei sicut umbra declinaverunt, & ego sicut fenum arui: Tu autem, Domine, in aeternum permanes.*

Mis dias se han desvanecido como la sombra, y yo me he secado como la hierba: Pero Vos, Señor, permanecis eternamente. *En el Psalm. 101. v. 12. y 13.*

SEÑOR.



SI hablaba en otro tiempo un Rey segun el corazon de Dios, quando desfalleciendo sus dias, sus enfermedades mortales le acercaban al sepulcro, y no le dejaban sino algun resto de vida para sentir su desfallecimiento, y para adorar la grandeza, y la duracion eterna de Dios vivo.

Considera su vida, ya como humo que se eleva, y



en habiéndose elevado se exhala, y se desvanece por los ayres; (a) ya como sombra, que se estiendo, se engorje, se disipa hasta que al fin desaparece; (b) ya como hierba que se seca en el prado; (c) pierde en el medio día la frescura de la mañana, y se marchita, y muere herida de los rayos del Sol, que la havia hecho nacer. De quantas tristes ideas está lleno su espíritu, y quantas imagenes sensibles, halla por todas partes de nuestros fragiles placeres, y de nuestras grandezas pasajeras!

Pero quando se considera respecto del Señor, ya como una de tantas criaturas hechas para alabarle; (d) ya como uno de los Reyes que deben servir á su gloria, (e) queda suspenso entre la confusion, y la confianza. Se humilla á vista de su nada, y anima sus esperanzas á vista de la bondad, y de la eternidad de Dios: Vé una vanidad, que pasa, y dice: Vos los mudareis, Señor, y serán mudados. (f) Ve una verdad, que permanece, y exclama: Pero vos, Dios mio, sois siempre el mismo. y vuestros años no se acaban. (g) Tiembla á la vista de la indignacion,

y

(a) *Defecerunt sicut fumus dies mei. Eodem*

*Ps. v. 4.*

(b) *Dies mei sicut umbra declinaverunt. Ibid.*

*v. 12.*

(c) *Et ego sicut fenum arui. Ibid.*

(d) *Populus qui creabitur laudabit Dominum.*

*Ibid. v. 19.*

(e) *Reges ut serviant Domino. V. 23.*

(f) *Mutabit eos, & mutabuntur. V. 27.*

(g) *Tu autem idem ipse es. V. 28.*

y de la ira de este Dios, (a) que corta el hilo de sus dias, y lo arruina despues de haverlo elevado; (b) pero se buelve á asegurar en sus misericordias, que exercita ordinariamente en el tiempo de nuestras mayores miserias. (c)

¿No conocéis, Señores, en los sentimientos de este Príncipe, los de la Princesa que lloramos? ¿No os parece que os dice con una voz tremula, y moribunda: La luz de mis ojos se apaga, una nube sin termino se levanta entre mí, y el mundo; yo muero, é insensiblemente huyo de mí misma! Tristes momentos, termino fatal de mi languida juventud! Pero si siento que no hay sino un pequeño numero de dias para mí, tambien sé que hay años eternos. La mano que me hiere, me softendrá; y así como por la ley del cuerpo tengo á este mundo que pasa, por la esperanza, y por la fé tengo á Dios que nunca se acaba.

Si yo viniese á llorar aquí la muerte imprevista de alguna Princesa mundana, bastaria haceros ver al mundo con sus vanidades, y sus inconstancias: ese tropel de figuras, que se presentan á nuestros ojos, y se desvanecen: esa revolucion de condiciones, y de fortunas, que comienzan, y que acaban, que se elevan, y buelven á caer; esta vicisitud de corrupcion, ya secretas, ya visibles, que se renuevan: esta continua alteracion, en nuestros cuerpos por la decadencia de la naturaleza, en nuestras almas por la inestabilidad de nuestros deseos; y en fin este desorden uni-

(a) *A facie ire, & indignationis tuae. V. 11.*

(b) *Quia elevasti allissimi me. Ibid.*

(c) *Quia tempus miserandi ejus, quia venit tempus. V. 14.*

universal, y continuo de las cosas humanas, que por natural, y por desordenado que parezca á nuestros ojos, no obstante es la obra de la Mano Omnipotente de Dios, y el orden de su Providencia.

Pero, gracias al Señor, yo vengo á alabar una Princesa mas grande por su Religion, que por su nacimiento; y á mostraros en lugar de las fragilidades de la naturaleza, los efectos constantes de la gracia: Virtudes evangelicas, practicadas en espíritu, y en verdad; Sacramentos recibidos con afectos de una devocion exemplar; oraciones atentas, y perseverantes: Una voluntad rendida, y conforme á la conducta de Dios sobre ella; Sufrimientos unidos á los de Jesu Christo Crucificado: Consuelos venidos del seno del Padre de las misericordias, y esperanzas inmutables, fundadas sobre aquel que dice en la Escritura: (a) *Yo soy Dios, yo no me mudo.* Pero recojamos este discurso, y reducámosle á haceros ver

Division. { I. *Una vida breve, pero toda reglada por la sabiduria, y por la prudencia.*  
II. *Una larga muerte sufrida con resignacion, y con paciencia.*

Estas dos reflexiones componen el elogio de la muy alta, muy poderosa, y muy excelente Princesa Maria Ana Christina Victoria de Baviera, Delfina de Francia.

PRI-

(a) Malach. 3. v. 6.

## PRIMERA PARTE.

Qual es, pues, mi designio, Señores, y de qué sabiduria, y prudencia debo yo aqui hablaros? No de la del siglo, que se apresura, y se inquieta, que conduce las negociaciones, y los enredos, que disputa de intereses, que trata de negocios, que causa, ó que termina las diferencias. Vosotros no vereis en este discurso, ni aquellas digresiones politicas, que se acomodan al asunto con arte, y conducen muy poco á la Religion, ni aquellas pinturas ingeniosas en que la imaginacion viva, y atrevida hace ver, como á lo lejos, las agitaciones presentes de el mundo, con los intereses, y las pasiones de los grandes hombres que le gobiernan.

La historia de esta Princesa no está ligada á la del siglo; ninguna parte tiene en la guerra, ni en la Paz de las Naciones. Sus acciones no tienen mayor esplendor, que el de la virtud: la providencia de Dios no tanto se ha servido de ella para hacer grandes obras, como para dar grandes exemplos. Por honrada que fuese tuvo menos reputacion, que merecimiento; y de ella podemos decir á la letra lo que decia el Rey Propheta, que toda la gloria de la hija del Rey está recogida dentro de ella misma: *Omni gloria filia Regis ab intus.* (a)

Hablo, pues, de aquella sabiduria, que muestra á cada uno las reglas, y la decencia de su estado; que dá discrecion para conocer, y prudencia para obrar; que

(a) Psalm. 44. v. 14.  
Tom. 4.

Ee

que separa las verdades de las ilusiones; que forma preceptos de bien vivir, y los observa; y en fin, de aquella sabiduría, de que dice el Apóstol Santiago: *Que viene de lo alto, que es casta, apacible, modesta, equitativa, susceptible de todo bien, docil, llena de misericordia, y de frutos de buenas obras; que no juzga, y no es disimulada.* (a) ¿Es esta la sabiduría que alaba? ¿Es esta la de la Princesa? Una, y otra casi son una misma cosa.

¿Con qué moderación no usó de las ventajas que le daban su calidad, y su nacimiento! ¿Quién no sabe, que la casa de Baviera es una de aquellas augustas, en que el poder, el valor, y la piedad se perpetúan, y cuya gloria no envegece con el tiempo? Salieron de ella Reyes, y Emperadores: Entraron Emperatrices, y Reynas. ¿Cuántos siglos sería necesario penetrar para descubrir su origen? ¿Cuántas Coronas unir para contar sus alianzas? ¿Y nombres, y acciones heroicas sería necesario referir para manifestarla en todo su esplendor?

La Señora Delphina (yo lo confieso) no fue insensible á esta especie de gloria; pero tampoco se deslumbró con ella. Fundaba su Grandeza sobre los ejemplos, mas que sobre los Títulos de sus antepasados; la idea que tenía de su nacimiento excitaba en su corazón, no una elevación de orgullo, sino una emulación de virtud; y la pureza de la sangre la sirvió de empeño para la pureza de sus costumbres. Sabía que Maximiliano, su abuelo, sostuvo por su zelo, y por su valor los Altares, que la Heregia havia bamboleado, y salvó la Religión atacada, y vacilante en

(a) Epist. Cath. 3. v. 17.

a Alemania. No ignoraba que Guillermo, su Bisabuelo, después de haver gobernado con acierto sus Estados, se despojó de ellos por una abdicación voluntaria, para gozar de una santa tranquilidad en un retiro Religioso. De aqui sacaba sus principios de Religión, y de retiro, y aquel deseo que tuvo en sus mas tiernos años de renunciar enteramente el mundo.

Pero la reservaba Dios en los tesoros de su providencia, para dar á la Francia por su dichosa fecundidad, la única bendición que la faltaba. La prudente Adelayda meditaba este noble designio. Ocupada del poder, y de la Magellan de nuestros Reyes, de quienes descendia, ¿qué cuidado no tuvo de su infancia! ¿Cuántas veces pidió al Cielo en sus oraciones acercase la hija al Trono á que la madre havia esperado en otro tiempo subir! Con qué aplicación la formó un genio sabio, un humor prudente, un espíritu justo, y un corazón Francés! Feliz si hubiese podido hacer pasar estas inclinaciones á lo restante de su familia! Cumplieronse en fin sus votos; pero ella no vivió el día del Señor, murió, como Moyses, (a) sobre la montaña; y Dios, para su consuelo se contentó con mostrarle de lejos la tierra de promisión.

No obstante la reputación de esta joven Princesa crecía con la edad. Su adelantada prudencia la servía de educación. Formóse en su Palacio una Corte, y un retiro; y gobernada de su razon aprendió el arte de hablar, y el del silencio. Vióse aparecer en ella lo que después hemos admirado nosotros, la circunspección que inspira la soledad, la política atención que se practica en el mundo, una noble severidad,

(a) Deuter. 32. v. 49.



que denotaba la Grandeza de su nacimiento; y un escrupuloso pudor, que denotaba el fondo de su virtud; una vivacidad, que la hacia muchas veces prevenir los pensamientos de los otros, una sabiduría, que la daba siempre el tiempo de pensar las suyas; una bondad pronta en todas ocasiones á procurar la fortuna de los unos, y á aliviar los trabajos de los otros; una sinceridad, que la hacia incapáz de disimular, ni por gloria, ni por fragilidad; una fidelidad inviolable en sus amistades, y en sus palabras; y en fin una piedad, que ni era ni aultera, ni relaxada, que se hacia honrar de todos, y temer de nadie.

Todas estas grandes prendas brillan á su llegada. Acordaos, Señores, de aquellos felices dias, en que entre los votos, y las aclamaciones de los pueblos apareció en medio de una Corte magestuosa con un ayre, que nada tenia de extraño, ni de forzado, con una gracia mas estimable, y mas sensible que la belleza misma. Vosotros la visteis sostener las favorables miradas del mayor Rey del mundo, con los sentimientos de una alegría modesta, y de un humilde reconocimiento; encender al pie de los Altares, á vista de un amable, y Real Esposo, los fuegos sagrados de un casto Matrimonio, y recibir los homenajes, que se le rendian con un semblante tan dulce, y tan risueño como su fortuna. Aplaudida de todos, y en retorno afable, y atenta con todos, prevenia á estos, respondia con urbanidad á aquellos, dando á la calidad, y al merito las preferencias de inclinacion, y de justicia, sin hacer malcontentos, ni envidiosos; conservando de su dignidad lo que le hacia conservar la decencia, y contentando por nada lo que su bondad la hacia perder.

Pero qué! ¿Me olvidó yo de mi triste asunto? Y como he de componer yo aqui la memoria de estas plausibles solemnidades con este aparato de ceremonias funebres? Es muy justo, Señores, que vosotros es-

timeis la pérdida que habeis hecho; que sepais las alegrías, así como los dolores, que la Señora Delfina ha padecido, y que conozcais el buen uso que ha hecho de los bienes, y de los males de la vida.

!Qual fue la moderacion de su espíritu! Os hablaré yo de aquellas Audiencias en que recibia los Embajadores, entrando en los intereses de cada uno; y hablando á cada uno su lengua, acompañando los honores que les hacia, de un ayre de grandeza, y de inteligencia, y juntando siempre á la elegancia del discurso las gracias de la modestia? Os diré yo con qué discrecion juzgaba de las obras de espíritu! Qué propiedad, pero tambien, qué circunspeccion era la suya! Exacta sin critica, indulgente sin adulacion, alabando por conocimiento, escusando por inclinacion, y no reprobando sino por necesidad. Desconfiabase de sus luces: una sabia timidez la hizo casi siempre suprimir una parte de su parecer, bien lejos de decidir como la mayor parte de las personas de su elevacion, y de su sexo, que por hacer valer sus sentimientos se sirven de la autoridad que tienen, y de la complacencia que las muestran.

Quanto mas contenida era en materia de Religion. Lejos de la curiosidad, y de la presuncion, no sabia sino dos cosas, obedecer, y creer. No reusaba ser instruida, pero no tenia necesidad de ser convenida; yendo á Dios por la docilidad de su corazon, no por la agitacion de su espíritu. El menor ruido de division en la Iglesia la hacia temblar. Las disensiones, y las disputas de los Theologos asustaban su piedad, tanto mas temerosa quanto era constante, y solida, y como se quisiese alguna vez hacerla entender la diversidad de opiniones, y de doctrinas: *Dejadme* (decia) *en mi dicha ignorancia, y no me quiteis el merito, y la tranquilidad de mi s<sup>a</sup>.* Adiciá

à la Santa Sede, y à la Iglesia de Jesu-Christo por los vinculos de paz, de caridad, y de obediencia, sabia que todo fiel debe cautivar su entendimiento; (a) que asi como hay un camino estrecho que reduce las costumbres à la regla del Evangelio, (b) hay tambien una senda angosta, que limita el espiritu en la creencia de la Iglesia; y que en fin, no pide Dios à las personas de su sexo una sublime razon, ni una ciencia arrogante, sino una devocion tierna, y una fé sencilla acompañada de un humilde silencio.

No es esta fé la que la conduxo, y la arregló en todos los officios de la vida christiana? Qué orden, y qué atencion en sus oraciones! Preparase por el recogimiento, soltienesse por el fervor, y se perficiona por los deseos, las resoluciones, y la vigilancia. Su imaginacion se purifica, las ideas del mundo se apartan à la menor señal, que ella dá, y su corazon por un santo habito se la rinde, ò por mejor decir, à Dios en aquellas horas que ha señalado para implorar sus misericordias, ò para recitar sus alabanzas. Si entra en los lugares santos para asistir à los Sagrados Mysterios, todo es humillacion, adoracion, y silencio. Lleva al Cordero sin mancha, sacrificado sobre el Altar, votos sinceros, pensamientos puros, afectos espirituales, la oblation de un corazon contrito, y reconocido, y el sacrificio de sus pasiones destruidas, ó à lo menos humilladas.

Qué respeto no tenia à los Sacerdotes de Jesu-Christo à quienes consideraba como los Ministros de su Ley, y los dispensadores de su sangre, y de su pa-

(a) 2. Cor. 10. v. 5.

(b) Leo Serm. 24. cap. 1.

labra! Oid espiritus mofadores, y libertinos, que os complaceis en abatir à los que Dios eleva, y que buscis à expensas de su caracter lo ridiculo de su persona. Esta Princesa no sufría, que se tocasse à los ungidos del Señor, honrandolos aun quando ellos parecia hacerse menospreciables; cubriendo sus faltas por su caridad, y viendo en medio de los defectos del humor, y del espiritu de los que Dios toleraba en su Ministerio, el honor de su vocacion, y la dignidad de su Sacerdocio. ¿Qual era su regularidad en las observancias de la Iglesia, que consideraba, no como costumbres de decencia, ó instituciones de una disciplina arbitraria, sino como reglas, y prácticas de salud de que no se dispensó jamas, sino despues de haver examinado su necesidad, y haver dado à sus Pastores las deferencias necesarias?

De este mismo principio de Religion, y de sabiduria, nació aquella bondad tan conocida, y tan experimentada. ¿Que no pueda yo descubrirlos aqui las generosas inclinaciones de esta Princesa bienhechora, liberal, y caritativa! ¿A quien reusó jamas sus asistencias! ¿A quien no hizo todo el bien que dependió de ella! ¿A quien no deseó todo aquello que ella no pudo hacer! Yo renuevo aqui sin pensar en ello, desconsolada casa de esta Princesa, vuestra ternura, y vuestro dolor, por la memoria de los beneficios, ó de la esperanza que os quedaba de una tan buena, y tan poderosa Señora. Ella iba à la fuente de las gracias con una humilde confianza; empleaba para con el Rey sus cuidadosas instancias, y sus eficaces supplicas, prudentes sin timidez, urgentes sin indiscrecion, mostrando mas impaciencia en sus deseos, que en sus peticiones, aguardando de la bondad del Principe, mas que de su proprio credito, las gracias que queria hacerla. Bolvía siempre satisfecha, ò bien traxese bienes presentes, ò promesas para lo futuro, igualmente reconocida de

lo que se la concedia con gusto, ó de lo que se la negaba con dificultad.

¡Quantas lamparas preciosas, que arden en el Santuario; quantos vasos sagrados que sirven á la gloria del Santo Sacrificio; quantos dones brillantes pendientes delante de los Altares, son eternos monumentos de su fé, y de su piedad liberal! Quantas familias, y Comunidades expuestas á caer, fueron sostenidas por los socorros que las dió! Y qué os diré yo Señores, de su caridad? Sino que la compasion parecia haver nacido con ella; (a) que estendió su mano sobre el pobre, que no hizo aguardar inutilmente á la viuda, y al huérfano: (b) que la abundancia de sus limosnas correspondió á la ternura de su corazon: que alivió tantos miserables como conoció verdaderas miserias, y que en fin, á exemplo de Dios, á quien ella servia, ha sido (c) rica en misericordia.

Atenta á todo quanto puede servir al proximo, no lo es menos sobre todo aquello que puede ofenderle. ¿Quien de vosotros, sobre noticias inciertas, la oyó jamás hablar con daño de nadie? No se formó, como una especie de Religión, de poner un freno á la lengua en un siglo, en donde se murmura indiferentemente de los vicios, y de las virtudes, en donde se hace un estudio de los defectos de otro, en donde la malignidad de los unos, se gloria de la flaqueza de los otros, en donde por un justo juicio de Dios la vanidad insulta á la vanidad; y en donde á los mas prudentes les cuesta trabajo en librarse de la iniquidad de,

(a) Job. 31. v. 8.

(b) Prov. 31. v. 20.

(c) Ephes. 2. v. 4.

de los juicios, y de la contradiccion de las lenguas?

¿Se la escapó jamás á su espíritu vivo, y presente algunas de aquellas satyras tanto más picantes, quanto son mas ingeniosas, que ocultan mucho veneno bajo de pocas palabras, y dan la muerte riendo, segun el lenguaje de la Escritura? (a)

Esta era su maxima; que la satyra no conviene á los que han sido elevados sobre los otros; que los dardos que silen de lo alto, hacen heridas mas profundas; que es inhumanidad ofender á unas gentes á quienes el temor, y el respeto quitan la libertad de defenderse, y de quejarse, y que semejantes discursos están envenenados por la dignidad del que habla, y por la maligna, y lisongera aprobacion de los que escuchan.

Pero si la falta es de un criado, porque no siempre se puede ser cabal, y perfecto en el cumplimiento de sus obligaciones; ó si la fuerza de sus males, porque no se puede poseer siempre su alma en la paciencia, havian como arrancado de una boca tan sabia, y tan circunspecta, una palabra mas severa, que molesta qué cuidado no temia en suavizar, y curar la llaga que havia hecho? Escusaba la accion, alababa la intencion, ofrecia, ó hacia sus buenos oficios, concediendo el perdon como si se le huviese pedido, y justificando la proatitud de su espíritu por la constancia, y por la ondad de su cõ razon.

Pero si puso una guarda de prudencia á sus labios para cerrarlos á la murmuracion, tambien pu-

so

®

(a) Prov. 10. v. 23.  
Tom. 4. ff



so (segun el consejo del Sabio (a)) un cerco de espinas á sus oídos, para contener, y herir á los murmuradores. Reconoced aquí vuestra ignorancia, ó vuestra injusticia, vosotros, que dais oídos á la mentira, y renunciando por honor, ó por conciencia el vender las murmuraciones, os habeis reservado el derecho de creerlas, y el gusto de escucharlas. ¿Qué haceis vosotros con vuestras credulidades, y vuestras complacencias? Animais al murmurador, acoralais la serpiente que pica, para que hiera mas seguramente, no quereis ser asesinos, pero sois cómplices, y es ageno de razon que creais ser inocentes de la sangre de vuestros hermanos, quando con vuestros aplausos, afilais las flechas con que se les hiere; y en lugar de protegerlos, apoyais el brazo que los mata. *Guárdate de escuchar á la mala lengua*, (dice el Sabio) *no te precies de complacerte con los que hablan mal del proximo, si no quieres incurrir en su mismo pecado*, (b) dice en otra parte. ¿Y qué señal dá el Espíritu Santo de la justicia, y de la inocencia de un hombre de bien? La de no haver oído con gusto el oprobrio, y la murmuracion contra sus hermanos: *Qui opprobrium non accepit adversus proximos suos*. (c)

Este fue el carácter de la Señora Delphina: bien lejos de creer con facilidad, ni aun tuvo paciencia en estas ocasiones. Rompió la iniquidad, é hizo la guerra al murmurador. Quantas reputaciones inocentes libró de las malas lenguas, que iban á sembrar el odio

(a) *Sepi aures tuas spinis*. Eccli. 10. v. 12.

(b) Eccl. Ibid.

(c) Psal. 14. v. 3.

odio de un enemigo, ó la envidia de un concurrentel. ¡Quantas veces por un triste silencio, ó por una severa mirada ahogó en su nacimiento una calumnia, que huviera causado eternas divisiones! Quantas veces contuvo por autoridad el mortal golpe que una cruel lengua iba á dar al honor, ó á la fortuna de una familia!

¿Qué esperais de una vida tan sabia, y tan christiana, sino lo que le acompaña, y es la recompensa? Una muerte sufrida con una santa resignacion, y una dichosa paciencia.

## SEGUNDA PARTE.

*ORA vivamos, ora muramos, nosotros pertenecemos al señor*, dice el Apóstol. El es quien me ha hecho, y quien me ha criado, y quien me reduce á la nada sin que yo lo sepa: yo reconozco en lo uno, y en lo otro su soberanía, y mi dependencia. Pero aunque nosotros vivamos en Dios, y que Dios nos haga vivir, parece que muriendo, aun pertenecemos mas á él. El estienda su mano, y dilata sobre nosotros su poder, entra en posesion por toda la eternidad, así de nuestros cuerpos, como de nuestras almas, consuma en nosotros sus misericordias, ó sus justicias, nos arranca del mundo á nuestros placeres, y á nosotros mismos; y en este estado de separacion, y de humillacion, nuestras voluntades para con él deben ser mas pacientes, y mas sumisas. ®

Tal era la disposicion de nuestra Princesa. Yo no he hecho hasta aqui sino alabar virtudes dichosas, y mencionar, digamoslo así, las flores que adornan la victima. Ahora voy á las que produce la tribulacion,

y que hacen el aparato, y la consumacion del sacrificio. No esperéis, Señores, que yo divierta vuestrós espíritus, ó que por figuras eludidas, lisonjee, ó irrite vuestro dolor. La muerte de la Señora Delphina es una de aquellas muertes preciosas, que coronan una hermosa vida, que hacen nacer los suspiros, y que los ahogan; y que despues de haver enternecido por la compasion, alentan por la piedad, y consuelan por la esperanza.

Prepárese á ella por el retiro. Conoció las inutilidades, y las corrupciones del mundo; y no sé qué presagios de un fin cercano la causaron su disgusto. Viose la ranoñiar insensiblemente los placeres, y formarse una soledad en donde se pudiese hurtar á su propia grandeza, y gozar de una profunda paz, en medio de una Corte tumultuosa.

Yo bien sé que vosotros, Señores, pensáis que las Princesas como ella ordinariamente no se han hecho para la soledad; que se deben dar al publico; que aunque ellas no quieran ser sino de Dios, su condicion las obliga á darse algunas veces al mundo, para ser como los enlaces entre los Soberanos, y los vasallos que se les acercan; para llenar los dias vacíos de los cortesanos, y para quitarles la molestia de una triste, y penosa ociosidad; para calmar, y suspender por honestas, y necesarias diversiones, las pasiones secretas que los devoran, y para mantener entre ellos la paz, y la sociedad, juntandolos todos los dias cerca del Trono que veneran.

¶ Pero quien no sabe, que segun el Apóstol, (a) nosotros no somos deudores á la carne para vivir

16-

(a) Rom. 8. v. 12.

segun la carne; que el despeggo del mundo es la primera vocacion, y el primer voto de la alma christiana, y que la Religion de Jesu-Christo es una Religion de separacion, y de soledad. Pero hay, direis vosotros, un retiro de espíritu, y de columbres, y un retiro de sí mismo, que en el comercio de los hombres separan invisiblemente á los justos de los pecadores, y que ponen á los unos á cubierto de las dissipaciones, y de las codicias de los otros.

¶ Pero quan difícil es, que en medio de tantas pasiones, si la inocencia no se pierde, á lo menos no se debilita! A fuerza de ver la vanidad se acostumbra á conocerla, y amarla. De tantos objetos como hieren los sentidos; siempre se hallan algunos que se deslizan hasta el corazon: y los Santos Padres nos enseñan, que hay en el siglo seducciones imperceptibles, y que se necesita menos fuerza para renunciárle, que para mantenerse en él con la prudencia, y con la moderacion que Dios pide.

¶ Santas verdades, de que nuestra Princesa estaba penetrada, que no seais conocidas de que aquellas almas, no sé si diga engañosas, ó engañadas, que para agradar á Dios, y por agradar á los hombres, acomodan la Religion con los placeres; miran algunas veces al Cielo sin perder de vista la tierra; y se hacen una especie de honor de una devocion, que no excluye los cuidados, ni los afectos del siglo: como si se pudiese mezclar con las gracias de Jesu-Christo los consuelos, y las alegrías humanas, y gozar de la paz de la Santa Sion entre las turbaciones, y la confusion de Babilonia! (R)

¶ La Señora Delphina quiso evitar todos estos peligros. Juegos, conversaciones, espectáculos, nada la sacó de su soledad. El exemplo reciente de una Reyna, que la Francia admirará, y llorará eternamente,

la

la parecia superior á las fuerzas de su virtud. *¿Qué soy yo (decia) junto á una santa, en quien la gracia baxia purificado todos los sentimientos de la naturaleza; igualmente piadosa en sus austeridades, y en sus condescendencias; que sabia ballar á Dios allí mismo donde otros muchas veces le pierden?* Contendida de este modo por una triste, y secreta languidez, tan presto cultivaba su espíritu por la lectura de las Historias edificantes, y alimentaba su piedad con el jugo, y la sustancia de las Santas Escrituras. Tan presto ocupada en el trabajo, mezclando industriosamente el oro, y la seda, empleaba su habilidad, y para hablar con el Sabio, (a) el consejo, y la prudencia de sus Reales Manos en el adorno de los Altares, y en la gloria del Tabernaculo. Tan presto, despues de sus acostumbradas oraciones, abatiendose hasta su nada, ò elevandose hasta Dios por la fé, y la meditacion de sus Mysterios, le pedia su gracia, y le ofrecia un corazon contrito, y humillado.

Entonces fue, Dios mio, quando vos la hablabais en la soledad, á que vos mismo la haviais conducido; queriais Vos, que ella muriese poco á poco, y como por grados al mundo; que perdiese insensiblemente el gusto de los placeres, y de las vanidades; y que debiendo morir en vuestra paz, y en vuestro amor, su vida estuviere antes oculta en vos con Jesu Christo.

¡Qué vida, Señores! Una vida paciente, y crucificada. A sola esta palabra ¡quantos tristes objetos no vienen á ofrecerse á mi pensamiento! Una enfermedad, que aparece al principio mas incomoda, que peligrosa; males tan-

(a) Prov. 31. v. 13.

to mas dignos de sentirse, quanto no siendo bastante conocidos, acaso no eran bastante llorados; remedios tan crueles como los males mismos; dolores vivos, y largos á un mismo tiempo; las humillaciones del espíritu juntas á las del cuerpo; las fuerzas de la naturaleza gastadas por el mismo cuidado que se tiene en sostenerla; el arte de la medicina impotente, y todos los recursos reducidos á la paciencia, y á la muerte de esta Princesa.

No temo el profetir aquí la compasiva relacion de sus trabajos. ¿Por qué no he de decir yo sin temor, lo que ella ha previsto, y lo que ha sufrido sin desmayarse? Hizo de todos sus males, como la esposa de los Canticos, (a) un hazcillo, ó ramillete de mirra, que recibió de las manos de su amado, y que puso en su pecho, como una señal preciosa de su amor, y de sus voluntades para con ella. Aguardò aquel desgraciado dia que el Cielo le preparaba para componer con sumision los exvencios de su piedad, y el curso de su penitencia. Viò todas las dimensiones de su cruz, y resolvió dejarse clavar á ella sin quejarse, y hacer del suplicio de sus pecados un sacrificio voluntario de su vida. Prevenida de las bendiciones, y de las misericordias del Señor, aun en medio de las nubes que un cuerpo corruptible, y moribundo levanta hasta en el espíritu, los ojos ilustrados de su fé, descubrieron la mano paternal que la heria, para probar su fidelidad, y su constancia.

Ejos de estender su vista sobre las futuras esperanzas de una dicha futura, se dixo mil veces á sí misma: *El dia del Señor se acerca.* (a) Proxima á como

(a) Cant. 1. v. 17. (b) Isai. 13. v. 6.



parecer delante del Tribunal de su justicia, se presentó muchas veces al de su misericordia, después de una exacta pesquisa de sus acciones, y de sus pensamientos. Pecado, afectos al pecado, y sombras, y apariencias del pecado, ella os perseguía en los más secretos senos de su alma. Nada se le escapaba á los cuidados, ni á las luces de su penitencia: Ella lo temía todo; lo pesaba todo en el peso del santuario, contando por grande todo quanto puede desagradar á Dios, por ligero que fuese en sí mismo, y considerando, no la importancia del mandato, sino la dignidad del Dios que lo manda. No os figureis aquí una debilidad de escrúpulo, sino una delicadeza de virtud, un gran deseo de la pureza, y una humildad profunda. Apenas la bastaban tres días para arreglar sus confesiones ordinarias, citando buena; y quantos no galló en el curso de su enfermedad, para reparar en la amargura de su alma todos los años de su vida, hurtando, digámoslo así, al dolor de sus males, todo el tiempo que podía dar al arrepentimiento de sus pecados.

Vosotros, que en vuestras precipitadas confesiones no examináis sino la superficie de vuestra alma; que no podéis aborrecer vuestros pecados, porque no os tomáis tiempo de conocerlos; que bajo de un ayre penitente, aun lleváis un corazón culpable; que no os presentáis al Sacramento de reconciliación, sino para arrancar á la Iglesia una absolución, que os atama, que os absuelve, y que parecéis ocultando una parte de vuestras faltas, no manifestar la otra, sino para apaciguar los remordimientos de vuestras conciencias; condenaos oy día á villa de los cuidados, y de la exactitud de esta Princesa.

Lavada de este modo en la Sangre del Cordero, tomó nuevas fuerzas para vencer los males urgentes,

y

y esperar una muerte prolíja. Quando con brevedad llega esta muerte, siempre amarga, y siempre cruel, no se tiene lugar de verla con todo lo mas cruel, y terrible que hay en ella. Los sentidos tienen todo su vigor; aun se tiene, digámoslo así, su alma toda entera; oponese á sus males una constancia reunida; la paciencia se sostiene por el deseo de vivir, ó por la esperanza misma de morir. Pero quando es necesario sufrir una larga, y penosa enfermedad; quando un corazón está lleno de amargura, y llega á ser molesto á sí mismo; quando debilitado de lo pasado, brumado de lo presente, aun está asustado de lo porvenir; quan de temer es, que la inquietud, y la impaciencia no disminuyan un poco la sumisión, y la fe! Una penitencia continuada no siempre es igualmente voluntaria, y se cansa uno de llevar su Cruz, quando es necesario tolerarla mucho tiempo.

Madama la Delphina en toda su tribulación, no salió de las manos de Dios, ni del orden de su providencia: Vió, sin despegar sus labios, los despojos de su cuerpo mortal; y juntando á la firmeza que tenía de la naturaleza, la que la piedad la havia adquirido, conoció hasta donde llega la miseria humana, y hasta donde llegan las misericordias Divinas. La enfermedad, ó la salud le viúieron á ser indiferentes. Porque ¿qué pidió ella á Dios en sus oraciones, sino solamente su gracia. Hacíase mil votos por su salud; pedíala que juntasen á ellos su intención. *¿Pero qué intención podía yo tener, decía ella, sino que se cumpla la voluntad del Señor?* ¿Qué tiempo pensais vosotros que queria dar á sus penas? sino quanto era necesario para expiar sus pecados. ¿Quantas veces nitiéndose en espíritu á Jesu-Christo Crucificado, le ofrecia ella su corazón, y su enfermedad, á fin de que fortificase el uno, y que aumentase, ó mitigase la otra!

Tom. 4.

Gg

¿Quan;

¡Quantas veces humillada, pero no abatida, le dixo con aquel hombre del Evangelio; Señor, si queréis sanarme podéis hacerlo! (a) Pero, y quantas veces adorandole tambien como á su fin, y su principio, decia ella estas palabras de un Rey penitente, y sumiso: Mi vida está en su voluntad: *Vita in voluntate ejus* (b) Asi se elevaba sobre si misma, y sobre la muerte, que se temia.

¡La muerte que ella temia! ¿No hago yo injuria á su Religión, y á su valor? No me estoy contradiciendo? No, Señores, este temor de amor, y de penitencia nada tiene de cobarde. Considerabase como una pecadora herida de la mano de Dios. Sabia, que los Angeles por Espirituales, y Celestiales que son, no son bastante puros en su presencia. Confesaba que hay en la grandeza, aunque inocente, no sé qué espíritu de orgullo, y de molición contraria á la humildad, y á los sufrimientos de Jesu-Christo. Y así acudió á los remedios del Alma en el tiempo en que despreciaba los del cuerpo. Su conciencia acabó de purificarse, y todo el aparato de la muerte no hizo sino redoblar su zelo, y su compuncion.

¡Con qué sentimientos de reconocimiento, y de amor no recibió el Santo Viatico! ¿Que no estuvierais en mi lugar en esta Cathedra, eloquente, y piadoso Prelado, (a) que llevabais ese Pan vivo con la palabra de vida! Vos la vísteis, y diriais en terminos mas energicos, que alentando la fe á la naturaleza, sintió vivamente la caridad de Jesu-Christo, que lo vió en medio

(a) Matth. 8. v. 2.

(b) Psalm. 29. v. 6.

(c) Monsieur Bossuet, Obispo de Meaux.

de los velos mysteriosos, que le cubren: que salió como fuera de sí misma para ir delante de él: que despues de inútiles esfuerzos por bolverse á levantar, bolveriendo á caer, como bajo el peso de la Divinidad, que estaba presente por respeto, menos que por debilidad, recibió esta ultima prenda de su amor, como el sello de su predestinacion eterna.

¡Que no pueda yo explicaros con qué presencia de espíritu empleó los preciosos momentos, que la quedaban de vida, para desatar los nudos, que la prendian aún en este mundo; con qué candor manifestó su corazón al Rey, humillada delante de él, y tocada no de su grandeza, de su gloria, ó de su poder, (Dios solo, delante de quien iba á comparecer, la parecia grande) sino de su Religión, de su justicia, de su bondad, y del merito de su persona! Con qué dulzura no levantó ácia el Señor Delphin sus ojos moribundos, y sus tremulas manos! Sus ojos que siempre havia tenido sobre él como sobre el unico objeto de su amor; sus manos, que tantas veces havia levantado al Cielo, quando se exponia á todos los peligros de la guerra, y quando se ocupaba en los transportes de su alegría, en prepararle coronas despues de sus victorias. Y si aún le quedaba en su corazón alguna parte sensible, era á el amor, á la gloria, y aún mucho mas á la salvacion de este Principe.

Entenebrase todo, todo se derretia en lagrimas: la santa uncion que le daban, las tristes oraciones que hacian por ella, la Cruz de Jesu-Christo, que ella abrazaba, el perdon que pedia, tan presto á Dios, tan presto á los hombres; la compasion que tenia para sí, y la que tenia para con los que la havian servido, causaban un dolor, que daba consuelo, pero tambien introducia la turbacion en el alma: ella sola, Señores, ella sola permanecia tranquila.

Dueña de su espíritu; y ocupada toda de sus obligaciones en medio mismo de los horrores de la muerte, quiso echar la bendición á los tiernos Principes sus hijos; á un mismo que ella creía ser el hijo de su dolor; y recegiendo su fuerza con su subdiar: *Ved, dixo, hijos míos, el estado en que Dios me ha puesto, mirad que esto es incline á servirle, y á temerle; dad al Rey, y al Delphin la obediencia, que le debéis; acordaos de la sangre de que descendis; y nada hagáis que sea indigno de ella.* Principe, (a) que hacéis oy día las esperanzas, y las delicias de la Francia; qué podría yo deciros mas tierno, y compasivo? Ojalá que estas eficaces, y santas palabras sean eternamente gravadas en vuestro espíritu; y en el tiempo, en que, bajo las Ordenes del Rey, cuyas armas siempre bendixo el Cielo, vá un padre venturoso por mil illustres acciones, os tracen el camino de la gloria! Ojalá que la piadosa memoria de una madre enferma, y moribunda pueda mantener en vuestro corazón una viva impresión del temor de Dios, y de la humildad christiana!

Vuestros deseos serán cumplidos; piadosa Princesa: cerrad, cerrad para siempre vuestros ojos á la vanidad, que haveis conocido, y que haveis despreciado. Y nosotros, hermanos míos, abrámoslos, para conocerla, y para desengañarnos de ella. Qué consejos necesitamos? Qué razones, y qué exemplos? Nosotros vemos morir todos los días á nuestros iguales, y á nuestros amos, y superiores. Llevamos en nosotros mismos una voz, y una respuesta de muerte, como dice el Apostol, (a) una

(a) *El Señor Duque de Borgoña.*  
(a) 2. Corinth. 1. v. 9.

sentencia, que se pronuncia, y que se executa incessantemente por la debilidad, y la continua diminucion de nuestra vida; y nosotros estamos ciegos, é insensibles. A vista de esta muerte, que lloramos, tocado de dolor, y bañado en lagrimas, reconocéis vuestra nada, ¡O gran Rey! y decís: *Así nos vamos acabando todos: ve aquí lo que nos iguala á todos.* Job en medio de estos infortunios hablaba de esta manera: (a) *Este muere en las prosperidades, y en las riquezas; aquel en la miseria, y en la amargura de su alma: T unos, y otros dormirán juntos en el mismo polvo.* Y vos, Señor, quando vuestra grandeza, y vuestro poder parecen oientarse mas, dáis á vuestra Corte, y tomáis para vos mismo esta leccion tan saludable.

Por lo que toca á nosotros, Señores, vemos ese lugubre aparato, y esas tristes ceremonias, acaso sin fruto, y sin reflexiones sobre nosotros mismos. Una tristeza superficial compone por algun tiempo el rostro, y el exterior, pero el espíritu, y el corazón no están movidos. Nuestra inclinacion nos lleva á ideas mas agradables, nos entregamos á nuestros placeres, el siglo presente nos arrastra, los malos sucesos nos infian, ó nos inquietan: nosotros no pensamos, ni en la muerte con que Dios nos amenaza, ni en la inmortalidad, que nos promete. Si no fuésemos Christianos sino para esta vida, y si no esperásemos sino en los bienes de este mundo, acaso seríamos escusables; pero por la gracia de Jesu-Christo nosotros somos Christianos para la otra vida, y en Dios solo es en quien se fundan nuestras esperanzas.

Ol-

(a) Job. 21. v. 23. 25. y 26.



Olvidemos, pues, lo perecedero, y transitorio, para aficionarnos á nuestra herencia eterna. Y para acabar por donde comenzé, digamos sin cesar, según el consejo de San Agustín: *Todas las cosas pasan como sombra*, para excitarnos á la penitencia, para renovar nuestro fervor, por no decir algun dia inutilmente: *Todas las cosas han pasado como la sombra*; para reprehendernos nuestra ociosidad, y llorar sin fruto nuestras pérdidas irreparables. Quiera el Cielo, que nosotros nos aprovechemos del tiempo, de las gracias, y de los exemplos que Dios nos ofrece; y que despues de estar unidos á él por la Fé, gozemos de él por la caridad en los siglos de los siglos!

## ORACION

FUNEBRE

DEL MUY ALTO,

Y MUY PODEROSO SEÑOR

EL SEÑOR CARLOS

DE SAN MAURO,

DUQUE DE MONTAUSIER,

PAR DE FRANCIA:

PRONUNCIADA

EN LA IGLESIA DE LOS CARMETTAS

DEL ARRABAL DE SANTIAGO.

EL DIA 11. DE AGOSTO

DE 1690.

Olvidemos, pues, lo perecedero, y transitorio, para aficionarnos á nuestra herencia eterna. Y para acabar por donde comenzé, digamos sin cesar, según el consejo de San Agustín: *Todas las cosas pasan como sombra*, para excitarnos á la penitencia, para renovar nuestro fervor, por no decir algun dia inutilmente: *Todas las cosas han pasado como la sombra*; para reprehendernos nuestra ociosidad, y llorar sin fruto nuestras pérdidas irreparables. Quiera el Cielo, que nosotros nos aprovechemos del tiempo, de las gracias, y de los exemplos que Dios nos ofrece; y que despues de estar unidos á él por la Fé, gozemos de él por la caridad en los siglos de los siglos!

## ORACION

FUNEBRE

DEL MUY ALTO,

Y MUY PODEROSO SEÑOR

EL SEÑOR CARLOS

DE SAN MAURO,

DUQUE DE MONTAUSIER,

PAR DE FRANCIA:

PRONUNCIADA

EN LA IGLESIA DE LOS CARMETTAS

DEL ARRABAL DE SANTIAGO.

EL DIA 11. DE AGOSTO

DE 1690.

## ORACION FUNEBRE

DEL SEÑOR

CARLOS DE SAN MAURO,  
DUQUE DE MONTAUSIER,  
PAR DE FRANCIA.

*Sicut ambulavit in conspectu suo, in veritate, & iustitia, & recto corde tecum, custodisti ei misericordiam grandem.*

Como caminó delante de vos, Señor, en la verdad, en la justicia, y en la rectitud de corazón, haveis usado con él vuestra grande misericordia. En el libro 3. de los Reyes, cap. 3. v. 6.



Después de un solemne, y magnífico Sacrificio que hizo Salomon á Dios de mil víctimas; (a) en el fervor de su oración, en que se le apareció el Señor, (b) y lleno de su espíritu, y de su sabiduría, hizo este elogio del Rey su Padré. Y en la celebración de los Sagrados Mysterios, entre las oraciones,

(a) Mille hostias obtulit Salomon. Ibid. v. 4.

(b) Apparuit autem Dominus Salomoni. Ibid. v. 5.

y los sufragios de los fieles, á vista de los Altares, en que Jesu-Christo, Salvador del mundo, Hostia pura, y saludable, se presenta á los ojos de mi fé, y se sacrifica por los vivos, y por los muertos, aplico yo este mismo elogio al *muy Alto, y muy Poderoso Señor, el Señor Carlos de San Mauro, Duque de Montausier, Par de Francia, Gobernador de Normandía, Caballero de las Ordenes del Rey, y Ayo que fue del Señor Delpbin.*

David mereció estas alabanzas. Este Rey, que se complació en la verdad, que caminó por las sendas de la justicia, que buscó al Señor con todo su corazón, que cantó en la paz los Canticos de Sion, y quebrantó en la guerra las fuerzas de los Philisteos: Este Rey, según el corazón de Dios, observador de sus Mandamientos, zelador de su Santa Ley, amigo de las almas sencillas, y fieles, enemigo de los espíritus doblados, y de los malvados corazones, pecador por fragilidad, penitente por reflexión, justo, y Santo por la gracia, y por la misericordia de Dios.

Yo vengo á hacer revivir aquí las mismas virtudes, y las mismas misericordias, y hacerlos admirar un hombre que no se apartó jamás de sus obligaciones; que por mantener la razon se opuso á la costumbre, que jamás tuvo otro interés, que el de la verdad, y el de la justicia; y habiendo tenido parte en todas las prosperidades del siglo, no la tuvo en sus coruptiones. Un hombre de una virtud antigua, y noble, que supo juntar la cultura de estos tiempos á la buena fe de nuestros padres; en quien la fortuna solo sirvió para dár reputacion al merito; que santificó el honor, y la probidad por las reglas, y los principios del Christianismo; que se elevó por una severa prudencia sobre los temores, y las complacencias humanas; y pronto siempre á dár á la virtud los

Tom. 4. Ha clo.



elogios que se le deben, hizo temer á la iniquidad el juicio, y la censura; valiente en la guerra, sabio en la paz, respetado por justo, amado por bienhechor, y algunas veces temido por sencillo, y por irreprehensible.

Vos, Divina Providencia, me traxisteis á esta Ciudad para recibir los últimos testimonios de su amistad, y recoger los últimos suspiros de su penitencia. Queriais vos, que yo le conociese enteramente, y que despues de haver visto su moderacion en los dichosos tiempos de su vida, fuese en sus dias de dolor, y de enfermedad, testigo de su paciencia. Vos haveis coronado su piedad, y á mí me haveis destinado para honrar su memoria: Haced servir á vuestra gloria los grandes exemplos que ha dado; y como formasteis en él para su perfeccion santos descos, y buenas obras, inspirad en mí, para edificacion de mis oyentes, eficaces, y justas alabanzas.

No temais, Señores, que la amistad, ó el reconocimiento me preocupen. *Hablamos delante de Dios en Jesu-Christo*, dice el Apostol. (a) Y yo puedo decir como él: Vosotros sabeis, hermanos míos, que la adulacion nunca ha reynado en mis discursos: *Neque enim aliquando fuimus in sermone adulationis, sicut scitis.* (b) Pues me atreveria yo en este (en que la franqueza, y el candor son el objeto de nuestros elogios) á valerme de ficciones, y de mentiras? Abriase ese sepulcro, esos huesos se bolverian á juntar, y se reanimarian para decirme: ¿Por qué vienes tu á mentir por mí, que no mentí por nadie? No des un honor

(a) 2. Cor. 2. v. 17.

(b) 1. Thesal. 2. v. 5.

no merecido á quien jamás quiso darle, sino al verdadero merito. Dejame descansar en el seno de la verdad, y no vengas á turbar mi quietud con adulaciones que aborreci siempre. No disimules mis defectos, ni me atribuyas mis virtudes: alaba solamente la misericordia de Dios, que ha querido humillarme por los unos, y santificarme por las otras.

Limitome, pues, á las palabras de mi texto, y me preparo á hacerlos ver

Division. { I. *El amor de la verdad:*  
II. *El zelo de la justicia:*  
III. *Y el espíritu de restitu.*

Que son el carecer de este grande hombre, que llorais, y alabais conmigo. Si no observo en este discurso todo el orden, y todas las reglas del arte, pensad en que hay yo no sé qué de desordenado en la triteza; que los grandes asuntos son gravosos á los que los tratan; y que esto es un desahogo de mi corazón, mas que una obra, y una meditacion de mi espíritu.

### PRIMERA PARTE.

Aunque nada sea tan natural al hombre como el amar, y el conocer la verdad, nada hay que amemos, ni menos procure el conocerla. Teme verse, como es en sí, porque no es el que debía ser; y para poner á cubierto sus defectos, encubre, y adula los de los otros. El mundo no subsiste mas, que por sus mutuas complacencias. Parece que el espíritu de la mentira, que Dios amenazaba derramarla sobre sus Prophetas, (a) se

(a) 3. Reg. 22. v. 22.

ha esparcido sobre todos los hombres. Ya no hay valor, ni para decir la verdad, ni para oírla. La sinceridad se tiene por impolitica, y por aspreza. Ya casi no hay amiltad, que sufra la franqueza de un amigo. El espíritu, fecundo en disfraces, estudia en desfigurar, según sus necesidades, y sus intereses, tan presto los vicios como las virtudes: y la palabra (que es la imagen de la razon, y como el cuerpo de la verdad) ha llegado á ser el organo de la disimulacion, y de la mentira.

*Carlos de san Mauro* se salvó por la misericordia de Dios de esta comun corrupcion. Nació con unas inclinaciones libres, y generosas, que eximen al alma de toda otra ley, que de la de sus obligaciones. Derramó el Cielo en su espíritu, y en su corazon aquellos principios de honor, y de equidad, que hacen producir, y manifestar sin pudor sus sentimientos, y sus pareceres. La ficcion nada podia añadir á su gloria, y el arte en él, no podia obrar mejor que la naturaleza. Su illustre Casa (cuyo origen se ha perdido en las obscuridades del tiempo) le suministraba despues de setecientos años grandes exemplos. En ella hallaba una nobleza siempre pura por sus virtudes, siempre útil por sus servicios, y siempre gloriosa por su calidad, por sus empleos, y por sus alianzas. Veía en la Historia á sus antepasados, ya sosteniendo con esplendor las primeras Dignidades del Reyno, ya en la Asamblea de los Señores de muchas Provincias, interesandose por los derechos, y por las libertades de los Pueblos, tan presto yendo con numerosas tropas, levantadas á sus expensas, á recobrar las tierras que los Señores vecinos les havian usurpado, movidos mas del honor, que del interés, incapaces de sufrir una injusticia, y mucho mas de cometerla.

Pero lo que él recibía con gusto, eran los servicios

cios que su Abuelo havia hecho á Henrique IV. de gloriosa memoria, y aun mucho mas los sabios, y acertados consejos, que le daba, añadiendo á su relacion: *Que sus padres siempre havian sido fieles criados de los Reyes sus Amos; pero que no havian sido sus aduladores: que esta honrada libertad (de que él hacia profesion) era un derecho adquirido, una posesion de familia; y que la verdad havia llegado hasta el de padres á hijos como una porcion de su herencia.*

La muerte le quitó á los primeros años de su infancia un Padre, cuya perdida huviera sido irreparable, si no huviese quedado bajo la conducta de una Madre de la antigua casa de *Chateaubriant*, que renunciando desde luego toda suerte de vanidades, y de placeres, por dedicarse en su triste viudedad, á los negocios de su familia, y conteniendo bajo las leyes de una austera virtud, y de una exacta modestia, una sobresaliente hermosura, y una floreciente juventud, sacrificó todas las dulzuras, y todo el reposo de su vida á la fortuna, y á la educacion de sus hijos. Aun estaba *Carlos* en aquella edad, que solo sigue los primeros instintos de la libertad, un fuego, que la razon aun no havia moderado, le rebelaba contra la disciplina, y la sujecion. Reprimió ella por una sabia severidad las primeras vivacidades de su espíritu, y los naturales impetus de su orgullo, quando principiaba á descubrirse. Hamillóle con cultura bajo el yugo de la autoridad materna, acostumbRANDOLE insensiblemente á una vida ajustada, y sufrida; y como no usaba con él aquellas cobardes complacencias, que ofensan la razon, y el valor de los hijos, no le toleró aquellas delicadezas, que debilitan el temperamento, y el vigor del cuerpo, y del alma.



Pero ay de mí! Que sus primeros cuidados fueron intrínsecos en los principios de una falsa Religión, Extraviado desde que entró en los caminos de Dios; alimentado después por los Maestros mismos del error, (a) y en el seno, digámoslo así, de la Heregia, siguió una profana novedad, despreciando la venerable antigüedad de la Iglesia. Muy sensible á todas las desgracias del partido, atento á todo lo que li-songeaba sus preocupaciones, y mezclandose desde su mas tierna edad, en las conversaciones, y en las disputas; suplía con su ardor, lo que le faltaba á su conocimiento; y en una edad en que no se tiene noticia de la Religión, él ya defendía la suya.

¡O Dios de la verdad! Vos no habeis criado este espíritu para la mentira: dejad correr sobre él del seno de vuestra gloria uno de esos penetrantes rayos de vuestra resplandeciente gracia, que llevan la verdad al fondo de los corazones, y no permitais que el error, y la vanidad le dominen. O si vos dejais aumentar sus tinieblas para manifestar mayor gloria en disiparlas, guardadle una misericordia tanto mas grande, quanto su zelo ardiente, y sus sinceras intenciones las justifican en sí mismo, creyendo hacer honor á la verdad en el omenaje mismo que rinde á la mentira.

¡Os diré yo los progresos que hizo en el conocimiento de las Letras humanas, el gusto que tuvo en la poesía, y en la elocuencia, de las que aprendió no solo lo mas acendrado, sino tambien hasta las mas pequeñas reglas; el estudio que hizo de la noble, y sabia antigüedad á quien miraba como el origen de la ra-  
zon,

(a) En sedam bajo la disciplina del Ministro de Moulin.

zen, y de la política de nuestros siglos? Un amor curioso de libros, un deseo insaciable de saber, una continuacion, y si así me atrevo á decirlo, una intemperancia de lectura, han sido las pasiones dominantes de su juventud: ¡Os hablaré yo de aquellas campañas en que, encendiendo el amor de la gloria los primeros fuegos de su valor, hizo ver en los sitios de Rosignan, y de Casal por los servicios que practicó, los que el Principe, y la Patria podían esperar? Estimulado de las illustres hazañas de un hermano á cuya reputacion excedia el merito, tuvo parte en los elogios, que justamente le dieron, tanto sus enemigos, como sus superiores.

La decencia, y la costumbre, y aun mucho mas las obligaciones de su calidad, y de su nacimiento, le obligaron á mezclarse entre los cortesanos, para obsequiar la grandeza, y la Magestad de un Rey lleno de Religión, y de justicia, (a) y para grangear el favor, y la estimacion de un gran Ministro, que conocia la virtud, y distribuia la fortuna. (b) Dixeronte mil veces que la libertad no era virtud de la Corte, que la verdad solo producía enemigos, que era necesario para lograr, saber acomodandese á los tiempos, ó disfrazar sus pasiones, ó adular las de otros, que havia un arte inocente de separar los pensamientos de las palabras; que la probidad podia sufrir aquellas mutuas complacencias, que habiendo llegado á ser voluntarias, casi ya no ofenden la buena fé, y mantienen la paz, y la política del mundo.

Pa-

®

(a) Luis XIII.

(b) El Cardenal de Richelieu.



Parecieronle indignos estos consejos. Ofrecia su incienso con trabajo sobre los Altares de la fortuna, y bolvia cargado del peso de pensamientos, que un forzoso silencio havia contenido. Este continuo comercio de mentira, ingenioso para engañarse, injurioso para perderse, y oficioso para corromperse: aquella hipocresia universal, con la qual cada uno trabaja en ocultar verdaderos defectos, ó en producir falsas virtudes: aquellos ayres mysteriosos de que se usa para ocultar su ambicion, ó para realizar su credito: todo este espíritu de disimulacion, y de impostura, no convienen à su virtud. No pudiendo autorizarse aun contra el uso, participa à sus amigos, que marcha al Exército à hacer su Corte por servicios efectivos, no por oficios inútiles; que menos le costaba exponer su vida, que disimular sus sentimientos, y que jamás compraria ni el favor, ni la fortuna à expensas de su probidad.

No quiso aprender otro language que el del Evangelio, 11, 12, 120, 121: (a) efectivo en sus resoluciones, fiel en sus promesas, mas pronto à sostener su palabra, que à darla, todo era verdad en sus acciones, y en su conducta. Y así, no necesitó para elevarse en su profesion ni de sollicitaciones, ni de artificios. Su prudencia, su aplicacion, y su valor, le atraxeron la estimacion, y confianza de los dos mas famosos Capitanes de su tiempo, (b) que en las guerras de Alemania

(a) *Sic autem sermo vesper, est, est, non, non.*  
Matth. 5, v. 37.

(b) *El Duque de Weimar, y el Mariscal de Guebriant.*

se sirvieron utilmente de su socorro, y de sus consejos en la serie de sus victorias.

La Alsacia, que havia sido el teatro de sus trabajos, fue tambien su recompensa. O qué nueva materia de gloria para él! El enemigo formidable, y vecino; un pueblo que no estaba del todo obediente, el debil socorro que podia esperar, una Provincia, que iba mas à conquistar, que à gobernar: tanto cúmulo de dificultades, solo sirvieron para animar su constancia; y por medio de unos combates casi diarios, aseguró su gobierno, y le hizo por su moderacion uno de los mas felices, y de los mas tranquilos del Reyno.

Bolvio à la Corte, y no se deslumbrió, ni dejó llevar de los elogios, ni de las esperanzas que le dieron, unia la circunspeccion del juicio à lo osado del valor. Aunque amaba, sí, la gloria, pero la buscaba en sus acciones, no en el testimonio de los hombres. Solo su merito quiso que contribuyese à su reputacion. Solo ocultó aquellas verdades que le eran ventajosas, y nada pudo jamás debilitar su sinceridad, ni su modestia. No obstante, sabemos, Señores, que jamás hubo hombre mas terrible, ni mas intrepido: Viósele en la Batalla de Cerné cargar tres veces à los enemigos, cubierto de sangre, y polvo, y llevar à los pies de su General como un honroso trofeo, tres Vanderas que les quitó. Dejose ver con doscientos hombres en el sitio de Brisac, derrotando sobre las orillas del Rhin dos mil Alemanes à vista de su Exército.

¿Pero vengo yo aqui à hacer la Historia sangrienta de sus combates? El asunto de mi discurso no tiene nada mas edificativo, ni mas dulce! Ya se formaban en el Cielo aquellos vinculos sagrados, que debian unir eternamente su corazon al de la incomparable familia

*Ha.* (a) Yase encendian en su alma aquellos fuegos ardientes, y puros, que la sabiduria, la hermosura, el espíritu, y un merito universal acostumbran producir. La admiracion, y la estimacion avivaban esta sabia, y virtuosa passion, y mucho mas una conformidad de costumbres, y de inclinaciones en que consisten las uniones perfectas, un mismo candor en su proceder, una misma elevacion de genio, y de valor, la misma inclinacion á la virtud en perjuicio de la fortuna, la misma fidelidad por todas las obligaciones de la vida, el mismo gusto por la conversacion, y por toda suerte de Bellas Letras, el mismo placer en hacer bien; pero entre tantas semejanzas, una Religion diferente.

Caed velos importunos, que le cubris la verdad de nuestros Mysterios, y vosotros Sacerdotes de Jesu-Christo que tanto tiempo há ofrecis á Dios por su salvacion, asi vuestros votos como vuestros Sacrificios, tomad la espada de la palabra, y cortad sabiamente hasta las raizes del error, que el nacimiento, y la educacion havian hecho crecer en su alma. ¿Pero quantas cadenas le detenian? La carne, y la sangre le aprisionaban cerca de una madre á quien amaba, asi por reconocimiento, y por razon, como por natural afecto; ciertos fines de honor que le hacian temer hasta las menores sospechas de mudanza, y de inconstancia: el poder que tenia sobre él la primera impresion de verdad, y de justicia: las respuestas que los oraculos del partido le havian dado, y los ejemplos con que él mismo procuró cegarse por las lecturas; peligrosas

eran

(a) *Julia Lucina de Angennes, despues Duquesa de Montauvier.*

eran otros tantos empeños, que le estrechaban, y detenian en sus errores.

Mas no obstante todo esto al indagar su fé ya se le havian ofrecido algunas dudas: la lectura de las Historias Ecclesiasticas le havia hecho percibir alguna novedad en estos ultimos tiempos; de las contestaciones, y de las disputas que havia tenido, havia sacado yo no sé que vislumbres de claridad, que havian dejado algun veltigio de luz en su espíritu. No era de aquellos hombres tibios á quienes Dios, y la salvacion son indiferentes, que quedin sin movimiento en qualquiera parte que caygan, sea al Medio dia, ó al Septentrión, segun la frase de la Escritura: (A) Que ignoran lo que creen, y no tienen Religion sino por casualidad, y no por luz. Sabia dar razon de su fé, como el Apóstol manda; y el conocimiento que Dios le dió fue acaso la recompensa de su zelo.

Unas luces imperceptibles, y sucesivas dispararon grande parte de aquellas nubes de que estaba rodeado. Pidió, y recibió; llamó, y se le abrió; (b) reconoció en la Iglesia de Jesu-Christo un poder de decision, que nos hace creer lo que ella cree, practicar lo que ella ordena, y tolerar con submission lo que ella tolera; y haciendose de esta creencia una necesidad para todas las demás; docil, humilde, penitente, victorioso del mundo por su fé, y de la naturaleza por la gracia, fue bajo la conducta de un gran Prelado, (c) á los pies de los Altares á sujetar su razon á la autoridad de la Iglesia, y á hacer un sacrificio de sus

er-

(a) *Eccle. 11. v. 3.*

(b) *Marth. 7. v. 7.*

(c) *Monieur Faure, Obispo de Amiens.*

errores delante de los Ministros del Dios de la verdad.

¡Quales fueron despues los acrecentamientos de su fé! ¡Con qué reconocimiento, y con qué alegría cantaba al Señor el Cantico de su redencion! ¡Con qué zelo exortaba á algunos de sus criados á bolver á entrar, como él, en el redil de Jesu-Christo, subministrandoles los libros, y las razones mas proprias para convencerlos! ¡Con qué dulzura, y caridad consolaba en estos ultimos tiempos á algunos amigos suyos, cuya conciencia veia irresoluta, e inquieta! Movialos por sus consejos, y por su propia experiencia; referiales sus combates para excitarlos á que lograsen como él la misma victoria; y para curar su obliuion lloraba en su presencia la suya propia.

No os diere yo, Señores, los encargos, y los empleos de confianza á que se le destinó; las solemnidades de su Matrimonio, en que se interesó toda la Francia; los Gobiernos, y las Dignidades en que fue provisto en ocasiones en que no era fácil sostenerlas. No espereis que os le represente, hurtándose á los primeros amores de un casto matrimonio por ir á buscar la gloria, bajo las ordenes de un Principe, (a) siempre pronto á combatir, y siempre seguro de vencer. Yo no vengo tampoco á hacerose ver conduciendo el Legado de su Santidad, mostrando las virtudes de la antigua Roma á los Prelados de la nueva, y haciendo admirar á esta Nacion una juiciosa sinceridad mas útil, que sus sutilezas, y sus alucias.

Pero ya es tiempo que lleguemos al punto de su reputacion, y de su gloria. Dios, cuya Providencia vela en la felicidad de este Reyno, le llamó á la ins-

(a) *El Principe difunto.*

truccion; y á la conducta del Señor Delphin; *y esta misma sabiduria*, que segun la Escritura, (a) *hace reynar á los Reyes*, le enseñó el arte de formar una alma real. ¡Qué le faltaba para un tan glorioso, pero difícil ministerio! Si era la ciencia, estaba instruido por su continua leccion de las costumbres de todos los países, y de todos los siglos: havia llegado á ser, digamoslo así, el espectador, y el testigo de la conducta de todos los Principes: havia asistido á sus consejos, y á sus combates: conocia todos los caminos de la virtud, y de la gloria antigua, y moderna. Si la probidad, nada era mas conocido, que su equidad, su desinterés, y la religion de su palabra: podia instruir sin retractarse, y sin condenarse á sí mismo; sus exemplos vigoraban sus preceptos, y no tenia que justificar á un Principe, ni á los cortesanos la disonancia de sus costumbres, y de sus reglas. Si la piedad, havia conocido á Dios, y siempre le havia glorificado, consideró siempre al libertinage, como un monstruo, tanto en la Corte, como en los Exercitos. Havia aprendido lo que la Ley de Dios prohíbe, y lo que manda: zeloso defensor de los vicios, sin aspereza, ni indiscrecion; Christiano de buena fé sin superficialidad, ni hipocresia.

El Rey, que en sus elecciones, haciendo justicia al merito, siempre ha hecho honor á su sabiduria, tambien se aplaudió de esta. ¡Con qué confianza le substituyó en su lugar en una de sus mas importantes, y mas indispensables obligaciones! ¡Con qué bondad confió este sagrado deposito á unas manos tan puras, y tan fieles! Teniendo sobre él todo el gobierno de su Pueblo,

(a) *Prov. 8, v. 15.*



le fió toda la conducta de su hijo: recomendó el cuidado de su instrucción, y se encargó de los grandes exemplos: quiso que el siglo presente gozase de la felicidad de su reynado, y dejó á la conciencia, y á la direccion de este prudente Ayo, las esperanzas del siglo venidero.

¡Y qué reconocimiento no fue el suyo! Sacrificó sus placeres, sus intereses, y su libertad: toda su solitud, y cuidado era este joven Príncipe: ni tuvo mas espíritu, ni mas corazon que por él. Temiendo se afebinase por la ternura, se valió de la autoridad del Rey: temeroso de disgustar por la austeridad de los preceptos, se vistió de las entrañas de padre; y por este justo temperamento, adelantaba en él los frutos de la razon, y corregía los defectos de la edad.

Su principal ocupacion fue acostumbrarle á conocer, y abrazar la verdad: sabía que los Grandes nacen con ciertas delicadezas, que conservan en un tímido respeto á los Cortesanos que les están inmediatos; que jamás se les presentan espejos fieles; y que antes que sepan que son hombres, y que son pecadores, se les enseña que tienen vasallos, y que son los Señores del Mundo.

Quanta mayor bondad, y docilidad natural tenia el Príncipe que dirigía; con tanto mayor cuidado apartaba todo aquello que pudiese corromperle. ¡Quantas veces contuvo una adulation, que qual enroscada serpiente iba deslizandose hasta introducirse en su alma! ¡Quantas veces apagó el incienso, cuyo dulce, y maligno odor, huviera envenenado una imaginacion tan tierna! ¡Quantas veces le hizo conocer la diferencia que hay entre un amigo, y un lisonjero! ¡Quantas veces corrió con mano severa aquellos primeros velos, con que una Corte artificiosa iba á ofuscar su vista para ocultarle alguna verdad, ó dispensarle de alguna obligacion!

Per-

Permitid, que yo me le represente aquí como aquel Caballero á quien vió San Juan en el Apocalypsis: (a) llamase fiel, y veráz: *fidelis, & verax*; mostrando á este Augusto Niño las fuentes de la verdad, y de la falsedad, y formandole en el mundo, á quien San Agustín llama la region de las falsedades, y de las mentiras, un alma inocente, y sincera. Llevaba muchas coronas, dandole á conocer por su instruccion la diferencia de los buenos, y de los malos reynados. Tenia en sus manos una reluciente espada para cortar los progresos de sus tiernas pasiones, y los discursos, y exemplos, que podrian fomentarselas. He aquí, qual era su amor por la verdad: Veamos qual era su zelo por la justicia,

## SEGUNDA PARTE.

**D**ifícil es, quando se ama la verdad, que falte el zelo por la justicia, no solo por aquella union, que tienen entre sí todas las Virtudes, como por ciertas reglas de orden, y de proporcion, que el espíritu busca en las acciones, así como en las palabras. Estas dos inclinaciones fueron igualmente fuertes en el Duque de Montausier.

Havia en su corazon una ley de justa equidad, que se inclinaba á resistir á todas las pasiones desordenadas de los hombres, y á dar á cada uno, ó el servicio, ó el honor, ó la proteccion, que podía esperar de él. Vióse en la juventud formando una especie de credito, y de autoridad del fondo de sus buenas intenciones, para oponerse á los desordenes;

pa-

(a) Apoc. 19. v. 11. 12. y 15.

para contener el fraude, y la violencia, y para reducirlo todo á la disciplina; sufriendo él mismo con constancia todas las fatigas, y todas las obligaciones, que le imponian en los límites de su profesion, el orden, y la razon.

Este espíritu de justicia crecia con su felicidad. Para lograr su proteccion baltaba ser desgraciado. Por desconocido que fuese el sugeto, no necesitaba de otra recomendacion para con él, que la que lleva consigo la virtud, y la inocencia perseguida. No tenia aquellas frias indiferencias, ni aquel cobarde modo de manejarse, que hacen se abandonen los negocios de otro por no molestarle á sí mismo. Adonde llegaba su poder, no gozaban libertad la opresion, y la injusticia. No podia asegurarse en su reposo aquel que turbaba el de los otros. ¿Y así temió irritar á los poderosos quando pudo socorrer á los debiles? ¿Se humilló á la grandeza, quando la halló injusta? ¿Faltó al valor, ni necesitó de otro derecho, que el de la proteccion, y de la caridad comun, quando pudo defender á los buenos?

¿No tuvo en el mando de la Tropa una constante, y escrupulosa circunspeccion, en un tiempo en que la confusion aun reynaba en los Exercitos, en que se creia que el Soldado debia enriquecerse no solamente de los despojos del enemigo, sino tambien de los de los pueblos; y en que por condescendencias necesarias, se toleraba un poco de avaricia, y de dureza, por mantener el valor, y el generoso espíritu de las gentes de guerra? No se inclinó á estas costumbres, arreglóse sí sobre una prudente equidad, no sobre un furioso, é injusto derecho de las armas; modesto, desinteresado, solícito, y desvelado en las adquisiciones de honor, y de gloria, no en los bienes, y en las comodidades de la vida; generoso para con los demás,

se-

severo, y duro para consigo mismo, repartiendo con los menores Oficiales sus bienes por liberalidad, y sus fatigas por constancia.

Las mismas consideraciones tuvo respecto de los enemigos, no creyendo que todo lo que era permitido fuese conveniente, y diciendo algunas veces: *Hagamosles temer nuestro valor, no nuestra codicia*. Y así no dejó jamás despues de sí huellas funestas de sus marchas; y haciendole igualmente justicia su conciencia, no tuvo necesidad de reparar en sus últimos dias los daños que havia hecho en su juventud, ni restituir á los hijos, lo que en otro tiempo injustamente havia exigido de sus padres.

¿Qual pensais fue su ocupacion en sus gobiernos, sino la Justicia? Lleno de máximas de honor, y de piedad, de cuyas Leyes ninguna ignoraba, contenia la nobleza en el orden, ahogaba las quejas en su nacimiento, ganando á los unos por la persuasion, contentiendo á los otros por autoridad; compensando las satisfacciones con las injurias, dando al honor, y al derecho de cada uno, lo que la avaricia, ó la colera le havia quitado; poniendo á los unos á cubierto del insulto, y á los otros fuera del estado de arruinarse. De este modo cortaba por una equidad decisiva sin preocupacion, y sin interés, las raices de los odios, y de los pleytos, y llevaba por todas partes la moderacion, y la paz, que es el fruto de la Justicia.

¿Pero qual fue su zelo, y su vigilancia en las calamidades públicas! Gozaba en la Corte de la dulzura, del reposo, y de la gloria, á que el Cielo acababa de elevar á su familia, quando un mal funesto, y contagioso se espació, y se encendió en las principales Ciudades de Normandia: y ya sea que la intemperie de las estaciones hubiese dejado en los ay-

Tom. 4.

Kk

tes

res alguna maligna impresion: fuese que un comercio fatal huviese llevado de los Países distantes con fragiles riquezas, semillas de enfermedad, y de muertes; ó sea que el Angel de Dios huviese estendido su mano para herir á esta desgraciada Provincia. Acudía á ella, y en aquella afliccion, que lo desordena todo, en que de ordinario todo se pierde, porque todo se abandona: en que ocupado cada uno de sus propios temores, olvida las agenas miserias; y en que el horror de una cercana muerte parece justificar las invidias, que se hacen los unos á los otros; la razon obró en él lo que ordinariamente no hace ni la sangre, ni la naturaleza. Respondia á los que le representaban sus peligros: *Que debía el orden, y la proteccion á este Pueblo, que estando puesto para gobernarle, lo estaba tambien para socorrerle, y que su vida no le era mas preciosa, que su obligacion.* Alento á los Ciudadanos con su presencia, excitandolos á ayudarse mutuamente los unos á los otros, y por una exacta policia, que cobraba las comunicaciones mortales para abrir las saludables, libró á este Pueblo que havia perdido toda esperanza de salud, toda medida de prudencia.

¿Pero en qué me detengo, Señores! ¿No tengo ideas mas nobles que daros de su virtud? Si la fidelidad es una justicia que cada uno debe á su Soberano, ¿qué vasallo he dado jamás mayores exemplos? ¿Que no pueda yo explicarlos los sentimientos de admiracion, de veneracion, y si así me atrevo á decirlo, de amor, y de ternura que ha tenido por el Rey? ¿Con quantos enlaces estaba unido á él? Tan presto recogia sus beneficios en su espíritu para multiplicar su reconocimiento. Tan presto pensaba en sus expediciones militares para hacer la relacion de sus trabajos, y para juntar el número de sus victorias. Tan presto le veía en medio de

su magnificencia, y de su esplendor para deslumbrarse de su Magstad, y regocijarse de su gloria; y algunas veces se despreciaba de toda idea de su poder, y de su grandeza; para tener el placer de honrar gratuitamente el merito de su persona. ¿Que no os pueda yo representar la fuerte pasion que tuvo por el estado, cuyos intereses le fueron mas amables, y mas apreciables que los suyos propios! ¿Qual era su indignacion contra aquellos para quienes el bien público es indiferente, y que no contando, ni considerandose, sino á sí mismos, sin honor, y sin caridad, abandonan á la casualidad lo restante del mundo!

En el curso de aquellos fatales años, en que la discordia encendió en el seno de la Francia el fuego de tantas pasiones, que hicieron tantos infelices, y tantos culpados: no temais, Señores, que yo hablo de un hombre sabio que firmas salía de sus obligaciones, que no tiene necesidad de gracia, ni de apologia; y de quien no ha havido error que temer, ni falta que justificar: Su fidelidad fue inalterable. Retirado á la Provincia de Sentonge, donde se formaban ya facciones, las contuvo en sus principios por su vigilancia, y por su valor. Las solicitudes de un Principe que le honraba con su benevolencia, los desprecios, y los disgustos que havia recibido del Ministro jamás pudieron moverle. Venció estas dos delicadas tentaciones, y acaso ha sido el único, que ha tenido la gloria de haver resistido de pronto por el servicio de su Magestad á la fuerza de la amistad, y al placer de la venganza. Ganó la nobleza, ya casi pervertida: formó sirios, dió combates, tomó Ciudades, y prodigó su sangre, y su vida por asegurar al Rey aquella Provincia, que su situación, y las coyunturas del tiempo havian hecho muy importante.

¿Y qué justicia le hicieron? Aprobaron su ser-



vicios; pero bien presto se olvidaron. En aquellos dias de confusion, y turbacion, en que las gracias recaian sobre aquellos que sabian el arte de hacerse sospechosos, ó temibles. Se le despreció, como á un siervo, que siempre estaria seguro, y no se pensó en su fortuna, porque nada havia que temer de su virtud. Pero su confianza le sostuvo, y la Providencia de Dios reservó al Rey el honor de recompensar esta Alma fiel.

Pero descendamos á la equidad de su corazon en su conducta particular. ¡Quales fueron sus sentimientos por sus amigos! Aquí se renueva mi reconocimiento, mis entrañas se conmueven, y la imagen de una felicidad de que yo gozaba, me hace acordar, que la he perdido. Su bondad previno por esta vez su juicio; porque para con otros su amistad no se daba á la casualidad, antes bien era el precio de su estimacion. Jamás se debilitaba, ni por el tiempo, ni por la ausencia, y nada desordenaba en su corazon lo que el merito una vez havia colocado. No havia que temer en él las desigualdades, ni las desconfianzas; no sabia desmentirse, y su buena fé parecia responderle de la de los demás. Por indulgencia que tuviese para con aquellos á quienes amaba, no se cegaba con sus defectos; igualmente sincero, y caritativo, tenia el valor de reprehenderlos, ó el placer de escusarlos. Fiel en sus desgracias, se atrevió á alabarlos, y á servirlos en unos tiempos en que los demás no se atrevian casi á llorarlos. En sus prosperidades estimó su moderacion, y se reservó el derecho de advertirles su orgullo. Dejabalos en el agradable comercio, que tenia con ellos toda la libertad de que usaba el mismo para sostener sus opiniones, y no les prohibia sino la fisonja.

¡Con qué ardor se interesaba en sus satisfacciones,

ó en sus penas! Los contentó con caricias, quando aguardaban de él buenos oficios! ¡Quién hay que haya llevado jamás mas suplicas, y mas memoriales al pie del trono! Yo tengo la ventaja en este discurso, de que no hay aqui ninguno de aquellos que han tenido parte en su amistad, que no reconozca, y que no sienta lo mismo que yo digo.

Bien lo sabeis vosotros, nobles genios, que cultivais vuestro espíritu, y que dáis á Dios, que es el Señor de las Ciencias, el omenage de vuestros pensamientos! Muchas veces haveis estado sorprendidos así de sus bondades, como de sus luces. Pesaba los espíritus, y daba á cada uno el lugar que merecia. Nadie conoció mejor la excelencia de sus obras, y nadie supo mejor estimarlas. Animabales, y procuraba hacerlos utiles. Solicitóles muchas veces las gracias del Rey, y siempre les dió lo que estaba en sus manos; y aun lo que ellos aman algunas veces mas, que es la alabanza, y la gloria.

Pero, y quan caritativo, y justo era para con sus domésticos, y criados! En su casa las familias se perpetuaban, los Padres dejaban como en herencia á sus hijos la proteccion de un tan buen amo. Rodeado de una tropa de criados, á cada uno le buscaba una fortuna, que le fuese propia. Desinteresado para consigo, solícito para con ellos, estimaba mas su felicidad, quando él podia hacercela. El numero podia ser gravoso á su gasto, pero no á su generosidad. Sabia bien, que no havia necesidad de tanta gente, pero creia, que toda tenia necesidad de él, y no tanto la miraba, como que servia de esplendor á su grandeza, sino de materia á su bondad.

De este mismo principio nacia su amor para con los pobres. En terminos de la Escritura, la limosna es

una *justicia*. (a) A lo que nosotros llamamos un don, el Sabio lo llama una *deuda*; (b) y la medida de la misericordia que esperamos, es la misericordia que hubiéramos hecho. Penetrado de estas verdades, derramaba abundantemente sobre toda suerte de miserables los socorros de su caridad. No aguardó á la muerte para consagrar á Jesu-Christo una parte de sus riquezas: Sabia muy bien, que una caridad tardía, segun los Padres de la Iglesia, tiene más de avaricia, que de piedad: que es necesario executar por sí mismo su Testamento, y sus piadosos legados, y hacer un sacrificio de Religion, y una distribución voluntaria de sus limosnas.

Que no pueda yo revelarlos los secretos de su caridad: y vosotros veriais aqui la educación de una Doncella á quien la pobreza podia ocasionar su ruina. Allí la educación de un pupilo, á quien Dios por medio de su caridad conduce á las funciones de su Sacerdocio: á qui una nobleza necesitada, sostenida por sus caritativos socorros para servicio del Príncipe, y de la Patria: Allí un merito en sus principios que hubiera cedido al peso de su mala fortuna, protegido por sus liberalidades. Saúd de esos retiros en que la miseria, y la vergüenza os ocultan, familias desgraciadas, y decidnos cómo con tantas aflicciones hizo correr hasta vosotros sus imprevisas asistencias. Y vosotros, sagrados aylos de las desgracias de la naturaleza, ó de la fortuna, monumentos eternos de su piedad, Hospitales erigidos por su solicitud, y por sus beneficios, en las Ciudades de sus gobiernos, para libertarles de una importuna mendi-

(a) Psalm. 111. v. 9.

(b) Eccl. 4. v. 8.

dicidad, hacéd resonar hasta el Cielo los votos, y las oraciones de los pobres que cuidais. Ve aquí, su justicia, Señores, ya no me resta más que mostraros su espíritu de recitud.

## TERCERA PARTE.

LA recitud es una pureza de motivo, y de intención, que dá la forma, y la perfección á la virtud, y que inclina el alma al bien por el bien mismo. *A esta generation sencilla, y recta* promete el Espíritu de Dios en sus Escrituras, tan presto *las bendiciones*, (a) que derrama sobre los que le temen, tan presto *las luces que saca* (quando quiere) *del seno de las tinieblas*; (b) tan presto el placer de las aprobaciones, y de las alabanzas; (c) tan presto la *alegría de una tranquila conciencia*. (d)

Y en esto consiste la gloria del objeto de mi discurso. Porque ¿qué hombre hubo jamás, que menos huviese entrado en los caminos torcidos de las pasiones, y de los intereses, que el que nosotros lloramos? El conocimiento de sus obligaciones le servia de razon para cumplirlas, y sus intenciones fueron siempre tan rectas como sus acciones. ¿Quales fueron, pues, sus reglas? La ambicion, segun él, nada tenia de noble; ella conduce la virtud por medios, y á fines, que muchas veces son indignos de ella. Decia algunas veces: *Que*

(a) Psalm. 111. v. 2.

(b) Ibid. v. 4.

(c) Psalm. 63. v. 14.

(d) Psalm. 96. v. 12.

los ambiciosos, que tanto se alaban, eran unos servios, que se sujetan á bajezas, ó mercenarios que quieren ser pagados. Y así jamás tuvo por objeto hacer bien por ser feliz; y lo que le conduxo á los empleos, y á las dignidades, lo hizo por merecerlas, y no por obtenerlas.

El interés, y el amor del bien jamás pudieron tentarle; y en todo el curso de su vida, no tuvo, ni el cuidado, ni el deseo de adquirir. La sucesion de una Tía. (a) Dama de honor de una gran Reyna, parecia deber aumentar el patrimonio de sus padres; pero desazonado de los negocios, y de los pleytos, de que era incapaz su espíritu, cedió quanto quisieron, y creyó que era ganar saber perder. Obligado á rescatar su libertad, después de una larga prision, durante las guerras de Alemania, empleó así su dinero, como su reputacion por traer consigo los oficiales, que abandonaba á su triste captividad, la indigencia, ó la avaricia de su familias.

Dos son los principios que le hicieron obrar, la probidad, y la Religión: la una le daba el deseo de ser útil, la otra le inclinaba á trabajar en su salvacion. ¿Qué sinceras instrucciones no ha dado al Señor Delphin por el bien publico, y por su gloria? Nada hay tan difícil como criar á un Joven Principe, que ha nacido para ser Rey. Es necesario inspirarle audacia sin presuncion, hacerle sentir lo que debe ser, y hacerle conocer lo que es. Basta hacerle ver á lo lejos el Trono en que debe colocarse, y probarle, digamoslo así, la corona, para que sepa llevarla quando la Providencia de Dios la

(a) *Madama de Bruslas.*

la haga ocupar su cabeza. Es necesario instruirle á un tiempo en las virtudes de un Rey, y las de un particular; mostrarle la gloria del mando, y el merito de la obediencia, y enseñarle á decir, como aquel Centurion del Evangelio. *Homo nim sub potestate constitutus, habens sub me milites, & dico huic: Vade, & vadit.* (a) Yo tengo Pueblos bajo mi dominio; pero tambien tengo una potestad sobre mí: Yo mando Exercitos, pero executo lo que me ordenan: Tengo vasallos; pero tambien tengo un Señor.

Tales eran las instrucciones que le daba al Señor Delphin el Duque de Montausier. Inspirabale la moderacion, fomentandole el valor. Formabale aquel doce el corazon que Salomon pedia á Dios para el gobierno de su Pueblo. Señalabale las justas medidas de su grandeza, instruyendole de lo que un Rey debe á sus vasallos, y de lo que un hijo debe á su padre.

Quantas veces le dixo: Que el fin principal, y la primera Ley del gobierno, era la felicidad de los pueblos; que la verdad, y la fidelidad son las virtudes esenciales de los Principes, que son las imagenes del verdadero Dios, los arbitros de la fe pública, que los mas grandes Reynos, y los mas dilatados Reynados no siendo delante de Dios, sino un punto de grandeza, y un momento de duracion, deben los Soberanos aprender á ser dulces, y moderados en su poder, y suspirar por una gloria del todo immortal, y Divina. ¿Que no me sea permitido exponer aqui aquellas sabias, y santas maximas, que la fidelidad le hizo escribir, que la modestia le ha hecho ocutar, y que se descubren, segun sus deseos, con mas esplendor.

(a) Matth. 8. v. 9.



dor en la vida del Príncipe, que las practica, ora vaya á fulminar el Rayo, que el Rey ha puesto en su mano, ora venga á gozar aquí de la gloria que se ha adquirido? Traed á la memoria con qué ternura, y natural alegría recogió lo que havia sembrado en la alma de este joven vencedor, alabando su bondad, y su dulzura, su liberalidad, su Religión, y su justicia, y felicitandole de sus virtudes, mientras que los demás le daban el parabien de sus victorias.

¿No era este mismo espíritu de probidad, quien le impelsa á dar tantas buenas instrucciones, y tan saludables consejos? ¿Haviera querido corregir todos los abusos, y reformar todos los defectos, que conocía sobre el plan de las ideas de perfeccion, que su sabiduría le havia formado. Su edad, su credito, y sus dignidades, y no sé que de gravedad, y de venerable en sus costumbres, y en su persona, le havian adquirido una especie de autoridad universal, contra la que el mundo no se atrevia á reclamar.

Aquellos mismos que podian no gustar de su zelo, se veian obligados á alabarle, y hallaban la virtud hasta en sus mismos defectos. Bien podian insinuarse en su alma algunas falsas impresiones, pero siempre seguia á lo menos la verosimilitud de la verdad, y de la justicia, y por Dueño que fuese de él qualquiera otro, bien se le podia engañar, pero no se le podia corromper. Si disputaba con ardor, no era por sujetar al mundo á sus opiniones, sino reducirle á la verdad, que conocia, ó que á lo menos procuraba conocer. Adicto á sus sentimientos por persuasión, y no por fantasia, contrario muchas veces al parecer de los otros, quando eran, ó injustos, ó fuera de razon, conservando siempre en los ardores, y en las vivacidades de su espíritu la bondad, y la ternura de su corazon.

Pero

Pero si su rectitud fue el motivo de tantas virtudes, su Religión fue el motivo, y la causa de su rectitud. No os figuréis, Señores, una devocion de espiritualidades imaginarias, que se alimenta de reflexiones, y que deja las practicas santas. Su fé era como su corazon, sencillo, y sólido. No penséis en aquella vana, y afectada Religión, que toda se espase en lo exterior, y solo tiene el cuerpo, y la superficie de buenas obras: en él todo era interior. Apartese de aquí aquella piedad de imitacion, y de complacencia, que lleva al Santuario votos interesados, y profanos, que debajo de un fingido amor de Dios, ocultando los deseos, y las esperanzas del siglo, hace servir los Mysterios, y los Sacramentos de Jesu-Christo á la ambicion, y á la fortuna de los pecadores por una afectacion sacrilega. Quien de vosotros se atreveria á sospechar de él algo de respeto humano, ó de hipocresía?

Buscaba á Dios, segun el consejo del Apostol, en la simplicidad, (a) y en la sinceridad de su corazon, y buvo jamás fé mas viva que la suya? Diria-se que veia claramente las verdades del Christianismo, tan persuadido estaba de ellas, Creaba, y las amaba. El impio cerró delante de él sus labios, y reprimiendo bajo de un silencio forzado sus vanos, y sacrilegos pensamientos, se contentó con decir en su corazon: *No hay Dios.* (b) Anillta todos los dias al Santo Sacrificio de la Misa, y su atencion, y su modestia imprimian el respeto á las almas, menos atentas á la reverencia del lugar, y de la santidad del culto.

(a) 1. Cor. 1. v. 12.

(b) Psalm. 13. v. 1.

Nosotros le hemos visto, ofendido de aquellos importunos murmullos, que interrumpen las oraciones de los fieles, y turban en la casa de Dios el venerable silencio de los Santos Mysterios, levantarse con indignacion, y haciendo el oficio de los Santos Diaconos de la Iglesia, mandar que hincasen las rodillas, y que callasen delante de la Magestad presente, que por estar oculta, no era menos tremenda.

¡Y hubo jamás adoracion mas espiritual, y mas verdadera que la que él daba á Dios! El le reconocia como su fin, y su principio; y aunque tuviese para con él aquel amor de preferencia, que le daba un imperio absoluto sobre sus voluntades, se reprehendia de no tener por él toda la ternura, y toda la sensibilidad, que sentia por sus amigos. Con qué efusion de corazon le expresaba él sus necesidades espirituales, y las de su familia, en aquellas oraciones puras, y tiernas, que havia compuesto el mismo para implorar sus misericordias, ó para ofrecerle sus votos, y sus reconocimientos.

¿De donde bebía él todas sus luces sino de la Ley, que es la fuente eterna? Havia leído ciento y trece veces el Nuevo Testamento de Jesu-Christo con aplicacion, y con respeto. Ministros de su palabra, destinados á dispensarla á sus pueblos, lo hemos leído nosotros, ni lo hemos meditado tantas veces! Los primeros Christianos hacian en otro tiempo enterar con ellos los Libros de los Evangelios, llevando hasta el Sepulcro el tesoro de su fé, y el testimonio de su resurreccion eterna; y el que nosotros alabamos oy dia, los tuvo hasta su muerte entre sus manos, y quiso espirar, digamoslo así, en el seno de la verdad, y de la misericordia de Jesu-Christo.

Este es, Señores, el lugar mas sensible de mi discurso. No obstante, no temais, que yo me entregue

á mi dolor. He visto aquella gran misericordia, que Dios le havia reservado, y tengo para mí todos los consuelos de la fé, y de las esperanzas de las Escrituras. En la gloria de una reputacion que una virtud consumada le havia adquirido, y que la envidia no se atrevia mas á disputarle; en un vigor de espíritu, y de cuerpo, que la edad, y las enfermedades parecian haver respetado hasta entonces, cae de repente en aquellos molestos dolores en que se sufre sin alivio, y sin intervalo. La respiracion que nos hace vivir, le hace morir á todos momentos. Las noches mas tristes que los dias, le quitan la dulzura de la compañía, y no le dan la del reposo. No puede ni estenderse sobre su Cruz, ni hallar situacion, ni remedio que le alivie. ¡Quales fueron sus sentimientos de piedad en aquel tiempo de enfermedad, y de paciencia!

¡Qué menosprecio del mundo, y de sus vanidades! Acordabase de sus prosperidades temporales, cuya nada, y cuyo peligro havia tenido siempre bien conocido, y exclamaba suspirando: *¡Será posible, Dios mio, que fuese aquella mi recompensa!* ¡Qué horror! ¡Pero qué arrepentimiento del pecado! Repasaba los años de su vida en la amargura de su alma: y volviendo en sí en sus reflexiones de penitencia: *Ochenta años*, decia él, *ochenta años, Señor, pasados en ofenderos!* Algunas veces desconfiando de su proprio corazon, y temiendo no estuviese bastante profundamente tocado, decia: *Vos, Señor, me habeis enseñado en vuestras Escrituras, que el corazon del hombre es impenetrable; y el mio no havia de tener sino dobleces, y engaños para Vos! Os engañaré yo, Dios mio, ó me engañaré yo á mi mismo!* Haviase apoderado de él un santo terror de los juicios Divinos. Dejabase ver su fé en sus ojos, y en sus palabras. Y viniendo al socorro la confianza Christiana: *To me acerco*, añadía,

al trono de vuestra gracia; y os llevo un pecador que no merece perdon; pero vos me mandáis que lo pida, la misericordia en vos es superior al juicio; la Sangre de vuestro Hijo no se ha derramado por mí, ¿no es su efecto el borrar los pecados del mundo?

En este fervor de piedad, las horas terribles se adelantan, ¿Aun me restaba este golpe, Divina Providencia! ¿Estaba yo guardado: estaba yo delinado á ser el testigo, y como el Ministro de su Sacrificio? Yo mismo vi aquel rostro á quien el temor de la muerte no quitó de palidez; aquellos ojos, que buscaron la Cruz de Jesu-Christo, y aquellos labios que la besaron. Yo vi un corazón partido de dolor en el tribunal de la penitencia, penetrado de reconocimiento, y de amor á vista del Santo Viatico, compungido de la Santa Uncion, y de las oraciones de la Iglesia. Yo vi á un Isaac levantando con trabajo sus paternales manos para échar la bendicion á una hija, que la naturaleza, y la piedad han hecho cumplir todas sus obligaciones, tan estimada por la ternura, con que le amaba, como por la inclinacion que él la profesaba, y á unos hijos, que hicieron su alegría, y que harán algun dia su gloria. Yo vi en fin, de qué modo muere un Christiano que ha vivido bien.

¿Qué os diré yo, Señores, en una ceremonia tan lugubre, y de tanta edificacion como esta? Os advertiré que el mundo es una figura engañosa, que pasa, y que vuestras riquezas, vuestros placeres, y vuestros honores se desvanecen con él. Si la reparacion, y la virtud pudiesen dispensar de una ley comun, la illustre, y la virtuosa Julia aun viviria con su esposo íese poco de tierra que vemos en esta Capilla oculta esos grandes nombres, y esos eminentes méritos. ¿Qué sepulcro encerró jamás tan precioso

esos despojos! La muerte ha buuelto á juntar lo que havia separado. El esposo, y la Esposa no son mas que una misma ceniza, y mientras que sus almas tenidas en la Sangre de Jesu-Christo, descansan en el seno de la paz, así me atrevo á presumirlo de su infinita misericordia; sus huesos humillados en el polvo del sepulcro, segun la expresion de la Escritura, se regocijan, y saltan de alegría, (a) con la esperanza de su eterna reunion, y de su resurreccion eterna.

Ofreced, no obstante, por ellos, Sacerdotes de Dios vivo, vuestros votos, y vuestros Sacrificios, y vosotras, castas Esposas de Jesu-Christo, guardad religiosamente ese sagrado deposito; regadle con las lágrimas de vuestra penitencia; atraed sobre él algunas miradas del Cordero sin mancha, á quien seguís quando va á sacrificarse sobre todos esos Altares, para que siendo purificados por este Divino Sacrificio de las reliquias de las fragilidades humanas, canten con vosotras en el Cielo sus misericordias eternas.

---

*Exultabunt ossa humiliata. Psal. 50. v. 10.*

FIN DE LAS ORACIONES  
Funebres. ®



MADRID

JAN

CIUDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CCION GENERAL DE BIBLIOTEC

1712